

LISA KLEIN

OF F E L L I A

HAMLET A TRAVÉS DE SUS OJOS



CROSS  
BOOKS

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Primera Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda Parte

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Tercera Parte

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

En esta reinención de la célebre tragedia de Shakespeare, Ofelia alza la voz y explica su versión. Lista, bella e ingeniosa, pronto aprende a moverse entre los hilos del poder en la corte, donde nada es lo que parece. Pero, al enamorarse del príncipe, debe ocultar su relación en las sombras del palacio.

LISA KLEIN

# *Ofelia*

*La novela*



Para mis padres, Jerry y Mary Klein

## Prólogo

*Saint-Émilion, Francia  
Noviembre de 1601*

*Mi señora:*

*Espero que esta carta os halle en lugar seguro. Mi escrito será breve, ya que es mejor usar pocas palabras cuando estas tan solo pueden causar dolor.*

*La corte real de Dinamarca está en ruinas. Los frutos finales del mal vertieron sus semillas mortales. Por fin, el rey Claudio está muerto: probó su propio veneno, tal y como se merecía. Hamlet lo mató con una espada que el rey en persona había emponzoñado. La reina Gertrudis yace fría, envenenada por una copa que el rey había destinado a Hamlet. Ver agonizar a su madre fue lo que finalmente incentivó a Hamlet a vengarse.*

*Pero la mayor aflicción es la siguiente: vuestro hermano, Laertes, y el príncipe Hamlet se mataron el uno al otro con espadas envenenadas. He fracasado en la tarea que vos me encomendasteis. Ahora, Fortimbrás de Noruega gobierna en nuestra tierra conquistada.*

*Perdonad a Hamlet, os lo ruego. Con sus últimas palabras me encargó que limpiara su nombre maltrecho. Creedme: antes de que el deseo de venganza se apoderara de su mente, os amó profundamente.*

*Perdonad también y no olvidéis a vuestro fiel amigo e investigador,*

HORACIO

Esta carta me deja estupefacta, aturdida por un dolor tan reciente que no puedo ni levantarme de la cama.

Me imagino el castillo de Elsinor, un vasto laberinto de piedra. En el centro, el enorme salón de banquetes, calentado por fuegos danzantes. Por allí pasaban los cortesanos como la sangre pasa por el corazón, y allí reinaban el rey Hamlet y la reina Gertrudis, la mente y el alma que mantenían todo el cuerpo unido. Ahora, el fuego y la carne no son más que frías cenizas.

Me imagino a mi amado, el ingenioso y moreno Hamlet, antes de que la locura y la muerte me lo arrebataran.

En el ojo de mi memoria aparecen los verdes árboles frutales de Elsinor, con peras y manzanas dulces maduros que doblaban las ramas y se nos ofrecían en las manos. El jardín donde nos besamos por primera vez, entonces perfumado de romero penetrante y suave lavanda, ahora arruinado y marchito por completo.

A través de mi ensueño, borbotea el funesto arroyo donde nadaba de pequeña y donde las ramas del sauce rozaban la superficie del agua. Allí encontré mi acuoso final y empecé una nueva vida.

Me veo a mí misma y a Hamlet en las almenas cubiertas de niebla, donde un fantasma invisible presencié nuestra unión para después hacer que los pensamientos de Hamlet pasaran del amor a la venganza. Veo el rostro aterrador de Claudio, su tío, que asesinó a su padre y se casó con su madre, mi querida reina Gertrudis, a quien envenenó.

¡Ay, mi Hamlet está muerto! Y con él, todo Elsinor en ruinas, como el Edén tras la caída del hombre.

Yo, Ofelia, desempeñé un papel en esa tragedia. Servía a la reina. Quería dirigir el rumbo del príncipe. Descubrí secretos peligrosos y me enemisté con el tirano Claudio. ¿Cómo ha podido terminar todo así, con la muerte de mi mundo? La culpa me consume porque debo vivir aunque todos estén perdidos. No fui capaz de desviar el curso fatídico de los acontecimientos.

No podré descansar mientras esta historia no sea revelada. No habrá paz para mí mientras este dolor me oprima el alma. Aunque tan solo tengo dieciséis años, mi vida ha estado llena de tristeza. Al igual que la pálida luna, menguo, cansada de ver el dolor del mundo, y vuelvo a crecer, cargada de vida. Pero al igual que el sol, dispersaré la oscuridad que hay en mí y arrojaré una luz sobre la verdad. Por eso cojo mi pluma y escribo.

Esta es mi historia.

## **Primera Parte**

Elsinor, Dinamarca

1585-1601

## Capítulo 1

Siempre he sido una niña huérfana de madre; lady Frowendel falleció el día de mi nacimiento. Mi hermano, Laertes, y mi padre, Polonio, también se vieron privados de su cuidado. De ella no me quedó ni un retal de encaje ni el recuerdo de su perfume. Nada. Sin embargo, gracias al retrato en miniatura enmarcado que mi padre llevaba consigo, pude ver que yo era la viva imagen de mi madre.

Yo estaba triste porque creía que había causado la muerte de mi madre y que, debido a eso, mi padre era incapaz de quererme. Intentaba no molestarlo o no causarle más problemas, pero nunca me prestó la atención que yo deseaba. Tampoco consentía a Laertes, su único hijo.

Lo observaba absolutamente todo, excepto nuestros rostros, ya que ambicionaba ser el confidente secreto más valioso del rey.

Vivíamos en el pueblo de Elsinor, en una casa magnífica con entramado de madera y ventanas con parteluces. Laertes y yo jugábamos en el jardín que mi madre había cuidado, donde, desde su muerte, los parterres crecían asilvestrados. Yo solía esconderme entre altos arbustos de romero, y su fuerte olor me acompañaba durante todo el día. Cuando hacía calor nadábamos en el río de Elsinor, que serpenteaba a través de un bosque cercano, y capturábamos ranas y salamandras en las orillas cubiertas de hierba. Cuando teníamos hambre, robábamos manzanas y ciruelas del mercado y salíamos disparados como conejos cuando los vendedores nos gritaban. Por la noche dormíamos en una buhardilla debajo de los aleros, adonde el humo de los fuegos de la cocina subía, planeaba bajo las vigas y nos calentaba en las noches frías.

En la primera planta de nuestra casa había una tienda a la que las señoras y los caballeros de la corte mandaban a sus sirvientes con el fin de comprar plumas, cintas y encajes. Mi padre desdeñaba a los propietarios pues los consideraba indignos y vulgares, pero se juntaba con ellos y se ganaba el favor de los clientes porque quería enterarse de los cotilleos de la corte. Había momentos en los que, con un jubón y unos calzones de alta costura, se apresuraba calle abajo para unirse a la multitud de hombres que buscaban una posición en la corte del rey Hamlet. A veces dejábamos de verlo durante días y nos preocupaba que nos hubiera abandonado, pero siempre volvía. Entonces podía armar un escándalo, entusiasmado por alguna oportunidad que estaba seguro que le darían, o estar callado y malhumorado. Laertes y yo lo espiábamos a través del panel roto de la puerta de su habitación y veíamos cómo sacudía la cabeza, inclinado sobre un montoncito de dinero y papeles. Estábamos seguros de que nos habíamos arruinado y, tumbados despiertos en nuestra buhardilla, nos preguntábamos qué sería de nosotros. ¿Acabaríamos como

los niños huérfanos que solíamos ver en las calles del pueblo, aquellos que mendigaban pan y comían restos de carne como si fueran animales salvajes?

La ansiosa búsqueda de mi padre para conseguir un alto cargo consumió la fortuna de nuestra familia, lo que quedaba de la dote de mi madre. Aun así, logró contratar a un tutor para Laertes. Era un hombre estudioso con un bonete negro.

—Las niñas no deben ser holgazanas, ya que el diablo las poseería —me dijo mi padre—. Por lo tanto, estudia con Laertes y sácale todo el beneficio que puedas.

Así, desde el momento en que empecé a balbucear, y mi hermano, a razonar, cada día pasábamos horas estudiando. Leímos los salmos y otros versos de la Biblia. El Evangelio según san Juan me maravilló, con sus revelaciones terribles sobre ángeles y bestias liberadas en el fin de los tiempos. Me encantaba leer sobre la antigua Roma y era más rápida que mi hermano en entender las lecciones de las fábulas de Esopo. Pronto supe calcular tan bien como él. También aprendí a negociar con Laertes, a quien no le gustaba estudiar.

—Te traduciré estas cartas en latín si antes me das tu pastel —le ofrecía, y él accedía gustosamente.

Nuestro padre alababa el trabajo escolar de Laertes, pero cuando yo le mostraba mis pulcras líneas de números, tan solo me daba palmaditas en la cabeza como si fuera su perro.

Laertes era mi fiel compañero y mi único protector. Después de nuestras lecciones, nos uníamos a los niños que jugaban al pilla pilla en las polvorientas calles y en las plazas del pueblo. Como era pequeña, me atrapaban con facilidad, y me tocaba pararla hasta que podía pillar a alguien para liberarme o hasta que Laertes se apiadaba de mí. Una vez, mi hermano me salvó de un perro que me había agarrado la pierna con los dientes y me había arañado la espalda con las zarpas. Golpeó al perro hasta dejarlo inconsciente y me limpió la sangre con su camisa mientras yo me aferraba a él aterrorizada. Mis heridas sanaron, y mi padre me dijo que me consolara, ya que hasta que no tuviera marido, nadie me vería las cicatrices. Aun así, durante años temblé de miedo con solo ver a un perrito faldero en brazos de alguna señora.

Sin duda tuve niñeras que se ocupaban de mí, aunque no me acuerdo de ninguno de sus nombres ni de sus caras. Me tenían descuidada y me dejaban deambular libremente como si fuera una cabra doméstica. No tenía a nadie que me remendara la ropa rasgada o me alargara las faldas a medida que iba creciendo. No recuerdo palabras cariñosas ni besos perfumados. A veces, cuando mi padre recitaba una oración, me hacía arrodillarme y me ponía la mano encima de la cabeza, pero era una mano pesada, alejada del contacto dulce que yo deseaba. Éramos una familia que vivía sin un corazón, sin una madre, que nos uniera.

Mi padre encontró trabajo antes de que nos convirtiéramos en indigentes. Descubrió por casualidad una información relacionada con el enemigo de Dinamarca, el rey Fortimbrás de Noruega, y por ello lo honraron nombrándolo ministro del rey Hamlet. Por la manera en la que mi padre hablaba de su recompensa, parecía que lo hubieran convertido en la mano derecha del mismísimo Dios y que a partir de aquel momento tendríamos una vida gloriosa.

Cuando nos mudamos del pueblo al castillo de Elsinor, yo tenía apenas ocho años, y Laertes, doce. Recibí un conjunto nuevo de ropa para la ocasión y un sombrero azul tejido con abalorios para mi pelo rebelde. Laertes y yo saltábamos junto a la carretilla que transportaba nuestros bienes. Estaba entusiasmada y no podía dejar de parlotear.

—¿Se parecerá el castillo al cielo que vio san Juan? ¿Tendrá torres centelleantes de oro y de gemas brillantes? —pregunté, pero mi padre tan solo rio, y Laertes me llamó estúpida.

Pronto se alzaron en el azul del cielo las austeras almenas de Elsinor. A medida que nos acercábamos, el castillo parecía más grande que el pueblo entero, ni siquiera el sol era capaz de iluminar sus grises muros de piedra. Nada brillaba, nada centelleaba. Las innumerables ventanas oscuras se apretaban las unas a las otras como si fueran hileras de soldados. Cuando pasamos por debajo de la sombra de las puertas para entrar al patio, mi decepción se intensificó y se convirtió en un miedo terrible. Temblé. Busqué la mano de mi padre, pero solo pude asir la punta de su capa, cuyos pliegues fluían como el agua.

## Capítulo 2

Cerca de la casa del guarda, dos habitaciones pequeñas de la planta baja nos sirvieron de nuevas dependencias. Las habitaciones del castillo, comparadas con nuestra espaciosa casa que se alzaba sobre las calles del pueblo, resultaban cerradas, oscuras y húmedas. Los únicos muebles eran una silla de roble, tres taburetes y una alacena. A todo ello, mi padre añadió nuestras pocas pertenencias, que eran lo suficientemente finas para nuestro sencillo alojamiento del castillo: algunos cojines bordados, ropa de cama de plumas de ganso y cubiertos bañados en plata. Nuestras ventanas no miraban al ajetreado y entretenido patio, sino a los establos. Pero mi padre se frotaba las manos encantado, ya que incluso esas humildes dependencias demostraban que tenía buena suerte.

—Me ganaré el favor del rey y llevaré una capa forrada de piel. El rey me contará sus asuntos más privados —decía con seguridad.

Cuando fuimos a nuestro primer banquete en la corte, yo estaba tan emocionada que no podía comer. Todo era nuevo e increíble. El rey Hamlet, con su torso enorme y su inmensa barba, me parecía un gigante. Su voz era como el fragor del trueno. El príncipe Hamlet, que entonces tenía unos catorce años, daba saltitos por el salón y hacía mucho el tonto, aunque tenía bastante gracia con ese pelo oscuro que le volaba salvajemente sobre la cabeza. Yo estaba tan contenta que también empecé a bailar. La reina Gertrudis vino hacia mí, y riendo, me arrojó debajo de la chimenea. Le devolví la sonrisa.

Entonces vi a un payaso vestido con una fabulosa ropa brillante que jugueteaba por la habitación. Llevaba una gorra de plato con cascabeles y un traje de muchos colores. Parecía que él y Hamlet se estaban imitando las payasadas el uno al otro. Vencida por una timidez repentina, me retiré al lado de mi padre.

—Esta es mi niña bonita —me dijo mi padre—. La reina se ha fijado en ti. Venga, baila un poco más.

Pero yo ya no me moví.

Observé al payaso, que me recordaba al chisporroteo de unos fuegos artificiales deslumbrantes. Aunque no podía oír sus bromas, percibí que el rey se reía a carcajadas y tosía hasta que su cara se puso morada y empezó a ahogarse. Se levantó un poco de su asiento, y un guardia le golpeó la espalda hasta que el rey escupió cerveza por la boca. Entonces el bufón se agarró la garganta y cayó al suelo mientras sacudía los brazos y hacía una pantomima de muerte. El príncipe Hamlet se unió a la mímica y se tiró encima del bufón hasta que este rebotó como una pelota de tenis y saltó sobre la mesa del rey, donde comenzó a cantar.

—¿Quién es? ¿Por qué actúa de una forma tan extraña? —le pregunté a mi padre.

—Se llama Yorick, es el bufón personal del rey. Al igual que un idiota o un demente, puede burlarse del rey sin miedo a ser castigado. Sus payasadas no importan —dijo moviendo la mano con despreocupación.

Miré cómo Yorick ayudaba a Hamlet a dar un salto mortal enfrente de la reina, que aplaudió al verlo dar la voltereta.

—El joven príncipe es el ojito derecho de su madre —murmuró mi padre para sí mismo.

—¿Por qué? ¿Sin él no puede ver? —le pregunté inocentemente.

—No, tonta. ¡Quiere decir que adora al chico! —me contestó.

Por un momento sentí envidia de Hamlet. Pero yo también noté que mi mirada se sentía atraída por él. Después de aquella noche, busqué al príncipe por todos los rincones de Elsinor. Sabía que, debido a su comportamiento vivaz, sería un buen compañero de juegos. Laertes también lo creía. Cuando uno de sus camaradas anunció que Hamlet venía, mi hermano se apresuró hacia el patio, y yo lo seguí pisándole los talones. Ciertamente, Hamlet atraía a los jóvenes de la corte igual que un imán atrae trozos de hierro. Además, era lo suficientemente amable para no desdeñar nuestra admiración. Lo observaba haciendo trucos y juegos de manos que había aprendido de Yorick, pero nunca me atreví a hablar con él.

Hamlet tenía un compañero, Horacio, un chico de mechones rojizos y extremidades larguiruchas, que lo acompañaba a todos lados. Horacio era tan parado como activo Hamlet y tan silencioso como Hamlet locuaz. El príncipe provocaba a los chicos más jóvenes, pero hablaba en serio con Horacio, quien sonreía cuando Hamlet sonreía y asentía con la cabeza cuando Hamlet hacía lo propio. Como una sombra, siempre estaba merodeando cerca del príncipe.

La primera vez que hablé con el príncipe Hamlet, yo tenía diez años. Era su cumpleaños y estaba desfilando por el campo y el pueblo junto al rey y la reina. Con mi padre y Laertes, yo esperaba de pie entre la multitud en el patio de Elsinor, aguardando a que Hamlet regresara, e iba saltando de un pie a otro con emoción. Con una mano sujetaba un ramo de pensamientos atados con un lazo blanco. Sus pétalos, morados y amarillos, empezaron a languidecer bajo el sol, así que los protegí con la otra mano. Entonces los gritos se elevaron: «¡Viene el príncipe!».

—¡Novatos arrogantes! —masculló mi padre entre dientes cuando dos jóvenes nos empujaron y se pusieron delante de nosotros—. Siempre nos quitan el sitio a los que somos mejores que ellos.

—¡Ahora no puede vernos! —me quejé—. Padre, levántame, por favor.

Refunfuñó y se quejó, pero accedió. Al levantarme y ponerme sobre sus hombros, alejó a los jóvenes a codazos. Ahora podía ver por completo el camino que llevaba a las puertas de Elsinor.

Los músicos y los acompañantes abrían el camino a medida que Hamlet pasaba por la puerta en una montura gris de crin negra y trenzada. Los cortesanos y los admiradores lo saludaban con la mano y lo vitoreaban, le lanzaban flores y ofrecían regalos al joven príncipe. El caballo, orgulloso de su carga, sacudía la cabeza y brincaba mientras Hamlet saludaba a la multitud con amplios gestos. Detrás de él, el rey y la reina montaban más majestuosos, frunciendo el ceño y sonriendo

alternativamente a causa de las payasadas de su hijo. Me incliné hacia delante con impaciencia. Mi padre me sujetó las piernas para que mantuviera el equilibrio.

—¡Viva! ¡Viva! —gritaba Laertes.

El pelirrojo Horacio estaba detrás de él golpeándose los muslos para causar más estruendo a medida que Hamlet se aproximaba.

Agité la mano con el ramo de flores y grité:

—¡Pensamientos para el príncipe!

—Más alto, niña —me dijo mi padre, y se acercó más a la procesión que pasaba.

En ese momento, Hamlet vino hacia nosotros en su caballo y estiró el brazo para darle la mano a Horacio y saludar a Laertes. Intenté llamar su atención exclamando en francés:

—*Pensées pour le prince.*

Quizá fueran mi aspecto patético y mi voz suplicante los que provocaron que la reina se apiadara de mí y le dijera a Hamlet:

—¡Hazle caso a la pequeña!

Me indignó que me consideraran «pequeña». Si la reina se hubiera fijado mejor, habría visto que, de hecho, yo era demasiado grande para estar sobre los hombros de mi padre. Pero deseaba desesperadamente que me vieran.

Hamlet obedeció a su madre y miró a su alrededor. Le mostré mi ramo. Las frágiles flores temblaron en sus delgados tallos. Él me vio, y cuando nuestros ojos se encontraron, le di mi sonrisa más encantadora.

—Pensamientos para el príncipe. Flores para vos, mi señor. No me olvidéis —dije con una vocecita que se esforzaba en imponerse sobre el ruido. Yo misma había escogido las palabras, quería mostrar que sabía francés y esperaba contentar a mi padre consiguiendo que nos prestaran atención. También quería tocarle la mano al príncipe.

Pero quedé decepcionada. Hamlet estiró el brazo y cogió las flores sin tocarme los dedos y sin reparar en mis palabras. Mientras se alejaba, vi que los pensamientos se desparramaban de su mano enguantada y caían al suelo, donde fueron pisoteados por muchos caballos y hombres. Sollocé con fuerza.

—No gastes tus lágrimas, pequeña —dijo Horacio—. A los chicos no nos interesan las flores.

—Exacto, en su lugar, danos espadas o palos —rio Laertes simulando que peleaba con Horacio.

Aun así, hice pucheros.

—Mira —dijo Horacio con amabilidad, y me cogió la mano—. Tu regalo no es el único que el príncipe Hamlet ha ignorado. No puede llevar tantas cosas a la vez.

Tenía razón, ya que por el suelo vi esparcidas cintas polvorientas y flores aplastadas que se marchitaban en su descuidada estela.

## Capítulo 3

Acabé decepcionada de mi intento de llamar la atención de Hamlet el día de su cumpleaños. Pero apenas un poco después, cuando yo menos lo deseaba, él se fijó en mí, y a causa de ello pasé mucha vergüenza.

Era un ajetreado día de mercado en el pueblo. Laertes y yo estábamos discutiendo. Su compañero, un chico mayor y tonto que se llamaba Edmund, me había hecho burla con la mano y me había puesto aún más furiosa. De repente, pasó una carretilla cargada de corderos que balaban, y uno de los animales más pequeños se coló entre las barras de madera de su jaula y cayó al suelo de la calle. El cordero se vio repentinamente liberado y se alejó trotando. Laertes vio la oportunidad de hacer algo de deporte y le dio caza. Corría muy rápido, así que atrapó al cordero sin dificultad y se abalanzó sobre él.

Entonces vi que Edmund corria hacia ellos y empezó a pinchar al animal con un palo. El débil balido del cordero me dio lástima.

—¡Para, Edmund! —grité, pero lo único que hizo aquel chico estúpido fue reírse de mí. Airada, me abalancé sobre Laertes y lo tumbé en el polvo.

—¡Apártate de mí, niña diabólica! —Mi hermano me maldijo mientras se asfixiaba en el lodo, pero aun así no soltaba al animal.

—¡Suéltalo, perro sarnoso! Es solo un corderito inocente —grité aporreándole la espalda—. ¡Te odio!

—¿Qué pasa? ¿Quiénes sois? —exclamó una voz sorprendida.

Sentada a horcajadas sobre Laertes, alcé la vista. Ahí estaban el príncipe Hamlet y Horacio. Edmund había huido.

—*Je le pensais*. ¡Me lo imaginaba! —dijo Hamlet.

Más tarde recordé que había hablado en francés y me pregunté si lo que quería era demostrarme que le había prestado atención a mi regalo de pensamientos. Pero en aquel momento me ruboricé con intensidad porque Hamlet me había visto enzarzada en una pelea con mi hermano.

—¡Vaya, pero si son la chica revoltosa y su hermano! —le dijo a Horacio—. Ya lo ves: son parientes, pero no tienen demasiada paciencia el uno con el otro.

Y entonces, como ya era demasiado tarde para recuperar mi dignidad, decidí liberar al cordero. Le pellizqué los codos a Laertes, quien gritó un poco y soltó a su presa. El animal se movió con un poco de dificultad y después salió pitando ileso. Desmonté de la espalda de mi hermano y me quedé de pie, con los puños en las caderas, pretendiendo plantarles cara aunque mis piernas estuvieran demasiado débiles.

Laertes me miró con desaprobación. Era evidente que su vergüenza era incluso mayor que la mía, ya que una simple niña lo había dominado. Me dio un poco de lástima, pero aun así saboreé mi triunfo.

—Mira. Te voy a enseñar cómo cazar a esta pequeña bruja —dijo Hamlet guiñándole el ojo a mi humillado hermano.

Me tomó por la cintura y me levantó por encima de su cabeza. Yo estaba tan sorprendida que no pude emitir sonido alguno. La boca del estómago me dio una voltereta de emoción. Me sujeté con firmeza a los antebrazos de Hamlet, y él me hizo girar hasta que grité desesperada y encantada. Entonces me dejó caer sobre un montón de heno, en el que me tumbé mareada y sin aliento. Horacio me tendió la mano y tiró de mí para que volviera a ponerme en pie.

—Vas a hacer que se encuentre mal —dijo agarrándome del brazo mientras yo vacilaba insegura.

—¡Oh, no! ¡Por favor, mi señor, hacedlo de nuevo! —supliqué, pero Hamlet ya se había vuelto hacia mi hermano.

—Venga, chico, vamos a luchar —le dijo a Laertes.

Observé cómo mi hermano y el príncipe forcejeaban, vi que la rapidez furiosa de Laertes se topaba con la calmada agilidad de Hamlet. Nadie se acordaba del cordero. A su alrededor se había congregado una multitud de chicos que aplaudían y animaban, mientras que Horacio, que se había quedado parado, parecía divertido. Yo temblaba de vez en cuando al recordar los giros y al pensar que el príncipe me había sujetado por la cintura firmemente con sus manos.

Laertes acabó el combate lleno de polvo, jadeando, y según me pareció, derrotado. Pero se había olvidado de su humillación anterior y estaba orgulloso.

Aquella noche, mi hermano alardeó para ganarse el favor de nuestro padre:

—Ofelia, ¿has visto cómo le sujetaba los brazos con fuerza hasta que lo he dejado ir?

Yo no tenía ganas de reanudar nuestro conflicto, así que simplemente asentí con la cabeza. Nuestro padre estaba complacido, ya que tenía grandes esperanzas de que Laertes se convirtiera, como Horacio, en un cortesano leal, confidente de Hamlet.

—Si sirves bien al príncipe, un día servirás al rey —lo instruyó mi padre—. Si lo sirves mal, ¡nuestros días están contados! —Se pasó el dedo por la garganta. Todo el mundo sabía, incluidos los niños, que hacer enfadar a un rey, incluso a uno tan bueno como el rey Hamlet, podía significar la muerte.

Para contentar a nuestro padre, Laertes aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para enfrentarse a Hamlet en feroces competiciones. Sabía que para ascender en la corte era necesario dominar toda clase de deportes y de combates. Con el tiempo, acabó siendo muy habilidoso y hubo veces en las que derrotó a Hamlet en los torneos de tiro con arco.

Un día los observé practicando el manejo de la espada con ramitas. Me di cuenta de que mi hermano, aunque fuera más joven, había crecido y ya tenía casi la misma estatura que el príncipe.

Hamlet y Laertes, blandiendo sus inofensivos floretes, se impulsaban y amagaban con una seriedad mortal. Me tapé la boca con la mano para ahogar la risa.

Horacio, que como siempre rondaba por ahí, se inclinó hacia mí y me dijo por sorpresa:

—Yo apuesto por el príncipe. ¿Y vos, señorita?

Yo iba despeinada y llevaba la falda rota. Realmente, aunque ya tuviera más de diez años, no era una señorita, sino más bien una chica masculina. Pero Horacio me sonreía amablemente, así que supe que no se estaba burlando de mí.

—Bueno, como es natural, yo apuesto por mi hermano —le contesté con timidez.

No estaba siendo del todo sincera, ya que no podía decir quién era mi favorito. Laertes era más ágil, pero Hamlet, más diestro. Observé al príncipe. Sus ojos brillantes estaban centrados en el combate, y la fuerza le tensaba los músculos de piernas y brazos. Le daba ventaja a mi hermano, entonces invertía sus posiciones y esquivaba los golpes. Al cabo de un rato, se dieron una tregua. Estaban sudados y mostraban las ronchas y los rasguños causados por sus improvisadas armas.

—Serás un buen espadachín y un digno oponente... —empezó a decir Hamlet. Ví a Laertes echar los hombros hacia atrás y henchirse de orgullo—... ¡de aquí a diez años! —terminó por decir el príncipe riendo.

Noté que en ese momento, su voz era la de un hombre.

Así, la rivalidad formaba parte de la vida en Elsinor, aunque fuéramos niños. También estábamos acostumbrados a la crueldad y a la severidad. Los golpes de la cuchara de madera del cocinero, las palabras duras del profesor y la negligencia de mi padre evidenciaban que el mundo era indiferente a mis sentimientos y a mi bienestar. Sin embargo, jamás se me había ocurrido que alguien pudiera tener la intención de hacerme realmente daño. Por eso no estaba preparada cuando Edmund, a quien yo consideraba un simple matón, empezó a mostrarme su faceta más amenazadora cuando estaba sola. Un día me cogió del brazo y me habló de manera indecente. No entendí lo que me decía hasta que no vi el movimiento que hacía con las manos. Entonces, simplemente me di la vuelta y me fui de allí asqueada. Otro día me empujó tras un árbol y me ofreció una moneda si me levantaba la falda para él. Sin decir ni una palabra, hui como un ciervo asustado.

—¡Si se lo cuentas a tu hermano, le diré que te has abalanzado sobre mí como una ramera! —vociferó a mi espalda.

No se lo dije a Laertes, más por vergüenza que por la amenaza de Edmund, así que cuando este me encontró de nuevo en un pasillo de Elsinor, me acorraló con osadía e intentó besarme.

—Te acabará gustando, y si no, no vales nada —me dijo con un tono de desprecio.

Esa vez sentí miedo, aunque no sabía exactamente lo que pretendía hacer mientras intentaba hurgar bajo mi falda. Lo empujé, pero no sirvió de nada, ya que él era más fuerte que Laertes. Entonces, por casualidad, mi rodilla encontró un punto sensible entre sus piernas, y Edmund se dobló insultándome mientras yo salía volando.

Dejé de verlo durante varias semanas y creí que finalmente había tirado la toalla, así que retomé mis costumbres. Solía nadar sola, imaginándome que era un pez grande y brillante, como

los que había visto en los libros antiguos. Mediante brazadas lentas y silenciosas me deslizaba hasta que llegaba a la curva donde el arroyo se alejaba del castillo. Allí, la corriente, después de transcurrir por las rocas donde las mujeres del pueblo lavaban la ropa, se ensanchaba y se convertía en una piscina de aguas tranquilas. Un día estaba haciendo el muerto en ella, con los ojos cerrados, escuchando el repiqueteo de los pájaros y a un martín pescador que volaba por encima del agua y cruzaba de orilla a orilla. Oí un ligero chapoteo, pero imaginé que sería el martín pescador zambulléndose para capturar a su presa. Entonces noté que una mano me agarraba el tobillo y me arrastraba bajo el agua. Creí que era Laertes gastándome una broma, aunque él me hubiera soltado enseguida. Pateé y me agité, pero la mano no aflojaba los dedos. Otra mano me presionó un hombro hacia abajo. Estaba desesperada por coger aire. Debía mantener la calma. Relajé el cuerpo, esperando que mi oponente pensara que me había sometido. En efecto, noté que aflojaba la fuerza, así que, con un movimiento rápido, giré el cuerpo y me escabullí. Rompí la superficie del agua y tragué aire con avidez. Quien se alejaba de mí nadando con brazadas rápidas y salvajes era Edmund.

—¡Serpiente asquerosa y repugnante! ¡Sapo! ¡Verruga! —le grité, pero él no se volvió ni miró hacia atrás.

Mientras me atragantaba con el agua que tenía en la garganta, unos fuertes brazos me asieron por detrás. Forcejeé de nuevo, hasta que vi que era el príncipe Hamlet, que me dejó en el césped de la orilla. Yo llevaba el delgado blusón pegado a la piel, y me temblaban débilmente brazos y piernas.

—¿A qué temible monstruo de las profundidades os enfrentáis, pequeña Ofelia?

—A ese chico malvado. ¡Lo odio! Pero no puede conmigo —dije bravucona—. Mirad cómo huye ese sapo.

Señalé la orilla lejana del arroyo, donde Edmund se escurría entre la alta hierba. Hamlet frunció el ceño.

—Ese granuja es el hijo del tesorero de mi padre, un hombre deshonesto. Eso demuestra que de tal palo, tal astilla —dijo. Al ver que yo temblaba, se quitó la capa corta que llevaba y me la puso sobre los hombros—. No deberíais estar en su compañía.

—¿Creéis que lo he buscado? —exclamé—. ¡No! ¡Él me ha atacado!

—Deberíais llevar una daga. No me tendréis siempre cerca para rescataros del peligro. —Esta vez sonrió, y los ojos azules se le alegraron al momento.

—No necesito que me rescaten —dije, aunque me estremecí al pensar en el daño que Edmund me habría hecho si la presencia de Hamlet no lo hubiera asustado—. Sé nadar como las truchas que viven en este arroyo —presumí para ocultar mi miedo.

—A uno le basta con hacerle cosquillas a una trucha para que esta se le ponga en la mano de un salto. —Hamlet me guiñó el ojo y movió los dedos.

Supuse que quería hacerme cosquillas, así que prescindí de su capa, me deslicé dentro del agua y me alejé de la orilla.

—No podéis lanzarme el anzuelo como a un pez —dije, ya que no me había gustado su provocación.

—Eso es evidente, vos sois como la anguila proverbial, siempre escurridiza en mi presencia —exclamó.

Nadé río arriba sintiendo la contracorriente. Hamlet me seguía por la orilla e imitaba mis movimientos de natación.

—¡Es una verdadera sirena! Mirad: por arriba es una mujer y por abajo tiene cola de pez.

Yo no tenía las curvas de una sirena, ya que mi cuerpo era tan delgado como el de un chico. ¿Por qué me tomaba el pelo? Me puse a nadar de espaldas y pataleé, intentando salpicar su elegante ropa para obligarlo a retirarse. Pero él simplemente se rio y se pellizó la túnica para mostrarme que esta ya estaba empapada.

Cuando llegué al lugar donde los sauces se arqueaban sobre una piscina profunda del riachuelo, me detuve para caminar por dentro del agua. Me estaba quedando sin aliento. Tenía el corpiño y la falda colocados sobre la rama de un árbol de la orilla. Era una distancia que no pensaba recorrer bajo la mirada de Hamlet.

—Que tengáis un buen día, lord Hamlet —le dije invitándolo a irse.

Él sonrió, hizo una reverencia y se alejó. Subió por la pradera donde se mecían las margaritas de ojos dorados.

—¡Voy de inmediato, mi buen Horacio! Acabo de pescar a una sirena. ¡Nunca creí que encontraría tal entretenimiento tan lejos del mar! —gritó sin parar de reírse.

Ví a su amigo en la cima de la colina, un testigo de nuestro encuentro. Detrás de Horacio, los austeros pretils de Elsinor eran apenas visibles.

Una vez se fueron, me deslicé fuera del agua, y cobijada bajo las largas ramas de un sauce, me puse la ropa que el sol había calentado. El corazón me latía desbocado por la emoción.

## Capítulo 4

Alguien debió de hablarle a mi padre sobre mis modales rebeldes. Poco después del incidente en el arroyo, me dio un vestido nuevo de satén y peinetas de asta para el cabello. Con unos dedos no habituados a tales tareas, me desenredó el pelo y lo cepilló hasta que me dolió la cabeza. Entonces me indicó que lo acompañara mientras asistía al rey y que, en presencia de la reina, me inclinara y asintiera con la cabeza sin decir ni una palabra.

—No mires fijamente al sol para que no te ciegue, pero quédate bajo su luz y deja que te caliente —me instruyó. Esa fue una de las numerosas máximas que me hizo aprender de memoria.

Gertrudis era, sin duda, muy bella y majestuosa, tanto que no me atrevía a mirarla, incluso cuando me tocó los rizos y preguntó cómo me llamaba.

—Se llama Ofelia. Es mi hija y mi tesoro, la copia exacta y la viva imagen de su difunta y añorada madre —dijo mi padre con grandilocuencia antes de que yo pudiera abrir la boca.

Gertrudis me levantó la barbilla, y vi el interior de unos ojos profundos, grises y llenos de misterio.

—Tiene un semblante dulce, es una niña hermosa —murmuró—. Apuesto a que también es vivaz —añadió con una sonrisa.

Sentí que un vago anhelo me invadía. Bajé la mirada e hice una gran reverencia.

Las palabras de aprobación de la reina Gertrudis cambiaron mi fortuna, y me convertí en un miembro de su casa. Ese mismo día enviaron a un sirviente a buscar mi pequeño baúl. Mi padre se sonreía y tarareaba, satisfecho por su propio beneficio.

Sin embargo, yo era reacia a irme. Aunque no quisiera a mi padre con locura, estaba habituada a su compañía. Además, tampoco deseaba cambiar mis costumbres.

—No quiero dejaros a vos ni a Laertes —dije con voz suplicante.

—Pero yo no puedo cuidar de ti. No tengo ni idea de cómo criar a una joven. Es una tarea más apropiada para las mujeres —sentenció como si se tratara de una verdad evidente para cualquier persona con un poco de entendimiento.

Clavé los talones en el suelo y resistí el tirón que me dio del brazo.

—Vamos, basta de perder el tiempo —dijo. Y añadió con más suavidad—: Servir a la reina es un gran honor.

—Pero ¿qué debo hacer si no la complazco o es dura conmigo?

—Obedécela. ¡Eso es todo! Vete ya, niña, y no te comportes como una tonta —dijo mi padre, impaciente de nuevo.

Entonces apretó algo contra la palma de mi mano. Era el retrato diminuto de mi madre con su

marco dorado. Sentí que, dentro de mí, empezaba a titilar una pequeña llama de coraje.

El trayecto desde las dependencias de mi padre, en la periferia del castillo, hasta las habitaciones de Gertrudis, en el corazón de Elsinor, se me hizo muy largo. Dimos tantas vueltas que acabé perdida. Seguí al sirviente mientras pasábamos por las residencias de los ministros y los cortesanos que eran más importantes que mi padre. Lo seguí a través de la sala de guardia, donde había hombres durmiendo, hablando de manera ociosa o jugando a los dados. Apenas nos miraron cuando entramos en el pasillo que conducía a los aposentos de la reina.

Maravillada, aminoré el paso en la larga galería que discurría por encima del gran salón. Estaba revestida de vívidos tapices que representaban a dioses y diosas, soldados y cazadores, damas y unicornios. Empecé a pensar que quizá sería emocionante pasar mis días entre tanto esplendor.

Cuando llegamos a una habitación cercana al dormitorio de la reina, el sirviente se fue y me dejó sola. La habitación, estrecha pero inundada de sol, contenía una cama, un taburete, una mesa torcida y una estera de junco. Había una chimenea donde podría prender un pequeño fuego para calentarme. La ventana estaba orientada al sur. Miré hacia fuera y vi un jardín y un laberinto a lo lejos. Como no sabía qué me ocurriría a partir de entonces, me agarré fuerte a la imagen de mi madre. Me sentía a la vez abandonada y elegida, desesperada y esperanzada.

Un fuerte resuello y unos pies que se arrastraban me anunciaron que alguien llegaba a mi puerta. Una mujer de edad avanzada entró en mi habitación. Era robusta y estaba casi sin aliento. Se secaba constantemente la frente y el cuello húmedos. Unos rizos blancos le brotaban bajo la cofia como si fueran puntillas de musgo pálido. Era Elnora, lady Valdemar. En ella había recaído la tarea, un infortunio que no se merecía, de guiar mi educación y de enseñarme a comportarme en la corte. Me hizo saber de inmediato que se trataba de una tarea imposible.

—¡He oído que tienes por costumbre quitarte la falda y nadar! ¡Que corres y revoloteas con chicos por los terrenos del castillo! —Al final de cada frase, su voz se alzaba con incredulidad—. Todo eso termina ahora, ya que no hay nada que pueda ser más impropio de una dama de la corte de la reina Gertrudis. —Sus rizos oscilaban mientras negaba con la cabeza en señal de desaprobación.

Sentí que era injusto que me regañara, pero solo dije:

—Deseo hacer lo que os resulte grato.

Mi padre habría estado orgulloso de esa respuesta.

—Evidentemente. De otro modo, te mandaremos de vuelta a esa cueva de la que vienes. ¿Qué edad tienes? ¿Once años? ¡Has vivido sin reglas hasta ahora! ¡Bah! Ningún caballo aceptaría las bridas ni el bocado después de tanto tiempo.

No me gustó que me comparara con un caballo.

—Cuando estudio sé comportarme —repliqué—. Si leo a Ptolomeo o a Heródoto, puedo estar sentada durante horas sin moverme. —Anhelaba mostrarle que tenía algo de virtud y que no me faltaba educación.

—Se acabó estudiar filosofía y a los antiguos —dijo con firmeza—. Ningún hombre quiere a una esposa más instruida que él por miedo a que ella sea una arpía que lo obligue a llevar las faldas.

—¡No me convertiré en una arpía! —dije, pensando que a menudo había vencido a Laertes. Pero después de replicar, me mordí la lengua. ¿Sería siempre tan conflictiva?—. Por favor, enseñadme entonces cómo debería comportarme —dije con suavidad.

—Lo que debes aprender sobre el buen decoro llenaría volúmenes —dijo con un suspiro de agotamiento—. Los que han nacido en la nobleza ya llevan dentro un proceder virtuoso. El resto puede practicar y aprender, pero la dificultad es muy grande.

Empecé a desesperarme, pero recordé lo bien que se me daba aprender, así que me prometí a mí misma dominar ese nuevo tema.

Entonces Elnora hizo que me quitara la ropa. Me examinó todas las extremidades y me palpó el latido del corazón en la muñeca.

—Un buen cuerpo, suena bien. Tienes las extremidades fuertes y estás proporcionada —dijo. Su tono de aprobación me dio alguna esperanza.

Se detuvo en las finas cicatrices que tenía en la espalda y en la pierna, y le conté lo del perro que me había mordido.

—Bueno, no estés avergonzada. La viruela ha desdibujado la belleza de muchas jóvenes. Eres afortunada.

Con una cinta, me midió la estatura y la cintura y apuntó los números. Dijo que debía tener un guardarropa de sábanas y de vestidos sencillos que fuera adecuado para mi nueva posición. Me emocionó la perspectiva de tener ropa nueva que reemplazara la vestimenta desgastada y vulgar que ya me había quedado pequeña. Incluso empecé a tener la esperanza de que Elnora sería amable conmigo si no le causaba demasiados problemas.

Pero en los días siguientes estaba triste, como si no solo me hubiera trasladado a la otra parte del patio de Elsinor, sino al otro lado del océano. Echaba de menos mis estudios y el deleite de seguir a Laertes y a sus compañeros. Aunque me había unido al mundo de las mujeres, aún me sentía como una niña, ignorada y perdida en aquel reino nuevo. Las damas de la corte, con sus radiantes plumajes y sus voces gorjeantes, parecían un montón de pájaros dentro de una jaula bañada en oro. En medio de todas ellas, yo era un simple petirrojo anhelante de libertad e incapaz de cantar a causa de los barrotes que me rodeaban.

Elnora me dijo que no debía estar malhumorada ni descontenta. Cada día me repetía esta regla:

—Una dama debe desear complacer, primero, a su reina, y segundo, al hombre con el que se casará. —Y añadía—: Solo los niños pueden complacerse a sí mismos, y tú, Ofelia, ya no eres una niña.

Su reprimenda me hacía aún más infeliz, como si ser una niña fuera una falta que yo había cometido y que debía expiar.

Aprendí que convertirse en una dama no resultaba fácil. Era inepta para mis nuevas lecciones,

sobre todo para la aguja. Las damas de Gertrudis estaban orgullosas de sus labores, pero para mí, aquel acero fino y afilado era un instrumento de tortura. Antes de llegar a dominar el punto más simple, me pinché los torpes dedos hasta sangrar y arruinar metros de seda. Habría estado encantada de pasarme horas sentada, leyendo o escribiendo, pero cuando cosía no podía estarme quieta y, a veces, lloraba de aburrimiento.

Sin embargo, trabajaba mucho, y cualquier aprobación mínima y apenas perceptible de Elnora me ponía contenta. Creía que su benevolencia me llevaría a obtener el favor de la reina. Por eso intentaba pensar como mi padre. Deseaba ser una hija solícita, no quería fracasar en mis tareas y deshonrarlo, así que me esforcé diligentemente en aprender música, ya que era algo que una dama de la corte debía hacer. Tuve algo de éxito con las cuerdas del laúd, pero los dedos me iban a trompicones sobre las teclas de la espineta. Me di cuenta de que cantar me salía de forma natural, y Elnora elogió mi voz. Así que a menudo inventaba cancioncillas para animarme. A veces, estas provocaban una sonrisa que arrugaba el rostro redondo y ancho de mi tutora.

También quería gustar a las otras damas, especialmente a Cristiana, ya que teníamos más o menos la misma edad y yo quería que fuera mi amiga. El padre de Cristiana era el primo de la reina, así que ella era de alta cuna. Tenía los ojos verdes, poco comunes, y era casi una belleza aunque su nariz fuera demasiado larga. A diferencia de mí, se contentaba con hacer punto durante horas y estaba orgullosa de sus labores. Llevaba un petillo cosido a su corpiño y ceñido al pecho que ella misma había bordado todo de hiedras y mariposas. Incluso la reina lo había admirado. Cristiana también era muy hábil con el pincel: pintaba unos pájaros que parecían estar vivos y unas flores y unos rostros que yo podía reconocer como los de la reina Gertrudis y sus damas.

—¿Me harías un retrato? —le pregunté un día, y ella se me quedó mirando, examinándome con frialdad.

—No lo creo. Tus rasgos no tienen nada remarcable —dijo, y siguió con su tarea.

Me pregunté si realmente yo era tan vulgar. Otro día alabé su labor, ya que pensaba que un cumplido le suavizaría el carácter.

—Por favor, ¿podrías guiarme con este punto nuevo? —Le tendí mi muestra—. Tu trabajo es muy preciso.

—¿Para qué? Nunca dominarás esta tarea porque tienes los dedos gruesos y torpes —me dijo apartándome la mano.

En otra ocasión estaba aprendiendo un baile, un alegre bran, ya que se esperaba que todas las damas de Gertrudis bailaran con elegancia. Estaba ensayando vigorosamente, disfrutando del rápido latido de mi corazón. Era casi como correr y nadar, unos deportes que echaba de menos.

—¡Miradla! —me señaló Cristiana—. Brinca como una cabra. ¡Qué indecorosa! Sería mejor que le pusiéramos cascabeles en los pies y que bailara en un festival rural.

Se rieron entre ellas y coincidieron en que yo debería controlarme más.

Aquella noche, Elnora me encontró llorando.

—¿Qué es lo que te aflige? Ven, no estés taciturna. El mal humor hará que te pongas enferma.

—¿Por qué Cristiana me desprecia tanto? —lloré—. ¿De qué manera la he ofendido?

Elnora suspiró e hizo descender su gran figura hasta un amplio banco. Dio unas palmaditas en el sitio que había a su lado, y yo me senté. Me atreví a recostarme ligeramente en ella. No me apartó.

—Ahora que estás entre nosotras, Cristiana ya no es la más humilde, y debe atormentarte con la poca autoridad que tiene —me explicó Elnora al límite de su paciencia—. ¿Has visto que las gallinas del patio se pican las unas a las otras y que cada una escoge justo a una que sea más débil que ella? Pasa lo mismo cuando una nueva dama de compañía se une a la corte. En los veinticinco años que llevo con la reina, lo he visto más veces de las que puedo contar.

Cogí aire.

—¡Veinticinco años! —dije—. Más del doble de mi propia vida. —Me recosté un poco más en ella—. ¿Qué más habéis visto?

Elnora dudó considerando si me consentía o si me mandaba a hacer otras cosas. Le puse un cojín en la espalda para persuadirla, y ella se acomodó agradecida.

—Ahora soy vieja y estoy cansada —dijo agitando la cabeza—, pero no fue siempre así. Antes era robusta y bonita, aunque no tan hermosa como la reina. Que me eligiera para servirla fue un honor, era mucho más de lo que me merecía. Recuerdo cómo lloré de alegría al verla casarse con el rey Hamlet. Entonces ella era tan solo una chiquilla, había nacido en la nobleza y era un ejemplo de virtud. No la educaron en la corte, sino en el mejor convento de Dinamarca. El rey decía que se había casado con un ángel, ya que era la unión perfecta de gracia y belleza. Por su parte, él era un hombre de mundo y un guerrero. Ha sido un rey sabio y un buen juez de hombres. De entre las filas de todos sus nobles, escogió a mi merecedor esposo, lord Valdemar, para que fuera uno de sus consejeros privados —dijo orgullosa.

—¿Y cómo os eligió a vos lord Valdemar? —le pregunté.

Elnora sonrió ante ese recuerdo lejano.

—Hace muchos años, su padre y mi padre lucharon juntos contra Noruega. Nos comprometieron al uno con el otro cuando mi señor todavía era un muchacho y yo bebía del pecho de mi madre —respondió.

Deseaba preguntarle si había sido madre, pero no me atreví. Aun así, pareció leerme el pensamiento.

—Por desgracia, no fuimos bendecidos con niños. Es mi gran pena —dijo con un suspiro—. Pero quiera o no, esa es la voluntad de Dios —añadió con rapidez—. En su lugar, fui bendecida con el privilegio de asistir a la reina en sus partos. Más de uno acabaron en aflicción, con bebés que nacían demasiado pronto. Un viaje de nueve meses es peligroso tanto para la madre como para el niño, ya lo sabes.

—Lo sé —susurré.

—Entonces llegó el príncipe Hamlet, llorando y agitándose desde el primer momento en el que empezó a respirar. Aunque fuera tan fuerte como un roble joven, su madre temía que tuviera un

accidente o contrajera una enfermedad repentina. Apenas lo perdía de vista. Pero cuando la reina descansaba, yo me llevaba al príncipe y lo dejaba rodar por la pradera para que se hiciera un poco duro. A veces, yo fingía que era mi propio hijo, no tenía dificultades en hacerse querer por los demás. Ahora el chico ya no piensa en la vieja Elnora. —Resolló y se tocó los ojos con suavidad. Entonces me miró como si se sorprendiera de mi presencia—. ¡No tendría que estar contándote estas cosas! —dijo regañándose a sí misma—. Siéntate recta, no como una babosa. No, levántate. Ve a arreglarte el pelo con más esmero.

—Os prometo que puedo ser discreta —dije.

Le sujeté la mano, con su carne hinchada y sus huesos nudosos, entre mis pequeñas manos, que no eran gruesas ni torpes, como había afirmado Cristiana. Seguidamente, me levanté e hice lo que me había ordenado.

Aprendí cómo contentar a Elnora para que me tratara con amabilidad. No la agotaba con parloteos, como suelen hacer las jovencitas, sino que la escuchaba mientras ella paseaba por su extensa memoria. Me habló de los tiempos oscuros en los que Dinamarca estaba en guerra con Noruega y una larga sequía había traído hambruna al pueblo y hambre al castillo. Me contó que una vez estalló una plaga extraña que afectó a cientos de personas, Gertrudis entre ellas, y cómo ella cuidó a la reina desde el umbral de la muerte hasta su completa recuperación.

Me sorprendió descubrir que Elnora poseía un profundo conocimiento de las medicinas y las hierbas. Las damas de la corte y las doncellas acudían a ella para conseguir pociones de amor hechas de trinitaria, otro nombre para mi querida flor del pensamiento. Los que tenían reuma en los riñones se favorecían de su apósito de mostaza, sencillo pero picante. Como Elnora tenía los ojos débiles y las rodillas entumecidas, yo la ayudaba a cavar para buscar raíces y a mesurar trocitos de plantas secas. Yo era su sombra, la seguía como si formara parte de mi familia, hacía lo que me pedía y me anticipaba a sus deseos.

Con Elnora visité por primera vez a Mechtild, la sabia mujer cuyas habilidades en medicina eran legendarias en Elsinor. Era una figura misteriosa y solitaria a la que muy pocos habían visto. Vivía pasada la parte más alejada del pueblo, donde nunca antes me había aventurado. De vez en cuando, Elnora la visitaba para comprar hierbas que no crecían en Elsinor y medicinas que solo Mechtild sabía elaborar. Le supliqué a mi tutora que me diera permiso para ir con ella; deseaba conocer a aquella extraña mujer y, además, hacía meses que había dejado Elsinor y anhelaba estar de nuevo en el bosque. Un día cedió, y partimos del castillo en una litera rodeada de cortinas y llevada por sirvientes. Viajamos a través de pueblos y nos detuvimos en el límite del bosque. El trayecto final hasta la cabaña de Mechtild lo haríamos a pie, ya que Elnora quería mantener en secreto su tarea. Se apoyó en mi brazo para sostenerse. La guie alrededor de las piedras del sendero y aparté las zarzas y las ramas que se le podían enganchar en las faldas.

—¿Te he hablado alguna vez de cuando acusaron de brujería a Mechtild? —me preguntó Elnora, y se detuvo a descansar en una gran roca—. Pero el denunciante se retractó después de

que le aparecieran unos forúnculos misteriosos. Algunos decían que aquello demostraba los cargos, mientras que otros afirmaban que Dios lo había castigado por sus crueles mentiras.

Abrí los ojos de par en par asombrada.

—¿Es una bruja? —pregunté—. He leído cosas sobre las que ejercen la magia negra.

—Es poderosa, pero no está al servicio del diablo. Aunque nunca me atrevería a engañarla o enojarla —se apresuró a decir.

La casita de Mechtild, con su techo de paja, se acurrucaba en el límite del bosque. Un huerto enorme se extendía en un claro, repleto de plantas familiares y exóticas, de ingredientes para todas las medicinas imaginables y los linimentos favoritos de la corte. La mujer sabia se acercó a nosotras con pasos lentos. Se la veía más débil que enérgica, y apenas parecía peligrosa. Un perrito negro, tan enjuto y marchito como ella, trotaba a su lado. Me encogí al verlo, hasta que la pequeña criatura me lamió la mano para saludarme amistosamente. No pude evitar sonreír.

—No temas, no te hará daño —me dijo Mechtild.

Aunque estaba muy encorvada, levantó hacia mí su negra mirada, que parecía conocer mi pasado. Mientras tanto, Elnora se ocupaba de sus asuntos.

—Últimamente la reina ha tenido problemas de insomnio. Se despierta y no puede volver a dormirse, y el pulso le late con rapidez. El agua de cebada con amapola molida ya no la relaja.

Mechtild asintió sabiamente con la cabeza y nos hizo señas para que la siguiéramos hacia el jardín. Su exuberancia salvaje nos abrazó, y unos perfumes extraños dieron la bienvenida a mi nariz. Una planta de tallo negro se elevaba sobre nosotras; sus hojas verdes y oscuras, más anchas que la mano de un hombre, albergaban unas flores moradas en forma de campana. Mechtild las señaló pensativa.

—Las solanáceas quizá. Solo unas pocas bayas. Las hojas, humedecidas con vino y aplicadas en la sien —murmuró la anciana para sí misma, pero mis oídos captaron sus palabras, y mi memoria se alimentó con ellas—. La mandrágora no, es demasiado fuerte. En su lugar, quizá una infusión con una gota de beleño negro. —Una vez se hubo decidido, arrancó algunas hojas y bayas—. Para ti, hija mía —dijo Mechtild dirigiendo sus intensos ojos hacia mí—, recomiendo el agua de fresa destilada, ya que no solo suaviza la piel, sino que también protege de las pasiones del corazón.

—Aún estoy verde y no sé nada del amor —murmuré bajando la mirada y dirigiéndola hacia el perro.

—Ah, pero pronto sabrás. Nadie que esté en la corte puede permanecer inocente en lo que al amor se refiere. Asegúrate de cuidar tus emociones —dijo levantando el índice torcido para enfatizar su consejo.

Pensé en el bellaco de Edmund y en sus deseos oscuros. Recordé cómo me estremecí cuando Hamlet me sacó del arroyo y me miró fijamente. Deseaba cambiar de tema porque parecía que Mechtild pudiera penetrar en mi mente.

—¿Tenéis algo para Elnora? —dije—. Aunque nunca se queja, sé que a menudo le duele el

costado y entonces le cuesta respirar.

—¡Ofelia! Hoy no hemos venido a eso —dijo mi tutora con brusquedad, aunque fue un reproche leve.

—Mmm, eres una chica atenta. Recomiendo el comino. Es raro y oloroso. Seguro que no se encuentra entre las especias de tu reina. Una cataplasma aplicada en el costado. Voy a prepararlo. —Y nos guio hacia la cabaña.

En el interior de la casita, una gran alacena dominaba la única habitación. Observé con curiosidad a Mechtild abriendo las puertas y dejando al descubierto todas las herramientas propias de un boticario. Sacó un mortero y empezó a moler semillas mientras Elnora examinaba la balanza.

Entretanto, mi mirada se había posado sobre la repisa superior de la alacena. Me quedé mirando una hilera de frasquitos oscuros, sellados con cera, cuyas etiquetas tenían el símbolo de la muerte. Contuve la respiración y ahogué un grito que hizo que Mechtild levantara la vista de lo que la mantenía ocupada.

—Tintura de belladona. Granos de opio. Beleño negro destilado. Si se usan mal, provocan la muerte —me explicó con sobriedad.

—¡Bah! Ofelia, aparta la mirada, no sea que tientes al mal —dijo Elnora. Se persignó y me alejó de allí.

Mechtild cerró la puerta de la alacena y giró la llave. La sacó y se la metió en el fondo del bolsillo, donde, seguramente, la curva de su viejo cuerpo protegía muchos secretos.

## Capítulo 5

Poco después de visitar a Mechtild, descubrí un libro que Elnora había dejado a un lado, ya que sus débiles ojos no le permitían leer. Se titulaba *El herbario o Historia general de las plantas* y era tan pesado como un cofrecito lleno de monedas. Para mí, era un tesoro mucho más valioso que el oro. Cuando me cansaba de la costura, que era a menudo, examinaba el libro con una fascinación cada vez mayor. Estudié sus precisos dibujos y guardé en mi memoria las virtudes y los usos de todas las plantas. Aprendí que tomar peonía con vino ayuda a mitigar las pesadillas o los sueños melancólicos. Cuando una madre da a luz a su hijo, las semillas de perejil ayudan a que la placenta se expulse limpiamente. El ruibarbo purga la locura y la histeria. El hinojo agudiza la vista y es un antídoto para algunos venenos. Me aprendí de memoria todo eso y mucho más. Pronto Elnora empezó a confiar en mí para crear nuevas mezclas y tónicos. Copié la cataplasma de comino de Mechtild, y a Elnora se le alivió el dolor del costado. Me reprendía menos por mi pereza y mi melancolía, y me dejaba más tiempo para estudiar y escribir.

Como Elnora me permitía estudiar el libro que tanto me había embelesado, intenté contentarla acompañándola a misa. Cuando el predicador clamaba contra el orgullo y la vanidad, ella me daba un codazo para que prestara atención. También leí los libros de conducta que me prescribió para aprender valores morales, aunque eran muy tediosos. En todos se decía que debía permanecer callada, casta y obediente porque de lo contrario, el mundo se pondría patas arriba por culpa de mi maldad. Me reí de eso porque sospechaba que el autor no sabía nada de mujeres y que, sobre todo, no les tenía ninguna estima. Otro manual me aconsejaba que guardara silencio, aunque no siempre, para poder cultivar el arte de conversar de manera ingeniosa pero modesta, que era lo que distinguía a una dama de la corte. Yo prefería este último libro.

Sin embargo, no tenía ocasión de conversar de manera ingeniosa, excepto conmigo misma. A veces, mientras trabajaba, me imaginaba las dos partes de una conversación entre una bella mujer y su noble pretendiente, o me enfrentaba en mi mente a los escritores ignorantes que condenaban a las mujeres por ser frágiles y no tener virtud. Esos ejercicios me ayudaban a distraerme de las tareas domésticas que recaían sobre mí por el hecho de ser la dama inferior de Gertrudis. Tenía que vaciar su orinal, tarea que antes desempeñaba Cristiana. También debía ir a buscar cántaros de agua para los baños de la reina y luego vaciar la tina hasta que me dolían los brazos y se me hinchaban los pies de tanto correr del pozo a las letrinas. Era desalentador que me hubieran elegido como si fuera una nueva baratija y que luego me olvidaran. Me habían tratado como un mero capricho. Gertrudis rara vez me hablaba, pero yo la observaba, y mis ojos bebían de su belleza. El pelo le brillaba como la madera de roble aceitada, y parecía que su alma se escondía

tras esos ojos grises. Aún mantenía las curvas y no tenía ni una arruga en la cara. Sus damas siempre elogiaban su belleza, y a ella le encantaba que le dijeran que era demasiado joven para ser la madre de un príncipe casi adulto. Como ella, yo también me arreglaba el pelo con una larga trenza. A veces me la metía bajo una cofia que yo misma había bordado, más bien toscamente, con pensamientos. Anhelaba saber si ella aprobaba mi vestimenta y mis maneras. Me dolía pensar que no se daba cuenta de los esfuerzos que hacía para complacerla.

La humildad era una cualidad que me costaba mucho aprender, ya que no me gustaba ser siempre sumisa y estar con los ojos bajos. Aunque un día, al mirar hacia abajo, descubrí una cosa sorprendente: me habían aparecido curvas nuevas en el cuerpo. Dos pechos pequeños me redondeaban el corpiño de seda; empezaron a doler y a palpitar. Un día, mis flores iniciaron un flujo de sangre de un color vivo, y sentí un dolor agudo en el vientre. Corrí en busca de Elnora.

—¡Me he hecho daño! ¡No sé cómo! —lloré aterrorizada.

Ella me tranquilizó y me secó las lágrimas. Me trajo paños limpios y me explicó cómo se engendra a un hijo. Me fascinó que desde entonces mi cuerpo pudiera crear a un bebé, y me asusté al pensar en el dolor que me esperaba en el futuro. Verse empujada de golpe a la edad adulta suponía un giro inesperado de la fortuna.

Ahora que ya era una mujer joven, determiné enorgullecerme más de mis vestidos y mis ornamentos, aunque otras damas los hubieran llevado antes que yo. Me parecía que los puños de encaje intensificaban la blancura de mis manos. La gorguera rígida, que entonces estaba de moda, me enmarcaba la cara y causaba un buen efecto. No obstante, la primera vez que la llevé, Cristiana me insultó:

—¡Tienes el cuello demasiado corto, pareces un bulldog! —dijo con sorna.

—Y tú tienes manchas en la cara que has olvidado maquillar —repliqué, y eso hizo que se enojara en silencio.

Yo no necesitaba pintarme, ya que tenía un brillo natural en las mejillas y los labios, y mi piel estaba suave gracias al agua de fresa de Mechtild. Me sentí satisfecha y un poco orgullosa, pero pensé que como mujer de la corte, debía medir mi vanidad.

Ahora ya tenía trece años, una edad en la que muchas jóvenes empezaban a ser cortejadas y algunas ya estaban comprometidas. Observaba con curiosidad cómo los hombres y las mujeres actuaban unos en presencia de otras. Practiqué los movimientos de cabeza y hombros como había visto hacer a una de las damas de la reina que conversaba con un joven lord. Me pregunté si Hamlet lo consideraría un movimiento atractivo. Cuando veía mi reflejo en un cuenco de agua o en un espejo, pensaba que Hamlet se asombraría al ver cómo me había transformado de niña salvaje en una dama. Pero no nos habíamos vuelto a ver desde aquel día tan lejano en el arroyo. Hamlet se había ido a Alemania a estudiar en la Universidad de Wittenberg. Seguro que tenía la cabeza demasiado ocupada como para acordarse de mí, y yo tan solo tenía unos pocos minutos de ocio cada día para pensar en él.

Además, me recordaban diariamente que mi aceptación en la corte de Elsinor era improbable y

precaria.

—Tu padre es un don nadie, y tú no eres nada, Ofelia —se burló de mí Cristiana—. No entiendo qué ve la reina en ti. ¡Ja! —rio levemente.

No dije nada para defenderme. Todavía estaba enfadada porque parecía que mi padre no se preocupaba por mí, y me avergonzaba de la pobreza de mi familia. ¿Por qué Gertrudis se habría de quedar conmigo?

La respuesta no tardó en llegar. Cuando la reina se enteró de que me habían educado en latín y en francés, me pidió que leyera en voz alta mientras ella y sus damas trabajaban en sus bordados. Uno de los libros favoritos de Gertrudis era *Espejo del alma pecadora*, escrito, según nos dijo, por Margarita, la reina de Navarra y Francia. Yo estaba contenta de leer en voz alta y traducir mientras leía, ya que ejercitaba de nuevo la mente y la lengua. Aunque siguiera llevando a cabo las tareas más humildes, me atreví a pensar que mi estatus en la corte estaba mejorando.

Gertrudis sabía que a las otras damas no les gustaban esos ejercicios moralizadores. Me miraban con el ceño fruncido porque les leía oraciones y meditaciones cuando ellas hubieran preferido chismorrear. Pero si era Gertrudis quien recitaba las plegarias, se inclinaban, se santiguaban y parecía que prestaban mucha atención.

—Debemos observar en este espejo aquello que se nos asemeja y reflexionar sobre nuestros pecados —dijo tocando el libro con suavidad—. Me temo que estaría descuidando mi deber si no me ocupara de vuestro bienestar espiritual. —Sus palabras y su tono de voz transmitían casi una disculpa.

Pronto descubrí que la piedad de Gertrudis ocultaba un placer secreto. Una noche me llamó a su habitación. Llevaba el pelo suelto, y los rizos le brillaban a la luz de las velas. Vestía un camisón abrochado al corpiño con botones enjovados. Se arrodilló como si fuera a rezar y despidió a Cristiana, que dejó el cuenco de agua perfumada que llevaba en las manos.

—Mis ojos cansados entorpecen mis devociones —dijo—. Ofelia me leerá las Sagradas Escrituras.

Cristiana me fulminó con la mirada, como el monstruo proverbial de ojos verdes. En aquel momento, por increíble que fuera, me dio la impresión de que estaba celosa. No obstante, no tuve tiempo de detenerme en el descubrimiento, ya que la reina exigía mi atención. Cristiana se retiró discretamente y cerró la puerta. Yo me quedé de pie esperando. Gertrudis se levantó para ir a buscar un pequeño libro del estante más elevado, volvió al diván con cojines y me hizo señas para que me sentara a sus pies. Me senté, tan silenciosa como un gato. El libro que me dio se parecía a sus otros libros religiosos. Se titulaba *Heptamerón*, y vi que también lo había escrito la piadosa reina Margarita.

Abrí el libro por la página en la que había una cinta. Empecé a leer en voz alta y me di cuenta, avergonzada, de que no se trataba de un libro de oraciones. Mientras leía una historia sobre una mujer noble que estaba casada con un ingenuo y que era seducida por un guapo truhan, me sonrojé, y mi voz se convirtió en apenas un murmullo. ¡Elnora me habría castigado por leer un libro así!

¡Incluso me habría prohibido que tocara su cierre! Pero, noche tras noche, Gertrudis y yo nos dedicábamos durante una hora o más a leer historias de amor y deseo. Después, la reina volvía a poner el libro en su sitio y me daba las buenas noches. Yo regresaba a mi habitación sintiéndome muy culpable, pero la curiosidad me consumía.

Una noche, cuando ya había terminado de leer, Gertrudis me dio algunos dices: una peineta perlada para el pelo y un espejito con una grieta. Me arrodillé y se lo agradecí. Entonces, como esa muestra de amabilidad me había envalentonado, me atreví a preguntarle:

—Mi señora, vos sois la reina. ¿Por qué leéis ese libro en secreto?

Gertrudis suspiró.

—Mi buena Ofelia —dijo—, el rey es un hombre piadoso y decente. —Toqueteó el retrato en miniatura de él que llevaba en una cinta alrededor del cuello—. Se sentiría apenado si supiera que leo tales historias, ya que los hombres dicen que no son adecuadas para el oído de una dama.

—Y como yo no soy una dama, no me harán ningún daño —dije.

Gertrudis rio. Era un sonido musical, que me recordó a un carillón.

—Eres sabia e ingeniosa, Ofelia. No derrochas las palabras y sabes cuándo usarlas. Además, eres honesta. Sé que puedo confiar en que no cotillearás sobre mi inclinación por el romance.

—Yo también me he aficionado a esas historias —le confesé—. Me gusta leer cosas sobre mujeres inteligentes que encuentran el amor.

—Tienes el espíritu de una dama, Ofelia. Aunque no seas de alta cuna, alcanzarás la grandeza —dijo Gertrudis, y me besó suavemente en la frente.

Su caricia persistió como un recuerdo y casi me hizo llorar. ¿Eran tan suaves los labios de mi madre?

—¿Por qué me favorecéis tanto? —susurré.

—Porque Elnora es una puritana y Cristiana es egoísta y necia —respondió malinterpretándome. Lo que yo apreciaba era el beso más que el hecho de leer—. Tú, Ofelia, eres sensible, pero no estás instruida en los asuntos del amor y la pasión. Es necesario que aprendas cómo funciona el mundo de los hombres y sus artimañas, así podrás resistirte a ellos. Lee sin reservas, querida.

Me sorprendió que Gertrudis, que parecía no haberse fijado en mí en absoluto, en realidad me comprendiera tan bien. Así que, tal como me mandó, leí mucho, aunque en secreto. Esas historias completaban mi formación cortesana. De los libros de conducta de Elnora aprendí la importancia de la virtud, mientras que las novelas de Gertrudis me ofrecían las delicias del amor y los medios para conseguirlas. Imaginé y anhelé el tiempo en el que sería lo suficientemente mayor para disfrutar de tales placeres.

A veces, sin embargo, dudaba sobre el propósito de alguna que otra historia. Una noche le leí a Gertrudis un relato sobre un oficial celoso que había envenenado a su mujer con una ensalada porque ella tenía un joven amante. La historia hizo feliz a Gertrudis, pero yo no compartía su alegría.

—¿Qué pasa? ¿Eres tan puritana que no vas a reír? —me amonestó.

—No, pero me perturba pensar que el pecado de la mujer lleve al hombre a matarla. Ella es más débil que malvada —contesté.

—Es ficción, Ofelia, no una historia real. A veces nos gusta leer sobre actos y deseos que jamás nos atreveríamos a llevar a cabo. Es el placer que nos proporcionan estos relatos.

—Pero no me puedo creer que los hombres y las mujeres hagan esas cosas tan perversas en nombre del amor —dije.

—Ay, las hacen y las harán —contestó sabiamente, y así finalizó nuestra conversación.

El saber de Gertrudis me había abierto los ojos, y mi oído empezó a prestar más atención a los cotilleos de Cristiana y las otras damas. Vi que era cierto que la vida en Elsinor se parecía mucho a las historias que Gertrudis y yo compartíamos. Tanto los hombres como las mujeres buscaban tener placeres abundantes y pocas penas. Pero las damas deseaban satisfacerse en el amor, mientras que a los hombres les tentaba el poder.

Me di cuenta de que mi padre se encontraba entre esos hombres. Lo que él buscaba era información, algún secreto que pudiera utilizar en su propio beneficio. Empecé a ser precavida cuando me visitaba. Mientras iba acompañado, llevaba la máscara de padre cariñoso, pero en el momento en que me llevaba a un lado, sus preguntas eran intencionadas:

—Mi niña, ¿qué noticias tienes de los aposentos de la reina?

—Ninguna, mi señor —dije, ya que la discreción me ataba la lengua.

—¿Prefieren a lord Valdemar a mí? ¡Habla! —me exigió.

—No sabría decíroslo, mi señor. —Era cierto, no sabía casi nada del marido de Elnora.

—¿No lo sabes? —me dijo con sorna—. Más bien deberías decirme todo lo que sepas. Es tu deber como hija.

Me quedé callada. No me atrevía a recordarle que su deber como padre era amarme y protegerme. Pero no pude ocultar mi resentimiento.

—Empiezo a darme cuenta de que me pusisteis al servicio de la reina no por mi propio beneficio —dije—, sino para que fuera vuestra espía.

—¡Desagradecida! —balbuceó, y por un momento pensé que iba a pegarme—. En la posición en la que estás, puedes ver a lo largo y a lo ancho. Si eres lista —dijo dándose golpecitos en la cabeza con el dedo—, conseguirás progresar enormemente. Así que no seas tonta y respóndeme. ¿Qué hace la reina en su tiempo privado?

Decidí exponerme a su ira. No le conté nada sobre las historias que leíamos, sino que me di la vuelta y me alejé de él.

—¡Vuelve, Ofelia! —me ordenó, y noté la furia en su voz.

Pero no obedecí ni miré hacia atrás. Me di cuenta de que quería a Gertrudis y de que siempre guardaría sus secretos.

## Capítulo 6

Después de pasar cuatro años en casa de la reina, había aprendido a ser una dama. A los quince años, ya tenía la figura de una mujer. Casi igualaba en estatura a mi querida reina Gertrudis e imitaba su actitud, incluso la manera de inclinar la cabeza.

—La naturaleza te hizo, pero la educación te ha perfeccionado —solía decir Gertrudis orgullosa, como si yo fuera su creación, esculpida en un insólito trozo de madera.

De algún modo, sus palabras atemperaban las críticas hirientes de Cristiana y la frialdad de las otras damas. Al contrario que ellas, yo no era hija de un conde o un duque, ni prima de un príncipe europeo. Sabía que me consideraban indigna de mi posición. No tenía amigas verdaderas en la corte, excepto Elnora.

Me tomé en serio algunos consejos de mi padre, ya que tampoco era estúpido. Era cauta y observadora, y mi reputación de honestidad y discreción empezó a hacer que el favor de la reina aumentara. Cuando el rey iba a cenar a los aposentos de Gertrudis, yo tenía el honor de servirlos. Al principio me aterrorizaba estar tan cerca del rey, pero pronto me di cuenta de que era un mortal como cualquier otro. Le llenaba el vaso, oía cómo eructaba y le retiraba el plato, en el que quedaban huesos con carne medio roída.

Gertrudis se comportaba amorosamente con su esposo. Le acariciaba el pelo canoso y le decía, para pincharlo, que ya no lo tenía negro como el de su hijo. Por su parte, el rey le hablaba dulcemente a Gertrudis, la llamaba «palomita» y la miraba de una manera que me hacía suspirar. Cuando hablaban sobre temas de Estado, siempre lo hacían en tono bajo, ya que el rey nunca perdía la discreción. Sin embargo, una noche oí que discutían acerca de Claudio, el hermano menor del rey. Su lujuria era tema de cotilleo en la corte, así como sus apariciones en el gran salón, de juerga y borracho. El rey estaba furioso por una de sus últimas transgresiones, cuya naturaleza no pude desentrañar.

—Me desafía a propósito y me vuelve loco —se quejaba el rey, mientras Gertrudis intentaba mitigar su cólera.

—Ten piedad de tu hermano. Es un hombre con grandes deseos y decepciones.

—¡Bah! Eres demasiado blanda. Solo necesita dos cosas: una mujer que lo controle y su propio maldito reino para gobernar —replicó el rey con un gruñido.

Era la primera vez que oía disentir al rey y la reina.

Cuando estaban a punto de irse a la cama, les llevaba vino dulce y sábanas limpias, cortaba las mechas de las velas y me retiraba, cerrando las puertas detrás de mí. Por la mañana, el rey ya se había ido, y yo asistía a Gertrudis mientras se lavaba y se vestía. La observaba con curiosidad y

buscaba señales que me mostraran si el amor la había cambiado de alguna manera, pero tan solo me parecía que estaba somnolienta y cansada. Su yo interior permanecía oculto.

Creía que el rey Hamlet y la reina Gertrudis se querían de verdad. También estaba convencida de que los ministros del rey eran leales, y las damas de la reina, honestas. Pero con el tiempo me di cuenta de que la corte de Elsinor era un jardín encantador donde las serpientes se escondían entre la hierba. Muchos de los que parecían auténticos eran falsos. La fiebre de la ambición impulsaba a hombres y mujeres por igual a intentar progresar, aunque fuera engañando y traicionando. Ascendían rápidamente en la rueda de la fortuna e igual de rápido caían en desgracia. Una de las damas de Gertrudis perdió su puesto cuando se supo que estaba encinta de uno de los primeros ministros del rey. Ella, deshonrada, huyó a casa de un primo que vivía en el campo, mientras que el ministro conservó su cargo y fue considerado un hombre generoso por reconocer a su hijo. Incluso yo pude ver que la dama había sido tratada injustamente.

El favor era como una rosa, que florece de manera espléndida pero fugaz y cuya flor esconde las espinas. A menudo, eran los malvados quienes obtenían el favor, no los virtuosos ni los humildes. Quizá Elnora era una excepción, pero Cristiana confirmaba la regla, al igual que sus pretendientes: Rosencrantz y Guildenstern. A estos hombres los habían echado por deshonra del ejército del rey noruego Fortimbrás a causa de una traición desconocida. Ahora, empleados por el rey Hamlet, alardeaban de sus ricas vestimentas y de sus alegres modales, que eran los frutos de su traición. Eran como gemelos en su deseo de ganarse el favor del rey y de las damas. Creo que Cristiana, cortejada por los dos hombres, prefería a Rosencrantz, pero los recibía a ambos con la misma risa de falsa modestia e idéntica visión generosa de sus pechos, presionados bajo un corpiño astutamente aflojado.

Me preguntaba qué era lo que sabía Cristiana de las pasiones del amor. A mi alrededor veía cómo se desarrollaban los amoríos, como en las obscenas historias francesas que leía con Gertrudis. Las damas y los caballeros bebían en el gran salón hasta que su charla se volvía procaz. Si pasaba por una escalera oscura, podía tropezarme con amantes que se agarraban de las manos, se tocaban los labios e incluso más. Les pedía perdón, pero ellos tan solo se reían de mi turbación. Elnora lamentaba enérgicamente que hubiera disminuido el honor de los hombres y la virtud de las mujeres.

—Hay demasiados cantos y demasiados bailes. Tanta ligereza afloja las ataduras de la virtud —se quejaba agitando sus blancos rizos—. Cuando era joven, nos ceñíamos a las formas refinadas, pero ahora el mundo entero se va a la ruina.

Entendía por qué Gertrudis la llamaba puritana. Aunque dudaba bastante que el comportamiento de los amantes hubiera cambiado mucho en los últimos cuarenta años, no contradije a Elnora.

—Modera tus deseos, Ofelia. Frena tu lengua y cierra a cal y canto tu casto tesoro —me advirtió. Me miró de cerca como si buscara mis culpas—. Confío en que no le darás a nadie motivos para cotillear sobre ti. Eres una chica honorable.

A pesar de que Elnora me elogiara, yo me sentía más precavida que virtuosa. Hablaba poco, no porque creyera que el silencio era una cualidad superior, sino porque satisfacía mi curiosidad escuchando, observando y leyendo. A veces deseaba haber nacido hombre para haberme convertido en un erudito. Por lo menos, Gertrudis aprobaba mi hábito de lectura y me permitía leer todo lo que deseaba. Cuando ya había devorado el vasto *Herbario*, tuve sed de algo más que no fueran las cosas comunes que crecían a mi alrededor. Leí sobre los países lejanos de las Indias y sobre criaturas fantásticas que los viajeros habían descubierto en tierras y mares. Laertes estaba entonces estudiando en Francia, y yo examinaba los mapas de Europa donde marcaba las ciudades que describía en las cartas que a veces mandaba. Con dedos envidiosos, trazaba las rutas que mi hermano y Hamlet habían recorrido en Francia, Alemania y los Países Bajos.

Anhelaba descubrir lugares lejanos y desconocidos, pero deseaba incluso más saber sobre el amor. Guardaba algunos libros ocultos en mi baúl cerrado con llave y los leía bien entrada la noche bajo la luz de una vela. Devoré en secreto *El arte de amar*, ya que todos los moralistas lo condenaban por ser un libro peligroso. Imaginé que visitaba Italia, ese escandaloso país donde los hombres se adueñan de las vírgenes y donde las mujeres gozan de muchas libertades. Al leer al poeta Ovidio, aprendí que nadie se puede resistir al amor, ya que el agua alisa hasta la piedra más afilada, e incluso el suelo más duro se acaba desmenuzando antes de ser arado.

Gracias a los libros que leía, tenía un amplio conocimiento del amor, pero mi experiencia era nula. Por la noche, tumbada en mi cama estrecha y solitaria, reflexionaba sobre esa paradoja. ¿Cuándo encontraría el amor?

## Capítulo 7

Mientras que yo leía libros sobre amor confinada en el castillo de Elsinor, Hamlet tenía como escuela el mundo entero. Estudió en una excelente universidad de Alemania y se embarcó con Horacio hacia Inglaterra y Francia. Se pasaba meses seguidos lejos de Dinamarca, y en su ausencia, Gertrudis estaba siempre melancólica. Solo una carta anunciando su regreso la alegraba; entonces lo celebraba con todas las ceremonias propias de un día festivo o de un santo importante. Se distribuían grandes reservas de provisiones para los banquetes, se convocaba a los músicos, y los guardias y los soldados brillaban con sus nuevos uniformes. Que el príncipe volviera causaba un gran revuelo hasta en los rincones más recónditos de Elsinor.

Cuando Hamlet llegó un verano, con la piel morena debido a alguna aventura marítima, Gertrudis lo abrazó y lo acarició como si aún fuera un niño. Tal como ella me pidió, llevé vino y exquisiteces a su habitación. La reina estaba tan absorta en su hijo que ni me miró. Hamlet no me saludó, nuestros ojos tampoco se encontraron. Estaba decepcionada, pero también aliviada, ya que me habría sonrojado y habría tartamudeado si él me hubiera hablado. Pensé que quizá no me había reconocido. Yo había cambiado mucho en esos cuatro años. Hamlet, que ahora tenía veintidós, estaba igual de alto, aunque era más musculoso y parecía más serio que antes. La experiencia había tallado nuevas expresiones en sus rasgos y le había otorgado una actitud más cosmopolita.

Gertrudis celaba la compañía de su hijo y pasaba muchas horas con él. Reía con sus ingeniosas historias y escuchaba los relatos de sus viajes. A veces el rey se unía a ellos, y yo advertía que su semblante se oscurecía al ver la ligereza de ambos. Pero en presencia de sus súbditos, el rey Hamlet y la reina Gertrudis estaban unidos el uno al otro en el gobierno y en el amor, y otorgaban todo su orgullo a su hijo. El príncipe Hamlet brillaba con gloria propia, y los cortesanos se colocaban a su alrededor como si fueran lucecitas del cielo en torno a su sol. Suspiré y deseé que su luz cayera sobre mí.

Pronto mi deseo fue recompensado. Un día estaba sin hacer nada en la larga galería que llevaba a los aposentos privados de Gertrudis. Cristiana manejaba la aguja sentada bajo el sol, que traspasaba las altas ventanas, iluminaba oblicuamente el suelo y se derramaba a través de los arcos y dentro del gran salón. De las paredes que había entre los arcos, colgaban tapices tejidos con escenas de *Las metamorfosis* de Ovidio, relatos de dioses y humanos transformados por el amor.

Yo reflexionaba sobre el retrato de Diana la cazadora. Su arco descansaba en el suelo mientras ella se bañaba medio escondida en un estanque. Recordé aquel día tan lejano en el que yo estaba nadando en el arroyo, libre como un pez, y Hamlet me encontró. Examiné a la diosa del tapiz.

Tenía la mirada baja, y el pelo, tejido con hilo de oro, le cubría los pechos, pero no la redondez de la cadera ni los muslos desnudos. El cazador Acteón la espiaba tras los arbustos, ignorando el nefasto destino que lo aguardaba.

Cristiana cogió mi labor, una prenda de lino que no me interesaba.

—Tus puntadas son demasiado largas. Mira que eres perezosa —dijo, y la tiró a un lado.

Me enfrenté a su crítica con duras palabras:

—Mis puntadas serían más finas si mi aguja fuera la mitad de afilada que tu nariz.

Elnora dormía en una silla con su labor en el regazo. Nuestras palabras ni siquiera la hicieron moverse. Cada vez dormía más y más, como un gato viejo; algunos días solo se despertaba para trasladarse a otra zona de sol y se dormía de nuevo. Me levanté para ir a buscar mi *Herbario*, ya que quería probar una nueva mezcla de hierbas para sus recientes dolores. Como siempre, Cristiana aprovechó la oportunidad para burlarse de mi costumbre de estudiar.

—Nunca tendrás a un hombre en tu regazo mientras sigas haciendo el amor con ese libraco polvoriento —dijo con desdén.

—Ocupate de tus propios asuntos, no sea que te pinches de improviso —le espeté fríamente mientras ella apuñalaba su ropa con la aguja y me fulminaba con la mirada. Verla furiosa me divertía mucho.

La aparición repentina de Hamlet y Horacio puso fin a nuestra discusión. Estaban inmersos en una conversación, pero se detuvieron en cuanto nos vieron.

—Busco a mi madre pero hallo un entretenimiento más joven —dijo Hamlet—. ¿Qué te parece si jugamos con las damas?

Sin esperar a que Horacio le respondiera, Hamlet se inclinó y se llevó la mano de Cristiana a los labios. Ella empezó a agitarse como una polilla alrededor de la luz y derramó una risa melosa.

—¿Cómo está mi señora Ofelia? —dijo Horacio con una reverencia.

—Bien, os lo agradezco.

Me di cuenta de que ahora Horacio era más alto que el príncipe. El pelo, que aún era del color del atardecer bañando el trigo maduro, le caía sobre los hombros y ponía al descubierto una frente alta y ancha bajo la que había unos ojos marrones y sinceros. No tenía en absoluto la noble belleza de Hamlet, pero una mujer podía encontrarlo, en cierto modo, de hermoso semblante.

Entonces Hamlet se volvió para saludarme, aunque no intentó cogerme la mano.

—La cervatilla salvaje se ha convertido en una cierva dócil —dijo demostrando que se había dado cuenta de mi transformación.

Me atreví a mirarlo.

—De hecho, mi señor, este collar y esta cadena me retienen con fuerza —dije tocando mi gorguera y las cadenitas del colgante que tenía en la cintura, donde estaban enganchados mis utensilios de costura—. Me temo que me han domesticado contra mi voluntad.

—¡Ha anotado un punto, un punto notable! —gritó él, y se tambaleó como si lo hubieran atravesado con una espada—. El ingenio de esta dama es afilado como un florete.

Su arrebatado juguetón me hizo reír, reconocí en Hamlet al niño vivaz que una vez había sido. Cristiana nos miraba a ambos con un destello de sospecha en los ojos.

—Pidamos a las damas que se unan a nuestro debate —dijo Horacio, y se sentó en una banqueta con las piernas estiradas a ambos lados—. ¿Qué deben apreciar más los verdaderos amantes: la belleza del cuerpo o la de la mente?

Reflexioné sinceramente sobre la pregunta de Horacio, ya que era mi oportunidad para hablar del amor como las nobles damas de *El cortesano* de Castiglione.

—Yo sostengo —dijo Horacio— que la belleza de una mujer conduce al alma de su amante a una bondad superior.

Mientras consideraba cómo responder a esa sublime idea, Hamlet le contestó a Horacio:

—Amigo mío, ya sabes que la belleza hechiza las almas de los hombres y les hace codiciar el placer. Mira a Diana, cuyos encantos distrajeron de su caza a Acteón. —Gesticuló en dirección al tapiz de Arras.

Cristiana fruncía el ceño y miraba a Hamlet y a Horacio. Parecía confundida.

Las manos me temblaban, y las junté con fuerza porque estaba a punto de contradecir al príncipe.

—Mi señor, Acteón violó con la mirada a la diosa. Que ella lo convirtiera en un ciervo y que sus propios perros se lo comieran fue un castigo adecuado —dije.

—Cierto; aunque estuviera desnuda, la virtuosa Diana no hizo nada malo —coincidió Horacio.

—Sí, y ahora me diréis que el deseo convierte a los hombres en bestias —dijo Hamlet con desdén—. No lo acepto.

—Para volver a la pregunta de Horacio —dije en un tono racional—, creo que una mente virtuosa sobrevive a la belleza fugaz de la juventud, así que la primera es más virtuosa.

—Bien dicho —dijo Horacio asintiendo con la cabeza.

—Si no fuéramos bellas, ¿quién nos querría? —se quejó Cristiana, satisfecha de haber dicho algo importante. Luego echó los hombros hacia atrás para que sus pechos aumentaran, y mirando a Hamlet y a Horacio, suspiró.

Lady Elnora resoplaba y se revolvía en su sueño, y la cofia le cayó sobre los ojos.

—Quizá un hombre ciego podría amar a una mujer fea —aventuró Horacio mirando a Elnora.

Cristiana rio. Con el ceño fruncido, me estiré y enderecé la cofia de Elnora para que no pareciera tan ridícula.

—En ese caso, el hombre ciego habría sido embaucado, ¡y la mujer sería una hechicera! —dijo Hamlet, y se golpeó los muslos con énfasis—. Ahí lo tienes de nuevo: las mujeres son seductoras porque hacen que los hombres tengan sed de ellas.

Hamlet se rio de su propia broma, pero Horacio tuvo la elegancia de mostrarse incómodo. La conclusión de Hamlet me pareció injusta, así que me abstuve de mis modestos modales y hablé con osadía:

—Lord Hamlet, parece que veis a todas las mujeres como embusteras, ya sean hermosas o feas.

¡Quizá la culpa resida en el hombre que solo se fía de su vista y que es esclavo de sus deseos más vulgares!

Mis palabras fueron recibidas con silencio. Hamlet levantó las cejas sorprendido. El corazón me latía tan fuerte que parecía que pudieran oírlo. Al cabo de un momento, Hamlet habló:

—Me rindo. Horacio, esta dama es una justa rival para mí, y la sabiduría con la que habla aumenta su belleza.

Los ojos de Hamlet, azules como el cielo del ocaso, se encontraron con los míos. Me sentí como un marinero que ha localizado la Estrella Polar y dirige su curso hacia ese punto brillante. Hasta que él no se levantó e hizo una reverencia, no dejamos de mirarnos.

Una vez que Hamlet y Horacio se hubieron ido, Cristiana se volvió hacia mí.

—¿Qué sandeces son esas acerca de mentes bellas y caras bonitas? ¿Y quién es esa dama, Diana? —me preguntó como si hubiéramos estado hablando de alguien de Elsinor.

—¿Cómo puedes ser tan ignorante? —le dije atónita—. ¿En serio nunca has oído hablar del mito de Ovidio?

—¿Cómo puedes ser tan desvergonzada delante del príncipe? —me acusó.

—No es vergonzoso hablar de manera razonada, pero sí que lo es hacer ostentación de tus senos como una fulana en una taberna —repliqué, cada vez más airada.

Un destello de malicia brilló en los ojos verdes de Cristiana.

—¿Crees que ser ingeniosa hará que el príncipe de Dinamarca, o cualquier otro hombre, se quiera casar contigo?

—¡Ja! ¡No tengo ningún interés en Hamlet! —grité. Quizá protesté demasiado fuerte—. Eres tú quien tiende una trampa con esas dos bellezas de las que estás tan orgullosa.

—Eres muy desagradable —dijo como una niña quisquillosa—. Te has pasado de la raya. Gertrudis se enterará de ello —me amenazó.

Reí despreocupadamente subestimando su rencor. Debería haber hecho caso a Elnora y haberme mordido la lengua. Pero la humildad se encontraba lejos de mi cabeza, que estaba repleta de los elogios que me había hecho Hamlet. Lo único que pensaba era que debía encontrar la manera de volver a verlo.

## Capítulo 8

No tuve que esperar demasiado. Aquella noche, Gertrudis me mandó al jardín a coger hierbas frescas. Estaba contenta de escaparme de las críticas y las amenazas de Cristiana. Bajé corriendo por las escaleras de la torre, que giraban en espiral, y emergí mareada a la oscuridad. Sobre mí, las luces tenues titilaban en los aposentos de Gertrudis. Aunque el jardín estuviera cubierto de niebla, me sabía de memoria la localización de cada parterre y de cada emparrado, así que podía guiarme en la oscuridad. Caminaba segura y sin miedo, sabiendo que los confines del jardín estaban delimitados por muros. Recogí ramitos de romero y noté que su resina pegajosa me cubría las manos. Lo destilaría, pondría clavo y otras especias en remojo y haría un brebaje para endulzar el aliento.

Detecté el perfume de la lavanda y me arrodillé para dejar que su dulce aroma me hiciera cosquillas en la nariz y la garganta. Mientras estaba agachada en la hierba, vi que una sombra silenciosa se me acercaba. Más que asustarme, me desconcertó ver que la figura que emergía de la neblina tomaba la forma de Hamlet.

—¿Cómo estáis, Ofelia? —dijo con suavidad de pie ante mí.

Al principio no contesté, ya que la sorpresa me había dejado sin palabras. Hamlet me dio la mano y me levanté.

—Buenas noches, mi señor —conseguí decir—. ¿Cómo me habéis visto en la oscuridad?

—Vuestra virtud os hace brillar, y la luz me ha atraído como una llama a una polilla —contestó. Una sonrisa jugaba en su boca, y como si fuera contagiosa, también me hizo distender los labios.

—Me halagáis con elogios de poeta —dije mirándolo de soslayo para ocultar mi rostro—. Pero el símil no nos conviene, ya que vos no sois una polilla ni yo soy una llama.

—¿Qué debería decir? Creo que cuestionaríais todas mis palabras —me reprendió con delicadeza.

—Decid que deseabais volver a verme y que me buscabais, si esa es la verdad —dije deprisa. Mi atrevido discurso me sorprendió. Aparté mi mano de la suya y la sujeté con mi otra mano para contenerme.

—Es cierto. —Hizo una pausa, y hubo un largo silencio hasta que habló de nuevo—: Habéis cambiado mucho, Ofelia. No sois como os recordaba.

Me emocionó oír que había pensado en mí mientras estaba fuera.

—Temía que los cuervos y los arrendajos que sirven a mi madre os hubieran arrojado del nido hace tiempo, pero ya veo que el plumaje os ha crecido a salvo —dijo de forma provocativa.

—Aun así, bato las alas contra las paredes de mi jaula —dije tristemente—. A veces, Elsinor me parece una prisión. —Me arrepentí de inmediato de mis palabras, ya que no quería parecer una desagradecida—. Solo desearía poder ir y venir en libertad...

Me interrumpí porque Hamlet me había sorprendido rozándome la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Estará el pájaro quieto si entro en su jaula? ¿Estará contento de quedarse? —preguntó. El tono tierno de su voz me apretó la garganta.

¿Qué podía contestar a lo que me preguntaba? No era capaz de hablar, así que simplemente asentí con la cabeza. Hamlet me volvió a agarrar la mano y la puso en sus labios. No pude evitar mirarlo a la cara. Cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo, sentí que lo que decían los filósofos era verdad, que el amor entra por los ojos y golpea el alma. La flecha de Cupido me había alcanzado y había prendido una llama en mi corazón y en todo mi cuerpo.

—Deseaba que vinierais —susurré.

—Quería veros —confesó.

De repente, tuve miedo de aquel fuego que me quemaba y que producía un calor que se me expandía por el rostro.

—Esto es demasiado peligroso —dije, aunque me iba acercando más a él—. Sabéis que nada permanece oculto. ¿Estoy oyendo unos pasos? Debo irme. —Las palabras salieron rápidas de mi boca.

—No, quedaos —rogó cuando yo ya me estaba apartando de él—. No hay nada que temer.

Cedí y dejé que me cogiera el brazo, deleitándome con la presión de su mano.

—Venid bajo la luz de la luna, ya que solo deseo contemplar vuestra belleza. Además, vuestro ingenio, el cual poseéis en abundancia, hace que se me detenga el corazón.

—¡Estáis bromeando de nuevo! —reí—. Vuestro corazón no se ha detenido; de otro modo, estaríais muerto.

—Ofelia, ¿sois una filósofa nata! Si admito que mi corazón aún late, ¿me permitiréis admirar vuestra belleza?

—Conozco lo que pensáis sobre la belleza. Debo proteger mi honor —dije. Sin embargo, hablé con suavidad y dejé que siguiera sujetándome la mano.

—Ofelia, aún no me conocéis. No penséis que he defendido lo que realmente creo. Frente al mundo llevo una máscara que oculta mi verdadero yo, que es el que veis ahora.

Intenté interpretar su expresión, pero no conseguí hacerlo.

—Con esta oscuridad, no veo nada. ¡Ay, lord Hamlet! Apenas os conozco ni me conozco a mí misma. Buenas noches. —Me di la vuelta y me alejé rápidamente de él. Un conejo se asustó y huyó delante de mí, como mi corazón, que daba brincos.

Aquella noche no dormí, pero tumbada en la oscuridad me reprendí a mí misma por haber salido corriendo asustada. Repetía cada una de las palabras que habíamos intercambiado e

intentaba encontrar su significado real; sin embargo, todo era incierto. ¿De verdad había visto el yo real de Hamlet o llevaba una máscara? ¿Realmente creía que era hermosa?

Por la mañana, me levanté de la cama con la intención de repasar la escena de nuestro encuentro. Estuve todo el día ociosa y distraída, así que me ofrecí a recoger lavanda fresca para esparcirla por el dormitorio de Gertrudis. Aquella noche volví a arrodillarme en el suelo y cogí con los brazos las frondas moradas y plateadas de la lavanda. Aspiraba su perfume para apaciguar mis agitados pensamientos, incluso mientras rezaba para que Hamlet apareciera. Y apareció: la presencia inconsistente surgió otra vez de entre la niebla y se convirtió en la sólida figura del príncipe.

—Volvemos a encontrarnos, Ofelia —dijo tocándome la mano.

—Deseaba que vinierais —contesté.

—El pensamiento es el que decide. Aquí me tenéis.

Mientras hablaba, me llevó al refugio de los altos setos que bordeaban el laberinto del jardín que tantas veces había visto desde mi ventana. Era un lugar secreto, y nunca me había atrevido a entrar porque temía perderme. Ahora un impulso repentino me embargó.

—¡Seguidme si podéis! —susurré; entonces di media vuelta y desaparecí en el laberinto.

Me moví a tientas, dejando caer la lavanda mientras corría. Giré a la izquierda, luego a la derecha, una y otra vez. Llegué al centro del laberinto, sin otro lugar para correr. Dando bocanadas de aire, oí cómo la sangre me corría por los oídos. Cuando Hamlet apareció llevando las hierbas que yo había lanzado, solté un pequeño grito, como una niña contenta de ser encontrada.

—¿Por qué huis de mí otra vez? —preguntó.

—No lo sé. Cuando era pequeña corría por simple placer.

Hamlet asintió con la cabeza como si lo recordara. Con los dedos frotó un tallo de lavanda, que liberó un dulce aroma, y con él trazó el contorno de mi frente y mi nariz. Le respondí con una sonrisa.

—Me dejáis aturdido, Ofelia —dijo.

—Es cierto que os he conducido a este laberinto, y ahora estoy perdida en su interior.

De Hamlet solo veía el ribete de su pelo, iluminado por la luna. Aunque el resto de su rostro estaba oscuro, sus dientes brillaron en una sonrisa.

—No, soy yo el que está perdido, a vos os he encontrado. Porque en el centro de este sendero tortuoso, os he descubierto... a vos. —Empezó a titubear—. A vos, Ofelia, a quien yo amaría si vos... pudierais amarme a mí.

Creí en las palabras de Hamlet porque estas no salieron de su boca como si las hubiera ensayado. Quería que fueran ciertas. Le respondí con la verdad absoluta:

—Nunca antes he amado —confesé—. Temo perder lo poco que poseo.

Él comprendió que me refería a mi virtud, mi única riqueza, así que contestó:

—Ofelia, sé que sois muy honesta y virtuosa. Prometo serviros con honor y sinceridad.

Levanté la barbilla para verle mejor la cara, y sus labios se encontraron con los míos. Fue un beso breve, pero su boca, aunque suave, pareció llevarse todas mis fuerzas y me dejó débil. Me puso los brazos alrededor de la cintura y me levantó en el aire. Me ofreció un segundo beso, y yo le robé un tercero. Quería aún más, ya que el roce de sus labios con los míos era una pura delicia, pero no quería parecer codiciosa o desvergonzada, así que volví la cara. Entonces Hamlet me besó la oreja, y su aliento me hizo cosquillas por todo el cuerpo.

—Debo irme —susurré—, aunque me gustaría quedarme.

A pesar de ser reacio, Hamlet aflojó los brazos y me guio hasta el lugar donde el laberinto se abría al jardín. Entonces se sacó del bolsillo algo envuelto en papel y lo presionó contra mi mano. Después de concederle un último beso, corrí de vuelta al castillo por la hierba cubierta de rocío. Había olvidado por completo la lavanda que había cogido para Gertrudis.

Sola en mi habitación, temblaba de emoción. ¿Cómo podía ser que yo, que nunca antes había besado, hubiera besado al príncipe de Dinamarca en persona, no una, sino varias veces? ¿Realmente me había hablado de amor? Era inimaginable que el príncipe Hamlet me cortejara a mí, a la humilde Ofelia. Entonces recordé el regalo que me había metido en el bolsillo mientras corría. Lo saqué, lo desenvolví y me encontré con una miniatura enmarcada que colgaba de una cadena. La pintura representaba al dios Jano con dos caras: en una estaba enmascarado como un actor cómico, y en la otra, con una mirada trágica. Le di vueltas a su significado. ¿Simbolizaban las máscaras los disfraces que Hamlet me había dicho que llevaba? ¿Prometía ese regalo un nuevo comienzo de amor, al igual que el mes de enero proclama el inicio de un año nuevo?

El sueño me esquivaba mientras yo daba vueltas a esas preguntas. Al final, me levanté en las horas más oscuras de la noche con la intención de mezclar un trago de agua de cebada con semillas de amapola para calmar el torbellino de mis pensamientos. Sorprendida, vi que Cristiana todavía estaba merodeando por allí. Se me acercó furtivamente, y olí a lavanda. Señaló un ramo fresco que llevaba en la cintura.

—Has decepcionado a la reina porque no has vuelto con las flores. Ahora me tiene a mí para agradecerme que su habitación tenga esa fragancia. —A la luz de la luna que iluminaba sesgadamente el oscuro pasillo, vi que entrecerraba los ojos—. Tumbarse en una cama mullida con lavanda es perfecto para el amor, ¿verdad?

La agarré por la falda y vi que el dobladillo estaba sucio y húmedo.

—¿De quién eres la espía? —murmuré.

El desdén apenas ocultaba mi miedo. ¿Me había seguido hasta el jardín como una serpiente maliciosa? ¿Simplemente sospechaba que me había encontrado con alguien, o es que nos había visto a pesar de la oscuridad?

## Capítulo 9

Hamlet y yo llevábamos a cabo nuestro cortejo furtivo como si ocultáramos algún asunto secreto de Estado. En compañía de los demás, solo intercambiábamos las cortesías formales, y fijábamos encuentros privados mirándonos y pasándonos cartas. Preferíamos vernos en espacios abiertos, ya que los recovecos oscuros de Elsinor podían esconder tanto espías como amantes. El sauce que colgaba sobre el arroyo nos protegía de todas las miradas, y el laberinto guardaba nuestros secretos. Nadie sabía nada de nuestros encuentros, excepto Horacio. Era nuestro mensajero y nuestro guardia a la vez. Su vigilancia nos salvó muchas veces de ser descubiertos.

Un día, sin embargo, incluso la vigilancia de Horacio fue insuficiente para protegernos. Hamlet y yo caminábamos por el huerto del rey, donde este solía pasear con sus consejeros. Creíamos que los caminos estarían desiertos, ya que el rey se encontraba de viaje. Cuando pasamos por un árbol nudoso y retorcido, Hamlet arrancó una manzana y me mostró la fruta, con vetas rojas y doradas como un atardecer.

—¿Cómo puede un árbol tan deforme producir un fruto tan perfecto? Eso raramente se ve en la naturaleza humana —reflexionó. Entonces me pasó la manzana.

—Aguardad —dije alzando la mano en señal de rechazo. Estaba aprendiendo a tomarle el pelo y eso me divertía—. ¿No sería mejor que yo os ofreciera la fruta y que vos la rechazais? Entonces yo os hablaría de la serpiente legendaria que dijo que la manzana nos haría sabios, y vos, anhelando ser sabio, la morderíais con impaciencia.

—No, al contrario que vuestro padre, Adán, yo os retaría y os diría: «Mostradme la serpiente», y vos no seríais capaz de hacerlo. —Hamlet abrió mucho los brazos—. ¿Lo veis? Mirad, en este Edén no hay serpiente, no está Satanás arrastrándose.

En aquel momento, oímos el silbido de Horacio, que nos avisaba de que ya no estábamos solos. Sabía que Cristiana no estaría en el exterior, ya que guardaba cama porque tenía dolor de garganta. Pero se acercaba alguien a caballo cantando en voz alta. No había sitio para ocultarnos, así que tiré de la capucha de mi capa hasta taparme la cara y me di la vuelta.

—¡Es Claudio, mi tío! —dijo Hamlet con un bufido—. Simulad que recogéis manzanas con vuestra capa. Haré que se vaya. —Me entregué a mi trabajo y no vi su encuentro, tan solo lo escuché.

—¡Hola, Hamlet! Ven a cazar conmigo. Tu padre no echará de menos una cierva o dos.

—No, tío.

—¿Cómo que no? Ah, ya estás ocupado. Déjame ver a la moza. Vaya, así que se esconde. Ya descubriré quién es.

—Tío, estáis ebrio. Marchaos.

—Te voy a dar un consejo, chico. Dale también un pellizco y una paliza. Doy fe de que a las lujuriosas les encanta. ¡Je, je, je!

La risa de Claudio sonó fuerte y maliciosa a la vez. Yo, ardiendo con una vergüenza que no me merecía, quería azotarlo con mis palabras. Debido a mi agitación, la capucha me resbaló de la cabeza justo cuando Claudio espoleaba a su caballo y se sujetaba a la crin para evitar que su flácido cuerpo se cayera. Miré a Hamlet, que tenía el cuerpo tenso a causa de la rabia.

—Me insulta y me llama «chico». ¡Ese borracho no es digno hermano de mi padre! —dijo.

—¿Decíais que no había ninguna serpiente en este jardín? —dije con rencor. Parecía que la intrusión de Claudio había marchitado las delicias del huerto.

Horacio, lleno de remordimiento, vino hacia nosotros.

—Lo siento, no he podido detener a Claudio porque ha venido desde el parque de los ciervos.

—Donde el muy ladrón caza furtivamente las presas de mi padre en su ausencia —lo interrumpió Hamlet—. Pero, como siempre, está borracho y seguramente no se acordará de habernos visto.

Hamlet perdonó a su amigo, y prometimos que a partir de entonces seríamos más cuidadosos. Fue idea mía que nos disfrazáramos de campesino y pastora, ya que es lo que solían hacer los amantes de las novelas de Gertrudis. Así que me puse un blusón de lino y una enagua, y por encima, un corpiño sin mangas que me ataba bajo los pechos. A diferencia de mi vestido de la corte, rígido y elegante, ese conjunto era sencillo y cómodo y me daba una libertad de movimientos que me encantaba. Hamlet encontró unos calzones y una túnica casera y se cubría los rizos con un gorro de cuero. Me gustaba aún más por ese atuendo simple y la facilidad con la que se lo ponía. Cuando llevábamos nuestros sencillos disfraces, casi nadie nos miraba dos veces, y cogidos de la mano, paseábamos abiertamente por las calles de la ciudad. Entonces, como si fuéramos gente de campo sin ninguna preocupación, nos tumbábamos en la pradera, y la alta hierba nos rodeaba y tejíamos coronas de guirnaldas de margaritas blancas y de aguileñas moradas.

—Inventémonos una canción —le dije un día—. He leído que a los pastores les gusta hacer competiciones de canto.

—Ofelia, leéis muchas tonterías. ¿Qué muchacho cubierto de estiércol puede pensar en estrofas ABC, por no hablar de hacer rimar un soneto y contar todos sus pies? —dijo Hamlet—. Él silba a sus ovejas, hace sonar una campana o grita «¡Ey!». No he oído cantar a ninguno de ellos.

—Entonces seremos los primeros y nos convertiremos en un modelo para todos los pastores de ovejas de estas colinas.

Así que Hamlet pensó durante un momento y a continuación cantó:

*Como la abeja bajo el sol,  
mi lengua saboreará  
las flores con descontrol*

*hasta que la muerte aparezca.*

Aunque su canción era lujuriosa, me besó muy cortésmente. A mi vez, canté:

*Aquí, bajo el árbol frondoso, fa, la,  
ven, amor, a buscar reposo, fa, la.*

Hamlet tomó mi canción como una invitación y posó la cabeza en mi regazo. Lo aparté con delicadeza.

—Sois demasiado atrevido, mi señor —dije, y se retiró de inmediato.

—No pretendía ofenderos, Ofelia —dijo, y en su lugar me tomó de la mano.

Me levanté a coger flores frescas para reemplazar las que estaban marchitas. Al pasar por un campo, me encontré con un pajarito marrón que había caído de un nido situado en una rama elevada. Lo recogí y lo sostuve en la palma de la mano. Su corazón, visible a través de una piel más fina que el pedazo más diminuto de vitela, había dejado de latir. Cuando Hamlet llegó a mi lado, yo estaba llorando, y eso me avergonzó aún más que su cabeza en mi regazo.

—Lo siento. No tengo práctica en el amor. ¿Cuándo me perdonaréis? —me rogó.

—No es eso —dije, conmovida por su humildad—. No me habéis ofendido. —Le mostré el pájaro—. Esto es lo que me hace llorar, aunque no sepa por qué.

—Quizá sea porque esta criatura tenía un alma que ahora se ha ido volando —sugirió Hamlet. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera confundido y preocupado por mi tristeza.

—¿Dónde está su madre? —murmuré—. ¿Por qué no lo ha salvado? —Miré a mi alrededor y vi docenas de pájaros que revoloteaban y cantaban sin preocuparse de aquel que yo tenía muerto en la mano.

—En ningún sitio. La naturaleza es hermosa, pero puede ser cruel. Justo igual que una mujer —bromeó Hamlet—. Pero vos no, claro. Cruel, quiero decir. Es decir, sois hermosa, pero no cruel.

Hamlet se ruborizó y tartamudeó. Y no pude evitar sonreír.

—¿No dice la Biblia que la Providencia está incluso en la caída de un gorrión? —pregunté.

—Sí, y también que cada pelo de nuestras cabezas está contado, ya que somos más valiosos que un gorrión. Así que no os inquietéis —dijo Hamlet, y dejé que me consolara con un beso.

Otro día, cuando el sol huía del cielo, deambulábamos por el bosque que había entre Elsinor y el pueblo. Horacio nos seguía en silencio. Al anochecer, llegamos a una cabaña de piedra medio derruida y desierta; parecía la morada de un ermitaño. Encendimos un pequeño fuego en el hogar para combatir el frío. Horacio rechazó unirse a nosotros mientras nos comíamos el pan y el queso.

—¿Por qué Horacio está tan serio hoy? —pregunté.

—No lo está —negó Hamlet—. Él es así, está como siempre. No penséis más en ello. —Compartió conmigo su petaca de cerveza y luego bebió. Pero yo insistí preocupada.

—¿Acaso no aprueba nuestro noviazgo?

Hamlet escupió el líquido que tenía en la boca, y con él, amargas palabras:

—¡Todo el mundo desaprobaría nuestro noviazgo, Ofelia! —exclamó dibujando un amplio arco

con la petaca—. Horacio teme que solo esté jugando con vos. Se equivoca, por supuesto. ¡Y vuestro padre! El honor de vuestra familia exigiría que vuestro hermano me retara en duelo.

—Ellos no saben que nos vemos ni pueden impedirlo —dije con más certeza de la que sentía. Mi padre llevaba meses fuera trabajando en los negocios del rey, y Laertes estaba estudiando en Francia. No quería pensar en las consecuencias de ser descubiertos por ellos.

—Ya sabéis que soy el heredero de Dinamarca... —empezó a decir Hamlet, como si yo lo hubiera olvidado.

—Sí, y yo no soy nadie —murmuré.

—No, vos sois mi amor. Pero mi padre, el rey, ha hecho alianzas para asegurar mi matrimonio con alguna princesa de Francia o de Alemania. Él nos lo impedirá —dijo en un tono categórico. Se quedó callado y alimentó el pequeño fuego con ramas.

Me puse en pie con torpeza y tropecé con la puerta de la cabaña. Más allá de aquella estructura destrozada, los árboles de corteza negra se alzaban directamente hacia el cielo y desdeñaban el suelo del bosque, donde los brezos y los matorrales enmarañados escondían el camino que conducía a aquel lugar solitario.

¡Qué tonta había sido al pensar que era tan libre como cualquier campesina y tan respetable como la hija de un rey! Contemplé el bosque.

—Este noviazgo está condenado. No puede aportarnos nada bueno —dije amargamente.

Oí suspirar a Hamlet. ¿O estaba soplando al vacilante fuego? Noté que se me acercaba por detrás y me tocaba el hombro.

—Cuando venimos al bosque con esta ropa humilde, no soy un príncipe, sino un hombre que puede tener lo que desea —dijo con unas palabras colmadas de anhelo—. Aquí soy simplemente vuestro Jack y os he escogido a vos para que seáis mi Jill.

Me dio la vuelta para que lo mirara y me besó con ternura.

El roce de sus labios desterró un poco mis temores. Me di cuenta de que para Hamlet, Elsinor era, como para mí, una jaula cubierta de oro.

—En estos bosques y cabañas no hay ojos envidiosos, lenguas criticonas, cotilleos ni mentiras —murmuré—. Así que quedémonos aquí para siempre y seamos sinceros el uno con el otro. —Apoyé la mejilla en el tejido rugoso de su chaqueta, sabiendo que aquel era un deseo vano.

En cuanto regresé al castillo, me vi obligada a mentir, a engañar a la propia reina.

—¿Qué te aflige, Ofelia? Hoy estás lánguida y distraída.

—Estudié hasta tarde —dije— y no he dormido profundamente.

Estaba realmente cansada, ya que había robado muchas horas de sueño para estar con Hamlet. Mis ausencias empezaban a contrariar a Gertrudis, y estaba irritable conmigo.

—No me gusta cuando te llamo y no te encuentro.

—Estaba cogiendo hierbas para Elnora en el jardín —mentí de nuevo.

Gertrudis sospechó pronto que tenía un amante. Me citó e intentó agarrarme desprevenida.

—Tráeme agua de lavanda, Ofelia. Dime, ¿cómo se llama?

—No sé a qué se refiere, mi señora.

—Está claro como el agua que estás enamorada. —Sujetó una joya y me tentó con ella—. ¿No te gustaría llevar esta peineta de cuentas?

—No, a vos os sienta mejor —dije, y se la abroché en el pelo evitando su mirada.

—¿Él también te quiere? Quizá una palabra mía ayude a allanar el camino del amor verdadero.

Así que Gertrudis me sondeó, y yo seguí negando que quisiera a alguien. ¿Cómo podía decirle a la reina que era a su hijo a quien yo deseaba? ¿Que hablábamos y reíamos juntos durante horas? ¿Que fingíamos ser campesinos no regidos por las costumbres, sino libres de escoger nuestro amor?

Quería contárselo a Elnora, pero sabía con certeza que su lealtad a Gertrudis prevalecería sobre nuestra amistad. No podía confiar en nadie más. Aunque no dije nada, todos sospechaban que tenía un pretendiente. ¿Acaso mis miradas, aunque fuera cautelosa, me habían traicionado? ¿Había murmurado para mí misma? Seguro que no, pero las damas seguían echándome ojeadas con picardía e intentaban adivinar quién era el objeto de mi deseo. Fue retorcido por mi parte, pero dejé que creyeran que me gustaba Horacio, ya que su buena reputación lo alejaba de cualquier reproche.

Gertrudis sabía que la estaba engañando y, a su vez, empezó a mantenerme a distancia. Ya no me pedía que la sirviera ni que le leyera relatos. Cristiana aprovechó que yo ya no tenía el favor de la reina para quedarse con mi posición e influyó maliciosamente en la mente de la reina.

Cuando Gertrudis volvió a hablarme, lo hizo en un tono frío.

—Me han dicho que pasas los días en el campo con un chico cualquiera y que además te vistes como si fueras la hija de un granjero.

Su malentendido habría sido cómico si lo hubiéramos leído en una novela romántica. Ella y yo nos habríamos reído de la ceguera de la madre y habríamos compadecido a los desiguales amantes que se encontraban en tal apuro. Pero no se trataba de una historia ficticia. Simplemente agaché la cabeza mientras ella vertía sobre mí toda su decepción.

—¿Así me devuelves mi bondad, deshonrándote a ti misma? —me preguntó—. Seguro que hay algún caballero en la corte a quien podrías favorecer.

Yo estaba consternada de que su estima por mí hubiera decaído tanto.

—¡Mi corazón está tan confuso! —Lloré, incapaz de reprimir las lágrimas—. Tenéis razón: amo indignamente. —Al menos eso era cierto—. Me esforzaré en oponerme a ello —prometí mintiendo de nuevo.

—Espero que recuperes el entendimiento, Ofelia. Esta locura no es propia de ti.

Estaba segura de que había sido Cristiana quien me había espiado y le había contado a la reina lo que había visto. Un día, poco después de que la reina me sermoneara, encontré a Cristiana en mi habitación. Temía que hubiera registrado mi baúl, donde escondía las muestras de amor y las cartas de Hamlet. Pero vi aliviada que todavía estaba cerrado con llave. Agarré el vestido de campesina de debajo del colchón y se lo lancé.

—Toma. ¿Es esta la prueba que buscabas?

—¿Por qué querrías deshonrarte así poniéndote estos harapos? —dijo toqueteando el vestido con incredulidad antes de dejarlo caer—. Aunque pensándolo bien, no sé por qué me sorprende que ames a alguien inferior.

Era un milagro que Cristiana no hubiera descubierto que era Hamlet a quien yo amaba. Tenía que agradecer que fuera tan ignorante. En vez de eso, aborrecí su orgullo, sus mentiras y su desdén cuando en realidad tendría que haberme despreciado a mí misma por mentir a Gertrudis. Pero estaba cegada y no pensaba con claridad. Lo único que deseaba hacer era vengarme de Cristiana por ser tan cruel conmigo.

## Capítulo 10

La idea para mi trama empezó con un relato obsceno que una vez le había leído a Gertrudis y que hablaba de un amor equivocado. Vi que, imitándolo, podía engañar a Cristiana y sembrar la discordia para confundir a todo el mundo.

Le conté mi plan a Hamlet disfrazando los motivos, ya que no quería que pensara que yo era demasiado cruel.

—Una trama excelente, digna de un dramaturgo. —Su elogio fue como la miel para la abeja, y yo lo sorbí.

—Así pondré a prueba la entereza de Cristiana y de sus dos pretendientes —dije.

—Demostrarás que es una entereza falsa, como la de las monedas malas —contestó Hamlet. Mientras que yo apuntaba al orgullo de Cristiana, a Hamlet le entusiasmaba la oportunidad de engañar a Rosencrantz y a Guildenstern—. Eso pinchará sus hinchadas ambiciones —dijo exultante.

—Pero nuestra autoría debe permanecer en secreto —advertí, y Hamlet estuvo de acuerdo.

Nuestro plan se desarrollaría en el banquete de celebración del vigésimo aniversario del reinado del rey Hamlet. La velada estaría llena de máscaras, bailes y festejos. Hombres y mujeres se ponían a punto intercambiándose las galas e ideando elaborados disfraces. Cristiana, emocionada, juntó plumas de todos los colores y las cosió a una máscara, ya que había encontrado esta nota en su bolsillo:

*Con vuestra capa roja y vuestra cara emplumada,  
me demostraréis que he ganado la carrera deseada.  
Tomaré el premio; libre es, pero también, mío.  
Me veréis bajo el sauce que se extiende sobre el río.*

El verso estaba firmado con el nombre de Rosencrantz, perfectamente ejecutado por Hamlet. Mientras tanto, yo había imitado la letra de Cristiana para escribir la nota que Hamlet entregó al rival de Rosencrantz. Decía así:

*Ya no puedo esconder cómo os deseo, dulce Guildenstern.  
Esta noche, el pájaro rojo se posará en el sauce y esperará  
a la corneja gris. Atrapadme y seré vuestra.*

La noche del banquete, la luz del fuego refulgía en las paredes del gran salón, y las antorchas

de junco emanaban su humo aceitoso. El vino especiado fluía a raudales de las espitas, desbordaba jarras y copas y se consumía como si fuera agua. Las mesas crujían bajo los pedazos de venado y cerdo, el pescado ahumado y las empanadas de carne. Bebí un poco de vino, aunque no tanto como para emborracharme, y me senté con las damas mientras chupaba ciruelas e higos dulces. Un juglar se abrió paso entre la multitud, manteniendo en el aire varias naranjas a la vez. Los bailarines llevaban cascabeles, daban pasos con las rodillas en alto y batían palmas al ritmo de los tamboriles y las flautas.

El rey Hamlet observaba la escena desde su trono, con su reina junto a él. En deferencia a aquella alegre ocasión, marcaba el ritmo del baile con el pie y había suavizado su habitual semblante severo. El viejo Yorick había muerto, y ahora un bufón más joven hacía reír al rey Hamlet, aunque no tan enérgicamente como antes.

En contraste, Claudio disfrutaba de una manera feroz, parrandeando copa en mano. Llevaba la máscara levantada para poder alimentarse mejor. Gotas de vino, de un rojo rubí, le salpicaban la túnica y el suelo. Les pellizcaba las curvas a muchas mujeres, sin preocuparse del vino derramado que manchaba sus disfraces. Hizo una reverencia exagerada ante el rey y casi se cayó de rodillas. Empezó un discurso, pero el rey cortó sus mal articuladas palabras. Así que Claudio cogió de la mano a Gertrudis y la instó a que se uniera a la fiesta. Con reticencia, ella se apartó del lado de su esposo para apaciguar a Claudio con un baile. La mirada del rey se oscureció.

Ese drama fue solo uno de los espectáculos de la noche. En aquel momento, mi propia trama me resultaba más interesante. Con mi capa azul marino y mi máscara sin adornos me movía por el salón y observaba a mis actores. Guildenstern llegó con una capa negra y una máscara con un pico. Cristiana revoloteaba con un vestido carmesí y una larga capa. Los músicos empezaron a tocar, y los bailarines nos emparejamos para danzar una majestuosa pavana. Me encontré frente a Hamlet, que llevaba una máscara ornamentada con dos caras.

—Buenas noches, lord Jano —dije, pensando de nuevo en la extraña miniatura que me había dado en el jardín.

—¿Bailaríais conmigo, escondidos a la vista de todos?

—Esa contradicción me deleita —contesté.

Le cogí la mano y sentí sus expectativas de placer, que coincidían con las mías. Entonces, entre el tumulto de bailarines, oí la risa tintineante de Cristiana.

—¿Creéis que el pájaro rojo se entregará a la corneja gris? —le pregunté en voz alta a Hamlet. Las máscaras nos permitían hablar sin llamar la atención de los demás.

—Si lo hace, sé que la corneja lo devorará —me dijo Hamlet en la oreja, provocándome un escalofrío que me bajó por la espalda.

Entonces cambiamos de pareja, y de pronto, me vi elevando las rodillas para bailar un bran con el nervioso Guildenstern, que casi se tropezó con su larga capa.

—Os he visto observar al pájaro rojo —le dije.

—Paréceme que se acicala las plumas solo para mí —alardeó él. El acento que puso casi me

hizo reír.

—¿Quién debe de ser? —bromeé, ya que creía que ningún disfraz era suficiente para esconder las maneras de Cristiana. Pero Guildenstern pareció desconcertado.

—Alguna bella dama recién llegada a la corte —dijo siguiendo con la mirada a la chica vestida de rojo.

Ella bailaba con muchos hombres, sin duda buscaba a Rosencrantz bajo cada disfraz. Pero Rosencrantz no estaba en el baile, ya que Hamlet lo había mandado a hacer algún recado sin importancia.

Estaba bailando con un caballero rollizo, pero de pies ágiles, cuando vi que Cristiana abandonaba el salón, con los pliegues de su capa roja ondeando detrás de ella. Hamlet me hizo señas para indicarme que Guildenstern la había seguido. Alegué que tenía las piernas cansadas y dejé a mi compañero. Me escabullí del salón lleno de humo y vapor. Con pasos ligeros, crucé el patio exterior y las puertas, bajé por el prado y me agaché entre los juncos del arroyo.

Hamlet, silencioso como la niebla, apareció a mi lado. La noche era húmeda y fría. Las nubes escondían la luna, y el sauce estaba cubierto de oscuridad. Pero veíamos a Cristiana, cuya capa envolvía a alguien más en un íntimo abrazo.

—¡Mirad cómo el pez primero mordisquea el cebo y después se lo traga! —susurró Hamlet con alegría.

—Sí, ambos están muy enganchados —admití.

Había imaginado que Cristiana y Guildenstern descubrirían pronto el juego. Esperaba que se reconocieran mutuamente y que se fueran riendo avergonzados. Pero mientras mirábamos, las figuras con capa descendieron hasta llegar al suelo sin dejar de agarrarse. Me venció la vergüenza.

—No deberíamos ver esta pasión privada —murmuré.

—Entonces bajemos el telón en esta escena —concedió Hamlet.

Nos retiramos y regresamos a Elsinor en silencio. Después de un casto beso, me aparté de los labios de Hamlet y nos separamos.

En lugar de volver al baile, fui a mi habitación, me desvestí y me preparé para ir a la cama. Mientras la noche avanzaba, oía los sonidos lejanos de la fiesta. Aunque todavía odiaba a Cristiana, no estaba orgullosa de mi ardid. Me revolvía en la cama incapaz de dormir. Unas horas más tarde, al oír unos pasos ligeros, fui hacia mi puerta justo a tiempo para ver pasar a Cristiana. Llevaba las plumas dobladas y la capa sucia. Tenía rubor en las mejillas e iba despeinada.

Al día siguiente, mientras yo estaba sentada en la galería de la reina junto a las otras damas, Rosencrantz vino a cortejar a Cristiana. Ella estaba sin aliento, esquiva y sonrojada en exceso. Rosencrantz estaba confundido, y cuando se fue, Cristiana se quejó de que el amor no afectara a los hombres. Poco después, Guildenstern la visitó. Llevaba una muestra de amor y le decía palabras melosas. Cristiana fue fría con él, pero Guildenstern creyó que estaba siendo discreta y se fue de buen humor.

Me hice muchas preguntas sobre lo que acababa de ver. Cristiana se comportaba como si la noche anterior hubiera hecho el amor con Rosencrantz. Pero parecía imposible que, pese a la oscuridad, pudiera haber confundido a Guildenstern con Rosencrantz. ¿Acaso Cristiana había reconocido a Guildenstern y había decidido obtener placer de todas formas? ¿Tenía remordimientos por haber sido infiel? ¿Estaba siendo falsa a conciencia, o realmente la habíamos engañado? Finalmente, abandoné mis especulaciones y concluí que en la vida, como en las historias, los amantes insensatos harán lo que sea y se engañarán a sí mismos en nombre del placer.

Más tarde, Hamlet me dijo que había estado bebiendo con los dos cortesanos, y que Guildenstern había alardeado de haber hecho el amor con Cristiana. Él y Rosencrantz habían llegado a las manos, y Hamlet se había levantado de un salto para separarlos.

—Les he dicho que era una libertina y que no se merecía su amor. Ambos han estado de acuerdo, se han dado la mano y ya son amigos de nuevo. —Hamlet rio y se frotó las manos con satisfacción.

Pero yo me puse furiosa al imaginarme a los tres hombres despreciando a Cristiana. No había sido mi intención que Rosencrantz y Guildenstern triunfaran a causa de mi ardid y que estuvieran tan satisfechos por los favores que le habían robado.

—¡Aunque Cristiana sea una necia, no se merece tal desdén! No son hombres de honor —dije. Hamlet me miró sorprendido.

—¿Qué? ¿Ahora sientes lástima por tu antigua enemiga? —me preguntó—. Eres igual que una mujer voluble —me pinchó.

—No tengo ganas de escuchar tus burlas —dije—. No puedo quedarme callada cuando vosotros, los hombres, perjudicáis a una de las mías.

—No hemos perjudicado a esa ignorante, sino que la hemos ayudado a deshacerse de los falsos amores —dijo dulcemente. Luego su rostro se ensombreció, y sus rasgos, severos, se parecieron a los de su padre—. Seguro que hubiera acabado sufriendo aún más, ya que tanto Rosencrantz como Guildenstern son unos impostores. Son unos viles traidores solo leales a sí mismos.

Cristiana fue humillada durante algún tiempo. Rechazada por sus dos amantes, soportó en silencio los cotilleos sobre su reputación. Yo no temía que se vengara, ya que no creía que fuera tan lista para sospechar que yo había planeado los acontecimientos de aquella noche. Hamlet y yo éramos cómplices leales y nunca revelamos que fuimos los autores de aquella tragicomedia.

## Capítulo 11

Una semana después de la celebración del reinado del rey Hamlet, el príncipe Hamlet regresó a Wittenberg. Mientras las sombras oscuras consumían la luz del día, nos dijimos adiós en el vestíbulo que había al lado de sus aposentos. Fue una despedida precipitada, puesto que eran momentos robados de las horas que debía pasar con su madre y con el rey. Me prometió que me escribiría a menudo, pero yo anhelaba que me dijera unas palabras más preciadas.

—¿Me queréis? —me atreví a preguntarle al fin.

—¿Acaso lo dudáis? —contestó esquivando mi pregunta.

—Si me lo decís, no lo dudaré.

—Creo que vos nunca me habéis declarado vuestro amor —dijo reflexionando con el ceño fruncido.

—Entonces no me habéis estado escuchando —repliqué con suavidad.

—Ah, terminemos con este discurso banal y dejemos que el silencio hable en su lugar —dijo, y me besó por última vez.

Una vez que Hamlet se hubo ido, busqué todos nuestros encuentros en mi memoria. Era cierto. Nunca le había dicho «os quiero». Sin embargo, no sabía si lo que sentía podía llamarse amor. Solo sabía que la ausencia de Hamlet me dejaba despojada y confundida.

Gertrudis, al no tener a su hijo cerca, también estaba triste y malhumorada. La serví con renovada humildad hasta que me otorgó de nuevo su favor. Supe que me había perdonado cuando me pidió que le leyera un volumen de sonetos, del cual se decía que era la última moda en Inglaterra. Mientras leía en voz alta, me parecía que el poeta añoraba a su amor ausente y que resumía exactamente mis propios pesares.

«Él se ha ido, mientras que yo permanezco aquí sola.» Este podría ser el estribillo de mi corazón. Leí otro poema. «Espero que seáis sincero, ¿o es que solo me halagáis?» ¿Podía ser que Hamlet, con sus atenciones, simplemente me halagara? Pensé en mi humilde origen. ¿Cómo me atrevía a desear que Hamlet me amara? Esa poesía no era un gran consuelo para mí.

Los sonetos que elogiaban los labios y los hermosos ojos de una dama fueron los que pusieron nostálgica a Gertrudis. Se miró fijamente en el espejo lamentando que su edad aumentara y su belleza menguara. Intenté subirle los ánimos.

—¿Qué mujer querría tener los labios coralinos y los ojos como estrellas? —pregunté—. El coral es duro y está agujereado, y las estrellas tan solo son unas manchitas borrosas en la cúpula del cielo.

—Bah, Ofelia, te falta sensibilidad poética —me amonestó Gertrudis. Mientras le cepillaba el

pelo, cogió el libro y leyó en voz alta—: «Esos bucles ambarinos, las redes que me aprisionaron el corazón». —Levantó la mirada y suspiró—. Una vez tuve los bucles así. Ahora, mi espejo me muestra estas canas que me crecen en la cabeza como alambres.

—Resplandecen como hilos de plata en medio del oro —contesté, entrelazando la mata de cabello en una gruesa trenza.

—Ahora sí que hablas como una poetisa —dijo—. Todos los poetas son unos mentirosos.

Gertrudis no estaba contenta, así que me quedé callada.

—«Mi amada es hermosa, tan hermosa como cruel» —leyó Gertrudis—. ¿Por qué crees que la amada siempre desdeña al poeta que la corteja?

—Quizá ella no lo quiera —sugerí. Gertrudis no dijo nada. A veces me hacía esas preguntas para enseñarme cosas sobre el amor—. ¿Qué pensáis vos, mi señora?

—Creo que necesita ser cruel si quiere que la amen —me explicó Gertrudis—. Cuando una dama sucumbe a los deseos de un hombre, este la rechaza por indigna.

Oír eso me preocupó. ¿Disminuiría la pasión de Hamlet porque le había mostrado mi amor? ¿Acaso el amor era como el hambre, que se podía satisfacer con la comida? ¿O más bien crecía con lo que lo alimentábamos? ¿Debería haber detenido mis besos para hacer que Hamlet tuviera más apetito de ellos?

Pero a Gertrudis solo le dije:

—Quizá la dama, antes de concederle alguna cosa al poeta, espera a que este se case con ella.

—¡No, jamás se casarán! La naturaleza del amor consiste en no poder satisfacerlo tan fácilmente —dijo con vehemencia.

—Entonces el poeta no miente, ya que el amor frustrado es el tema de todos estos sonetos —dije con suavidad.

—Admito tu argumento, Ofelia —me dijo Gertrudis haciendo un gesto cansado con la mano—. Frótame las sienes con este aceite y déjame dormir.

Por desgracia, no pude aliviar el descontento de Gertrudis con mis atenciones. Ella y el rey discutían en su habitación. Se oían sus voces, pero no sus palabras. A veces la veía con los ojos hinchados por las lágrimas. Me preguntaba si había sido Claudio quien había sembrado la discordia entre ellos. Mientras que el rey estaba cada vez más envejecido y serio a causa de las cargas del gobierno, Claudio, con su barba marrón, aún era fuerte y vigoroso. Tenía los labios rojos y húmedos, y unos ojos negros audaces y penetrantes. Parecía que las mujeres se sentían halagadas cuando les prestaba atención, pero la mera idea de que me tocara con esas manos carnosas me hacía estremecer. Por suerte me dejó en paz, ya que le resultaba una presa demasiado pequeña para sus ambiciosos apetitos. Pero a menudo hacía que Gertrudis riera y se sonrojara. Quizá en su presencia ella se imaginaba que volvía a ser joven y bonita, la dama del soneto deseada por un hombre que no podía poseerla.

Ansiaba leer en las cartas de Hamlet el anhelo que sentía por mí, pero estas no tenían nada que ver con los sonetos de amor.

Una tarde de mayo, me senté al lado de una ventana en el extremo oeste de la galería de la reina y traté de descifrar el ingenio torturado de su última carta.

*Mi amada, no me encendáis más, no sea que consumáis mi buen juicio y traicionéis mi voluntad. Que los hombres no censuren mi nombre, vuestro amor, por el que caigo y me levanto.*

Leí una y otra vez esas palabras, pero no pude entender su significado. ¿Se trataba de la pasión verdadera de un amante que desafiaba a los hombres o de la queja de un erudito plagada de falsa pasión? La ausencia de Hamlet hacía que él fuera un misterio para mí, un dios enmascarado de dos caras que escondían, a su vez, otras personalidades.

¿Cómo debía responder a aquel extraño sentimiento? Mientras miraba el huerto del rey, me vino una idea a la cabeza. Hacía apenas cinco meses, Hamlet y yo habíamos admirado las manzanas rojas y doradas que crecían allí. Ahora, los árboles florecían con abundancia. Escribiría un soneto que describiera los pétalos blancos y rosados que, llevados por la brisa tibia, revoloteaban hasta llegar al suelo. Como no sabía cuál era el propósito de la carta de Hamlet, evitaría expresar el anhelo que sentía por él.

Mientras escribía y borraba muchas frases, lamentando mis aburridas ocurrencias, apareció Gertrudis en la puerta de su habitación. Se la veía inquieta.

—¡Ofelia! Se está haciendo tarde. ¿Aún no me ha citado el rey? —me preguntó.

—No, mi señora, no he recibido ninguna orden —le contesté levantándome—. Quizá hoy esté especialmente agotado. —El rey tenía por costumbre descansar en su huerto después de comer al mediodía.

—No te muevas —dijo con tono urgente, pero tembloroso—. Espérame aquí —me ordenó, y se fue deprisa.

Tal como me había pedido, esperé preguntándome por qué estaba tan agitada. Cristiana reanudó sus tareas de costura como si no hubiera pasado nada. Elnora, que tenía los ojos demasiado débiles para ver sus puntadas, simplemente se sentó con unas fundas de almohada descosidas en el regazo y cerró los ojos.

Me puse a componer mi poema de nuevo. ¿Podía rimar «brote» con «escote»? ¿Lo consideraría Hamlet un verso ingenioso o más bien forzado? Pensé que, quizá, debía renunciar a esa rima disparatada.

Mientras me entretenía con esos pensamientos tan triviales, un acontecimiento crucial y terrible tenía lugar muy cerca. Unos gritos repentinos perforaron el silencio y me sobresaltaron tanto que dejé caer la pluma, y la tinta manchó todas mis palabras. Los gritos resonaban por las paredes como si una horda de demonios aullara desde las piedras. Me levanté del asiento, pero no pude llegar muy lejos porque sentía que tenía los pies enraizados a las piedras del suelo.

Elnora se despertó de golpe.

—¡Ay, qué sueño más espantoso he tenido! ¡Era inimaginable! —Recuperó el aliento con

bocanadas cortas y rápidas—. ¡Necesito que me saquen sangre para purificarme de estos humores negros!

Los gritos, que habían cesado un momento, empezaron de nuevo. En medio de los alaridos me llegaron unas palabras a los oídos que hicieron que se me helara la sangre:

—¡Socorro! ¡El rey ha muerto! ¡Ay, ayuda!

Cristiana empezó a temblar y a maullar como un gato. Elnora se desmayó. Intenté reanimarla dándole golpecitos en las mejillas, luego la volví con cuidado para poner de lado su corpulento cuerpo y la dejé para que se recuperara.

—¿El rey ha muerto? —susurré. Esas palabras no cobraban ningún sentido para mí—. ¿Cómo es posible?

Abrí rápidamente la ventana y me apoyé en el alféizar. Vi que había guardias que corrían atropelladamente por el huerto, con sus picas y sus espadas en la mano. Gritaban y golpeaban los árboles mientras buscaban al ladrón que había robado la vida del rey, pero no encontraron a ningún asesino. Los pétalos caían de las ramas como si se tratara de una nevada tardía y húmeda.

Aquella noche se informó de que una serpiente había picado al rey Hamlet y que su veneno le había paralizado el corazón al instante. Yo dudaba de esa versión oficial. Jamás había oído hablar de serpientes venenosas alrededor de Elsinor, y tampoco había leído que tales criaturas existieran en Dinamarca. Entonces surgió el rumor de que aquellos que habían visto el cuerpo en el huerto habían remarcado que la piel estaba cubierta por una costra repugnante como la lepra. Se murmuraba que habían asesinado al rey mientras dormía y que el traidor había huido a Noruega. Pero creció otra sospecha, demasiado terrible para decirla en alto, que aseguraba que el desconocido asesino aún estaba en Dinamarca, incluso en Elsinor, entre nosotros.

Aquella noche, soñé que el cuerpo pálido y exangüe del rey tenía por encima inocentes flores blancas y rosadas. Un torbellino negro y poderoso se levantaba, esparcía las flores y partía los árboles, llevándose gritos sobre sus corrientes y haciendo que incluso las piedras del castillo se estremecieran. Mi corazón sabía que la bondad había sido asesinada y que un reinado de maldad había empezado en Elsinor.

## **Segunda Parte**

Elsinor, Dinamarca

Mayo-noviembre de 1601

## Capítulo 12

Cuando la tierra tiembla, las montañas caen y los ríos alteran su curso. De un modo parecido, la muerte del rey Hamlet sacudió los cimientos del Estado de Dinamarca, y el caos sustituyó al orden. La codicia, la sospecha y el miedo gobernaban los corazones. El padre de Edmund se apoderó del tesoro del rey, y los lores competían para obtener el control. Los obreros se negaban a trabajar, los comerciantes engañaban a sus clientes y los bandidos campaban a sus anchas. Nadie sabía cuál era su lugar en ese país desordenado y sin rey.

Gertrudis también abandonó su sillón de reina, y eso hacía que hubiera dos tronos vacantes. Vencida por la pena, se encerró como una monja y no recibió a nadie durante semanas. Se quedaba tumbada en la oscuridad de su dormitorio o se arrodillaba en su oratorio, donde rezaba hasta que se le agarrotaban las rodillas. Elnora y yo la atendíamos y le dábamos zumo de raíces amargas y flores machacadas para purgar sus malos humores y aliviarle los dolores de cabeza. Pero la reina permanecía tan apagada como una roca. Un día oí un estrépito en su habitación, así que entré y me la encontré delirando. En el suelo había un montón de libros, y uno a uno, los tiraba por la ventana abierta mientras lloraba histérica. Esa visión me horrorizó y corrí a cerrar la ventana.

—¡Por favor, mi señora, deteneos! —le rogué.

—¡Ay, se acabó! El amor no es más que una estupidez —gritó.

Cogí sus manos entre las mías y la llevé a la cama.

—No digáis esas cosas. Sé cuánto amabais al rey —murmuré intentando calmarla.

—¡Tan solo eres una niña! No sabes nada de los deseos de una reina —dijo con amargura empujándome a un lado.

Tuve en cuenta su dolor, así que no me ofendí y me quedé a su lado hasta que su delirio cesó y se quedó dormida. Entonces me llevé los volúmenes que quedaban a mi habitación. Al día siguiente, encontré el libro de sonetos en el jardín. Estaba desgarrado por la mitad, y sus húmedas páginas yacían esparcidas por los parterres de césped.

Mientras tanto, Dinamarca era como un barco sin timón. Los lores y los consejeros se reunían en las salas de Estado del rey hasta bien entrada la noche y discutían abiertamente en el gran salón. La cuestión más importante era quién debía suceder al rey Hamlet. En muchos países, el hijo del rey heredaba la corona, pero la ley en Dinamarca era distinta. Algunos pedían que se eligiera al príncipe Hamlet, aunque fuera muy joven. Otros argumentaban que Dinamarca necesitaba a un rey más bélico que desafiara a Noruega, a punto de atacar a nuestro país, que estaba sin jefe de Estado. A Gertrudis se le había secado toda la majestuosidad de las venas y no se preocupaba de esos asuntos. Rechazó todos los llamamientos, y como una profetisa con velo

negro, declaró que Dinamarca había sido maldecida. Pero Claudio estaba en todos los sitios a la vez, con un semblante serio y apenado por su hermano. Ya no tenía los ojos nublados por la bebida, sino fijados en un claro objetivo: la capitanía de aquel barco tambaleante. Finalmente, los lores, aunque no muy convencidos, acordaron nombrar rey a Claudio.

Sepultaron el cuerpo del rey Hamlet bajo el suelo de la capilla de Elsinor, cerca de los huesos de su padre y de los del padre de su padre. En el funeral, Gertrudis, envuelta en velos negros, fue detrás del ataúd de su esposo. Caminaba sola, sin ningún hombre que guiara sus pasos. Elnora lloraba muy fuerte. Yo estaba triste por el fallecimiento del rey, pero todavía me sentía más apenada por Gertrudis, que se doblaba bajo el peso de su pérdida. Me preguntaba cómo tenía que ser perder a un marido después de tantos años.

Ni el nombramiento del nuevo rey ni el funeral pudieron retrasarse hasta que Hamlet volviera. Se perdieron muchas semanas para traerlo a Elsinor, ya que el mensajero enviado no lo encontró en Wittenberg, sino viajando en dirección a Italia. Hamlet llegó a mitad del verano, cuando los frutos jóvenes y duros colgaban de las ramas que se habían despojado de sus flores con la muerte del rey.

Gertrudis solo se destapó la cara cuando su hijo regresó. Estaba más delgada, tenía la piel pálida, casi igual que sus ojos grises, y el pelo se le había vuelto más plateado que dorado. Se aferró a Hamlet como la enredadera al roble. El príncipe llevaba un traje negro como muestra de tristeza. Su habitual rostro sensible era ahora imposible de descifrar, como si llevara una máscara.

Yo anhelaba ver a Hamlet, aunque temía acercarme a él. Esperaba que me buscara, pero no lo hizo. Así que fui al gran salón para localizar a Horacio. La estancia estaba desnuda, despojada de los colores y los estandartes del rey Hamlet. La basura se encontraba esparcida por todas partes, y los perros la revolvían en busca de huesos con carne. Los cortesanos que querían un trabajo esperaban para reunirse con Claudio. Entre ellos reconocí a Edmund, el matón de mi juventud, ahora gordo y casi calvo. Estaba jugando a los dados con algunos compañeros de aspecto rudo. También vi a mi hermano, que había venido a Elsinor para la coronación de Claudio. Estaba con Rosencrantz y Guildenstern, a los que yo despreciaba, así que no me acerqué a él. En lugar de eso, le hice señas para que se acercara a hablar conmigo, pero simplemente se inclinó, como si yo fuera una extraña y no su hermana.

Entonces Claudio entró en el salón. Mi padre se apresuraba detrás de él con los brazos desbordantes de rollos de documentos de vitela. No había perdido el tiempo en ganarse el favor del nuevo rey. Me vio, meneó la cabeza y siguió su camino.

Desdeñada por mi familia, olvidada por Hamlet e ignorada por la reina, me sentía más sola que un leproso. Por eso me puse muy contenta cuando al fin vi a Horacio. Vestía de una manera muy sencilla y se lo veía incómodo en medio de los cortesanos que esperaban captar la atención del rey con sus elegantes ropas.

—No esperaba encontraros entre esta ansiosa multitud, Horacio. ¿Vos también venís a pedirle favores al nuevo rey? —dije con suavidad.

—Ni hablar —me respondió un poco indignado—. No deseo el poder, ni me gusta la política ni domino los halagos vulgares.

Vi que lo había ofendido e intenté remediarlo, pero tan solo lo empeoré más.

—Un rey necesita a hombres como vos, Horacio, alguien humilde y sincero. Pero no os penséis que pretendo halagaros. Mi propósito es preguntaros cómo está lord Hamlet. Parece muy apenado.

—Sin duda, la pena por la muerte de su padre le aflige el alma y hace que esté muy melancólico —me confirmó Horacio.

—Así que las pasiones de la reina y de su hijo son muy parecidas —dije—, ya que la aflicción de Gertrudis excede todos los límites. Temo que su salud esté en peligro. —Me confortaba hablar de mis preocupaciones con Horacio.

—Es cierto que nunca antes había visto a Hamlet tan sombrío. Tiene unos pensamientos funestos, y requiero de todo mi ingenio para razonar con él.

—¿Está enfadado por la decisión de los lores? A veces lo oía hablar de cuando él fuera rey —quise saber.

—No estima a su tío, eso ya lo sabéis. No os puedo decir más, ya que debo guardar silencio —me contestó Horacio, que era siempre discreto.

—Por favor, decidle que anhelo hablar con él... No, decidle que Ofelia comparte su dolor.

—Rehúye la compañía de todos y no verá a nadie —dijo Horacio mirándome con pesar.

—Excepto a vos —dije corrigiéndolo—. Como un verdadero amigo, vos protegéis a Hamlet de los bruscos golpes del mundo.

Horacio hizo una reverencia y se despidió de mí. Me dijo que saludaría a Hamlet de mi parte.

Pronto descubrí que estaba muy equivocada al pensar que las pasiones de Hamlet y de su madre eran muy parecidas. Cuando habían pasado tan solo tres semanas desde el entierro del rey Hamlet y las flores de verano estaban en su máximo esplendor, la noticia voló por todo Elsinor como un viento helado. Aquellos que lo oyeron primero se quedaron paralizados de incredulidad. Algunos estaban convencidos de que se trataba de un malvado rumor y tenían miedo de repetirlo. Otros declararon abiertamente que era un insulto para el príncipe y para la memoria del rey Hamlet. Pero todos acabaron corroborando la terrible verdad de aquella noticia cuando el rey en persona se jactó de ello.

Gertrudis se casaría con el rey Claudio.

## Capítulo 13

Al principio, la noticia me dejó estupefacta. ¿Cómo era posible aquello? Pensé en las semanas anteriores. ¿Cuándo, desde la muerte de su esposo, había Gertrudis conversado en privado con Claudio? ¿Acaso el dolor que sentía por la pérdida del rey Hamlet le había debilitado la mente? ¿Había elegido a Claudio de manera libre u obligada? No entendía absolutamente nada. Buscaba una explicación y le rogué dulcemente a Elnora que me dijera lo que pensaba. Pero parecía que ella estuviera afligida por la misma enfermedad que deprimía a Gertrudis.

—No estoy bien, Ofelia, no me molestes. En cuanto a la reina, yo no estoy en su cabeza. Se merece ser la esposa de un rey, ¿qué más podría ser? —Elnora cerró los ojos y me hizo un gesto para que me fuera. Incluso cuando me ofrecí a traerle un bálsamo, solo meneó la cabeza y no dijo nada más.

Pensé que la sofisticada Cristiana quizá entendería el comportamiento de Gertrudis, así que mientras cosíamos, reflexioné en voz alta:

—¿Cómo puede ser que la reina se case con el hermano de su esposo fallecido?

Cristiana se limitó a reír amargamente.

—¡Qué poco sabes de los hombres y de tu señora, la reina! —dijo como si estuviera al tanto de algún conocimiento más profundo. Pero no lo compartió conmigo, así que dudé de que entendiera la situación más que yo.

Todavía estaba perpleja cuando ayudé a Gertrudis a prepararse para su boda. Elnora resollaba constantemente mientras tomaba las medidas del vestido de satén gris de Gertrudis. No sabría decir si lo que atormentaba a la anciana eran sus sentimientos o sus ojos reumáticos. Mientras le ponía perlas en el pelo a Gertrudis y le aplicaba carmín en las pálidas mejillas, ella permanecía impasible, sin mirarme a los ojos. Estaba tan distante viviendo en su país del dolor que no me atreví a preguntarle nada.

El banquete de bodas fue una celebración fingida. Las mesas se hundían bajo el peso del venado, el cerdo asado, el pescado ahumado y todo tipo de verduras y frutas apetecibles. Un ejército de sirvientes ataviados con uniformes de un azul brillante, el color del nuevo rey, cargaban jarras de leche cortada y servían vino especiado en copas de peltre con el sello de Claudio. Las damas y los cortesanos llevaban sus sedas y joyas más delicadas, y los músicos tocaban sus tamboriles, tambores y laúdes. Aun así, entre tanta elegancia, muchos se contenían y escondían su desaprobación, aunque la embriaguez hizo que otros fueran ruidosos y descuidados.

Gertrudis sonreía y bailaba con una gracia discreta, pero vi que ocultaba su dolor tras una mirada fría. Para con su nuevo esposo mostraba una sumisión domesticada que nunca antes le

había visto, mientras que Claudio se pavoneaba como un gallo orgulloso y posesivo.

Hamlet estaba de pie en la entrada del salón, con los brazos cruzados de forma desafiante. Se encontraba solo. Su ropa era negra como el carbón, desde la capa hasta las botas, y las arrugas de su rostro mostraban preocupación. Tanto por su indumentaria como por su actitud, desdeñaba todo tipo de celebración. Vi que fruncía el ceño con pesimismo y pensé que me recordaba a una nube a punto de estallar, así que decidí enfrentarme a la tormenta y hablar con él.

Cuando estuve segura de que mi ausencia pasaría desapercibida, me escabullí entre los pilares que rodeaban el salón y me mantuve en la sombra hasta que me puse a su lado. Él no me miró ni me saludó, pero se movió como si estuviera inquieto y suspiró profundamente. Claudio levantó su copa en dirección a Gertrudis y bebió. Entonces, con los labios manchados de vino, la besó en la curva de los senos, justo encima del tejido bordado del corpiño. Ella volvió la cabeza hacia un lado, no sabría decir si lo hizo para permitirle el gesto o más bien para no verlo. Su rostro miraba directamente hacia el rincón oscuro donde nos encontrábamos Hamlet y yo, pero tenía los ojos impasibles y ciegos. Vi que Hamlet fruncía el ceño aún más.

—Dinamarca está enferma. No hace ni dos meses que mi padre está muerto, su piel todavía se aferra a sus huesos, y aun así mi madre se casa de nuevo. De hecho, los embutidos del funeral son los mismos que hoy abastecen la mesa de bodas —dijo amargamente hablando más para sí mismo que para mí.

En aquellas extrañas circunstancias, titubeé para encontrar las palabras convenientes, ya que la boda había sucedido al funeral del rey de un modo impropio y apresurado.

—Siento mucho la muerte de vuestro padre, de veras —dije sinceramente.

Hamlet no agradeció mis palabras. Tampoco se fue ni me pidió que me fuera, así que me quedé.

—¡Claudio no solo lleva la corona de mi padre, sino que además se desposa con su mujer! —dijo con incredulidad—. Siempre he dicho que era un ladrón. ¡Y mi madre! ¡Renuncia a mi padre, que era como Hiperión, el rey sol, y se ata a ese demonio! ¿Dónde está su juicio? ¿Dónde está su razón? —me preguntó como si yo tuviera la respuesta—. ¡Han desaparecido!

Separó ampliamente las manos.

—La reina ha cambiado mucho —murmuré—. Ni yo lo entiendo.

—Mirad, Ofelia. ¿Veis cómo se agarra a él? Es antinatural. ¿No le da vergüenza? ¿Acaso no es fuerte? ¿Solo tiene la fragilidad propia de una mujer?

Aunque compartía su confusión, salí en defensa de Gertrudis.

—Sois injusto, mi señor —dije con suavidad—. No todas las mujeres somos débiles. Yo soy, antes que nada, fuerte y sincera. —Le toqué la mejilla e hice que volviera la cabeza. Tenía los ojos húmedos, y eso delataba su angustia—. ¡Ponedme a prueba, Hamlet! No os fallaré.

Levantó el brazo y apretó mi mano contra su mejilla.

—Querida Ofelia, os he anhelado tanto... —Suspiró profundamente y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo—. Abandonemos esta vergonzosa escena y busquemos un lugar más tranquilo.

Me cogió del brazo, y después de mirar a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie nos observaba, me guio hacia fuera del salón a través de sus enormes puertas.

—¿Vamos a nuestra cabaña del bosque? —dije esperanzada.

—No, está demasiado lejos. No puedo esperar tanto.

En lugar de eso, me llevó escaleras arriba hacia la sala de guardia que había al lado de los aposentos del rey. No había nadie. Lo seguí a través de un laberinto de pasillos hasta una torre lejana que se encontraba en un ala del castillo donde yo no había estado nunca. Subimos a tientas por la sinuosa escalera de la torre hasta emerger en un murete desierto con vistas a los campos y al río que discurría por debajo.

Ya casi había anochecido. El aire tibio soplaba volutas de niebla húmeda sobre nosotros. La ira que antes se reflejaba en el rostro de Hamlet se había desvanecido y había dado paso solo a la tristeza. Esperé a que hablara.

—Ahora estamos solos. ¿Qué es lo que me diríais?

—Nada, Ofelia. Las palabras no tienen ningún significado. Tan solo me quedaría en silencio.

Así que, sin hablar, observamos desde el muro los campos y las colinas que se encontraban más allá de Elsinor. La neblina los iba cubriendo, y cada vez eran más vagos e inconsistentes. Pronto dejamos de ver el suelo. Y entonces Hamlet habló.

—¿Qué es la vida de un hombre, sino el preludio de su muerte? —La voz de Hamlet era llana, sin sentimiento. El viento húmedo esparcía las palabras a medida que le salían de la boca—. ¿Y qué es la muerte, sino un largo sueño, el olvido más grato?

—Mi señor, estáis agotado a causa del dolor. Dejadme que os prepare una bebida para dormir.

—Después del sueño de la muerte, estamos eternamente despiertos —continuó Hamlet como si yo no hubiera hablado—, pero ¿en qué tierra?

—¿Quién sabe? —dije con suavidad—. Nadie regresa de allí para contarnos historias.

—Así, el miedo a ese futuro hace que nos detengamos en el presente —dijo apoyándose en la cornisa de piedra, que estaba fría y resbaladiza por la humedad. La fachada de piedra de Elsinor era alta y vertical. De golpe, me di cuenta de hacia dónde iban sus pensamientos y sujeté sus manos entre las mías.

—Mi señor, ¡no os obcequéis en tales cosas! Con el tiempo, todo lo que vive debe morir. Era el momento de vuestro padre, pero el vuestro aún no ha llegado —continué desesperada intentando que pasara de los pensamientos funestos a los amorosos—. A su debido tiempo, todo lo que vive se convierte en polvo y fecunda la tierra con vida. Oled cómo esta noche el aire está preñado de flores y de su dulzura, tan deseada por las abejas.

Inspiré profundamente el aire espeso de la noche.

—Tengo los sentidos llenos de oscuridad, insensibles, y la mente, apagada e inútil. Mis esperanzas de progresar se han visto frustradas —dijo Hamlet con amargura.

—No sois el rey, pero seguís siendo el príncipe de Dinamarca.

—No soy nada.

—Vos sois mi Jack, y yo soy vuestra Jill. ¿Os acordáis? —dije para suavizar su ánimo, y le hice una reverencia imitando a una pastora.

—Eso era un juego de niños. Ahora mi padre está muerto, y yo ya soy adulto —dijo desesperado.

Observé su noble semblante. El dolor le surcaba la frente, ancha e inteligente.

—Desearía tener un espejo para que pudierais veros, ya que me habéis recordado este salmo: «Hicisteis al hombre poco inferior a los ángeles, lo coronasteis de gloria y honor, todo lo pusisteis bajo sus pies».

—Precisamente, lo que me han arrebatado es el suelo que tenía debajo —dijo.

Yo tenía los ojos inundados de lágrimas. Caí de rodillas ante él.

—Hamlet, vos sois una obra de Dios, la gloria de Dinamarca y mi amado —susurré.

Él también se arrodilló y me rodeó con los brazos. Nos aferramos el uno al otro como si así nos salváramos de ahogarnos.

—No, Ofelia. Vos sí que sois una obra maravillosa, tan noble es vuestra razón. —Me sostuvo la cara con ambas manos—. Sois la belleza del mundo. —Mientras me reseguía con los dedos el contorno de los labios, tenía la voz rota por las emociones—. Vos también me recordáis un canto divino, ya que estáis hecha de un modo temeroso y extraordinario, estáis curiosamente forjada.

Sus dedos en mi costado me contaron las costillas. Bajo mi falda, se encontraron con las cicatrices que tenía en la parte posterior de las piernas. Me tumbó cuidadosamente en el suelo.

Allí, con la piedra fría en la espalda y los brazos alrededor de su cuello, saboreé la sal de sus lágrimas y lo consolé con toda la fuerza de mi cuerpo. Entendí que la pena y el amor eran primos cercanos, ya que, desde su pérdida, Hamlet dijo al fin las palabras que yo tanto anhelaba oír:

—Juro amaros honestamente y para siempre —me susurró al oído.

—Y yo a vos. Hamlet, soy vuestra.

Entonces confirmamos nuestras promesas con el acto del amor.

## Capítulo 14

A los pocos días de la boda, los invitados que habían viajado a Elsinor se fueron y volvió la calma, pero poca paz. Mis propios pensamientos estaban en guerra cuando reflexionaba sobre lo que Hamlet y yo habíamos hecho. Le había entregado mi obsequio más valioso, uno que jamás me devolverían.

«No pasa nada, es bastante habitual que una chica entregue su virginidad a un hombre», dijo una voz mundana en mi cabeza. Parecía Gertrudis comentando un relato de amor.

«No se trata de una delicia cualquiera, sino de un amor verdadero y duradero», argumentó una voz propia de un libro de ideales cortesanos.

«¡Este pecado te ha arruinado, estás perdida!», me regañaba una voz puritana. Me vino el rostro de Elnora a la mente, lamentando que la educación que me había dado no hubiera servido para nada.

«No, el amor te ha creado de nuevo. Ya no eres una doncella, sino que has renacido como mujer», dijo una voz más sabia y generosa.

«Lo hecho hecho está y no se puede deshacer», indicó una voz severa como la de mi padre.

—¡Ay! ¿Qué voy a hacer? —me pregunté en voz alta.

«Reza para que este secreto no salga a la luz», me aconsejó la voz mundana, y yo, arrepentida, estuve de acuerdo.

Mientras debatía conmigo misma, mi padre me citó. Me pregunté qué querría decir eso, ya que me había estado ignorando durante muchos meses. Cuando llegué a sus dependencias, me lo encontré afanoso, yendo arriba y abajo mientras cerraba cajas y paquetes para el regreso de mi hermano a Francia. Por la forma en que se tiraba de la barba y se aclaraba la garganta, supe que estaba pensando en otras cosas. Tendría que haberme arrodillado en su presencia, pero estaba poco dispuesta a mostrarle tal respeto. Al fin y al cabo, había incumplido los deberes que tenía para conmigo. Así que me quedé de pie delante de la mesa esperando a que hablara.

Frente a mí, mi padre se inclinó sobre la mesa y me preguntó en voz baja:

—¿Qué has advertido últimamente con relación a la reina y Claudio?

—Nada, mi señor. —Era la verdad.

—¡No te hagas la inocente, niña! ¿Acaso no te he enseñado a observar detenidamente todo aquello que te rodea? —me preguntó con voz aguda.

—Sí, padre, mis ojos son cautos —dije fingiendo humildad.

Me agarró la barbilla y la levantó para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Es muy extraño que Claudio haya desposado a la viuda de su hermano con tanta prisa. Dime

qué os contáis las damas en secreto —me ordenó.

Desconfié de mi padre. ¿Qué información buscaba y en nombre de quién? De hecho, yo no sabía nada, ya que las damas hablaban con precaución sobre los temas que concernían a nuestra ama. Juzgué que era más seguro defender a Gertrudis.

—¿Por qué no podía ella escoger a su marido? Está acostumbrada a ser la esposa de un rey y no se iba a conformar con menos —le contesté, haciéndome eco de lo que le había oído decir a Elnora con anterioridad.

Mi padre estaba pendiente de otros asuntos más profundos, así que no se dio cuenta de mi tono desafiante.

—Hay gente que dice que le fue infiel al rey Hamlet —susurró inclinándose más.

La idea me horrorizó.

—¡No he visto nada! —dije. Entonces repliqué con audacia—: ¿Por qué? ¿Qué es lo que sabéis?

Mi padre retrocedió sorprendido y frunció los labios. En lugar de volver a hablar, me amenazó con el dedo, se dio la vuelta y salió de la habitación justo en el momento en que entraba mi hermano. Laertes se cayó sobre un montón de cajas para evitar chocar con él.

Reprimí la risa, pero estaba contenta de ver a mi hermano y esperaba que fuera amable conmigo. Encima del jubón bordado, llevaba una capa de viaje rojiza y estaba elegante. Sus calzones de seda le resaltaban las fuertes piernas. Tenía los andares de un hombre intenso y combativo, más aún que cuando era un muchacho.

Salí de detrás de la mesa y alargué el brazo con timidez, invitándolo a que nos abrazáramos. Laertes me apretó brevemente las manos manteniéndose a distancia.

—Querida hermana, antes de que me vaya, deberíais hacer caso a mi consejo —dijo como si estuviera hablando de negocios. Dolida, me aparté—. Es en relación con el príncipe Hamlet. Me he enterado de que soléis veros en secreto, disfrazados de campesinos. Dudo que vuestros juegos tontos sean solo inocentes —dijo.

Me quedé sin palabras y miré hacia abajo para ocultar mi rubor. ¿Cómo había descubierto Laertes nuestro amor?

—Hamlet tiene la sangre caliente, y vos sois bonita. Puede ser que ahora os diga que os quiere, pero no lo creáis. No puede elegirlos, ya que está sujeto a obrar según su nacimiento. Vuestra voluntad tampoco os pertenece a vos.

Yo no deseaba escuchar ese discurso tan fastidioso.

—¿Por qué no puedo escoger a quién querer? ¿Quién me lo impedirá? —pregunté, impulsando la barbilla hacia arriba como hacía cuando discutíamos de pequeños.

—Sabéis que es una pregunta ridícula. Nuestro padre decidirá con quién y cuándo os casaréis. O lo haré yo cuando él ya esté débil.

No me atrevía a discutir más con Laertes por miedo a que me tendiera una trampa y yo acabara confesando mi amor por Hamlet. Pero no pensaba ceder ante tal argumento.

—No podéis controlarme —dije, y me crucé de brazos decidida a permanecer callada.

Entonces mi hermano cambió de actitud y empezó a suplicarme:

—Querida Ofelia, mi reputación también está en juego. Tened en cuenta la pérdida que supondría para vuestro honor y para nuestro apellido si os creyeráis las canciones de amor de Hamlet y le abrieráis vuestro casto tesoro.

¿Acaso los espíritus y los espías fueron testigos de que Hamlet y yo habíamos hecho el amor en el muro? No, puesto que si nos hubieran visto, Laertes sabría que su advertencia llegaba demasiado tarde. Lo golpeé en el pecho con el dedo.

—Vos, querido hermano, escuchad mi consejo. Preocupaos de vuestro propio honor, y yo me preocuparé del mío. No me mostréis el camino escarpado y espinoso de la virtud mientras vos cogéis el caminito de rosas de los placeres.

Se rio en tono de burla. Yo quería abalanzarme encima de él y arañarle la cara. ¿Por qué a los hombres se les permitían unas libertades que se consideraban pecaminosas para las mujeres?

En aquel momento, nuestro padre entró trastabillando en la habitación. Agitaba los brazos metiéndole prisa a Laertes para que se fuera. Lanzó al aire todas sus máximas favoritas como si cubriera a mi hermano con flores.

—Sobre todo, sé sincero contigo mismo, así no serás falso con nadie —exclamó a la espalda de Laertes, que ya se iba.

¡Qué palabras tan vacías salían de la boca de mi padre, un hombre que solía amoldarse al poder y que no tenía una forma propia! Por primera vez, me di cuenta de que tenía la espalda doblada por la edad y el pelo ralo. Cuando Laertes desapareció al fin, se frotó suavemente los ojos y suspiró como un padre cariñoso. ¿Había querido a mi madre y había llorado cuando ella murió? ¿Habría sido una persona diferente si ella hubiera vivido? Deseaba hacerle estas preguntas, pero no tenía el coraje suficiente.

—Ofelia, ¿qué te ha dicho Laertes?

—Algo en relación a lord Hamlet —respondí con delicadeza—. Nada importante.

—He oído que le has dedicado tu tiempo privado de una manera muy libre y generosa. ¿Qué es lo que hay entre vosotros? —Tenía el ceño fruncido, las cejas unidas en una sola línea, y me miraba a la cara con intensidad.

¿Acaso mi padre y Laertes habían conspirado contra mí? Seguro que mi padre sabía lo mismo que mi hermano. Diría la verdad y no lo provocaría más.

—El príncipe Hamlet me ha ofrecido algunas muestras de amor —dije escogiendo cuidadosamente las palabras. Me atreví a pensar que si había amado a mi madre, quizá podría entender mi amor.

—¿Qué muestras? Dímelo ahora mismo —dijo como si me estuviera obligado a que le entregara unas golosinas.

—Cartas, detalles y promesas verdaderas —dije llevándome las manos al corazón con la esperanza de que mi evidente alegría lo conmoviera.

—¿Y crees en sus ofrecimientos de afecto? —se burló.

En su presencia, yo me sentía pequeña e insegura. Empecé a dudar de la sinceridad de Hamlet.

—Yo, mi señor, ignoro lo que debo creer —respondí. La voz me temblaba a causa del esfuerzo que hacía para controlarla. Sentí que rebrotaba en mí la habitual ira que sentía hacia mi padre.

—Escúchame bien. Ponte un precio más alto. En resumen, ¡estímate en más a ti misma o me harás quedar en ridículo! —Se sujetó los antebrazos para imitar a una madre acunando a un bebé.

Di un grito ahogado, horrorizada de que mi padre se hubiera burlado de mi virtud de un modo tan grosero.

—Me ha prometido su amor de la manera más honesta —dije cubriéndome con mi dignidad como si se tratara de una capa rasgada. Los ojos me empezaron a escocer por las lágrimas.

—¡No te creas sus palabras! ¡Son trampas para atrapar a una perdiz! —me gritó con fuerza.

Mis esfuerzos por mantenerme afable fallaron por completo. Fui incapaz de contener mi enfado y mi dolor, sentimientos que se derramaron sin control.

—¡Confío en Hamlet! —grité—. ¿Por qué vos no confiáis en mí? No soy la niña inmadura que creéis que soy. ¡Miradme! —Me arrojé sobre él y le golpeé el pecho violentamente. A continuación, le mostré las palmas de las manos para llamar su atención—. Tengo casi la misma edad que tenía mi madre cuando me tuvo. ¿Me veis? ¿Os acordáis de ella? —No cuidaba mis palabras porque quería herirlo, si es que aún quedaba algo de ternura en él.

Me sujetó las muñecas y las inmovilizó. No me agarraba con fuerza, pero su fría mirada me ocultaba cualquier sentimiento afectivo que pudiera albergar.

—A partir de ahora, no quiero que pierdas el tiempo conversando con lord Hamlet —me dijo con una voz fría y dura que me prohibía desafiarlo de nuevo.

Bajé la mirada para esconder mi tristeza y mi furia. Decidí que a partir de aquel momento, ya no sería la hija de mi padre. Aun así, dejaría que creyera que todavía me controlaba.

—Si me desafías, lo sabré, niña —me advirtió.

—Os obedeceré, mi señor.

La mentira que le dije a mi padre fue, en realidad, la promesa que le había hecho a Hamlet. Se lo había dado todo a Hamlet. Ahora él, y no mi padre, era mi señor.

## Capítulo 15

Desde que había entrado al servicio de Gertrudis, los lazos que me unían a mi padre y a Laertes se habían ido aflojando por culpa de la ausencia y la negligencia. Ahora se habían roto por completo, al igual que una cuerda podrida. Desanclada, como un barco en alta mar, dirigiría mi propio rumbo a través de las olas. Volvería a ver a Hamlet las veces que yo quisiera.

Eso era lo que pensaba mientras volvía a mi habitación después de enfrentarme a mi padre. Allí encontré un mensaje de Hamlet que me instaba a que nos viéramos aquel mismo día. Ya era casi la hora, así que me puse enseguida el vestido de pastora. Me pregunté cómo Laertes se había enterado de que me disfrazaba y lamenté el cambio que había hecho mi hermano, que se preocupaba más por su reputación que por mí. Sentí que mi padre me trataba de una manera injusta, ya que consentía cariñosamente a Laertes, mientras que a mí me rechazaba con crueldad. Me temblaron los labios, pero reprimí las lágrimas. ¿Por qué debía preocuparme de haber perdido el amor de mi padre si tenía el de Hamlet? Me apresuré a encontrarme con él, como si cualquier demora supusiera la posibilidad de perderlo.

Mientras me alejaba de las tierras del castillo por un camino alternativo, miré hacia atrás esperando ver a algún espía contratado por mi padre. Pero no me seguía nadie. Pese al calor del mediodía, llevaba una capa sobre mi vestido de campesina, como si se tratara del peso de todos mis pensamientos. Anhelaba ver a Hamlet, a la vez que lo temía. Recordaba nuestras palabras de amor y nuestra unión en el murete. ¿Podía ser que aquella noche hubiera cambiado todo entre nosotros? ¿Me recibiría de una forma más dulce o acaso me había citado para acabar con nuestro amor? ¡Dios no lo quisiera! Pero ahí estaba yo ¡como una sirvienta a su entera disposición! Quizá debería hablar primero y revocar nuestras promesas. De esa manera, salvaría la pizca de honor que me quedaba. Las diversas voces se enfrentaban en mi interior, y a ellas se les unían las voces desdeñosas de Laertes y de mi padre. Al final, empecé a creer que, en efecto, era una estúpida que había desperdiciado su virtud.

Inundada de dudas, aminoré el paso y llegué a la glorieta sombreada que había entre la pradera y el bosque. Se trataba de un lugar desierto, y para Hamlet y para mí era uno de nuestros sitios favoritos de encuentro. Allí me dejé el pelo suelto y libre, como le gustaba a él. El aire frío me calmó el acalorado corazón. Las mariposas volaban veloces entre las margaritas, y los pájaros burlones cantaban en sus nidos ocultos. Vi que Hamlet y Horacio estaban reclinados a la sombra de un gran arbusto mientras sus caballos pastaban en la dulce hierba que había cerca. Horacio, al verme, se levantó y se despidió. Mientras se alejaba al galope, Hamlet le gritó:

—¡Apresúrate en tu cometido! ¡Recuerda que hoy me confesaré!

Me percaté de sus palabras, y estas alimentaron mis pensamientos atormentados. ¿De qué pecado se arrepentía Hamlet? ¿Quizá del pecado de amarme?

—Ofelia, mi amor, ¿qué es lo que os aflige en este bonito día? —me preguntó al darse cuenta de mi inquietud.

Esquivé su beso mientras él me quitaba la capa de los hombros y la extendía para mí sobre la hierba.

Me senté y me mantuve rígida y recta. Miré al sonriente Hamlet, que estaba cómodamente tumbado en el suelo. No se comportaba como un amante que pretendiera rechazarme. De todas las palabras que podrían haber salido de mi boca, escogí algunas con mucho cuidado:

—He discutido con mi padre y con Laertes. Sospechan que somos amantes y dudan de vuestras buenas intenciones. Me han estado vigilando. ¡Me siento como un ciervo rodeado de sabuesos!

Hamlet extendió los brazos hacia mí y cantó:

—Venid a mí, Rosalinda, soy un venado sin cierva. —Pero me aparté.

—No estoy de humor para tal júbilo, Hamlet. Tan solo deseo ser libre. Esté donde esté, siempre hay alguien intentando atarme —dije esforzándome para describir mis temores sin parecer demasiado quejica—. Tu abrazo es como la trampa en la que a mi padre le encantaría capturarme.

—Sois injusta conmigo, Ofelia, ya que yo no os entregaré a él ni a sus sabuesos —dijo Hamlet.

—¡Entonces me harán pedazos! Con mi honor mancillado, me echarán de la corte y me mandarán a cualquier convento. ¡No me casaré nunca!

—Eso no ocurrirá, ya que yo me casaré con vos.

—Hamlet, os he advertido que hoy no puedo resistir vuestras bromas. ¿Acaso vuestra alegría es un ardid para alejarme de vos? ¡Decidme claramente que os arrepentís de nuestra unión!

—No estoy bromeando —dijo herido—. Os prometí mi amor y ahora me casaré con vos. Entonces podremos tocarnos todo lo que queramos sin que sea un pecado, y nadie más podrá ponernos la mano encima.

Apenas podía creer sus palabras. Era cierto que casarme con Hamlet me liberaría del poder de mi padre. Era una idea tentadora. Pero ¿cómo podía estar segura de que era sincero?

—Sabéis que no sois libre de casaros conmigo. Vos mismo lo dijisteis.

Hamlet empezó a hablar con una pasión repentina:

—¿Que no soy libre de casarme? ¿Quién me detendrá? ¿Mi padre? Está muerto. ¿Mi madre, que se ha vuelto a casar poco después de que el cuerpo de su esposo estuviera frío? ¡No! ¿Acaso Claudio me dará órdenes sobre este asunto? ¡Jamás! Él no es mi padre ni mi rey legítimo.

—Pero mi padre no permitirá que me case con quien yo quiera —me lamenté.

—Al contrario, que vos os casarais conmigo sería lo mejor para las ambiciones de Polonio —dijo Hamlet con frialdad.

—¡Al diablo con sus ambiciones! No quiero que me dé su permiso. ¡No voy a complacerlo! —exclamé confundida y frustrada.

—¡Entonces casaos conmigo y arruinad sus planes para siempre! —replicó Hamlet con rapidez, como si diera la estocada ganadora en un combate de esgrima.

Cogí mi capa y salí corriendo de la glorieta como si huyera. Hamlet me siguió de rodillas hasta ponerse bajo el sol, que brillaba de lleno encima de él. Llevaba la túnica abierta por el cuello, las mangas recogidas hasta los codos y el pelo enmarañado. Su gorro y sus toscos zapatos de piel estaban tirados por el suelo, no muy lejos de allí. Sonrió, y le brillaron los ojos azules. Sentí que el amor me debilitaba y supe que haría cualquier cosa que me pidiera.

—Casaos conmigo, Ofelia —dijo alargando los brazos para cogerme las manos con las que me sujetaba la capa.

Yo tenía la respiración entrecortada porque él había leído mis pensamientos más profundos.

—Os prometo que no ambiciono nada más que vuestro corazón —dijo con sentimiento. Su cabeza me quedaba a la altura de los senos, y resistí el impulso de sumergirle los dedos en el pelo—. Si estuvierais a mi lado, escogería este asiento cubierto de hierba en lugar del trono dorado de Dinamarca.

Abrí los ojos de par en par al oírle renunciar a cualquier deseo de poseer el trono que Claudio había ocupado injustamente.

—Mi fe me hace creer que habláis con sinceridad —dije despacio—. ¿No me haréis daño, verdad, amor mío?

—¡Lo juro por el cielo! Aunque ahora debo confesarme para poder hacerlo. Por lo tanto, venid. Vayamos y dejemos atrás juntos nuestros pecados.

Dejé que me cogiera el brazo. Me llevó hacia su caballo y me subió a la silla. Montó detrás de mí, y el caballo, con su doble carga, nos llevó sin dificultad por el bosque sin caminos, como si supiera cuál era su destino. A nuestro paso, las hojas se sacudían suavemente, y los pájaros volaban delante de nosotros y nos atraían con sus llamadas. Los árboles crecían rectos y se doblaban en la copa. Eran como los nervios abovedados de una gran iglesia, y sus vitrales eran las verdes hojas, veteadas por la dorada luz del sol. No hablábamos, pero respirábamos como si fuéramos una sola persona.

Llegamos a la cabaña de piedra en ruinas donde ya nos habíamos encontrado con anterioridad. Allí nos esperaba una figura vestida con una capa marrón con capucha. Se trataba del sacerdote del pueblo. Horacio lo había llevado hasta allí para que perdonara, tal como le había dicho, a una pobre alma cercana a la muerte.

—Soy yo quien morirá —dijo Hamlet— si esta dama no me acepta.

Entonces instruyó al sacerdote. Le cogió la Biblia y le enseñó los pasajes que debía leer.

—Lo haremos con *El Cantar de los Cantares*, el elogio al amor —dijo Hamlet. Luego me dijo aparte—: Dudo que la educación de las doncellas permita leer esta escritura.

El sacerdote le cogió la Biblia a Hamlet y consideró el pasaje mientras se acariciaba el barbudo mentón. Entonces, antes de hablar, se aclaró la garganta durante mucho tiempo. Pensé que

debería tratarse con un apósito de mostaza picante, pero ahuyenté esa idea porque era inadecuada para el solemne momento en que nos encontrábamos.

—Sin duda este libro es el más adecuado para la ocasión —empezó a decir el sacerdote—, ya que trata sobre el matrimonio de Cristo con su Iglesia, con el que promete ser fiel a su Señor.

Hamlet lo interrumpió haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

—Ahorraos el sermón, padre. Apuraos a esposarnos, y Dios os lo recompensará.

Horacio hizo tintinear las monedas que llevaba en una bolsa, y el sacerdote casi dejó caer la Biblia por las ansias de obedecer. Empezó a desempeñar su papel con el entusiasmo propio de alguien que disfruta casando a amantes secretos. Si sospechaba que quien tenía enfrente era el príncipe de Dinamarca, no lo demostró.

—«Ya han brotado flores en el campo, ya ha llegado el tiempo de cantar, ya se oye en nuestra tierra el arrullo de las tórtolas» —leyó. Qué acertados eran los versos para aquella escena en el bosque, pensé—. «Mi amado es como una gacela o un cervatillo. ¡Mirad! Viene saltando por las montañas, brincando por las colinas.»

Pensé que ese sería Hamlet, mi amante salvaje. El sacerdote sujetaba el libro con una mano y con la otra gesticulaba en dirección al bosque que nos rodeaba como si estuviera convocando a la gacela, que era sin duda una criatura extraordinaria, una maravilla muy apropiada para un relato romántico. En aquel momento, yo sentía tal regocijo que tuve que cerrar los ojos para contener las lágrimas de felicidad.

—«Ah, si me besaras con los besos de tu boca... ¡Grato en verdad es tu amor, más que el vino!» —entonó el sacerdote mientras Hamlet me besaba con gran ternura.

Aunque estuviéramos en los bosques de Dinamarca, flotaban como una brisa los perfumes imaginados de las lejanas tierras bíblicas: mirra, áloe, alheña y canela. Pero el contacto con Hamlet me dijo que no estaba soñando.

—Sí, quiero casarme —susurré, dándole el consentimiento a mí misma antes de otorgárselo a Hamlet.

—«Mi amado es mío, y yo soy suya. Ponme como un sello en tu corazón, porque el amor es fuerte como la muerte.»

Con esas palabras, se fijó un sello sagrado en nuestros deseos. Hamlet me había demostrado que su amor era verdadero. Me sujetó la mano firmemente contra su pecho, y mi propio corazón latía con una alegría inusual.

Así que Hamlet y yo nos casamos con nuestra ropa de campesinos, con flores del bosque para adornarnos. Pronuncié mis votos creyendo que lo amaría hasta el día de mi muerte. Él también recitó sus votos con una fe evidente, y Horacio fue nuestro testigo.

Aquella noche, no hubo un banquete real que celebrara la boda del príncipe. Pero Hamlet y yo la festejamos mirándonos y tocándonos, y nos atrevimos a dormir en su cama. Cuando el reloj daba las doce de la noche, unos fuertes golpes hicieron que me despertara aterrada. La cerradura cedió, y la puerta se abrió de golpe. Horacio entró atropelladamente en la habitación.

—A las murallas, Hamlet. ¡Ya viene! ¡Llega enseguida!

Hamlet salió corriendo de la cama sin decir ni una palabra. Cogió su ropa y desapareció en la oscuridad con Horacio.

## Capítulo 16

Seguí tumbada como una efigie en una tumba, en la oscuridad de la habitación de Hamlet, mientras por la cabeza me rondaban muchas preguntas. ¿Qué terrible suceso había llevado a Horacio a interrumpir nuestra noche de bodas? ¿Había sido descubierto nuestro matrimonio secreto? ¿Qué significaban su mirada aterrorizada y sus palabras: «Ya viene»? ¿Acaso estaban atacando Elsinor? Agucé el oído, pero no detecté ningún alboroto en el castillo. Solo se me oía el corazón, que me martilleaba con tal fuerza que lo confundí con unos pasos. No había nadie moviéndose ni gritando. El silencio cubría Elsinor como un pesado manto.

Consideré que no era seguro quedarme en la cama de Hamlet. Así que me vestí y, envuelta en una oscuridad profunda y desconocida, me deslicé lentamente hasta mi habitación y me tumbé en mi catre de doncella. Oí las tristes llamadas de las palomas que estaban en las grietas de las paredes de piedra de Elsinor y envidié a aquellos humildes pájaros que anidaban libremente y sin miedo.

Cuando se hizo de día, me levanté de la cama y me puse mi vestido de damasco amarillo. Cogí un bordado cualquiera, pero mis dedos apenas podían sostener la aguja. Me quedé con la vista clavada en aquel trozo de tela, con sus claveles y sus pensamientos de seda azul y púrpura, mientras murmuraba para mí misma:

—Soy la esposa de Hamlet.

Aquellas palabras sonaban extrañas e imposibles. Empecé a dudar de los acontecimientos del día anterior, del mismo modo que alguien se cuestionaría la visión del cielo abriéndose al considerarlo producto de su imaginación. ¿Había simplemente soñado nuestra boda?

Me apoyé en el borde de la ventana y observé cómo el sol de la mañana se enfrentaba a la niebla. Los débiles rayos brillaban sobre el césped cubierto de rocío y hacían que las plantas del jardín brillaran como si estuvieran encantadas.

—¿Hamlet es mi... esposo? —me dije a mí misma.

La afirmación se había acabado convirtiendo en una pregunta al recordar que él había abandonado nuestra cama de forma repentina. ¿Por qué se había levantado de golpe y se había esfumado sin una explicación, un beso o una promesa de volver? Aquello no era un buen presagio para nuestro matrimonio.

Así, me aferré a las preocupaciones que me zumbaban en la cabeza hasta que oí un suspiro profundo. Levanté la mirada y me sorprendí al ver que Hamlet estaba en la puerta, enmarcado por el arco de piedra. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí de pie? ¿Por qué no me había saludado?

—Querido, amor mío —dije—. Os añoraba y no he podido dormir. —Me expresé con

moderación, ya que, aunque creyera que su comportamiento lo justificaba, no quería regañar a mi marido el día después de nuestra boda—. ¿Qué ha pasado...?

Me interrumpí al darme cuenta de su aspecto descuidado. Llevaba los calzones rasgados y sucios y el jubón desabrochado. Tenía el semblante pálido y, aunque estábamos en julio, tiritaba como si tuviera frío.

—Mi señor, ¿por qué parece que os haya visitado un fantasma?

Se sobresaltó como si fuera culpable de algo.

—¿Vos también lo habéis visto? —susurró.

—¿Si lo he visto? ¿A qué os referís? Hamlet, me estáis asustando. —Me levanté para ir hacia él.

—No os acerquéis más, Ofelia. —Retrocedió y me mantuvo a un brazo de distancia.

—Esa no es manera de saludar a vuestra nueva esposa —me quejé.

—Shhh. No habléis de eso ahora, guardad el secreto.

—¿Por qué? ¿Quién nos oirá en esta habitación? Mi señor, parecéis consternado. ¿Qué es lo que os preocupa?

—No puedo decíroslo.

—Confiad en mí. Soy vuestra...

—¡No! Deberías permanecer inocente frente a mis actos —dijo de repente.

—¿Qué habéis hecho? —pregunté alzando la voz asustada.

Me contestó con palabras graves y absoluta determinación:

—Aún nada. Pero lo que estoy obligado a hacer abrirá una brecha entre nosotros.

—No lo entiendo, mi señor. Os ruego que me lo expliquéis —le supliqué. ¿Se refería a que iba a divorciarse de mí?

Me incliné hacia él para que pudiera olerme el pelo perfumado de romero y le puse la mano en la mejilla. La sostuvo ahí durante un momento. Entonces la empujó lejos de él y sacudió la cabeza una, dos y tres veces.

—No me apartéis —dije con la voz ahogada por las lágrimas—. Estoy unida a vuestro destino, y vos, al mío.

Veía que se debatía contra alguna fuerza interior.

—Hablad conmigo —susurré.

—Prometedme que no le contaréis ni a un alma lo que os voy a revelar. —Me apretó los hombros con las manos.

—No se lo diré a nadie. —Aunque estuviera confundida, también esperaba emocionada su revelación.

Entonces escuché asombrada a Hamlet mientras me contaba que esa noche había ido con Horacio al muro, al lugar exacto de nuestra unión. Últimamente los guardias habían visto allí la aparición de un fantasma. La piel me hormigueaba mientras Hamlet me contaba que él también había contemplado el fantasma de su padre, armado de pies a cabeza. Había seguido la visión que

lo atraía hacia la oscuridad, a pesar de que Horacio le advirtiera que aquello podía llevarlo a la locura. Se le habían congelado hasta los huesos cuando el espíritu perturbado le había revelado que él, el rey Hamlet, había sido asesinado.

—¿Asesinado? —repetí—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Sí, asesinado. Claudio fue la serpiente que picó a mi padre —dijo Hamlet con la mirada agónica—. El espíritu me contó que mi tío le vertió jugo de beleño negro en los oídos coagulándole la sangre y quitándole la vida.

Recordé la cabaña de Mechtild con su despliegue de venenos, que suponían un medio sencillo para que un villano con corazón de zorro cometiera cualquier perversidad. Pensé en el resentimiento que había entre el rey Hamlet y su hermano, en los rumores que circularon después de la muerte del rey y en mi padre preguntándome qué era lo que había visto.

—Es el crimen de Caín, el asesinato de un hermano —dije.

—Este Caín ha robado a la esposa de su hermano y se la ha llevado a su incestuosa cama. También ha robado la corona de su hermano... ¡La corona de mi padre y la mía por derecho! —dijo Hamlet con los dientes apretados.

—¡Pensé que no queríais la corona! Justamente ayer, antes de que nos casáramos, dijisteis que renunciaríais al trono de Dinamarca. —Mi protesta fue poco convincente, y Hamlet la ignoró.

—Pero tened cuidado, Claudio, ya que he jurado por la espada de mi padre que vengaré su asesinato infame y antinatural. —Cada palabra era deliberada e indicaba su firme intención.

Me estremecí al escuchar la promesa de Hamlet. Me esforcé en comprender el horror que describía: un asesinato incentivado por la envidia.

—Parece una fantasía extraña. —Agité incrédula la cabeza—. ¿Cómo podéis creer en las palabras de un fantasma?

—Yo no dudo de lo que he visto. ¿Por qué dudáis de mí? —Las palabras de Hamlet eran cortantes.

—Quizá Horacio tenga razón y el fantasma sea un demonio enviado a plagaros la mente de dolor —dije intentando razonar con él—. ¿Cómo podéis estar seguro de que no os ha engañado?

—Era la imagen exacta de mi difunto padre y hablaba con su voz. ¡Seguro que no era un demonio!

—¿Por qué tenéis que ser vos quien busque justicia? ¡Asesinar a un rey! ¡No lo penséis, dejad que el cielo se encargue de ello!

—He hecho una promesa sagrada, la venganza me pertenece —dijo inflexible.

—¿La petición de un fantasma prevalece sobre la súplica de una esposa? ¿Cómo pueden vuestras promesas de venganza usurpar nuestros votos de matrimonio? —le reclamé.

—Vos misma lo habéis dicho, Ofelia: estamos unidos uno al destino del otro. Este es mi destino.

Hamlet se arrodilló ante mí como si estuviera parodiando su proposición de matrimonio.

—Prometedme que guardaréis silencio y que no le contaréis a nadie lo que sabéis.

—¿Por qué me lo habéis contado? —grité tapándome los oídos con las manos—. ¡No quiero saber nada de este plan funesto!

Hamlet me cogió las manos con firmeza.

—Una vez me dijisteis: «Ponedme a prueba, Hamlet. No os fallaré». Ahora os pongo a prueba. No me falléis, amor mío.

Agité la cabeza lentamente, más por derrota que por negación.

—¡Jurádmelo!

Me sentí obligada a jurar, tal como me ordenaba, que no revelaría su plan de venganza. Mi corazón parecía un saco cargado de piedras cayendo al mar más profundo.

—Si me ayudáis, no fallaré. Ofelia, ¡prometedme que me ayudaréis!

—¿Qué otra opción tengo? —dije desesperada—. Estoy comprometida con vos, y vos lo estáis con la venganza.

Las lágrimas me empezaron a brotar, y Hamlet fue de nuevo la imagen exacta de un marido cariñoso. Alzó las manos para secarme las mejillas y me besó en la frente.

—Cuando haya cumplido la promesa que le he hecho a mi padre —dijo—, os honraré. Todo el mundo sabrá que somos marido y mujer, y vos, Ofelia, seréis mi reina.

Tendría que haberme sentido feliz al oír esas palabras y al verme a mí misma como una reina. Pero, por desgracia, habría intercambiado mi alto estatus para convertirme en la simple Jill de Hamlet, mi Jack.

—Haré lo que me mandáis, mi señor —dije, pero mi corazón era sumamente reacio.

—Encontraos esta noche conmigo en la capilla.

—Luego se fue sin hacer ningún ruido sobre las piedras que sus pies dejaban atrás.

## Capítulo 17

Estuve todo el día sumamente preocupada por lo que había pasado entre nosotros. Me preguntaba si Hamlet, con su charla sobre fantasmas y asesinatos, se había vuelto loco. ¿Cómo podía ser que yo hubiera consentido en ayudarlo en su venganza? ¿Por qué había tomado como esposo a alguien a quien apenas conocía?

Necesitaba la sabiduría de una persona que hubiera estado casada durante mucho tiempo, como Elnora. Así que la busqué, y ocultando mi situación y mis pensamientos atormentados, le ofrecí una bebida de menta refrescante y la abaniqué mientras sorbía.

—He estado leyendo un relato sobre una buena esposa a quien su señor pone a prueba incontables veces. Eso ha hecho que me haga preguntas sobre el matrimonio. ¿Alguna vez lord Valdemar os ha dejado perpleja con su comportamiento y os ha parecido un extraño?

Elnora me miró sorprendida y, según me pareció, con un poco de recelo.

—Vaya, qué pregunta tan peculiar, Ofelia.

—Tan solo trato de adquirir un poco de sabiduría para cuando me case —dije aparentando indiferencia.

—Todas las mujeres se despiertan un día y se preguntan si han cometido un error al casarse —dijo Elnora—. Supongo que a los maridos también les pasa. Pero para entonces ya es demasiado tarde, ya que están ligados mutuamente, al igual que el buey lleva el yugo durante toda la vida.

Le hice otra pregunta para ver si me daba un consejo mejor.

—Cuando os acababais de casar, ¿fue difícil doblegarse a la voluntad de lord Valdemar?

—Una esposa joven cede ante los deseos de su esposo con facilidad. ¡Ja, ja, ja! —Elnora me dio un codazo—. Sinceramente, lord Valdemar era como cualquier otro hombre. Creía que me controlaba, al igual que lo creerá tu futuro marido. «Soy el cabeza de familia», te dirá. Así que concédeselo —dijo encogiéndose de hombros. Se inclinó más hacia mí—. Pero recuerda: el marido puede ser la cabeza, pero la esposa es el cuello, y el cuello es el que hace volver la cabeza hacia el lado que quiera.

—Con los años espero llegar a ser tan sabia como vos —dije con un suspiro. Estaba segura de que pocos maridos se comportaban de un modo tan extraño como Hamlet. Además, tenía poca confianza en poder guiar a mi nuevo esposo de la misma manera que Elnora había aprendido a controlar a lord Valdemar.

Al atardecer, fui a la capilla a esperar a Hamlet. Me senté en un banco situado en la arcada, bajo las ventanas, y seguí reflexionando sobre las palabras de Elnora. Desde el entierro del rey Hamlet, la capilla casi no se había usado, y las motas de polvo flotaban a la deriva dentro de los

rayos de luz. No aparecieron formas fantasmales, nada perturbaba la paz. Observé como el sol descendía en el horizonte y el cristal de las ventanas del santuario arrojaba a la nave sombría rayos de sangre roja y del color azul de la realeza.

Vi entrar a Hamlet con un gran libro en las manos. Se había cambiado la ropa harapienta y se había vestido de nuevo con su habitual traje negro. Estaba tranquilo, pero profundamente pensativo. Miró hacia arriba como si buscara respuestas en las claves del techo, donde los arcos se unían sobre la nave. Mi corazón dio un brinco al ver el perfil de ese rostro noble, al distinguir esos rasgos amados sin trazos del frenesí de aquella mañana. Recé para que hubiera descartado aquellos nefastos pensamientos.

Entonces Hamlet miró hacia abajo y vio que estaba sobre la piedra recién colocada, bajo la cual estaba enterrado su padre. Sacudió la cabeza y soltó un suspiro profundo que resonó como el viento en la capilla vacía.

—Estoy aquí, mi señor —susurré, y le hice señas desde la bóveda oscura.

Hamlet giró hacia su derecha, luego hacia su izquierda, hasta que al fin me vio y se acercó.

—No quería asustaros —dije. Le cogí la mano entre las mías y me la puse suavemente en la mejilla.

Pero Hamlet no tenía ganas de aquel contacto tan leve. Me sujetó la cabeza con ambas manos y me besó en los labios con pasión. El libro cayó al suelo haciendo un ruido tremendo.

Él tenía las manos y los labios calientes, llenos de vida, pero sentí un escalofrío en la espalda. Me aparté de sus brazos y miré alrededor. La efigie de piedra de algún rey muerto hacía mucho tiempo nos miraba como si nos amonestara con severidad. En una pintura ennegrecida por la mugre del humo, unos Adán y Eva desnudos se apartaban del ángel vengador. Pude sentir sus afligidos ojos posados en mí y me estremecí de inquietud.

—Una nube de testigos fallecidos hace tiempo señalan nuestro abrazo —dije—. En este lugar sagrado no hay privacidad.

—¿Cómo puede ser sagrada esta capilla si ya nadie reza en ella? —dijo Hamlet—. La santificaremos de nuevo para el dios del amor.

—Aunque esté vacía y en desuso, queda algo de santidad aferrada a sus paredes, y yo no voy a deshonrarla. Así que hagamos el amor luego, en un lugar más adecuado.

Hamlet no discutió conmigo, pero dejó de abrazarme, y su ardor se enfrió como las brasas cuando el viento deja de soplar. Volvió a centrar la atención en el libro y lo recuperó del suelo. Sostuvo el gran volumen encuadernado en piel, y por su caligrafía dorada vi que se trataba del libro de anatomía de Vesalio.

—Ofelia, he estado estudiando la cuestión de dónde reside la maldad en los hombres.

Sus rápidos dedos pasaron las páginas hasta que llegaron al grabado del cuerpo de un hombre. Su piel desollada se abría y dejaba al descubierto los huesos, el corazón humano y un laberinto de conductos y tendones. Sentía curiosidad y terror a la vez, pero no dudé en absorberlo todo con la mirada. Hamlet habló con voz animada.

—Cuando me enteré de la muerte de mi padre, me dirigí a la Universidad de Padua, donde miles de hombres van a estudiar con los maestros de la medicina. Diseccionan cada parte del ser humano y descubren sus secretos.

—¿Eso no es herejía? —dije con la voz entrecortada—. ¿Cortar y abrir el cuerpo humano no es una ofensa a la creación de Dios?

—Los que dicen eso son enemigos de la razón y el conocimiento —se burló Hamlet.

—Decidme lo que esto significa —susurré impaciente resiguiendo con el dedo los intrincados dibujos.

—El espíritu vital se origina aquí, en el corazón, y se perfecciona en los pulmones, que impulsan la sangre con aire —explicó Hamlet—. El espíritu vital de una persona malvada está podrido, ya sea por una enfermedad del corazón o por alguna alteración de los órganos o de los humores. Eso deja una marca: ennegrece el bazo o produce una úlcera en el hígado. —Hamlet se detuvo antes de llegar a ese punto—. Me gustaría descubrir si un cirujano podría recuperar la perfección del espíritu vital extirpando la zona ulcerada.

—Pero ¿acaso no es el demonio, como un gusano invisible, el que está dentro de una fruta aunque esta tenga una apariencia deliciosa? —pregunté—. No se puede sacar el gusano sin destruir la manzana.

—Sí, y así como la apariencia de la manzana acaba mostrando que por dentro está estropeada, los pensamientos malvados corrompen los rasgos de las personas.

Pensé en Claudio. Aunque no me gustaran sus miradas, no me parecía que tuviera el rostro corrompido. Decidí debatir delicadamente con Hamlet usando mi razonamiento para hacerlo dudar. Recordé el consejo de Elnora y pensé que quizá así podría actuar como el cuello que dirigiría a mi esposo lejos de sus ansias de venganza.

—Si es cierto lo que decís, Claudio llevaría el asesinato de vuestro padre escrito en la frente —dije—. Pero no es así. Quizá sea inocente.

La sola mención de su tío hizo que se pusiera en pie.

—¡Claudio! ¡Podría mandarlo al infierno! —Caminó de un lado al otro, cada vez más agitado—. Yo os pregunto: ¿Cómo es posible que algunos hombres nunca trasladen las intenciones de actuar de la cabeza a la mano? —Se miró la mano como si fuera desconocida para él.

—Vos no sois uno de esos hombres, Hamlet. Pensad con qué rapidez os casasteis conmigo ayer. Yo dudé, pero vos me estimulasteis a actuar —dije esperando distraerlo con pensamientos románticos. Pero Hamlet no se conmovió.

—No me habéis entendido —dijo.

—Sí que os he entendido —dije con firmeza—. Sé que habláis de crímenes y de actos malvados, pero creo que tales pensamientos funestos son impropios del príncipe de Dinamarca y esposo mío.

Hamlet no tuvo en cuenta mi opinión, sino que siguió con el mismo tema.

—Tenéis que ayudarme a entenderlo, Ofelia. Decidme: ¿Cómo puede ser que algunos hombres

tengan pensamientos oscuros y los conviertan en actos cuyas consecuencias sacuden naciones enteras? —me preguntó presionándose la frente como para forzar a su cerebro a encontrar la respuesta.

Vi que tenía la mente encallada en su idea de venganza como una rueda atascada en una zanja. Pensé que si podía forzarlo a volver al camino liso del sentido común, Hamlet volvería a ser él mismo.

—¡Respondedme! —me pidió—. Si la intención de asesinar a alguien ya es un crimen, ¿por qué el acto de asesinar no se desempeña con facilidad?

—No lo sé —dije—. Quizá la mano celestial detenga vuestra mano o quizá la razón os controle. Solo aquellos que están dominados por la pasión permiten que sus pensamientos violentos se conviertan en actos violentos.

Estaba decidida a hacer que Hamlet pensara razonadamente y dudara de aquellos actos sangrientos. Entonces él, como si me siguiera, cogió el hilo de mis pensamientos.

—Tales actos violentos —dijo asintiendo lentamente con la cabeza— corrompen el cuerpo y el alma del hombre que los comete. Pero ¿qué ocurre si el acto, aunque parezca malvado, es voluntad del cielo? ¡Eso supondría que el malhechor es un agente de Dios!

—¡No! El acto de asesinar desafía toda justicia, tanto la humana como la divina —argumenté con un fervor parecido al suyo—. Seguro que no puede haber debate más allá de esa verdad.

—Tendré en cuenta vuestras palabras, Ofelia, ya que están cargadas de sabiduría —dijo Hamlet. Cerró el libro de anatomía y dio por finalizada nuestra discusión.

Las ideas que habíamos intercambiado tan rápidamente me daban vueltas en la cabeza. ¿Había conseguido disuadir a Hamlet de su idea de venganza? Mantenía la esperanza, ya que sabía que la razón era una cosa que se tomaba muy en serio.

—Mientras tanto —dijo Hamlet—, debemos encontrar la manera de entretener al rey y a vuestro padre para que no sospechen de nuestro acto secreto. Me refiero a nuestro matrimonio.

—Desearía que no tuviéramos que ocultarlo —dije con tristeza, aunque sabía que era más sensato no provocar al rey ni a mi padre con tal revelación. Me estaba acostumbrando al secretismo y a la emoción que me causaba nuestro complot.

—Saldrá a la luz a su debido tiempo, Ofelia —me aseguró, aunque no parecía estar pensando en nuestro amor, ya que tenía el rostro sombrío.

—Tengo un plan, esposo mío —dije radiante, y le toqué el brazo para captar su atención—. ¿Qué mejor manera hay para ocultar que estamos casados que simular que me cortejáis? Deberíais ir detrás de mí, ya que mi padre cree que lo hacéis. Os rechazaré y pareceré una hija virtuosa, pero mientras tanto, nos robaremos besos secretos el uno al otro.

—¡Sí! Fingiremos que nos amamos para ocultar que lo hacemos. Me encantaría representar tal paradoja —dijo Hamlet, y se inclinó para besarme en la garganta, allí donde era visible el latido de mi corazón.

Le sujeté la cabeza y se la acaricié. Sabía que rompería la promesa que con reticencia le había

hecho a Hamlet. Como alguien que cava un túnel bajo una fortaleza, yo socavaría su venganza, no lo ayudaría a llevarla a cabo. El juego del amor lo distraería del rumbo funesto que tomaba su vida.

El plan de Hamlet era la venganza, y el amor era el mío.

## Capítulo 18

Mi sencillo plan para despistar a Polonio y al rey fue creciendo en manos de Hamlet y se acabó convirtiéndose en una trama con unos motivos muy complejos y unos finales inciertos.

—Recordad que aparentaré estar loco de amor por vos, o loco en general, pero que lo hago para distraerlos y ponerlos a prueba —dijo.

—¿Por qué los ponemos a prueba?

—Para tantear su ingenio y hacer una ordalía de su juicio —respondió, como si disfrutara de la confusión.

—¿Por qué tenéis que haceros pasar por loco? —pregunté, sin entender ese giro argumental.

Era ya avanzada la noche y estábamos en los aposentos de Hamlet. Tan solo parpadeaba la luz de una vela, bajo la cual desarrollábamos nuestros planes.

—Los amantes frustrados son pura melancolía. ¿Acaso la melancolía no es una forma de demencia? Dejad que duden de mi salud mental —dijo Hamlet. Cogió una pluma y un papel y en pocos minutos compuso un soneto—. Escuchad —pidió, y empezó a leer con acento fingido. Sus cejas arqueadas cómicamente y sus amplios gestos me hicieron sonreír, y la expresión de pena que compuso provocó mi risa hasta la extenuación.

*Dudad de que sean de fuego las estrellas,  
dudad de que al sol el movimiento le falte,  
dudad de que la verdad pueda ser mentira,  
pero jamás dudéis de mi amor.*

—No está mal, pero tampoco es bueno —dije. En efecto, el precipitado poema carecía de melodía y tenía una métrica estática.

—«Jamás dudéis de mi amor» no determina hacia dónde dirijo mi amor. ¿Lo veis?

Aunque el verso pareciera oscuro, asentí con la cabeza.

—Eso no importa porque ya sé que me amáis a mí —respondí inclinando la cabeza con coquetería.

Pero Hamlet fue directo al grano y respondió:

—Esto servirá —dijo.

—¿Cómo, exactamente? —pregunté.

—Si Claudio ha cometido un acto malvado, tendrá corrompidos la razón y el juicio, así que conseguiremos engañarlo; es decir, creerá que nuestra actuación es real. Pero si es inocente, se dará cuenta de la verdad: que solo fingimos ser amantes.

—Ya sabéis que no es cierto que tan solo seamos amantes. Estamos casados —le recordé con suavidad.

—Por supuesto —agitó la mano—. Me refiero a que es la verdad de nuestra actuación.

—¿Y cómo debería reaccionar mi padre? —le pregunté, dudando de la congruencia de su razonamiento.

—Como Polonio no es malvado, sino simplemente bobo... Os ruego que me perdonéis, pero es bobo, creará que esta tontería es una prueba de mi amor —explicó Hamlet—. Ahora nos las ingeniaremos para que este poema salga a la luz y observaremos sus reacciones.

—Sería necesario escribir una carta que indicara que me destináis el poema a mí —remarqué.

—Sí, claro. No lo había pensado. —Hamlet cogió su pluma de nuevo y escribió una carta en la que me llamaba «*hermoseada* Ofelia»—. ¿Lo veis? Debería decir «hermosa Ofelia», pero con esta frase incorrecta sugiero que vuestra belleza está pintada.

Intenté sonreír, pero no entendía cómo llamarme así podría servir a su propósito. Hamlet notó que me había herido y alzó la vista.

—Os amo de verdad, Ofelia. Sois mi verdadera esposa.

—Y yo os amo a vos, amado esposo.

—Recordad que cuando tengamos compañía yo haré de amante amoroso, y vos seréis la amada que me desdeña. No tendréis piedad conmigo, pero aun así, yo os seguiré adulando. Veremos cómo reaccionan a eso.

—Sí, disfrutaré del juego —dije—. Actuaremos como un par de locos a ojos de todo el mundo y les tomaremos el pelo a nuestros mayores. —Me metí la carta en el corpiño y le di un beso de buenas noches.

Al día siguiente, me dirigí hacia mi padre fingiendo estar angustiada y le conté que Hamlet había ido a mi habitación mientras yo estaba sentada cosiendo. Lo describí con las medias desligadas, el jubón desatado y el rostro pálido. Imité la mirada fija y asombrada de Hamlet para enseñarle a mi padre cómo me había observado el príncipe. Le cogí la mano a mi padre y se la apreté con fuerza para que fuera consciente de lo desesperada que estaba. Me pasé la otra mano por la frente, tal como Hamlet había hecho. Sin decir ni una palabra, asentí con la cabeza, suspiré y me aparté de mi padre.

—¡Lo ha hecho exactamente así! —declaré—. No ha dicho nada, pero sus movimientos demostraban que sufría de una forma terrible. ¡Ha sido muy extraño!

Mi padre reaccionó a mi pantomima tal como Hamlet había predicho.

—¡Se trata del éxtasis del amor! —Se frotó las manos satisfecho y me pellizcó la mejilla.

Me animé y representé aún más emocionada el papel de hija obediente. Lo hice tan bien que incluso mi padre, pese a estar instruido en el arte del engaño, no percibió que yo llevaba una máscara.

—He rechazado las cartas de Hamlet y he evitado su presencia, tal como vos, querido padre, me ordenasteis. Tomad, esto os entrego con el sello aún intacto.

Me arrebató la misiva como si se tratara de dinero. En cuanto hubo leído la carta y el poema, gorjeó de placer, y olvidándose de mí, se apresuró a buscar al rey. Después de un momento, lo seguí y sentí un poco de pena por él por ser tan ingenuo. Corrió de aquí para allá hasta que determinó que Claudio estaba reunido en el gran salón. Mientras descendía en aquella dirección, trastabillando a causa de la prisa, yo bajé por las escaleras de la torre hacia la galería, donde podía mirar hacia abajo y observar su encuentro sin que me vieran.

Claudio se encontraba sentado en el estrado y hablaba en voz baja con Rosencrantz y Guildenstern. Gertrudis estaba inclinada hacia él y parecía aburrida con sus asuntos. Tenía la corona en el regazo y la pulía distraídamente con la falda. Me sorprendió hallarla así, ya que nunca la había visto en una actitud tan poco digna. Entonces me sobresalté al ver que un guardia uniformado de azul y blanco se acercaba a ellos y se quedaba de pie al lado del rey. Tenía las piernas abiertas y los brazos cruzados de forma amenazante. Con una mano agarraba una pica muy alta, que tenía una punta afilada y una temible hoja curvada. Vi que el guardia era Edmund. Pensé que era muy apropiado que aquel villano hubiera acabado siendo un soldado mercenario, a quien pagaban para proteger a Claudio y luchar por él en las batallas.

En el momento en que los dos cortesanos estaban a punto de irse, Gertrudis se inclinó hacia delante y los llamó de nuevo. Me esforcé para oír por encima lo que les decía. La reina arrugaba la frente preocupada. Parecía que les pidiera un favor a Rosencrantz y a Guildenstern. Ellos movían la cabeza de arriba abajo, ansiosos por obedecer. Cacé al vuelo las palabras «amigos de Hamlet» y «visita a mi hijo, que está muy cambiado».

«Seguro que los recibirá con los brazos abiertos», pensé con desdén. Hamlet saltaría sobre ellos como un lobo sobre un par de patos.

Mi padre entró corriendo y anunció la llegada de los embajadores de Noruega. También prometió que cuando estos se fueran, él daría sus propias noticias de gran importancia relacionadas con el comportamiento reciente de Hamlet. Sonreí por la manera en la que mi padre adelantaba su futura reunión. Entonces entraron los embajadores. Llevaban capas con los bordes de piel e iban cargados con mapas y muchos papeles. El primer embajador proclamó con fuerte voz que el rey Fortimbrás, que era muy sabio y diplomático, había decidido que por el momento no desafiaría a Dinamarca. Yo sabía que Fortimbrás era una gran amenaza, pues su misión era reclamar las tierras que su padre había perdido en sus batallas contra el rey Hamlet. Pero Claudio simplemente los despidió con la mano y les pidió que se unieran a él en el banquete de aquella noche. Pensé que no estaba capacitado para llevar el manto real sobre sus despreocupados hombros.

Edmund escoltó a los embajadores hasta la puerta y luego volvió a quedarse de pie, inmóvil, al lado del rey. Mi padre dio un paso al frente y empezó a pronunciar un discurso tan atiborrado de palabras como el abrigo de un actor lo está de ampulosidad para hacer parecer más voluminoso a su dueño. Al final, Gertrudis lo interrumpió y le ordenó que fuera al grano.

—Mi señora, he encontrado la causa de la demencia de Hamlet —declaró—. Está loco, ha

perdido el temple y la cordura... Y esta es la causa. Ya sabéis que tengo una hija que se llama Ofelia. ¡Hamlet, vuestro hijo, está loco de amor por mi hija!

Aguanté la respiración y observé la reacción de Gertrudis. Se irguió y abrió los ojos de par en par mostrando interés. Hubiera deseado poder leer sus pensamientos. ¿Estaba enfadada conmigo? Entonces asintió levemente con la cabeza como si ya lo supiera. El rostro de Claudio, impasible como una roca, no revelaba nada.

—¿Alguna vez me he equivocado en mi consejo, mi señor? ¿He dicho alguna vez «esto es así» cuando no lo era? —se rebajó mi padre, esforzándose en transmitir una actitud de sirviente humilde—. Creedme, no lo he hecho nunca.

Sin responder, Claudio le hizo un gesto impaciente para que procediera. Así que mi padre, con un ademán ostentoso, mostró su prueba, la carta. La leyó en voz alta, pronunciando cada frase del soneto con elaborados aspavientos.

Yo reí en mi escondite, corriendo el peligro de que me vieran. Parecía que mi padre se había tragado el cebo que Hamlet había ideado. ¿Habíamos engañado también al rey?

Claudio se inclinó hacia delante y le hizo preguntas a mi padre en voz baja. Pensé que mi progenitor, a pesar de ser bobo, también era muy astuto. No mostró lo mucho que le agradaba que Hamlet estuviera enamorado de mí, ya que Claudio habría sospechado de sus ambiciones. En lugar de eso, oí asegurarle al rey que había mantenido a su hija virtuosa, aunque indigna, lejos de tan noble príncipe.

—Ha sido su rechazo —anunció— lo que ha hecho que el príncipe se sumergiera en la melancolía del amor. No come, está taciturno, suspira y se viste de cualquier manera... Son signos infalibles.

El rey presionó su enjoyado dedo índice en sus carnosos labios sopesando cuál sería su siguiente movimiento. Mi padre aguardaba expectante. Sin duda, esperaba que Claudio me viera como el remedio a la locura de Hamlet. De esa manera, él, Polonio, sería ascendido por haberle dado un buen consejo.

Yo, como si fuera un peón en un tablón de ajedrez, también esperaba el movimiento del rey. Rezaba y deseaba oírle decir a Claudio: «Deja que la corteje, no pasa nada. Te doy mi consentimiento».

¿Qué era lo que deseaba Hamlet? ¿Quería amarme abiertamente o planeaba usar nuestro amor como una tapadera para su oscuro propósito?

¿Qué pensaba Gertrudis? Presionó el pecho contra el hombro de Claudio y le murmuró algo al oído. Luego sonrió a mi padre, así que parecía que nos favorecía. Pero Claudio se levantó y se apartó del contacto de la reina.

—Averiguaré dónde se esconde la verdad —dijo amenazadoramente dándole golpecitos a la carta.

Mi padre estaba preparado:

—Os proporcionaré una prueba más firme. Pongamos a mi hija en el camino de Hamlet y

observemos su encuentro en secreto.

A Claudio le gustó el plan y asintió con la cabeza.

Antes de que acabara la reunión, yo ya iba de camino a buscar a Hamlet. Tenía que contarle que Claudio tenía dudas y debía advertirle sobre su plan. Busqué por todas partes hasta quedarme sin aliento, pero me encontré con un castillo inusualmente desierto.

Cerca de la sala de guardia del rey, casi me encontré de frente con mi padre, pero me escondí a tiempo tras las sombras. Al pasar por mi lado, vi que se rascaba la cabeza y murmuraba de forma extraña.

—¡Siempre tiene el anzuelo puesto en mi hija! ¿Y dice que yo vendo pescado? No me reconoce. Está loco, sin duda.

El significado de sus palabras era un misterio, pero no tenía tiempo para pensar en ello.

Sonó una fanfarria lejana que anunciaba que alguien llegaba al castillo. Cuando llegué a las ventanas de la puerta de entrada, vi que debajo había una gran multitud de lores, damas y sirvientes que aclamaban y saludaban. Un carro pintado, cargado de baúles apilados, entró en el patio tirado por un rocín agotado que llevaba brillantes atavíos. Lo seguía una hilera de aldeanos curiosos. Un joven saltaba desde el carro y daba volteretas hacia atrás al compás de un tambor. Mientras tanto, un hombre gordo con un jubón rojo y pantalones con cascabeles bailaba una giga, y otro tocaba el tamboril.

La muchedumbre se apartó para abrir paso a Hamlet, que iba acompañado de Rosencrantz y Guildenstern. ¡Qué rápido habían seguido las órdenes de la reina! ¡Habían encontrado a Hamlet antes que yo! Los maldije en silencio, pues sabía que se pegarían a él como sanguijuelas.

Hamlet saludó al joven saltimbanqui con un abrazo y les dio a todos la bienvenida dándoles palmaditas en la espalda y estrechándoles la mano.

Una tropa de actores había llegado a Elsinor.

## Capítulo 19

La llegada de los actores puso a Hamlet de buen humor. De hecho, la perspectiva de pasar unas cuantas noches con canciones, malabarismos y actuaciones alegró a toda la corte, ya que ¿quién no deseaba olvidar por un momento la sospechosa muerte del rey Hamlet y el extraño matrimonio entre Claudio y Gertrudis? Yo también recibí con ganas la oportunidad de ver las obras de aquella famosa tropa, que no había visitado Elsinor desde hacía años.

Hamlet pasó todo el tiempo en compañía de los actores, y yo anhelaba unirme a ellos. Imaginaba la animada escena: los actores y Hamlet ideando una comedia para apaciguar los ánimos de la gente de Elsinor. Quizá les gustaría algo inteligente que yo sugiriera y lo añadirían a su obra. Aquel día esperé tres veces un mensaje de Hamlet invitándome a unirme a ellos, pero acabé decepcionada. Pasé la noche sola y abatida en mi habitación. Parecía que se hubiera olvidado de mí.

Al día siguiente, decidí merodear cerca del lugar donde se reunían los actores con la esperanza de captar la atención de Hamlet. Después de investigar un poco, los encontré ensayando en el vestíbulo del castillo. Hamlet los dirigía. Mi padre estaba sentado en un taburete y observaba el comportamiento de mi marido mientras simulaba mirar a los actores. Al verlo, gemí por dentro; no era adecuado para nuestro juego que me vieran buscándolo. Retrocedí hacia las sombras para mirar sin ser vista.

—La acción debe corresponder a la palabra, y esta, a la acción—instruyó Hamlet a aquellos hombres, como un profesor ante sus estudiantes—. No sobrepaséis los límites de la naturaleza.

Los actores, preparados en sus posiciones, prestaban mucha atención. Sabían que su fortuna dependía de la satisfacción del príncipe.

—Venga, quiero oír un discurso apasionado—dirigió Hamlet, y saltó sobre la mesa de caballete que les servía de atrezo. Allí encima se agachó e hizo una mueca feroz—. ¡Quiero oír el monólogo de Pirro, que quiere vengar al viejo Príamo con unas armas tan negras como su propósito!

El primer actor, el de la gran barriga, asintió vigorosamente y se frotó las manos, listo para la acción. Se aclaró la garganta y habló con un estruendo grave y profundo mientras avanzaba con la mano derecha levantada y blandiendo una espada imaginaria.

—Bien declamado—dijo mi padre aplaudiendo. Se calló de golpe cuando Hamlet lo fulminó con la mirada.

—¡No, no cortes demasiado el aire con tu mano!—le ordenó al actor. Estaba irritado y nervioso, como unos fuegos artificiales lanzando chispas.

—Es mi espada, que busca su objetivo —protestó el actor.

Entonces Hamlet le cogió la espada invisible, la partió por la mitad y la arrojó al suelo. Los actores rieron nerviosos.

—¡Debes controlar tu temperamento para encajar en la escena! —dijo Hamlet con tal intensidad que las venas de las sienes se le hincharon. Él, que estaba poseído por una pasión extraña, parecía desesperado por controlar a los actores hasta la más mínima palabra y el más mínimo movimiento—. Empezad de nuevo —ordenó. Esta vez, el siniestro tono del actor me hizo estremecer por completo—. Excelente, excelente —murmuró Hamlet.

—Esto se está haciendo demasiado largo —se quejó mi padre secándose la frente con un pañuelo.

Con un movimiento repentino de la mano, Hamlet dio el ensayo por terminado. Los actores empezaron a recoger la utilería, pero no eran lo suficientemente rápidos para Hamlet. Cada vez más enojado, los insultó hasta que huyeron como ovejas asustadas y se dejaron sus trajes. Mi padre se fue detrás de los actores sacudiendo la cabeza.

Yo recelaba de acercarme a Hamlet, así que me escondí bajo una mesa cercana cubierta por una larga alfombra. La aparente locura que lo había poseído me había dejado perpleja. Al contrario que nuestro plan para divertirnos y engañar al rey y a mi padre, la estrategia que él estaba llevando a cabo tenía una finalidad oscura y seria que yo no podía comprender.

Hamlet estaba solo, o al menos eso es lo que él creía. Cogió la coraza y el casco de Príamo del montón de disfraces que los actores habían olvidado y lo contempló. Era mi oportunidad para dirigirme hacia él. Me comportaría como si me lo hubiera encontrado por casualidad. Con aquella sonrisa que ya me era familiar, me reafirmaría que me quería. Entonces le advertiría que Claudio y mi padre habían planeado espiarnos en nuestro próximo encuentro.

Pero dudé demasiado y perdí la oportunidad, pues Hamlet tiró el casco al suelo soltando una palabrota. El choque del metal contra la piedra resonó en la sala vacía.

—¡Ay, qué débil y qué insensible soy! —gritó sujetándose la frente con ambas manos. Tenía una expresión agónica. ¿Acaso estaba ensayando el papel que representaría en la obra de aquella noche?

No, porque hablaba consigo mismo y no con una audiencia imaginaria. Aguanté la respiración y me esforcé en oír sus palabras. El monólogo de Pirro lo había conmovido mucho, y lamentaba que la pasión del actor fuera mayor que la suya propia. Pero yo nunca había visto a Hamlet hablar y moverse con una emoción tan salvaje. Se tiró del mentón y se agarró la garganta. Se llamó a sí mismo cobarde y miserable sin valor. Se golpeó el puño contra la palma de la otra mano y despotricó contra un villano sangriento e indecente. Sin duda se refería a Claudio.

Yo sudaba y resollaba con rapidez. Avergonzada, me di cuenta de que estaba espiando a mi esposo como si fuera una esposa rastrera y desconfiada. Pero ¿de qué otra manera podía llegar a entender a ese hombre tan cercano y extraño a la vez? Además, me había atrapado a mí misma

bajo aquella mesa y no podía acercarme a Hamlet ni salir de allí sin que me viera. Lo único que podía hacer era observar en secreto su profunda y e íntima aflicción.

La actitud de Hamlet cambió, como cuando una tormenta violenta ha agotado toda su furia. Ahora se lo veía tranquilo y pensativo, como si trazara un plan. Tan solo oí las palabras «la representación es el lazo» antes de que saliera disparado de la habitación.

Gateé para salir de debajo de la mesa. Con las prisas, me llevé la alfombra y la mesa por delante, y me cayó todo encima. Una vez estuve liberada y hube puesto la mesa en su sitio, Hamlet ya había desaparecido, y ni tan siquiera se oía el eco de sus pasos en el vestíbulo vacío.

## Capítulo 20

Al día siguiente, el rey llevó a cabo su plan para verificar la causa de la locura de Hamlet. Yo actuaba contra mi voluntad, pero abandonar la obra no estaba en mis manos. Claudio me llevó al escenario: el gran vestíbulo por donde Hamlet solía pasar, el lugar exacto donde yo lo había observado dándoles instrucciones a los actores. Mi padre me ordenó que le devolviera a Hamlet todos sus regalos y que no le dijera nada que alentara sus atenciones hacia mí. Gertrudis se ocupó de mi vestido, me arregló el pelo y me puso un ramito de romero fresco en el corpiño.

—Espero que tu incalculable belleza sea lo que realmente provoca tal extravagancia en mi hijo —dijo evaluando mi vestido y mi figura con una sonrisa de aprobación. Me hablaba bajito para que Claudio no la oyera.

—Gracias, mi señora. —Fue la única respuesta que pude darle.

—Rezo para que tus virtudes hagan que se recupere y que el honor os envuelva a los dos —susurró. Me puso en las manos un libro de horas con una cubierta de piel grabada y páginas doradas—. Quédatelo —añadió antes de que Claudio le dijera que se fuera.

«Que el honor os envuelva a los dos.» ¿Quería decir con eso que aprobaría nuestro matrimonio? Como una revelación, se me ocurrió que ya que ahora Hamlet era mi esposo, Gertrudis era mi madre. ¡Por desgracia, no podía reconocer como tal a ninguno de los dos! Cuando alcé la vista del libro, la reina había desaparecido.

Claudio y mi padre, cabeza con cabeza, conversaban en susurros.

Entonces mi padre se volvió hacia mí y me dijo con un ademán impaciente:

—Ve hacia allí y lee.

Mis reacios pies me llevaron al centro del amplio vestíbulo, donde esperé como si fuera un cebo para pillar desprevenido a Hamlet. Al oír sobre las piedras unos pasos que se acercaban, la esperanza y el temor luchaban dentro de mí. Vi que Claudio y Polonio caminaban sigilosamente detrás de un tapiz como si fueran fantasmas. Hamlet apareció en el extremo del vestíbulo, conversando consigo mismo como tenía la extraña costumbre de hacer últimamente. No entendí lo que decía. Incliné la cabeza hacia mi libro de plegarias y leí las palabras sin comprenderlas.

Mis pensamientos eran un desorden absoluto. ¿Cómo me trataría Hamlet al encontrarse con esa inesperada escena? ¿Fingiría ser un enamorado sufridor por si acaso alguien nos veía, o creería que estaba sola y me trataría con el cariño de siempre? Vi que abandonaba sus reflexiones, y mientras se acercaba a mí, intenté advertirle con los ojos de que nos estaban observando.

—Bella Ofelia —dijo para saludarme—, recordad mis pecados en vuestras oraciones.

Llevaba el pelo desordenado y se le había oscurecido el contorno de los ojos. Quería

acercarme y arreglarle el pelo, pero contuve la mano y tan solo le devolví el saludo.

—Mi buen señor, ¿cómo os encontráis hoy?

—Bien, os lo agradezco. Rosencrantz me ha indicado que viniera. Suponía que os encontraría aquí, aunque me ha sorprendido el mensajero que habéis elegido.

—Yo no os he llamado, mi señor —dije con serenidad, y añadí con un susurro—: Ha sido Claudio.

Pero debí de decirlo demasiado bajo, ya que no pareció que Hamlet me hubiera oído. Se volvió y miró a su alrededor como si buscara algo perdido o escondido. Entonces se me quedó mirando de manera inquisitiva.

Con dedos temblorosos, levanté un manojó de cartas que llevaba colgado al cuello y lo sostuve por la cinta de satén. Noté que Claudio me miraba fijamente y con fuerza y me obligaba a pronunciar unas palabras que yo aborrecía.

—Ya que estáis aquí, deseo devolveros estos recuerdos.

Me miró extrañado.

—Yo nunca os di nada —dijo con rapidez.

—Vos mismo os entregasteis a mí. ¿Es eso nada? —murmuré rezando para que Claudio y mi padre no lo oyeran.

—No lo hice. No fue nada —declaró Hamlet con voz fuerte y tono ofendido.

Él tenía los ojos velados, y sus palabras me confundieron. ¿Estaba negando nuestro matrimonio o se estaba divirtiendo con nuestro juego? ¿Qué debía decir ahora? Se hizo un silencio pesado. Parecía que las paredes de piedra se apretaran contra nosotros. El tapiz donde se escondían mi padre y Claudio apenas se movía. Entonces, en la lejanía, una paloma entonó una nota triste que resonó como si fuera la llamada de mi propio corazón.

—Mi señor —empecé—, sabéis que me disteis estos regalos, acompañados de palabras dulces y amables. —Su negación me había dolido muchísimo—. Pero tomadlos de nuevo, ya que los regalos valiosos se vuelven vulgares si aquel que los ha entregado no es afectuoso.

Le tendí las cartas, que eran un enorme tesoro para mí. Él las cogió y las tiró al suelo.

—¿Sois honesta? —Me lanzó las palabras como si fueran flechas hirientes.

Me encogí, dolida por la pregunta. La última vez que nos habíamos visto, me había llamado su verdadera y honesta esposa. ¿Cómo podía dudar de mi lealtad? Lo miré fijamente, intentando mostrar todo mi amor con los ojos.

—¿Acaso no os parezco honesta?

—¿Que si me lo parecéis? —Me miró al fin. Entrecerró los ojos, reflejando una fría desconfianza—. Sin duda parecéis honesta, pero ¿actuáis como si lo fuerais?

—No, mi señor... Quiero decir, sí —dije—. Mis acciones son verdaderas. —Sus complicadas palabras hacían que me sintiera confusa y atrapada.

—¡Ja! —exclamó como si se hubiera demostrado algo a sí mismo.

¿Por qué Hamlet me atormentaba sin motivo? No podía soportarlo más, así que yo también lo

ataqué.

—Yo no soy débil como vuestra madre, que traicionó a vuestro padre, tal como vos mismo habéis declarado —musité.

Hamlet frunció el ceño y sus oscuros ojos inspeccionaron mi rostro.

—¿Sois hermosa? —me preguntó.

¿A qué se refería? Él sabía que yo, a diferencia de las otras damas, no me maquillaba. Me llevé las manos a las mejillas, invitándolo a mirar lo que tantas veces había alabado.

—Yo os amaba —admitió alargando la mano hacia mí. Entonces la apartó y negó sus propias palabras—. Jamás os he amado.

Las palabras cayeron una a una como las hojas ligeras de un árbol muerto. Como las ramas en invierno, me había quedado desnuda e indefensa.

—¡Entonces me engañasteis! —grité. Las palabras se me agolpaban dolorosamente en la garganta. Empecé a dudar de que fuera mi esposo. ¿La escena de la boda en el bosque había sido un falso sueño? ¿Estaba loca?

—Idos a un convento. ¡Venga! —Me miró con desprecio mientras se alejaba de mí.

Perpleja, no hice ademán de irme. Era Hamlet quien estaba loco. Las palabras que me había gritado no tenían ningún sentido. ¿Por qué me mandaría a un convento? Seguro que se trataba de una de sus crueles bromas.

Entonces su tono cambió, y habló como si resumiera todas las penas de la vida.

—¿Por qué engendráis a pecadores? —gimió arrastrando las palabras en una gran ola de angustia.

—¿Qué pecado he engendrado? —le supliqué que me respondiera, subida a mi propia ola de dolor causada por su cruel rechazo—. ¿Qué he hecho para merecer este injusto abuso?

Mi pregunta se perdió en el fresco torrente de Hamlet. Se enfureció por haber nacido. Dijo que odiaba a la humanidad porque todos los hombres eran unos villanos, y todas las mujeres, unas mentirosas.

Entonces se interrumpió y me preguntó:

—¿Dónde está vuestro padre? —me miró con recelo.

—En algún lugar. Por ahí. No lo sé —tartamudeé.

Ya no me importaba que Claudio nos mirara. Aunque quizá Hamlet lo sabía y por eso estaba actuando en su beneficio. En aquella escena en la que actuaba contra mi voluntad, yo no entendía cuál era mi papel.

—¡A un convento! —gritó de nuevo, y su voz resonó en los muros de piedra del gran recibidor—. ¡Venga! ¡O si os casáis, hacedlo con un bobo, ya que los hombres sabios saben que los convertiréis en monstruos!

—¡Vos mismo os habéis convertido en un monstruo! —La voz se me quebró a causa de unas lágrimas que no pude controlar—. De hecho, casi no os conozco.

Hamlet no respondió. En cambio, pronunció un decreto que salió de su lenguaje tormentoso

como si de un trueno se tratase.

—¡Digo que de hoy en adelante no habrá más casamientos!

Me hundí en el suelo, no podía creérmelo.

—¿Me deshonraréis? ¿A mí, a vuestra honesta y verdadera Ofelia? —susurré.

—Los que ya están casados permanecerán así... —Hamlet se detuvo, y yo levanté la vista hacia él con una brizna de esperanza. Él no me miró, sino que arrojó sus palabras con fuerte voz—: Exceptuando uno.

Si sabía que Claudio estaba escuchando, ¡qué temerario e insensato había sido Hamlet al hacer esa amenaza! Vi que seguía pensando tan solo en su venganza y que había derribado todos los pensamientos amorosos. De rodillas, aullé con violencia:

—¡No! —Mi grito resonó en las cuatro paredes antes de fundirse en el silencio.

Hamlet sacudió lentamente la cabeza de un lado a otro, desfigurado por la angustia. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y estas bajaron por su nariz, pero él no hizo ningún gesto para secárselas. Dio marcha atrás y aún alargó una mano hacia mí. Parecía que se debatiera entre sujetarme o empujarme.

—A un convento... idos, y rápido. ¡Adiós! —dijo en un tono bajo y suplicante. Entonces giró sobre sus talones y se fue corriendo dejándome sola.

La histeria se apoderó de mí, y grité entre sollozos:

—Su noble mente ha sido derrocada. ¿Por qué? ¡Ay! ¿Por qué le concedí mi amor? ¡Estoy acabada! —Mi lamento se apagó y dio paso a unas lágrimas amargas que me dejaron temblando como si todas las extremidades se hubieran soltado de mi cuerpo.

Claudio se acercó junto a mi padre, que protestó:

—Sigo creyendo que su dolor ha surgido del amor desatendido.

—¡Silencio, Polonio! —bramó Claudio—. ¿Amor? Sus pensamientos no van por ese camino. —La cara se le puso roja—. No: se trata de una melancolía peligrosa, y hay que vigilarla de cerca —dijo mientras dirigía su furiosa mirada hacia mí.

## Capítulo 21

Llorando, me apoyé en mi padre y permití que me llevara a mi habitación, donde me dejé caer en la cama. Mis lágrimas no lo conmovieron. No me dirigió palabras piadosas, sino que más bien me echó la culpa.

—Ha sido tu manera de devolverle los regalos lo que ha caldeado los ánimos de Hamlet. Si hubieras usado palabras más dulces, habrías despertado su ardor, no su ira —me regañó.

No permitiría que sus críticas me enojaran y tampoco aparentaría sumisión.

—Lo siento, mi señor —dije con voz apagada y huraña. Era cierto, sentía mucha pena por mí misma.

—Quizá su melancolía se debía a otra causa que no fuera el amor —dijo frunciendo el ceño—. ¿Puede que me equivocara con mi dictamen? ¿Me has engañado, niña?

Mi orgullo dolido se alzó y me hizo defenderme.

—Hamlet me amaba. Hablaba y actuaba como tal. No os mentí.

Mi padre, sacudiendo la cabeza a causa de la duda y la confusión, me dejó sola. Entonces, el recuerdo de las palabras de Hamlet me atormentó, y mis lágrimas me desmoronaron hasta que, exhausta, caí en un intranquilo duermevela.

Más tarde, me desperté y me encontré a mi padre sentado en mi cama.

—Levántate, Ofelia, y escúchame. —Me sacudió, aunque con delicadeza, y se agarró de la barba con una angustia evidente—. He estado pensando, hija. No fue sabio por mi parte ponerte en el camino de Hamlet. Mi intención de que ascendieras, y yo también, se ha visto frustrada.

Me senté, asombrada por sus palabras, que eran casi como una disculpa.

—Ahora hemos levantado las sospechas del rey, y es tan peligroso como un oso acosado. Ya es suficientemente malo que Hamlet se encolerice como un demente. —Frunció el ceño, y una oscura mirada cubrió sus facciones—. No salgas, Ofelia. No quiero que te vean en público —me ordenó. Me puso sus labios secos sobre la frente y se fue de nuevo.

Esta vez no estaba dispuesta a desobedecerlo. Pero era la desesperación, más que el deber filial, lo que me hacía obediente. Permanecí en mi habitación durante dos noches y dos días, sin preocuparme de estar perdiéndome los espectáculos que tenían lugar en el gran salón. Elnora me trajo un tónico de tomillo salvaje y vinagre para calmar mi letargo. Lo bebí dócilmente, pero me revolvió la tripa. Tampoco podía comer nada sin encontrarme mal. Elnora me tomó el pulso, me acarició la frente y con tono persuasivo intentó descubrir qué era lo que me afligía.

—¿Qué has hecho para que tu padre me pida que te vigile de cerca?

—Nada. De verdad, soy inocente —dije, pero no pude añadir nada más sin echarme a llorar.

—A pesar de lo virtuosa que puedas ser, la reputación es algo frágil. Se pierde con facilidad y no se suele recuperar nunca —dijo observándome el rostro para encontrar evidencias en él.

¡Cómo hirieron sus palabras mi alma temerosa! ¿Era cierto que estaba acabada?

—Juro por el cielo que soy honesta. ¡Me mintió, me juró que me amaba!

—Ah, un corazón roto. Ya sanará —murmuró Elnora. La lástima que mostraba hacia mí solo me hizo llorar de nuevo, pero mis secretos más profundos permanecieron conmigo.

Al día siguiente, Gertrudis me llamó. Fui a verla, aunque estaba pálida y débil.

—El rey dice que mi hijo no está enamorado de ti —dijo la reina sin rodeos—. Me sabe mal, pero no te tomes esto muy a pecho. Él aún es joven y solo juega a ser un amante.

Sus palabras no me consolaron, ya que hablaba como una madre que excusa la rudeza de su hijo pequeño. Pero ¿cómo podía saber lo cruel que había sido Hamlet? Ella no había visto la escena entre nosotros.

—Ahora ve a descansar, se te ve bastante indispuesta —dijo con mirada compasiva.

Pero mis inquietos pensamientos no me daban tregua. Revivía a cada hora el encuentro con Hamlet, y la memoria me renovaba las penas. ¿Por qué me había menospreciado y se había burlado de mi virtud? ¿Por qué había clamado contra el matrimonio? ¿Por qué había negado que me amaba?

«Somos unos villanos. No nos creáis a ninguno de nosotros.»

¿No debía creer en las promesas que me había hecho, en sus palabras de amor, en sus votos matrimoniales? ¿También había mentido al decir «Jamás os he amado»? No entendía nada de aquel marido con cara de Jano que decía verdades y mentiras a la vez. Irritada y molesta, le grité al ausente Hamlet:

—¡Sí, sois un villano por maltratarme tanto con vuestras mentiras y promesas! ¡No os merecéis mi amor!

Pero la escena se repetía sola en mi cabeza, y mi rencor se aplacó. Me imaginé que en sus palabras había oído algo más que desesperación e ira.

«Idos a un convento. ¡Venga! ¡Adiós!»

¿Acaso Hamlet estaba, de algún modo, suplicándome que abandonara la corte de Dinamarca? Y en caso de que así fuera, ¿por qué lo hacía? Quizá no quería que presenciara su venganza y sus terribles consecuencias. ¿Me había mandado entonces a un convento para que estuviera segura y no para que escondiera mi vergüenza? Mis preguntas no encontraron respuestas, y mis pensamientos siguieron atormentándome hasta que temí que la locura me hubiera empezado a afectar al cerebro.

A la tercera noche, ya no podía soportar mi soledad. Necesitaba ver a Hamlet y hablar con él. Me puse mi mejor vestido y un corpiño de cuello alto porque no me atrevía a parecer inmodesta. Me peiné y me puse el pelo bajo una cofia de seda bordada con flores. Me uní a las damas de Gertrudis, que estaban reunidas en la galería para dirigirse al gran salón a ver la representación

de aquella noche. Reían, parloteaban y anticipaban las diversiones de la noche, pero yo estaba seria y callada.

Cristiana estaba muy animada y emocionada. Las rojas mejillas le brillaban, y llevaba un corpiño apretado que le aumentaba los pechos. Un collar verde que conjuntaba con sus ojos le brillaba en el cuello. A pesar de su anterior deshonra, Rosencrantz había empezado a cortejarla de nuevo. En ocasiones, ella favorecía a Guildenstern para poner celoso al otro, y a veces, los tres eran amigos.

—He oído que lord Hamlet ha creado una representación fascinante para esta noche —dijo Cristiana, hablándome a un lado y tapándose la boca con la mano.

—No sé nada de eso —repliqué.

—Pero seguro que sabes qué es lo que hace que el príncipe esté tan salvaje y loco últimamente. Unos dicen que es la muerte prematura de su padre, mientras que otros lo achacan al matrimonio apresurado de su madre.

—Es natural que la pena desordene la mente durante un tiempo —dije con imparcialidad. No gastaría más palabras en aquel asunto, ya que sospechaba que ella quería tenderme una trampa.

—Aunque otros dicen... —Se detuvo hasta que la miré. ¿Había oído rumores sobre nuestro matrimonio? Entonces soltó la flecha de su arco, más afilada de lo que me esperaba—. Dicen que el príncipe ama a una mujer que no es digna de él. —El corazón me latía con fuerza, pero no me inmuté—. He oído que ella lo ha engañado y que eso ha hecho que él enloquezca —dijo observándome la cara en busca de algún signo que le confirmara que había dado en el clavo.

Aunque me esforcé en ocultarlo, seguro que se me notó que me había sobresaltado. Como no le había dado razones a Hamlet para que pensara que le era infiel, seguro que había sido otra persona quien había iniciado el rumor que lo había hecho dudar de mí. Sospeché que habían sido sus falsos amigos, Rosencrantz y Guildenstern, azuzados por Cristiana. Sentí que la sangre me abandonaba el rostro y temí que la oscuridad se apoderara de mí.

—¡Vaya, Ofelia, estás tan pálida como la luna! —dijo Cristiana, ahora cogiéndome del brazo—. Siéntate en este banco.

La aparté de un empujón. Ella se encogió de hombros, se alejó de mí y entró al gran salón.

Un arrebató de ira me devolvió las fuerzas. Odiaba a Cristiana y a sus secuaces espías. También estaba furiosa con Hamlet por haberse creído ese falso cotilleo. Aquella misma noche me enfrentaría a él y le pediría que me dijera con quién creía que le había sido infiel y cuándo. Mientras avanzaba hacia el gran salón, me prometí que descubriría qué era lo que había hecho que el amor de Hamlet se convirtiera en odio.

## Capítulo 22

A lo largo del vasto salón de Elsinor, las antorchas ardían en sus candeleros. Al fondo, se había preparado como escenario una zona enmarcada por cortinas. Las damas con sus vestidos más elegantes y los cortesanos con copas rebosantes de vino buscaban los mejores asientos en bancos, sillas y cojines. Algunos ya iban muy borrachos, y los senos rosados de las mujeres atraían las miradas deseosas de sus amantes y, a veces, incluso alguna mano suelta. En el centro de la sala una tarima con sillas talladas esperaba a Gertrudis y a Claudio. Algunos ministros de Estado estaban de pie junto a ella, pero mi padre no se encontraba entre ellos. Los guardias, quietos como estatuas, mantenían sus posiciones, y los nobles con ricas vestiduras y sus damas se arremolinaban a su alrededor. Mientras observaba la estancia, vi que un guardia abandonaba su puesto y empujaba a una sirvienta hacia la oscuridad. Si ella opuso resistencia, el grito fue inaudible.

La escena que tenía ante mis ojos era una hueca pretensión de grandeza y alegría. Parecía que todo el amor no era más que lujuria, y toda verdad aparente, solo una máscara de mentiras. Pensé en el libro de anatomía de Hamlet, en el que había un esqueleto mostrando su interior, más allá de la piel. Se trataba de un crudo recordatorio de la muerte que nos aguardaba. Supe que nunca más me deleitaría con la gloria maquillada de Elsinor. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer, sino entrar en el juego y fingir que me divertía? Así que me moví entre la multitud, sonriendo con falsa modestia y asintiendo con la cabeza a diestro y siniestro. Topé con un cuerpo firme y me di la vuelta un poco molesta para pedirle perdón. Me llevé la mano a la garganta y ahogué un grito de alarma al encontrarme cara a cara con Edmund. Estaba de pie con las piernas separadas y los brazos en las caderas, lo que hacía que pareciera más corpulento. Mis ojos se fijaron en su cara, donde tenía una cicatriz terrible y en carne viva que le iba de la coronilla a la mandíbula. Apestaba a vino amargo, cebolla y sudor. Me alejé de él como si se tratara de una olla hirviendo, pero me había reconocido.

—Vaya, pero si es la putita del príncipe —dijo burlándose en voz baja.

Ni el miedo pudo aplacar la rabia que me provocaron esas palabras.

—¡Mientes, pedazo de carroña inmunda! —repliqué.

Como única respuesta, echó la cabeza hacia atrás y rio, haciendo que la cicatriz le brillara en un lado de la cara.

Me aparté de él rápidamente y me senté en un taburete pegado a la pared para intentar calmarme. El insulto de Edmund me repicaba en los oídos, que aún estaban rojos a causa de una vergüenza que no me merecía. Entonces me acordé de que él estaba presente cuando mi padre le

contó a Claudio que Hamlet estaba loco de amor por mí. Decidí que ese estúpido tan solo estaba celoso, así que lo apartaría de mi mente.

Entonces me llegó la risa fuerte y ondulante de Cristiana. Me volví en dirección al sonido y vi que saludaba a Rosencrantz. Este le hizo una reverencia a la vez que se quitaba el sombrero, cuyas plumas le rozaron la mejilla y la hicieron sonreír. Vista desde aquella distancia, parecía justa e incluso digna. Sopesé sus palabras rencorosas sobre la amada de Hamlet. ¿Qué sabía ella de las acciones del príncipe?

Como si notara que la estaban observando, Cristiana levantó la vista, y nuestros ojos se encontraron. Frunció el ceño y miró hacia otro lado. Moví el taburete hacia las sombras para poder observar a los demás sin ser vista. Pero me sorprendí cuando Cristiana apareció a mi lado sigilosamente, como siempre. Habló en voz baja y con urgencia.

—Ofelia, si aprecias tu vida, escúchame. Ahora el rey favorece a Rosencrantz. Dice que Claudio teme que haya un complot contra él y que sospecha de Hamlet. Ni por todo el oro del mundo sería amiga del príncipe.

Antes de que pudiera mirarla a los ojos, Cristiana ya se había escabullido. Teniendo en cuenta de dónde venía esa información, no sabía si creérmela. ¿Acaso me estaba poniendo a prueba y buscaba alguna señal que confirmara que yo estaba aliada con Hamlet? Lo había estado hasta que él me había rechazado. «¡Idos a un convento! ¡Venga!» Su urgente petición me resonó otra vez en la cabeza. Dinamarca se había convertido en un lugar peligroso, donde la lujuria llevaba al asesinato y a la tiranía, y alimentaba nuevas venganzas. Quizá Hamlet quería que abandonara ese sitio malvado para que no me corrompiera. Pero ¿por qué tenía que encomendarme a una vida de castidad fría y forzada entre las paredes de un convento? ¡No pensaba acceder a ello!

Mientras pensaba en lo mal que se me daría ser monja, Hamlet entró en el salón. Llevaba unos calzones negros y un jubón de terciopelo a la última moda, también negro, que tenía unos cortes en el pecho y en las mangas y dejaba al descubierto la tela roja y brillante que había debajo. Agarró por el hombro a Horacio, que se detuvo a su lado. Habló atentamente con su amigo, rio y le dio un golpecito en la espalda mientras se separaban. Hamlet fue a deliberar con los actores, y Horacio se me acercó. No estaba tan bien escondida, después de todo.

—¿Cómo está mi señora Ofelia? Os he... os hemos echado de menos estas dos noches —saludó con una reverencia. Me habló como si no supiera nada de lo apenada y humillada que yo estaba.

Parpadeé para evitar que se me cayeran las lágrimas.

—Soy la esposa más infeliz del mundo, Horacio, ya que mi esposo no me ama —me atreví a decirle con honestidad a la única persona que sabía lo de nuestro matrimonio.

—¿Qué queréis decir? Sé que él os ama —dijo él cogido por sorpresa.

Miré a mi alrededor. A pesar de que hubiera tantísima gente, nadie nos prestaba atención. Vertí toda mi tristeza en Horacio como si arrojara olas contra un fuerte dique.

—En los diez días desde que se interrumpió nuestra noche de bodas, mis alegrías de casada se han convertido en tristeza. Hamlet tiene problemas con mi virtud sin motivo alguno.

Horacio se ruborizó, ya que se sentía cohibido de que le hablara sobre mis problemas matrimoniales. Pero yo estaba desesperada por entender el motivo de la frialdad de Hamlet, y su amigo parecía ser mi única esperanza.

—Sé que no hay ningún motivo —dijo.

Pensé que el modesto Horacio me aportaba un poco de consuelo.

—Horacio, vos sabéis qué es lo que piensa, si es que alguien lo sabe. ¿Qué es eso de un fantasma? ¿Vos lo creéis?

—Lo vi, pero no hablé conmigo. Fue una visión horrible.

—Pero ¿era real? —insistí.

—No era algo corpóreo que se pudiera tocar como vos y como yo —respondió.

—Horacio, habláis como un filósofo que es ambiguo acerca de lo que es falso y lo que es verdadero —dije con impaciencia—. Os confieso que dudo de la existencia de ese fantasma, pero aquella visión enloqueció a Hamlet. Ya no lo conozco.

Horacio se detuvo luchando contra su habitual discreción. Finalmente respondió:

—Es cierto, no puede controlarse ni hace caso a mis consejos. Temo por él.

Un estallido de aplausos nos hizo mirar hacia el escenario. Aguanté la respiración al ver a uno de los actores haciendo malabarismos con unas naranjas mientras ejecutaba equilibrios sobre una silla volcada. Entonces sonó una repentina fanfarria de trompetas, y el actor saltó al suelo y se inclinó profundamente mientras Gertrudis y Claudio, cogidos del brazo, descendían las escaleras procesionales hasta el gran salón. Nos mantuvimos de pie hasta que el rey y la reina se sentaron en la tarima. Sonaron débiles aplausos y algunos vítores, pero Claudio frunció el ceño y no los tuvo en cuenta. Se sentó agarrándose a los reposabrazos de su gran silla. Consideré que la advertencia de Cristiana podría tener parte de verdad.

Vi que Gertrudis localizaba a su hijo y le hacía señas para que fuera a sentarse a su lado. Él la miró por un momento, sacudió la cabeza y se alejó. Mirando a su madre por encima del hombro, cruzó la sala con pasos deliberados y llegó al lugar en el que yo me encontraba. Vi como su sonrisa se desvanecía, y yo respiré hondo a causa de su falta de amabilidad.

Cuando Hamlet llegó a mi lado, Horacio se despidió diciéndome:

—En la fe, Ofelia, sigo siendo vuestro sirviente.

La bondad de sus ojos me consoló brevemente.

Hamlet se arrodilló ante mí como si se tratara de un muelle apretado con energía. Las luces se reflejaban en sus ojos brillantes, y se le sonrojaron las mejillas. Me agarró la mano, cosa que me encendió una chispa por todo el cuerpo, provocando que el deseo que sentía por él me hiciera sentir débil. Pero estaba determinada a permanecer distante hasta saber qué era lo que él sentía por mí. Y sobre todo, quería que se disculpara por haber sido tan cruel.

—Señora, ¿podría recostarme en vuestro regazo? —Levantó las cejas para enfatizar la pregunta.

Una petición tan grosera no era un saludo apropiado.

—No, mi señor, no es lugar para eso —repliqué con un reproche en mi voz.

—Me refiero a que si puedo, simplemente, descansar la cabeza en vuestro regazo —me pidió fingiendo una inocencia infantil. ¿Acaso Hamlet pretendía entretenerse con nuestro juego? ¿Cómo podía saber yo lo que le pasaba por esa cabeza tan cambiante?

—Sí, mi señor —dije, ya que parecía que interpretaba su papel de enamorado suplicante.

Dejé que se apoyara en mí, convencida de que a continuación se disculparía dulcemente. Pero, en cambio, hizo una broma indecente sobre los leales pensamientos que residen entre las piernas de una doncella. Sus ojos apuntaron a la parte de la que estaba hablando, y yo le aparté la cabeza de mi regazo y miré hacia otro lado.

—Soy leal y honesta. Ya no soy una doncella, sino vuestra honorable mujer —le espeté.

Mis indignadas palabras no obtuvieron respuesta, sino que fueron ahogadas por los aplausos que recibían a los actores cuando estos salían de detrás de las cortinas. La obra de Hamlet estaba a punto de empezar. Habían cubierto las antorchas, salvo las más cercanas al escenario, y el salón se había quedado a oscuras. Esperaba que la obra me ayudara a no pensar en el extraño comportamiento de mi esposo, pero no tenía nada de divertida ni de agradable: los diálogos eran largos y formales, y me distraía constantemente.

«La representación es el lazo», había dicho Hamlet, así que me esforcé en prestar atención a los tediosos diálogos. El actor que hacía de rey lamentaba su muerte inminente. La reina, representada por un joven que hablaba con voz aguda, le prometía que no se casaría de nuevo, pero el rey dudaba de su decisión. La acción de la obra se parecía bastante a los recientes acontecimientos que habían tenido lugar en Elsinor, aunque yo no discernía cuál era el propósito. ¿Por qué iba a montar Hamlet unas escenas que removieran el recuerdo aún reciente de la muerte de su padre y del nuevo matrimonio de su madre? Miré fugazmente hacia las figuras que había en la tarima, pero con aquella luz tan tenue no pude ver las expresiones de Claudio ni de Gertrudis.

Hamlet, como si fuera un plebeyo irrespetuoso mirando a unos actores en la plaza de un pueblo, se pasó la obra haciendo comentarios en voz alta.

—Tenéis una lengua que corta —le aseguré, y levanté la mano para hacer que callara.

Como respuesta, tomó mi mano y se la llevó al regazo.

—Entonces ¿le quitaréis el filo? —susurró.

Aparté la mano. La ofensa y la rabia me invadieron. ¿Es que me tomaba a la ligera como a una ramera a la que podía hablarle de un modo tan grosero? Un pensamiento repentino me golpeó el estómago como una patada y me dejó sin aire.

¿Acaso Hamlet me era infiel?

Unas dudas terribles me oprimieron, pero la valentía pesaba más. No podía dejar que Hamlet me echara encima la culpa de su pecado. Me enfrentaría a él con su propia pregunta: «¿Sois honesto?», y observaría su reacción.

Esperé mi oportunidad para hablar mientras veía la obra. Hamlet se emocionó aún más cuando el villano vestido de negro se deslizó desde detrás de las cortinas, sujetando un frasco y elogiando

su contenido pestilente y venenoso. El villano vertió la poción en la oreja del actor que interpretaba al rey dormido, y oí que la gente a mi alrededor ahogaba un grito.

—¡Mirad! Ahora veréis que el asesino consigue el amor de la esposa del rey —dijo Hamlet con rencor.

Entonces me di cuenta de que él creía que el destino de un hombre era que su amada lo engañara. Yo haría que se diera cuenta de que lo que pensaba era injusto y, además, descubriría si me había traicionado. Le agarré el brazo, y cuando él me miró interrogante, le dije con firme intención:

—Hamlet, esposo mío, debo preguntaros algo. ¿Sois honesto?

En aquel instante, Claudio se levantó como un resorte de la silla y gritó con la voz ahogada por el miedo:

—¡Encended las luces! ¡Fuera!

Mi pregunta no obtuvo respuesta, ya que Hamlet me apartó la mano con brusquedad y se levantó de un salto. Los guardias blandieron sus espadas y rodearon al rey. Sus asistentes llegaron corriendo con antorchas flameantes. Las damas y los cortesanos se apartaron cuando el rey salió volando del salón con Gertrudis a su lado. Los actores se refugiaron tras las cortinas. Sabían que el desagrado de un rey podía significar su muerte.

Supongo que yo también estaba pálida, ya que encontré a Horacio a mi lado sosteniéndome el brazo.

—¿Lo has visto, Horacio? —exclamó Hamlet con alegría—. Ahora está claro que mi tío es culpable. ¡El fantasma es honesto!

—Me he dado cuenta —dijo Horacio—. Sé más discreto.

Lo sujetó por el jubón, pero Hamlet lo apartó, aplaudió y ordenó a los músicos que tocaran. Estos cogieron sus instrumentos con dificultad e iniciaron una melodía temblorosa mientras Hamlet salía disparado hacia la multitud e intentaba, como un maníaco, que la gente recuperara el ambiente festivo.

—Ha perdido la razón y está poseído por el demonio de su padre —afirmé asombrada.

—Él dice que hay un motivo para su demencia —dijo Horacio, pero con voz dudosa.

—Ha sido una completa locura hacer que los actores representaran el asesinato de su padre en presencia del mismísimo Claudio. ¿Cómo puede considerarse eso una venganza? —susurré, incapaz de ocultar mi profunda consternación.

—La violencia va contra su naturaleza, que es gentil y propensa a la reflexión —me dijo Horacio cerca del oído—. Busca la venganza, pero aun así la evita.

Mientras Horacio y yo hablábamos como si fuéramos íntimos, un nuevo pensamiento se apoderó de mi mente. Aquella noche, Hamlet había demostrado con la obra que conocía el crimen que había cometido Claudio. Cristiana me había advertido de la ira y del recelo del rey. Claudio se había comportado como un hombre temeroso por su vida. Él sabía que yo me había unido a

Hamlet. ¿Qué pasaría si empezaba a sospechar que su sobrino nos había revelado su crimen a Horacio y a mí?

Mis ojos se encontraron con los de Horacio, y vi que sus pensamientos iban en la misma dirección que los míos. Se apartó de mí de inmediato y alargó el brazo para evitar que yo hablara.

—La obra de Hamlet nos pone en peligro de muerte —declaró—. No debería parecer que somos amigos. Es más, debéis ser una extraña, así que marchaos.

## Capítulo 23

Después de que la obra de Hamlet se interrumpiera y de que la audiencia se dispersara murmurando con preocupación, la noche se volvió aún más horrible. Unos vientos húmedos y neblinosos soplaron por todos los salones y habitaciones del castillo y silbaron en las murallas, sonando como gritos lejanos. Las antorchas parpadearon y fueron muriendo hasta que la oscuridad reinó tanto dentro como fuera de Elsinor.

El sueño me eludió durante horas. Finalmente me levanté de la cama para prepararme una mezcla calmante. Me dirigí a la galería de la reina, donde los tapices con sus historias sin palabras colgaban oscuros y silenciosos. Atravesé la galería y llegué a las escaleras de la torre que bajaban hacia la botica. Parecía que una presencia malvada estuviera en pie, y se me erizó la piel como si me hubieran tocado fantasmas invisibles. En la parte superior de las escaleras, se me heló la sangre. Una figura borrosa y vestida de negro se acercaba. Reconocí a mi padre por su forma de andar.

Mientras intentaba afianzar su vela, agarraba con torpeza una llave. Abrió el cerrojo de la puerta más cercana, que llevaba a los aposentos del rey. Claudio, al igual que el rey Hamlet con anterioridad, usaba esa puerta para ir y venir en secreto a las habitaciones de Gertrudis. Mi padre no cerró la puerta detrás de él, así que me escurrí por ella y lo seguí con pasos silenciosos a través del excusado hasta llegar al dormitorio. La vasta cama de Estado, con las cortinas recogidas como las alas de un pájaro gigante a punto de atrapar a su presa, estaba vacía. No cabía duda de que Claudio se resguardaba en una habitación segura, resplandeciente de luz y rodeada de guardias.

Deseaba saber qué hacía mi padre allí. Levantó la vela, cuya luz proyectó sombras que temblaban, como su mano. Con otra llave, abrió la puerta de un gran armario que había al lado de la cama del rey. Lentamente, me acerqué más a él y me oculté tras una de las cortinas de la cama. Parecía que mi padre estaba buscando algo. La luz jugaba con el contenido del armario: un batiburrillo de libros y de cajas, piedras, esculturas y otras curiosidades. Entonces, en la esquina de la repisa superior, vi un frasquito de cristal tumbado de lado. Tenía una etiqueta con el símbolo de la muerte, y el sello de cera roja que cubría su boca sin tapón estaba roto. En su forma, tamaño y cada mínimo detalle, era igual que los viales de veneno que había visto en la cabaña de Mechtild. Las palabras de Elnora en aquella ocasión vinieron a mí: «Aparta la mirada, no sea que tientes al mal». ¿Debía irme y olvidar lo que había visto, o tenía que seguir adelante y satisfacer mi curiosidad? «¡No! ¡Aléjate del demonio!»

Seguramente hablé en voz alta, ya que mi padre se dio la vuelta y se desplomó sobre el armario

abierto. Cayeron los libros con un ruido sordo y algunas cajas se estrellaron a su alrededor.

—¿Qué espíritu es este? ¿Quién viene? —preguntó con voz temblorosa.

Solté la cortina y salí con rapidez de las sombras hacia la débil luz de la vela. Llegué hasta el frasquito y lo toqué con la punta de los dedos. Me puse de puntillas y cerré la mano sobre él. Me enfrenté a mi padre, cuyo rostro reflejaba lo sobresaltado y confundido que estaba.

—¿Es esto lo que buscáis? —le pregunté abriendo la mano.

—¡Dame eso, niña! ¡Tengo que destruirlo!

—No, debo dárselo a Hamlet, ya que demuestra que el fantasma era honesto. —Levanté el botellín y lo puse a contraluz. Ví que estaba medio vacío.

—¿Qué tonterías dices?

—No son tonterías, es la verdad. Claudio es un asesino.

Mi padre me agarró la muñeca, y el frasco salió disparado de mi mano y se perdió en la oscuridad.

—¡No! —grité cayendo de rodillas. Toqué el suelo en vano en busca de la botella perdida.

Entonces, la puerta más lejana de la habitación se abrió de golpe, y entró uno de los guardias del rey. Llevaba una copa de cerveza en una mano, y en la otra, la espada. A pesar de la oscuridad, reconocí su figura, y cuando la luz de una lámpara que había detrás de él le iluminó la horrible cicatriz que tenía en un lado de la cara, estuve segura de que se trataba de Edmund.

—¿Quién hay ahí? ¡Manifestaos! —gritó con dificultad por culpa de la bebida.

—¡Vete, niña, apúrate a salvarte! —susurró mi padre echándome su capa encima.

—¿Es Polonio? ¿Quién corre? ¡Alto! —gruñó Edmund tambaleándose hacia atrás.

No necesitaba que mi padre me instara a correr lo más rápido que mis pies y la oscuridad me permitían. Mientras salía volando, ví que mi padre abría los brazos para bloquear a Edmund y que declaraba en un torrente de palabras que estaba siguiendo las órdenes del rey.

No sé si decía la verdad. Nunca supe qué había pasado con el frasco, que evidenciaba la maldad de Claudio, y jamás volví a ver a mi padre.

## Capítulo 24

Al alba gris de la mañana siguiente, una ruidosa y desenfadada pesadilla perturbó mi sueño. Abrí los ojos al oír un llanto y unas pisadas al otro lado de la puerta. Entonces Elnora irrumpió en mi habitación y me rodeó con sus brazos.

—No, no. ¡La pobre niña no debe oírlo! —murmuró tapándome las orejas.

Me liberé del sueño y del abrazo sofocante de Elnora.

—¿Qué ha pasado? ¡Decídmelo! —pedí reprimiendo el miedo que me invadía de que Hamlet estuviera muerto, asesinado por Claudio.

Gertrudis, desaliñada, apareció en la puerta, retorciéndose las manos y llorando mientras Cristiana intentaba confortarla. Cuando vi a Gertrudis, estuve segura:

—¡Le ha sucedido algo terrible al príncipe Hamlet! —dije deprisa olvidando toda discreción.

—Debo decírselo yo misma. ¡No ha sido más que un trágico accidente! —gritó Gertrudis, y apartó a Cristiana—. Hamlet ha apuñalado el tapiz de mi habitación porque pensaba que había un espía escondido. Por desgracia, era tu padre, y ahora... ¡Ay! Está muerto.

Yo todavía estaba aletargada por el sueño, así que me pregunté si se trataba de un juego, de una broma de Hamlet.

—¿Mi padre? ¿Muerto? ¿Es eso cierto? —pregunté ligeramente confundida.

—Hamlet solo quería protegerme. Mi querido hijo. ¡Ten piedad de su demencia! ¡Pobre Ofelia, perdónalo a él y perdóname a mí!

Gertrudis cayó ante mí, llorando a mares. Fue una escena terrible, como si representáramos una tragedia. La reina de Dinamarca, postrada a mis pies, me suplicaba. Hamlet, mi esposo, había asesinado a Polonio, mi padre. ¿Qué venganza equivocada era aquella? ¿Acaso todo el orden natural se había puesto patas arriba? Me encogí en los brazos de Elnora, temblando a causa de las horribles noticias, incapaz de hablar. Gertrudis, debilitada por la intensidad de tanta emoción, permitió que Cristiana se la llevara.

Nunca vi el cuerpo de mi padre. Claudio organizó un entierro rápido y secreto, y a mí no me dijeron nada. Laertes tampoco estuvo presente, ya que se encontraba en el extranjero. Cuando me enteré de que mi padre ya estaba en el frío suelo, lloré y sentí rabia contra el rey. Elnora intentó calmarme diciéndome que debía culpar a Hamlet, y no al rey, pero eso me hizo llorar aún más. Así que me preparó un brebaje de agua de cebada, jugo de lechuga y semillas de amapola, me lo sirvió y me prometió que me otorgaría el sueño y el olvido. Pero nada podía hacer que olvidara la terrible verdad: mi padre había muerto a manos de mi marido. Mis sueños fueron aterradores y estuvieron llenos de figuras fantasmales que se parecían a mi padre. En algún momento, la Muerte

venía a visitarme, y yo luchaba contra ella con los puños y le suplicaba que se fuera. Así me desperté, y me encontré con los brazos de Elnora que me rodeaban. Seguramente la había magullado con tantos golpes, pero ella no se quejó.

Aunque no sentía mucha estima por mi padre, la tristeza me arrastraba como una marea constante y me dejaba sin fuerzas. La culpa se mezcló con la desesperación cuando pensé que yo había salido corriendo de la oscuridad aprovechando que él se encaraba al guardia de Claudio y me protegía. Me preguntaba si había juzgado mal su amor. Entonces me ponía furiosa de que se hubiera puesto a sí mismo en peligro. ¿Por qué estaba en la habitación de la reina, espiándola a ella y a Hamlet? ¿Acaso su ambición no tenía límites? En la muerte, como en la vida, mi padre seguía resultándome un misterio.

También me desesperaba que Hamlet no hubiera venido a verme. Estaba segura de que el miedo y la vergüenza lo mantenían alejado. Me sentía como alguien que morara en soledad en las antípodas de la Tierra, donde el calor y la luz del sol no pueden dispersar el frío ni las tinieblas.

Un día, oí que Cristiana y Elnora susurraban fuera de mi habitación, y me acerqué sigilosamente a la puerta para escucharlas.

—Dicen que Hamlet exclamó «¡He visto una rata!» antes de atravesar a Polonio con su espada —dijo Elnora—. ¡En Elsinor las ratas no son tan grandes! Seguro que el príncipe está loco.

—¿Y eso de esconder el cuerpo cuando aún sangraba y estaba caliente? No les revelaba a Rosencrantz ni a Guildenstern dónde estaba, lo único que decía es que se lo habían comido los gusanos —dijo Cristiana con voz temblorosa.

¿Era cierto ese rumor? No quería creer que las acciones de Hamlet fueran tan frías y crueles. Volví a la cama, enterré la cabeza en la colcha y lloré.

Al fin, le pregunté a Elnora:

—¿Creéis que el príncipe Hamlet se arrepiente de su acto impulsivo? Al menos tendría que mostrarse apenado por mi pérdida.

—Debería pedirnos perdón de rodillas por lo que hizo —dijo con vehemencia, y añadió—: No debo decir estas cosas, ya que sigue siendo el hijo de mi reina. —Se sentó a mi lado y me cogió la mano—. El príncipe intentó verte el día siguiente a la muerte de tu padre. Pero por tu seguridad, no lo dejé pasar —dijo—. Cuando insistió, le dije que la puerta estaba cerrada y que solo el rey tenía la llave. Sí, mentí, pero seguro que es una mentira excusable.

—¿Por qué se lo impedisteis? ¡Hubiera oído de su boca por qué mató a mi padre!

—Escúchame, Ofelia. Cuando le pedí que se fuera, el príncipe estaba tan desesperado y desquiciado que le dije que llamaría al guardia o que yo misma le pondría las manos encima si intentaba llegar a ti.

Suspiré y enterré la cabeza en mis manos. No podía culpar a Elnora por tratar de ayudarme. ¿Quién podía adivinar las intenciones de Hamlet? ¿Suplicarme perdón o hacerme daño? ¿Declararme que me amaba o dar rienda suelta a su odio? ¿Qué importaba eso ahora?

—Después mandó a su hombre, Horacio, que llevaba un mensaje para entregarte en mano. No

me fiaba de su propósito, así que lo traté del mismo modo.

—Pero Horacio es inofensivo como un cordero y es muy honorable —lamenté con pesar. Seguro que llevaba información real sobre Hamlet, pero nunca sabría de qué se trataba.

—¡Así que favorecéis al amigo de Hamlet! Quizá intente verte de nuevo —dijo Elnora con una sonrisa optimista.

Pero Horacio no volvió.

Gertrudis tampoco me visitó. Al igual que su hijo, permaneció silenciosa y fría. Pensé con amargura que ella ya tenía suficientes penas como para compartir las mías. Aun así, el hecho de que me abandonara todavía me causó más dolor. Incluso anhelaba ver a mi hermano, a pesar de haber sido grosero conmigo la última vez que partió.

A veces Cristiana relevaba a Elnora y me traía comida que no me sabía a nada. Un bol de higos dulces, que normalmente saboreaba con deleite, desprendía un olor tan empalagoso que me revolvió el estómago, así que lo aparté. Era evidente que nunca me había sentido tan extraña.

—No están envenenados, si es lo que temes —dijo ella mientras se comía los higos.

No me importaba la presencia de Cristiana, ya que, al menos, quizá por respeto a mi pérdida, se mordía la lengua. Yo también lo hacía porque no quería darle motivos para que cotilleara. Pero un día apareció llorando y no hizo falta que la alentara para que me contara sus penas.

—Gertrudis está disgustada, ya que ha discutido con Claudio por el príncipe. Así que para animarse ha contratado a su nueva dama favorita, la sobrina de un embajador. Ahora no me deja atenderla.

Las preocupaciones de Cristiana me parecían insignificantes, pero no tenía voluntad para ser seca con ella.

—Nosotras somos como laúdes para los reyes y las reinas —dije—. Nos tocan para obtener nuestras adadoras melodías, pero cuando estamos desafinadas o ellos están inquietos, nos desechan.

Cristiana me miró con el ceño fruncido, sopesando las posibilidades de que yo hubiera perdido la razón.

—Era una manera de hablar, algo que un poeta escribiría —le expliqué con poca energía agitando la mano.

Al día siguiente, vino con la noticia de que Rosencrantz y Guildenstern se habían ido de Elsinor.

—Se han ido, y es un misterio hacia dónde se dirigen —dijo con su manera habitual de otorgarle importancia a las cosas frívolas—. Se trata de algún mandato secreto del rey. Si lo hacen bien... —se detuvo y esperó a que yo levantara la mirada. Tenía los ojos brillantes de alegría—. ¡Rosencrantz podrá casarse conmigo! —Se percató de mi sorpresa—. Es cierto. El rey nos lo ha prometido, y la reina también nos da su consentimiento.

Estuve a punto de decir que Rosencrantz y Guildenstern no eran hombres, sino simples marionetas, pero decidí callarme. Dejaría que Cristiana fuera feliz.

Más tarde, vino Elnora a informarme de que Hamlet había zarpado hacia Inglaterra.

—¿Por qué? —exclamé, atónita con la idea de que me hubiera abandonado.

—Son órdenes del rey. Lo más probable es que sea por la seguridad del propio Hamlet. —Me miró cuidadosamente—. Es para evitar que lo acusen de haber asesinado a Polonio.

—¡Asesinato! ¿Quién se atreve a llamarlo asesino? —grité horrorizada.

Elnora dijo «chiss» y alargó el brazo para calmarme.

—¿Horacio se ha ido con él? —le pregunté aparentando tranquilidad.

—No. El rey quería que se fuera solo —dijo.

Que Hamlet hubiera partido de una manera tan repentina era extraño y desagradable. Se atenuaron mis esperanzas de reconciliarnos, y me invadieron nuevos pesares. Quizá si Hamlet hubiera sabido lo que yo sospechaba, se habría olvidado de su odio e incluso me habría llevado a Inglaterra con él. Últimamente me dolían los pechos y el vientre, aunque mi sangrado no había comenzado aún. Se me revolvía el estómago con facilidad. Quizá el malestar se debía a la pena. Pero ¿podía ser que llevara al hijo de Hamlet? ¡Por desgracia, él nunca lo sabría! Las dudas y la confusión me invadían, así que decidí alejar esa incertidumbre de mi cabeza.

—¡Sé agradecida! —Elnora interrumpió mis pensamientos—. Aunque su pobre madre esté consternada porque se haya ido, tú dejarás de tener miedo de ese loco.

Ella creía que me estaba consolando, por eso frunció el ceño al ver que yo empezaba a llorar.

Le di muchas vueltas al hecho de que Hamlet se hubiera ido justo en aquel momento y al significado que eso tenía. Si simplemente hubiéramos hablado después de la muerte de mi padre, él habría sabido que yo había visto una prueba —el frasquito de veneno— que podía condenar a Claudio. Eso supondría una venganza justa que dejaría las manos de Hamlet limpias de sangre. Dudaba de que Claudio hubiera mandado lejos a Hamlet solo para protegerlo de la Justicia. ¿Quién, aparte del rey, podía condenar al príncipe por el crimen? Claudio jamás se atrevería a llevar a juicio al hijo de Gertrudis. Tenía otro motivo más oscuro para mandarlo lejos. ¿Acaso ahora le quitaría la vida a mi esposo?

Entonces pensé en la muerte de mi padre y aumentó en mí la certeza de que se trataba de un juego sucio. Me parecía muy probable que la espada de Hamlet hubiera confundido su objetivo con Claudio. Suponía que Claudio había enviado a mi padre al dormitorio para que espicara a Gertrudis y a su hijo, sabiendo que el salvaje Hamlet esperaría que fuera el rey —y no mi pobre padre— quien estuviera al acecho. ¿Cómo podía el noble Polonio rehusar la orden del rey? Pensé en lo angustiado que estaría después de mi escena con Hamlet en el recibidor. Él sabía que había sobrepasado el límite de sus ambiciones al dejar al descubierto la locura de Hamlet y hacer que Claudio sospechara. Temía por él y por mí. ¿Era mi padre, agachado detrás del tapiz, otro actor reticente en el drama que Claudio había ideado? ¿Sospechó alguna vez cuál iba a ser su destino? ¿Acaso Hamlet también era un actor en el malvado argumento de Claudio? ¿Había sido obligado a desempeñar el papel de villano en el escenario de la habitación de su madre?

Sacudí la cabeza, reacia a creer que tales maquinaciones fueran posibles. ¿Eran mis ideas tan

salvajes como las fantasmales fantasías de venganza de Hamlet? ¿Por qué desearía el rey matar a mi ingenuo e insignificante padre?

Sabía que la respuesta se encontraba en el descubrimiento del frasco de veneno. El conocimiento de su existencia era lo que había puesto en peligro a mi padre. ¿Había encontrado la prueba del crimen por sí mismo, o Claudio lo había enviado allí para que destruyera las evidencias del infame asesinato? Con lástima, pensé que las verdades que yo buscaba habían muerto con él y que la única persona que podía arrojar luz sobre esas preguntas, Hamlet, era un completo misterio. Lloré al recordar el modo en que me había desdeñado y había abusado de mi amor. Me reprendí por haber confiado en él. Me invadió la amargura al pensar en su acto precipitado de apuñalar ciegamente una cortina con la mera esperanza de que ocultara al rey. Di puñetazos sobre la cama porque, sin poder evitarlo, estaba furiosa por no entender el comportamiento de Hamlet.

Una vez hube consumido esa rabia, consideré cómo había cambiado mi posición en la corte. La fortuna, que me había estado favoreciendo de tal manera que incluso me había llevado a casarme con un príncipe, había girado su rueda y me había pulverizado. No tenía la protección de un padre ni el favor de Gertrudis. Laertes no estaba allí y parecía que no sabía nada sobre la muerte de nuestro padre. Mi esposo me había abandonado en la incertidumbre y el dolor. Estaba sola en el mundo.

Aquella noche dormí a trompicones, incapaz de separar el sueño de la vigilia. Imaginé la voz de mi padre llorando en sus últimos estertores. En mi mente, una hilera de figuras fantasmales revoloteaba por los pasillos de Elsinor; la figura de Claudio iba detrás de ellas, cruelmente empeñada en su malvada carrera. Oí que unos pasos se acercaban y se detenían ante mi puerta. El pestillo de hierro hizo ruido, y las bisagras chirriaron. Me levanté de un salto gritando y me abalancé sobre la puerta. Los fuertes pasos se retiraron.

Cuando abrí la puerta, el corredor estaba oscuro y parecía vacío, pero un olor familiar a cebollas y cerveza flotaba en el aire. No lo había soñado. Me había visitado el borracho de Edmund. Pero ¿por qué? ¿Su antiguo resentimiento se había convertido en una celosa pasión que quería satisfacer o Claudio lo había enviado a hacerme daño? Seguro que Edmund me había visto huir del dormitorio del rey la noche en la que mi padre fue asesinado. Se lo habría contado a Claudio, que entonces sabría que yo estaba presente cuando mi padre encontró el frasco de veneno. ¿Creía que ahora lo tenía yo?

Sabía que me encontraba en grave peligro. Temblando y sudando a la vez, me esforcé en controlar el temeroso frenesí que me invadía. Deseé no estar sola, sin un padre o un esposo que me ayudara. Quería huir, pero no sabía adónde. Deseé ser cualquier persona excepto Ofelia, víctima de las desgracias y la maldad.

## Capítulo 25

Una vez vi a un ciervo que, perseguido por cazadores, corría a campo abierto y se refugiaba en el bosque sombrío, resollando entre las zarzas y los arbustos enmarañados, donde esperaba ocultarse. Yo sabía que también debía esconderme y despistar al cazador. Busqué en mi baúl alguna cosa para cubrirme. Saqué vestidos, capas y corpiños, el libro de plegarias dorado y el espejo agrietado que me había dado Gertrudis. Tenía la capa con la que mi padre me había cubierto la noche que lo asesinaron. Guardé en sus pliegues la miniatura de mi madre y el Jano de dos caras que Hamlet me había regalado la noche que nos encontramos en el laberinto. Era todo lo que me quedaba de mi esposo. Finalmente, mi baúl contenía dos libros que había rescatado de las manos de la reina y mi libro sobre el saber popular de las hierbas.

Sujeté el espejo roto y observé mi imagen distorsionada. Apenas me reconocía. Tenía el rostro demacrado, con profundas sombras oscuras bajo los ojos. Mi pelo estaba sin brillo, sucio y enredado. Me olí la piel y el blusón y arrugué la nariz. Apestaba como una criatura no apta para estar en compañía de personas. «¿Qué ha sido de mí?», me pregunté alarmada. Tiré el espejo, y se rompió en dos pedazos. «Ya no soy yo misma. ¿Quién soy?», preguntó mi voz interior.

Sostuve el vestido de campesina con el que me había casado con Hamlet, pero lo dejé a un lado. ¡No me lo pondría nunca más! En su lugar, cogí mi mejor falda, la del dobladillo bordado con hilos dorados. Ya no necesitaba esa ropa tan digna y elegante. Empecé a urdir un plan. Con un poco de esfuerzo, usando manos y dientes, rasgué la valiosa falda y la convertí en algo basto y andrajoso. Me puse la prenda que acababa de arruinar y un corpiño, y cogí mi cesta de sauce. Comprobaría si podía escabullirme de Elsinor bajo la apariencia de una mujer pobre, una mera recolectora de plantas. Dejé los zapatos y salí de mi habitación.

Cuando Cristiana me vio, exclamó:

—¡Mirad lo que le ha hecho a su mejor falda! ¡Seguro que está loca!

Su reacción me dejó estupefacta. «¿Estoy loca?», me pregunté.

—Me sobran razones para estarlo —dije al pasar junto a ella.

Elnora se levantó, me miró de cerca y suspiró.

—¿Se puede saber adónde vas, Ofelia?

—Dinamarca está enferma —respondí—. Vamos a encontrar la cura.

No me impidieron bajar por la escalera y abandonar el castillo, pero me siguieron en la distancia.

El aire de finales de septiembre tan solo insinuaba el frío que estaba por llegar. Deambulé por el camino que llevaba al pueblo y me detuve al borde de los campos para llenar mi cesta de

plantas y flores. Miré cómo los hombres recolectaban trigo y hacían gavillas, y cómo las mujeres, con la espalda doblada, las recogían de los campos segados. Lo único que se oía era el ruido sibilante de las guadañas, los gritos de los hombres y los chillidos de los pájaros compitiendo por unos trocitos de grano. Sentí un placer tenue que aún no había olvidado. Me lo producía el hecho de estar en el exterior en un día tan bonito, aunque mi reciente angustia lo nublara todo.

Mis pasos eran lentos, y el camino serpenteaba. Me di cuenta de que Elnora parecía dolorida y se apoyaba pesadamente sobre Cristiana, que le suplicaba que volvieran al castillo. Hacía días que no le frotaba las articulaciones con linimento y sentí una punzada de remordimiento. Recordé el horror que Cristiana había sentido al verme con esa apariencia y pensé que el disfraz de loca me iría muy bien. Así que bailé un poco, conversé conmigo misma y reí por nada. Simulaba que no las veía mirándome. Confié en que pensarán que la pena me había hecho perder el juicio.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que ya no me seguían. El miedo repentino de estar sola me espoleó, y volví con rapidez al castillo por la carretera principal, por donde transitaba mucha gente. El sol de la tarde me golpeaba. Tenía sed, como las flores marchitas de mi cesta, y los pies llenos de moratones y de heriditas que sangraban. La hierba seca de los campos me había arañado las piernas. Esos dolores me hicieron sentir un placer perverso, ya que me distrajerón de mi miseria.

Pero aquella noche permití que Elnora me frotara los cortes inflamados con jugo de violetas y de pensamientos para aliviarme el dolor. Me recosté sin fuerzas y disfruté del tacto de sus dedos, me dejé cuidar por ellos. Ella estaba preocupada por mí y dijo:

—Ofelia, temo que tengas el cerebro demasiado agitado y que los vapores te hayan hecho enfermar. ¿Sabes quién soy?

—Sí, sois alguien a quien quiero como a una madre. Es a mí a quien no reconozco.

Al día siguiente, me preparé para salir otra vez. Deseaba que me vieran, quería poner a prueba los límites de mi prisión. Además, no me sentía segura estando sola en mi habitación de Elsinor.

—¿Tenemos que seguirla otra vez? —oí que Cristiana se quejaba a Elnora.

—No, la pobre niña no supone un peligro para ella ni para los demás. Además, temo que mis pies no me sostengan hoy. Deja que se vaya. Quizá la naturaleza la ayude a curarse de su pena — replicó Elnora con tristeza.

Como Elnora insistió, me puse una cofia para que el sol no me diera en la cabeza y me cubrí los hombros con un pañuelo. También me calcé unos zapatos para protegerme los doloridos pies. No estaba loca, ya que tenía la sensatez de cuidarme a mí misma; llevaba un poco de pan en la cesta. Evitando los caminos solitarios, recolecté frutas del bosque y me las comí poco a poco para que el estómago no se me rebelara. Mi ropa se arrastraba entre las zarzas, y mis pies revolvían el polvo, que se me posaba encima y me secaba la garganta con cada respiración. Los pensamientos melancólicos iban a la deriva en mi mente. «¿Qué es un hombre, sino polvo? ¿Qué es una mujer, sino una vasija de arcilla que se rompe con facilidad?»

Por la tarde, rondé por el bullicioso patio exterior del castillo. Allí descubrí que podía

permanecer invisible, aunque todo el mundo me viera. Barrí ociosamente el suelo con un manojo de juncos. Tejé guirnaldas de claveles fragantes y de rosas marchitas y me cubrí con ellas. Tararé canciones, murmuré para mí misma y fingí que lloraba. Eran acciones que yo suponía que haría una simple mujer perturbada por la pena. Jamás había observado a alguien así, pues ya fuera por vergüenza o por miedo, siempre había ignorado a los locos y a los pobres que vivían entre nosotros. De la misma manera, a mí también me pasaban por alto. Los que transitaban cerca de mí ponían tierra de por medio. Atraje alguna breve mirada de compasión, pero nadie habló conmigo. Unos chicos me lanzaron manzanas podridas, que se estrellaron contra el suelo y desprendieron olor a sidra.

Entonces vi a Claudio entrando en el patio con algunos de sus consejeros y guardianes. El miedo me heló la sangre, como el ciervo cuando huele a los perros. Claudio miró a su alrededor frunciendo el ceño desconfiado, como si sintiera que un asesino estaba al acecho. No osé ni levantar la mano para bajarme un poco más la cofia sobre la frente. Claudio pasó tan cerca de mí que yo hubiera podido tirarle la cesta a la cabeza, pero él no se percató en absoluto de mi presencia. El alivio hizo que me mareara, y me sentí invisible. Grité con valentía a unos hombres mayores que se parecían a mi padre, que huyeron de mí santiguándose como si repelieran algo maligno. Estaba aturdida y débil, pero no tenía ganas de comer.

Los hombres jóvenes, con sus jubones estilizados y sus finos calzones, me recordaban todos a Hamlet. Se pavoneaban sin reparo y se inclinaban ante las damas. Hicieron que mis pensamientos volaran hacia canciones de falso amor.

*Causó mi desgracia  
tan solo tu audacia,  
y yo, inocente, de ti me fie.  
Cien veces dijiste,  
y a leve mentiste,  
que te ibas conmigo a casar.*

Me encontré cantando en voz alta esa canción que me llenaba la cabeza como el zumbido de una mosca atrapada. Pero nadie me hizo caso. La melodía no desapareció ni siquiera cuando golpeé el aire con la mano. ¿Estaba loca? Si lo estaba, ¿cómo podía recordar las palabras con tanta claridad? Cambié el tono de voz y canté la parte del hombre:

*Lo habría yo hecho  
si, incauta, a mi lecho  
no me hubieras venido a buscar.*

Las lágrimas que vertí entonces no fueron fingidas, sino completamente reales. El arrepentimiento y el remordimiento se apoderaron de mí. ¿Por qué me había creído las falsas

promesas de amor de Hamlet? Era una chica estúpida, tal y como mi padre decía. Recordé que una vez me había dicho: «Solo un loco se casaría con aquella que fuese fácilmente a su cama».

—Estabais equivocado, padre, Hamlet se casó conmigo... ¡Se volvió loco después! ¡Sois vos quien hizo el ridículo!

Me di cuenta de que había tenido esa conversación en voz alta y de que un hombre se había detenido para prestar atención a mis palabras. Llevaba una capa y un fardo como si fuera un viajero. Era Horacio. Por la expresión de sorpresa y consternación, vi que me había reconocido. Empezó a aproximarse a mí, pero en aquel momento, una multitud de gente pasó entre él y yo. Gertrudis iba con el grupo, asistida por un noble mayor y por una joven a la que yo no conocía. Me enojé de inmediato por el hecho de que Gertrudis floreciera mientras que yo estaba tan descuidada y miserable. Deseaba enfrentarme a ella.

—¿Dónde está la hermosa reina de Dinamarca? —Me encontré a mí misma llorando en voz alta.

La reina se detuvo como si obedeciera a mi llamada, al igual que la dama y el caballero. Me acerqué a ellos con osadía, pero no miré a la reina a los ojos, sino detrás de ella fijamente, como Hamlet había mirado una vez más allá de mí, al aire vacío.

Gertrudis retrocedió y le tocó el hombro al caballero.

—No hablaré con ella —dijo dándome la espalda.

—Sus palabras carecen de importancia. Es una criatura inofensiva —dijo el noble de pelo blanco con un tono tranquilizador.

La joven dama de compañía me miraba horrorizada. ¿Acaso era la nueva favorita de la que Cristiana hablaba?

—No tengas miedo a mirarme, señorita. Contigo todo irá bien —le dije a la joven. Sin duda, esas palabras la asustaron aún más que mis miradas salvajes.

Mientras tanto, Horacio se había acercado y hablaba bajito al oído a Gertrudis. Ella asintió con la cabeza y suavizó un poco la expresión. Me saludó con un poco de recelo.

—¿Cómo estás, Ofelia?

Le contesté con una canción para que se acordara de mi padre fallecido.

*Muerto está, señora.  
Muerto se fue lejos de aquí.  
En la cabeza tiene verde hierba,  
y en los talones, una piedra.*

Admito que deseaba atormentarla. Me gustó la cara de alarma que puso. Cuando alargó el brazo, me aparté y rechacé su intento de tocarme. No sentí vergüenza al ver que los ojos se le nublaban de lágrimas mientras seguía su camino.

—¡Buenas noches, dulces damas, buenas noches! ¡Por aquí, mi comitiva! —exclamé como si fuera Gertrudis con toda la corte bajo mis órdenes.

¡Desdeñar a la reina en persona sin temer las consecuencias era fabuloso! Le dije adiós con la mano a Horacio, que estaba a punto de hablar conmigo. Decidí que nadie me controlaría, ni un marido ni un padre ni la razón misma.

Absorta en mis rebeldes pensamientos, no me di cuenta de adónde me llevaban mis pasos errantes hasta que me encontré en el vestíbulo donde hacía poco Hamlet me había rechazado. Me apoyé contra una columna y dejé que la piedra me enfriara la ardiente mejilla. La ola de mi actitud desafiante comenzó a menguar.

—¡Frío, frío consuelo! —sollocé, sintiendo de nuevo todas mis pérdidas.

El sonido de unos pasos me sobresaltó y me sacó de mi triste ensoñación. La imagen del rostro marcado de Edmund me destelló en la cabeza. Como un animal, el peligro me puso en alerta. Pero no tenía ningún arma, tan solo mis manos y mis pies ligeros. ¿Debía luchar o salir pitando? Antes de que pudiera hacer cualquiera de las dos cosas, me agarraron por detrás y grité. Una mano firme me tapó la boca, y me desmayé.

## Capítulo 26

Cuando abrí los ojos, vi que me encontraba en una habitación polvorienta y en desuso que resultó ser un gran guardarropa. Estaba sentada sobre un montón de ropa de cama vieja, y Horacio me sujetaba con el brazo. Su cara se inclinaba sobre la mía mientras me humedecía las mejillas y la frente con un trapo. Me senté y me aparté de él, consciente de repente de que llevaba el pelo sucio, las manos manchadas y la ropa rasgada.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté confundida.

—Perdonadme —me suplicó Horacio angustiado—. Siento haberos asustado. Necesitaba conteneros, ya que no me entusiasmaba iniciar una pelea. —Me sonrió, pero eso no hizo que desapareciera la preocupación que le surcaba la frente—. ¿Estáis herida?

Negué con la cabeza y sonreí para mostrarle que me sentía aliviada.

—Me alegra veros, Horacio. Creía que erais mi enemigo atacándome.

Horacio me miró interrogante, pero yo me sentía demasiado débil para empezar a explicarle el comportamiento amenazador de Edmund.

—Mi señora Ofelia, me duele veros tan cambiada. Si no hubiera estado fuera, buscando noticias de Hamlet, habría... —Sus palabras se fueron apagando.

—Mi buen Horacio —dije con rapidez—, no soy lo que parezco. Llevo adrede este disfraz de loca. Puedo ponérmelo y quitármelo cuando quiera.

—Eso mismo dijo Hamlet, pero sus acciones me hacen dudar. —Me miró con cautela—. ¿Cuál es la razón de vuestra locura?

—Ah, demuestro la típica creencia de que una mujer tiene la mente y el cuerpo más débiles que un hombre y que, por lo tanto, se vuelve loca con más facilidad cuando las penas la afligen.

—Vuestra mente es tan fuerte como la de un hombre. ¿Por qué queréis demostrar algo que no es cierto? —me preguntó Horacio.

—Es una mentira útil. Así la gente ve que yo, una pobre y simple criatura que ha perdido la razón, soy inofensiva, y por lo tanto, estoy a salvo de cualquier daño —le expliqué. A mí me parecía clarísimo, pero Horacio estaba dudoso.

—Por la escena que he presenciado, vuestra demencia hace que los poderes de Dinamarca os tengan miedo.

—¿Qué es lo que pueden temer de mí? —me encogí de hombros—. Dinamarca me rehuirá, y yo estaré sola, tal como deseo.

Horacio no estaba dispuesto a dejar que mi argumentación ganara.

—Aprended del ejemplo de Hamlet. ¡La locura, al igual que un imán, atrae el peligro por sí

misma! —dijo lo más alto que se atrevió en nuestra habitación secreta—. Os estáis engañando. No estáis segura aquí.

Empecé a comprender que Horacio tenía razón e hice una pausa durante un momento.

—Entonces abandonaré Elsinor, con sus peligros y sus engaños, y llevaré una vida humilde —dije—. Encontraré algún pueblo desconocido o alguna cabaña en el bosque.

—Claudio no os dejará marchar —negó Horacio sacudiendo la cabeza—, ya que sois la esposa de Hamlet.

—Él no sabe que estamos casados, ¿o sí? —pregunté de repente temerosa.

—Yo no he dicho nada, pero parece ser que a Hamlet se le escapó antes de que lo mandaran lejos. Ya hemos visto lo indiscreto que lo vuelve su demencia. Además, Claudio tiene espías por todos lados.

—No hay pruebas de nuestro matrimonio, tan solo palabras, nada más. Las palabras se desvanecen en el aire —dije con amargura.

—Aun así sois una amenaza para él. Os encontrará.

—¡Bah! Hoy ha pasado a un tiro de piedra de mí y, sin embargo, no me ha reconocido. Ese tirano no debería darse tanta importancia al pensar que yo le quitaría la vida, pues no lo valoro en lo más mínimo. —Mis palabras estaban llenas de desdén.

—A mí tampoco me preocupa la vida de Claudio, pero temo por la vuestra —dijo Horacio.

—Miradme: yo no soy nada —repliqué desesperada de nuevo—. A la nada no se le puede arrebatar nada.

—Estáis equivocada, Ofelia, pero hoy no estoy de humor para un debate erudito.

—Mi padre fue asesinado como si fuera una rata. Mi vida tampoco vale más que la de una bestia.

—Dios sabe que es natural que lamentéis la muerte de vuestro padre, pero no dejéis que vuestra pena os destruya el juicio —suplicó Horacio cogiéndome la mano.

—Lo que más me duele no es la muerte de mi padre, sino la frialdad de mi esposo —grité, incapaz de detener mis lágrimas. Mi único consuelo era muy pequeño: la presión de la mano de Horacio sobre la mía.

—Nadie vio como yo el infierno personal que sufrió Hamlet al saber que había matado sin querer al padre de su reciente esposa —dijo Horacio, con sus intensos ojos marrones fijos en mí—. Sé que fue a suplicaros perdón.

Recordé el relato de Elnora sobre el desesperado Hamlet en mi puerta.

—¿Vino tan solo a rogarme perdón o también mi amor? —le pregunté. Mi esperanza batallaba con mi miedo.

—¿Acaso le hubierais concedido los dos? —Horacio me miró directamente.

Yo sabía que le debía la verdad, aunque no quisiera afrontarla.

—Podría perdonar a un hombre que matara a mi padre por error, pero ¿amarlo como esposo? ¡Por Dios, Horacio, no lo sé! —grité levantando las manos—. Me iré y llevaré una vida solitaria.

Desapareceré y no seré la esposa de Hamlet... ¡nunca más!

Estas palabras finales me salieron como un gemido, y me levanté para abandonar la escena. Horacio se interpuso en mi camino y no me dejó marchar.

—Ofelia, ese rumbo es inútil y peligroso. Claudio es más astuto de lo que creéis. Como prueba, tengo noticias importantes de Hamlet.

¡Noticias! Eso haría que me quedara. Horacio metió la mano en su jubón y sacó una carta. Habló con mucha urgencia.

—Leed aquí que Claudio mandó a Hamlet a Inglaterra no para protegerlo, ¡sino para matarlo! También envió a Rosencrantz y Guildenstern, que llevaban cartas para sellar su sentencia. Pero él escapó y desbarató sus malvados planes. Me escribe para que me una a él con tanta rapidez como huiría de la muerte.

No cabía duda de que se trataba de un giro inesperado de los acontecimientos. Ojeé la carta, escrita con la familiar letra de Hamlet. Me despertó como si un cubo de agua fría me hubiera salpicado la cara. El propósito de Claudio era más oscuro de lo que me imaginaba, ya que había ordenado la muerte de Hamlet, su sobrino e hijo. Sabía que había envenenado a un rey, quizá había hecho que mataran a mi padre. ¿Por qué me iba a perdonar a mí? Era una boba si creía que la locura me protegería. Solo me estaba convirtiendo en una presa más fácil para el lobo.

—Ofelia, teníamos razón al temer las consecuencias de la representación de Hamlet. Vos y yo estamos en peligro si nos quedamos en Elsinor. Escapad conmigo y nos reuniremos con Hamlet —me imploró Horacio.

—¿Cómo llegaréis hasta él? Está navegando con una tripulación de piratas en algún lugar del ancho mar —dije señalando la misiva.

—El mensajero que me dio la carta nos llevará hasta él.

—Hamlet rechazó mi amor y me odia —dije—. Esa es la pura verdad. —Levanté la mano para hacer callar a Horacio antes de que negara lo que le acababa de decir y leí la carta de nuevo—. No os pide que me ayudéis a escapar. ¿Por qué tendríais que arriesgaros?

Parecía que Horacio luchara contra sí mismo.

—Mi lealtad hacia Hamlet me obliga a protegeros, sois su esposa. Venid conmigo, y yo os llevaré hasta él —me urgió.

Yo no pensaba considerar tal proposición porque Hamlet no me mencionaba en su carta. Como si me apuñalaran los huesos, sentí el dolor de decidir romper con mi esposo.

—No puedo ser una esposa tan solícita como lo sois vos como amigo. No iré con Hamlet.

Horacio se quedó estupefacto. Pasó un momento largo e intenso antes de que hablara de nuevo:

—No podéis quedaros aquí —insistió—. Es peligroso que sepáis tantas cosas. Es solo cuestión de tiempo que Claudio ponga vuestra vida en su punto de mira.

—Tenéis razón, Horacio. Pero ¿cómo puedo irme? ¿Cómo podéis iros? Los espías de Claudio nos perseguirán.

Horacio suspiró y se pasó las manos por sus rojizos rizos.

—Yo he apostado por mi amigo y ya encontraré alguna manera de llegar hasta él. Pero ahora lo que nos incumbe es vuestra seguridad. —Sus ojos eran como abalorios oscuros casi escondidos bajo su ceño fruncido.

Mis dedos jugaban con las plantas que había en mi cesta: romero, ruda, la raíz de un jengibre salvaje y romero trepador. Su mezcla de aromas flotaba en el aire, despertando mis sentidos y agudizando mi mente. La razón me dijo que no podía seguir por mucho tiempo con mi estratagema de hacerme pasar por loca. Decidí tomar un rumbo diferente.

—Me iré de Elsinor, Horacio. —Él suspiró aliviado—. Pero tomaré mi propio camino, sola.

—¿Cómo? —me preguntó dudoso.

—Haciéndome pasar por muerta. Con la cantidad exacta de veneno, mi intención...

Horacio me interrumpió.

—¡No, Ofelia! ¡No debéis desesperaros ni haceros daño!

—Mi buen Horacio, escuchadme. Pretendo escaparme con vida, aunque todos pensarán que estoy muerta. Tengo un plan, pero necesito que me ayudéis.

—No lo entiendo, aunque me pongo a vuestro servicio. Os prometo por mi vida que os protegeré de cualquier daño —me dijo con el fervor propio de un caballero recién nombrado al que envían a una misión.

—Os lo agradezco, amable Horacio. Confío en vos, ya que si no lo hago, seguro que moriré.

## Capítulo 27

En el polvoriento guardarropa donde planeé mi huida, el rayo de luz que dejaba entrar la estrecha ventana brillaba igual que el haz de luz de la razón en un mundo caótico. Le pedí a Horacio que memorizara cada detalle de mi plan. Silencié sus dudas y alenté su fe. Pronto él supo cuál era su papel, mis señales y el lugar donde nos encontraríamos al final. No fue necesario que nos juráramos el secreto, ya que confiábamos profundamente el uno en el otro. Cuando nos separamos, me dio su daga y me hizo prometerle que la llevaría siempre conmigo.

Aunque le confiara mi vida a Horacio, no le dije que quizá estaba embarazada. Quería sangrar, que mi cuerpo desmintiera esa sospecha. Sola en mi habitación, deslicé la daga de Horacio fuera de su vaina y toqué su afilada punta. Una burbuja carmesí de sangre se hinchó de golpe y fluyó por la hoja. Sequé las gotas con un sentimiento de pánico. Con una sola asestada de un cuchillo así, mi vida se desvanecería. Acabaría con cosas peores que la simple pérdida de la virginidad. Si había un bebé, este también se perdería.

No tenía noción alguna de lo que significaba dar a luz a un niño. Solo sabía que la carga cada vez me haría estar más pesada, y que un día, unos dolores mortales se apoderarían de mí hasta que la criatura me naciera de las entrañas y llorara para que la cuidara. ¿Qué haría entonces? No tenía ni el instinto maternal de una gata. Quería huir tanto de Elsinor como del incierto destino de la maternidad, aunque escaparme de esto parecía imposible, excepto a través de mi propia muerte.

El temor a la muerte me tentó constantemente a apartarme del curso que habían tomado los acontecimientos aquel día. A cada hora que pasaba, me ponía en marcha para buscar a Horacio y decirle que iría con Hamlet. Entonces las preguntas ahogaban mis pasos. Aunque recuperara su amor, ¿qué seguridad tendría junto a Hamlet mientras él deseara la muerte de Claudio, y Claudio, la suya? Mientras los relámpagos se enfrentaran en el cielo, sería mejor para mí permanecer en la cima.

Entonces me tumbé en la cama y pensé que sería más prudente retrasar mi plan. Mientras tanto, podría apartar el peligro con mi daga. Al fin y al cabo, había sido yo quien le había aconsejado a Hamlet que no actuara de forma impulsiva. Pero la pasividad abarcaba otros peligros. Si estaba embarazada, pronto sería muy evidente, y Claudio sospecharía que Hamlet era el padre. Claudio, al igual que el malvado rey Herodes, buscaría la destrucción del inocente bebé, ya que si resultaba ser un niño, este sería el heredero de Hamlet, y mientras estuviera vivo, supondría una amenaza para Claudio. No podía limitarme a esperar, a tener esperanza y rezar para que mi dolorido cuerpo volviera a su curso natural. Decidí no perder más tiempo persiguiendo caminos de meras posibilidades, todos inútiles. Actuaría de una vez por todas.

Aquella noche, fingí que dormía. Me levanté cerca de medianoche, amontoné toda mi ropa en la cama y la cubrí con la manta. Si Elnora miraba, creería que estaba durmiendo. Con la capa de mi padre puesta y mi cesta en la mano, salí lentamente de la habitación, con pasos silenciosos y precavidos. En los tiempos en los que no había tanta vigilancia, había mucho movimiento en los salones y las galerías de Elsinor, que estaban llenos de amantes furtivos y de centinelas que los dejaban pasar con un guiño. Ahora nadie osaba salir de sus aposentos por la noche, y los hombres del rey Claudio vigilaban como halcones cuando no estaban bebiendo o durmiendo. Descendí las escaleras de la torre hasta la cocina, donde puse dos patas de venado a medio comer en mi cesta. Descorrí el cerrojo de una puerta cercana a la despensa y me escabullí hacia el exterior del castillo.

Salí al jardín, donde los agonizantes tallos de las plantas se apoyaban unos contra otros y crujían como huesos delgados y secos. Las nubes se movían con rapidez a través de la luna y proyectaban sombras con patrones impredecibles. Rodeé los establos del castillo, y siguiendo los setos, pasé de largo los campos y el pueblo. De cuando en cuando, me detenía y me agachaba a la sombra de un muro o de un árbol para estar segura de que nadie me seguía. A pesar de la oscuridad del bosque, recorrí un sendero poco transitado hasta llegar a la cabaña de la sabia Mechtild. Recé para que estuviera dormida, ya que no deseaba hacerle frente.

La cabaña no tenía ninguna luz encendida, incluso la luna había desaparecido. Entonces, oí emerger de la oscuridad el gruñido profundo de una bestia. Un mastín blanco como un fantasma me embistió, con la gran mandíbula llena de espumarajo. Con un movimiento rápido, lancé los trozos de venado al suelo, y el perro se abalanzó sobre la carne. Tal como esperaba, ahora Mechtild tenía un perro feroz para que la protegiera de los ladrones.

En el huerto, a la luz de la luna, encontré de inmediato la planta que buscaba. Sus apestosas hojas, de un verde oscuro, se abrían sobre el suelo como un dosel, y sus frutos, como manzanitas que acaban de madurar, se escondían debajo. Sin perder ni un minuto, agrieté la tierra con la daga de Horacio. Desenterré una raíz delgada y blanquecina que se bifurcaba como si se tratara de las piernas de una persona. Era la mandrágora. Los ingenuos dicen que expele los demonios y que hace que las mujeres sean fecundas, pero que grita cuando la sacas de la tierra. Sabía que se trataba de un cuento antiguo, de un mito. La verdad era que el zumo de mandrágora producía un sueño profundo. Conocía el lugar en el que Elnora guardaba la llave de la botica del castillo, donde estaban los otros ingredientes e instrumentos que necesitaba para elaborar la poción que me haría pasar por muerta.

Aun así, mientras arañaba la tierra, me acordé de la leyenda. Temí oír un chillido proveniente del suelo que me fulminara, un chillido que despertaría a Mechtild. Pero no me atreví a demorarme, no fuera que el mastín acabara de comer los huesos de venado y empezara a ladrar. Así que tiré bruscamente de la aterradora raíz para sacarla de la tierra. El único sonido que se oyó fue un autillo, tan cercano que me sobresalté. Cubrí precipitadamente el agujero con tierra y puse

la raíz, las hojas y los frutos de la planta en mi cesta. Me apresuré a volver al castillo, agradecida de que la negra cortina de la noche me hubiera ocultado.

La oscuridad había cubierto unas intenciones más viles que las mías.

Al abrir la puerta de mi habitación, vi que mi manta estaba cortada y rasgada, y que la ropa que había amontonado debajo estaba esparcida por toda la habitación. Me encontré el baúl abierto con el cerrojo roto, y lo que contenía, desperdigado. Estaba segura de que quien me había visitado era el villano Edmund y me estremecí al pensar en su furia al no encontrarme.

Mi vida entera dependía de lo que yo había robado aquella noche.

## Capítulo 28

La certeza de que Edmund pretendía matarme y el temor de que Claudio estuviera detrás de todo me hizo estar continuamente alerta. No me quedé en mi habitación, sino que le dije a Elnora que unos sueños oscuros me alteraban y le supliqué que me dejara dormir con ella. Como era una mujer amable, accedió a compartir su cama conmigo. Aquella noche, vi lo dificultosos que se habían vuelto sus movimientos y le pregunté por sus dolores.

—Los recientes infortunios que han tenido lugar en Elsinor han dejado huella en mis agotados huesos. Me siento tan vieja como las montañas... —se lamentó tumbándose en la cama—. Y tú, Ofelia, tan solo me has causado pesar —me regañó, aunque con suavidad—. Rezo para que tus penas se calmen y vuelvas a ser tú misma.

Quería tranquilizarla, pero no me atrevía a revelar mi plan. Así que le dije:

—No os preocupéis por mí, buena Elnora. Pronto terminarán mis problemas. —Me miró con tristeza, y temí que mis palabras solo hubieran hecho que se preocupara más—. Mañana me ocuparé de vuestros doloridos huesos. Tengo nociones de un nuevo medicamento que se hace con las raíces de la malva que crece en las ciénagas.

Satisfecha, Elnora se entregó al sueño con un suspiro. Mientras ella roncaba como un gigante, yo revisé todas sus llaves hasta que encontré la que abría la botica. Cubrí mi lámpara y me dirigí a oscuras hacia la pequeña habitación cercana a la cocina, donde se preparaban las medicinas. Aseguré la puerta detrás de mí y tapé el hueco de debajo con mi capa para que ningún rayo de luz me delatara.

Emocionada y atemorizada por igual, me encomendé a mi trabajo. Corté la raíz de mandrágora a trocitos y los puse en remojo en un frasco de vino dulce. ¿Cuánto jugo necesitaba para aparentar que estaba muerta? Un exceso de veneno podía resultar mortal, pero demasiado poco podía hacer fracasar mi plan. La incertidumbre me atormentaba. Hojeé el *Herbario* y mis otros libros, pero sus instrucciones eran generales, así que no tuve más remedio que guiarme por suposiciones. Trabajé en silencio, excepto por los chillidos de las lechuzas, los arañazos de los ratones y los golpes de mi corazón contra las costillas. Sentada con la espalda apoyada en la puerta, aproveché para dormir un poco mientras la mandrágora exudaba su esencia en el vino.

Cuando juzgué que ya habían pasado unas cuantas horas, pesqué los trocitos de mandrágora del frasco. Con dedos temblorosos, exprimí las últimas gotas del líquido de la raíz y las vertí en el vino. Añadí unas cuantas bayas machacadas por si acaso y calenté la mezcla a la llama de una vela hasta reducirla a un sirope espeso y apelmazado. Al despuntar el alba, vertí el hilo de líquido

negro en una botellita y la tapé con una bola de cera. Cuando puse la llave de nuevo en su sitio, Elnora se movió, pero no se despertó.

Entonces salí del castillo con la intención de buscar una raíz de malva para la medicina que le había prometido a Elnora, pero en lugar de eso, encontré una buena oportunidad para llevar a cabo mi plan. Estaba en boca de todos que el príncipe Fortimbrás de Noruega marchaba hacia Dinamarca con la intención de vengar la derrota de su padre. Claudio mandaría aquella misma tarde a sus embajadores con un discurso público. En tales ocasiones, tenía por costumbre caminar entre la gente, con Gertrudis a su lado, para atraer las miradas o calmar sus miedos. En ese decorado me enfrentaría a ellos y representaría mi papel final en Elsinor con la ayuda de Horacio. Parecía que la fortuna me favorecía al brindarme una ocasión así.

Me invadió una emoción extraña. Me apresuré hacia mi habitación y me puse el vestido de demente pobre. Como toque final, me coloqué flores en el pelo enmarañado. Cuando llegué al patio, una multitud muy variada de señores, sirvientes y comerciantes ya estaba esperando al rey. Todos buscaban los trocitos de sol o se acurrucaban los unos con los otros, cubiertos con capas que los protegían del frío de principios de octubre. Deseé haberme puesto los zapatos, ya que el gélido suelo me había entumecido los pies. Me senté y me los froté con las manos.

Para los eventos del día se había erigido un escenario en el que colgaban los colores azules de Claudio. A pesar de los vistosos estandartes que ondeaban en la brisa, prevalecía una actitud sombría, ya que todos estaban al tanto de la desagradable perspectiva de guerra.

Yo llevaba la cesta cargada de guirnaldas y de plantas que había escogido cuidadosamente para el rey y la reina. Como había vuelto al castillo con prisas, había abandonado la búsqueda de la raíz de malva, y ahora intentaba ignorar los remordimientos que sentía y confiaba en que Elnora me perdonaría por haber roto mi promesa. Temblando, sujeté con más firmeza el manto que llevaba alrededor de los hombros. De vez en cuando, me metía la mano en el bolsillo de la falda y palpaba la botellita con la poción.

Analizaba el patio con miradas rápidas y nerviosas. Suspiré aliviada cuando vi a Horacio, pero agité la cabeza cuando empezó a acercarse a mí. Aun así, se abrió paso a empujones entre la multitud hasta llegar a mi lado.

—Si os vais ahora, quizá podáis escabulliros sin que os vean —me susurró con urgencia.

—No, no puedo irme hasta que haya representado mi escena. ¿No os acordáis de nuestro plan y de vuestro papel en él?

—Sí, pero no creo que funcione. Lllamaréis la atención, y eso incrementará el peligro.

Me molestó que Horacio protestara y hablé con aspereza:

—Me escudaré en la multitud. Debo seguir adelante. ¡Confiad en mí y haced vuestra parte!

Cedió con un suspiro.

—Mantendré mi promesa. Que Dios sea con vos —dijo, y se fue con paso renuente.

Mi adiós, que fue más amable que mi reprimenda, se perdió en la ruidosa fanfarria que anunciaba la llegada del rey. Los cortesanos y los políticos empezaron su procesión desde el

castillo, seguidos por los guardias que rodeaban al rey y la reina. Claudio y Gertrudis asentían con la cabeza para saludar a sus súbditos, aunque fueron recibidos con pocos vítores y con menos sonrisas aún.

Cuando estaban próximos al escenario, una repentina conmoción tuvo lugar cerca de la puerta del patio. Se oyeron aullidos y fuertes gritos, y la multitud apartó la mirada del escenario y se dirigió en tropel hacia la puerta. Subí a una caja de madera, el asiento abandonado de alguien, y vi cuál era el origen del tumulto. Era Laertes, que llegaba a Elsinor.

Me invadió una ola de felicidad. La esperanza, durante tanto tiempo magullada, me llenó el pecho. Mi hermano había vuelto y me protegería.

Desde mi posición elevada grité: «¡Laertes! ¡Laertes!», pero mis palabras eran como agua lanzada contra el viento. Entonces los gritos murieron en mi boca, pues vi que mi hermano blandía una espada. Detrás de él venía una variada muchedumbre de unos treinta hombres armados con palos y piedras.

—¡Laertes será rey! —gritaban, y exclamaban que Claudio era un tirano y un cerdo.

Los soldados del rey cayeron de inmediato sobre ellos, y sus espadas destrozaron los bastones de madera como si fueran ramitas. Entre la multitud, había gente que animaba, mientras que otros se refugiaban por miedo a que también los golpearan.

—¿Quién asesinó a mi padre, Claudio? ¡Decídmelo! Juro que vengaré su muerte —aulló Laertes.

Tres guardias agarraron a mi hermano, que se retorció, echó maldiciones y escupió sobre ellos. Sus heterogéneos seguidores se dispersaron como semillas en el viento.

Me di cuenta con tristeza de que Laertes también estaba loco, enfermo de venganza contagiosa. No tenía más remedio que seguir adelante con mi plan y enfrentarme a peligros desconocidos.

Vi que Claudio y Gertrudis llegaban al escenario. De inmediato, los guardias los rodearon y los arrastraron hacia la seguridad del castillo. ¡Pronto perdería mi oportunidad! Bajé a trompicones de la caja y me abrí paso a empujones entre la multitud con todas mis fuerzas.

—¡Apartaos! ¡Fuera! ¡Dejadme pasar! —grité en mi carrera para alcanzar al rey y la reina, a quienes los guardias seguían, a la vez que custodiaban a Laertes.

Los ministros del rey, confundidos y con miradas de compasión, me dejaron pasar. Los guardias tampoco me pusieron trabas cuando llegué hasta ellos. Me lancé contra la puerta y me escurrí adentro antes de que esta se cerrara.

Sobresaltada por el estruendo que el pesado cerrojo de madera hizo detrás de mí, me di la vuelta. El guardia que había cerrado la puerta llevaba un casco que le ensombrecía los ojos. Una cicatriz se le agarraba a un lado de la cara como si fuera un gusano gigante, y una sonrisa cruel torció su boca. Me sentí como un ciervo que acaba de entrar en la trampa bien preparada de un cazador.

## Capítulo 29

Dentro del gran salón tan solo había una luz tenue, como cuando un teatro está a oscuras para la obra que se va a representar. Detrás de mí tenía al malvado Edmund, y delante, a un airado Claudio absorto en una conversación privada con Laertes. No muy lejos, Gertrudis estaba de pie dándoles la espalda. El cuerpo de mi hermano temblaba de agitación. Hubiera deseado enfrentarme al rey y a la reina en la seguridad de una gran multitud pero ahora no tenía más remedio que representar allí mi escena.

Ni Claudio ni Laertes me habían visto aún. El rey agarraba a mi hermano por los hombros y hablaba muy concentrado. Lo oí murmurar: «No soy culpable de la muerte de tu padre». A mí me sonaba a mentira, pero vi que mi hermano abandonaba su actitud rígida y rebelde y bajaba la cabeza con actitud sumisa. Recordarlo como un niño castigado me conmovió, y se me escapó un pequeño sollozo. Gertrudis me oyó y se volvió. Al verme, dio un grito ahogado y apartó a Claudio del lado de Laertes. Se retiraron para presenciar nuestro triste encuentro.

Mi hermano se dio la vuelta. A medida que me fue reconociendo, poco a poco, su rostro adquirió una expresión de profunda tristeza.

—Oh, rosa de mayo, querida niña, cálida hermana, dulce Ofelia.

Laertes jamás me había hablado de un modo tan cariñoso. Sus amables palabras casi superaron mi difícil propósito. Me hubiera lanzado a sus brazos, pero opté por ser precavida.

—¿Puede el entendimiento de una joven ser mortal como la vida de un anciano? —exclamó Laertes. En su voz oí un sufrimiento y una pérdida iguales a los que yo sentía. El pecho me dolía tanto que no podía hablar. Así que empecé a cantar con voz fina y vacilante. Laertes me agarró las manos y me miró de arriba abajo—. ¡Si conservarais el juicio y me incitarais a la venganza, no me convenceríais tanto como lo hacéis ahora! —Contrajo la mandíbula, y la ira lo inundó de nuevo.

En los ojos de mi hermano vi el deseo violento que ensombrece las luces de la razón. Temí por Laertes y supe que ya no podía confiar en él. Por desgracia, tenía que actuar como si no conociera a mi propio hermano. Hurgué en el contenido de mi cesta y saqué unos tallos marchitos.

—Aquí tenéis romero, que es bueno para el recuerdo —dije, y le metí un ramito en el jubón, que estaba rasgado y manchado de barro por la pelea con los guardias. Deseaba que me recordara como yo era, que se acordara de cómo estudiábamos y jugábamos juntos—. Y aquí tenéis *pensées*, que son pensamientos en francés.

Laertes ahuecó las manos para sujetar las delicadas flores moradas y blancas y sollozó.

Me volví en dirección a Gertrudis. Ella miró hacia otro lado, pero dejó que me acercara. Le puse una guirnalda de tallos de hinojo alrededor del cuello, cuyas flores planas y doradas estaban

tejidas con aguileñas mustias. No esperaba que supiera que aquellas flores simbolizaban la infidelidad y que con mi regalo le estaba reprochando que hubiera sido desleal.

Con el corazón latiéndome con fuerza, me acerqué a Claudio. Mi entrada había desbaratado su intento de apaciguar a Laertes, y tenía la cara crispada por el esfuerzo de reprimir su ira. Saqué un puñado de hojas de mi cesta y las machaqué con el puño para que liberaran un fuerte olor. Cogí la mano del rey, que él me concedió de mala gana, y presioné las hojas en la piel caliente y húmeda de su palma.

—Aquí tenéis ruda, también conocida como hierba de la gracia —indiqué, queriendo decir que debería arrepentirse de sus malvadas acciones.

Él no podía saber que el jugo de la ruda curaba el mal de oído o que era un antídoto para las mordeduras de serpientes venenosas. Así, protegida en la locura y en la metáfora, tuve la osadía de decirle que sabía el crimen que había cometido: verter veneno en los oídos del rey Hamlet. Con mi regalo, lo acusé de ser la serpiente del jardín de Dinamarca. Su rostro no reflejaba que lo hubiera comprendido, solo mostraba odio.

—Y estas son margaritas —dije, lanzando una diadema de flores blancas con sus centros de sol que se le enganchó en una parte de la corona y se quedó allí colgando.

Con la brillante inocencia de aquellas flores, me burlé de su maldad y lo llamé usurpador. Yo sabía que la margarita, un remedio para todos los dolores, sufrimientos y heridas del cuerpo, era inútil para curar la enfermedad de su nefasta alma.

Los ojos de Claudio resplandecieron con furiosa humillación. Gertrudis le puso una mano en el brazo para calmarlo y retenerlo. Laertes también me protegía con su presencia, ya que Claudio no se atrevería a agarrarme o maltratarme para no enardecer aún más a mi hermano. Después de todo, su repentino regreso había sido providencial.

Di por terminada mi actuación, así que me retiré. Extendiendo los brazos en señal de despedida, canté:

*No, no, él ya murió,  
a su lecho de muerte partió  
y no volverá jamás.*

Laertes, sacudido por la pena, se clavaba los puños en la frente mientras Gertrudis se esforzaba en consolarlo. Solo Claudio me miraba. Sus ojos despiadados y llenos de odio se encontraron con los míos, a la vez que tiraba la guirnalda de margaritas al suelo y la aplastaba con el pie.

A medida que me acercaba a la puerta, que sabía que estaba cerrada y protegida por Edmund, temí que el castillo se convirtiera para siempre en mi prisión. Pero, sorprendida, vi que el cerrojo de la vasta puerta se elevaba para ponerme en libertad.

Entonces vi que Claudio desviaba la mirada, asentía deliberadamente en dirección a Edmund y echaba la cabeza hacia un lado. «¡Síguela!», decía aquel gesto.

Yo había tentado demasiado a la buena suerte.

## Capítulo 30

Salí del enorme y sombrío salón de Elsinor por última vez. Aunque el peligro me pisaba los talones y me urgía a correr, una profunda tristeza moderaba mis pasos. En el soleado patio, la gente hablaba en grupos dispersos; quizá estaban sopesando los movimientos que Fortimbrás llevaría a cabo contra las defensas del rey. El repentino tumulto producido por la sublevación había pasado como una tormenta de verano. Pero esa tormenta aún bramaba dentro de las paredes de Elsinor, mientras la ardiente ira de Laertes se enfrentaba al frío poder de Claudio. Las lágrimas me anegaban los ojos, y lo mismo que la lluvia, hacían borroso el mundo a mi alrededor.

Mi tristeza dio paso a un miedo glacial. ¿Acaso mi representación, al igual que la de Hamlet sobre el asesinato del rey, había sido una locura peligrosa? Era posible, pero la escena me había servido como un pequeño acto de venganza. Aunque no pudiera hacer justicia por los crímenes de Claudio ni retraer a Gertrudis que fuera tan voluble y desleal, sí había removido sus conciencias. Había representado mi demencia hasta el final; así, mi aparente muerte no despertaría dudas.

Crucé el ajetreado patio en dirección a las puertas abiertas de Elsinor. Nadie me miró al partir, aunque yo sentía que alguien me seguía. ¿Era Edmund? No me atreví a darme la vuelta, pero esperé a que Horacio anduviera cerca. Recé para que la muerte no dejara a mi amigo atrás.

Seguí adelante, salí del castillo y desemboqué en el camino. Un chico que perseguía a una gallina de Guinea que se había escapado chocó conmigo, pero no se disculpó. Una carreta cargada de grano circulaba en medio del camino, y yo salté a un lado para evitar que me atropellara. No miré atrás, hacia el castillo adonde me habían llevado para que fuera una dama favorecida por una reina, cortejada por un príncipe y traicionada por él. Cuando sentí el sol en la espalda, supe que había dejado atrás la fría sombra de los muros de Elsinor.

Al llegar a la cima de la colina, dejé el camino y descendí campo a través en dirección al río. Unas pequeñas criaturas huían y volaban a mi paso. Pensé que nunca más volvería a recorrer aquel camino con la expectativa de deleitarme con la compañía de Hamlet. Con las manos separaba la hierba susurrante y sostenía con suavidad las flores mustias, diciendo adiós a todo lo que tocaba.

Bordeé la curva de la orilla donde Hamlet me había visto nadar cuando yo aún era una niña. Llegué al sauce, que era la imagen misma de la naturaleza llorando. Sus ramas ascendían y fluían hacia el suelo formando un elegante arco, cuyos extremos flotaban sobre el agua. Miré las hojas caídas rozando la superficie acuosa, que borboteaba como si cayera sobre rocas. El río había crecido mucho con las últimas lluvias; sabía que el agua estaría fría. Los patos se mecían entre los juncos de los márgenes, y un martín pescador escondido en los arbustos repiqueteaba su llamada.

Mi soledad parecía completa, y ver aquella naturaleza que me era tan familiar me trajo paz. Cogí las guirnaldas que había hecho y me las puse alrededor del cuello mientras disfrutaba de sus dulces perfumes ya debilitados. Aunque sabía que mi enemigo me seguía de cerca y que estaba preparado para atacarme, confié en que Horacio me protegería. Yo no llevaba ni la daga, ya que temía perderla en el agua. Quería tumbarme un rato en la orilla, cálida por el sol, y revivir algunos recuerdos dulces antes de emprender el viaje hacia mi desconocido futuro, pero la prudencia me advirtió que no malgastara tiempo y que no pensara demasiado, ya que, de lo contrario, mi resolución podría verse debilitada. Así que metí la mano en el bolsillo y saqué el frasquito. Los dedos me temblaban mientras lo abría y vertía su contenido en mi boca. El sirope oscuro de la mandrágora, dulce y fuerte, me bajó hasta el vientre. Lamí las últimas gotas que quedaban en la boca del frasco y lo lancé al agua, donde se sumergió y desapareció.

Tan solo disponía de unos minutos, quizá menos. No sabía lo rápido que la mandrágora haría efecto. Esperé en completa quietud e intenté sentir si la poción funcionaba. Todavía no pasaba nada. Busqué alguna sensación agradable, algún recuerdo reconfortante, pero solo sentía que mi pánico aumentaba. De repente, tuve miedo del olvido que estaba por venir, y el deseo de permanecer despierta se apoderó de mí. ¿Y si esos momentos eran realmente los últimos de mi vida? ¿Debía confesar mis pecados y rezar por si acaso la poción resultaba ser demasiado fuerte? Mientras el terror me invadía, me quedé sin aliento. Intenté mantenerme en pie, oponiendo resistencia contra el suelo, y me encontré con los dedos enredados en las hojas frías y cerosas de la planta de malva que colgaba sobre los márgenes pantanosos del río. Me acordé de la promesa que había roto, y con dedos desesperados, arranqué las raíces de la tierra y llené mi cesta, esperando que Elnora las encontrara allí de alguna manera. El esfuerzo me debilitó, y me sentí cada vez más mareada. Dejé la cesta a los pies del sauce y trepé a una fuerte rama que crecía oblicuamente sobre el río. El agua oscura y profunda fluía debajo de mí, y su sonido apresurado me llenaba los oídos. La cabeza me empezó a dar vueltas, y comencé a ver unas manchitas oscuras, como si fueran cenizas que se iban dispersando. Entonces fue como si el mundo se hubiera puesto patas arriba, y el cielo y el agua hubiesen invertido sus posiciones una y otra vez. Me aferré a la rama del sauce, pero la mandrágora que ahora me corría por las venas me había robado toda la fuerza. Mis ojos se cerraron, y sentí que el sueño se apoderaba de mí. A pesar de que yo deseaba vivir, mis miembros anhelaban el olvido.

La rama se dobló bajo mi peso como si me entregara a las profundidades, y murmuré:

—Vengo a vosotras, aguas de la vida y de la muerte. Alejadme de este mundo de locura y conflicto.

Oí una voz que gritaba «¡Ofelia!» justo cuando mis paralizadas extremidades se soltaban de su punto de agarre. Caí al agua y me hundí en la oscuridad.

## Capítulo 31

Luché contra la pesada carga del sueño y abrí los ojos. Vi tenuemente el fuego de una chimenea que proyectaba su débil luz sobre las desiguales paredes de yeso de una pequeña cabaña. Estaba tumbada en una cama dura. Intenté sentarme; los brazos y las piernas no me obedecieron. No sabía dónde estaba. Vi que del techo colgaban manojos de plantas secas, y sus olores se mezclaban en el aire tibio. No era la ermita en ruinas donde Hamlet y yo solíamos encontrarnos. Lentamente, tomé conciencia de que me encontraba en la cabaña de Mechtild.

No estaba sola. Había alguien tendido en un banco en un rincón oscuro. Mis esfuerzos por moverme hicieron que él se levantara. Aliviada, vi que se trataba de Horacio. Se me acercó y se arrodilló a mi lado; una fatigada ansiedad se reflejaba en cada línea de su rostro.

—Veo que aún estoy viva —dije. Mi voz sonó extraña y distante—. Pero ¿por qué estoy aquí? —Esperaba despertarme en la cabaña del bosque con todo preparado para mi viaje—. Horacio, ¿qué es lo que ha salido mal?

—No temáis, estáis a salvo. Cuando os liberé de la tierra, precisé de los conocimientos de Mechtild.

—¿Cómo supisteis de este lugar? Siempre escondí el camino que hacía para llegar hasta aquí. Horacio sonrió.

—La mujer sabia y sus pociones de amor no son tan secretas como muchas damas creen. Los cortesanos también recurren a sus remedios y consejos.

Unos pies que se arrastraban anunciaron que se acercaba la anciana en persona, que entró en la habitación con el mastín blanco a su lado, como si fuera un centinela. Desde la profundidad de su rostro arrugado, unos ojos penetrantes pero amables me miraron.

—La mandrágora te indujo un sueño tan profundo que incluso dudé de que estuvieras viva —dijo—. Hace pocas horas que te he administrado un antídoto. No intentes levantarte aún.

Fue a remover una cacerola que estaba en el fuego. El perro, obedeciendo una orden que ella le hizo con la mano, se tumbó cerca de la puerta.

—Le dije que la desesperación os llevó a buscar la muerte. Dudo que me creyera. Sabe que robasteis la mandrágora, pero no os lo tiene en cuenta —susurró Horacio.

Estaba avergonzada de haberme portado mal con Mechtild, pero la curiosidad era mayor que la culpa. Como alguien que se ha quedado dormido durante un relato emocionante, deseaba saber el final de la historia.

—Contádmelo, Horacio, os lo ruego. Contadme todo lo que pasó, ya que la poción me ha borrado la memoria por completo.

Así que Horacio narró cómo me había seguido hasta el río, donde me había visto beberme la poción y trepar al sauce. Me dijo que se había alarmado al verme caer de la rama y que había corrido río abajo hasta meterse en el agua para interceptar mi cuerpo flotante.

—Estaba fría, y la corriente era muy rápida. Vuestra ropa empapada os envolvía y os arrastraba hacia abajo. Perdí mi punto de apoyo y estuve a punto de ahogarme yo también. Si no hubiera sido por el guardia que hizo caso de mis gritos, ambos estaríamos muertos. Él me prestó su fuerza para sacar vuestro cuerpo sin vida del arroyo y llevaros a la corte.

—¡Oh, Horacio! —exclamé levantándome con los codos—. Ese guardia se encontraba tan cerca porque iba a quitarme la vida. Por poco es él quien se lleva el premio. —Le expliqué que se trataba de Edmund, el torturador de mi infancia, y le describí sus actitudes amenazantes.

Horacio se quedó avergonzado al saber que lo habían seguido sin que se diera cuenta, y encima, un villano de tal calaña.

—No os preocupéis por eso —dije—. Pensad que si no hubierais estado cerca, seguro que él me habría matado. Proseguid con vuestra historia.

Horacio se situó en un taburete cerca de mi camastro, y con las piernas dobladas, apoyó los codos sobre los muslos.

—El entierro fue muy rápido, ya que muchos sospechaban que buscabais vuestra muerte y que, por consiguiente, vuestra alma estaba condenada.

—Una ceremonia rápida era mucho mejor. Una larga y formal no me habría ido bien, pues me habría despertado demasiado temprano —dije con una sonrisa—. Pero lo único que importa es que Claudio crea realmente que estoy muerta. ¿Lo cree?

Horacio levantó los hombros con incertidumbre.

—Ofelia, ya sabéis que en Elsinor nada es lo que parece. Gertrudis lloró mientras se leían los ritos, y creo que su pesar era verdadero, pero Claudio no mostró ni pena ni satisfacción. —Horacio pensó durante un momento y agitó la cabeza con firmeza—. No hay razón para que crea que estáis viva. Vio que vuestro cuerpo estaba blanco por el frío del agua y presencié vuestro entierro.

—¿Cómo se tomó Elnora la noticia? —pregunté. Era la única persona a la que lamentaba haber engañado simulando mi muerte.

—La mujer estaba desconsolada. Os ungió y os envolvió mientras lloraba a lágrima viva. No sospechó que estabais simplemente dormida.

A medida que la poción dejó de adormecerme los sentidos, también liberó mis emociones. Pensar en Elnora llorando mi muerte dio paso a las lágrimas. Sabía que me había lavado el pelo con romero porque aún estaba impregnado de su olor. Me había puesto mi vestido de damasco amarillo sobre una enagua bordada por ella misma, su último cariñoso regalo para mí. ¡Cómo le habrán dolido los huesos con tal esfuerzo! Mientras lloraba, Horacio se levantó, se alejó de mí y se quedó de pie al lado del fuego.

—¿Le devolvisteis mi cesta? —le pregunté—. La dejé bajo el sauce.

—No, no la vi. ¿Me lo habíais dicho?

Negué con la cabeza, pues no lo había hecho.

—No, es culpa mía. Simplemente lo pensé, Horacio.

—Desear vivir no es un pecado ni debe causar lágrimas.

—Es un sentimiento muy extraño. Estoy viva, aunque todos los que me conocían piensan que estoy muerta, excepto vos, Horacio —dije sintiendo que la soledad me invadía.

Intenté sentarme de nuevo y lo conseguí. Determinada a liberarme de los pensamientos funestos, me sequé las lágrimas con la punta de la sucia sábana que se adhería a mí. Había sido mi mortaja. Rasgué un trozo para llevármelo conmigo, ya que pensé que sería una buena tela para pañales de bebé.

Mechtild me trajo un cuenco de caldo humeante y se quedó a mi lado mientras yo lo bebía.

—Esto te despertará las extremidades —me prometió—. Está mezclado con azafrán, que quita el letargo de encima y aviva los sentidos. —Mientras hablaba, noté que una fuerza nueva me recorría las piernas y los pies—. Me encargaré de los dolores de Elnora. Horacio le llevará hoy algunas medicinas —añadió.

Me maravilló su sabiduría. ¿Cómo me había leído la mente y sabía que me sentía culpable? Le di las gracias y sostuve el cálido cuenco en las manos.

—Proseguid, Horacio —le dije, asintiendo con la cabeza para que continuara su relato. Teníamos que confiar en Mechtild, ya que era inútil intentar ocultarle nada.

—Os enterraron al atardecer, y yo volví tan pronto como la noche cayó para cavar en la tierra, que aún estaba suelta. Temía que los ladrones de tumbas llegaran antes, ya que no respetan a los que se han suicidado.

Ahogué un grito porque no había considerado la posibilidad de que unos ladrones me robaran de la tierra y me abrieran el cuerpo. Crucé los brazos y temblé al recordar el libro de Hamlet y aquellos dibujos de un cuerpo abierto, con las partes vitales al descubierto como si se tratara del botín de un pirata en un saco roto.

—Por suerte —prosiguió Horacio—, no había nadie. Pero no pude despertaros de vuestro sueño mortal. Temí que hubierais fallecido. —La voz le flaqueó, e inspiró profundamente antes de volver a hablar—. Os traje con rapidez a la cabaña de Mechtild. Con la ayuda de un espejo, vimos que aún respirabais.

La garganta se me cerró al oír que casi había muerto de verdad. ¡Ay, valiente Horacio, que corristeis tantos riesgos para salvarme del agua y de la tierra! ¿Cómo podré agradeceros jamás vuestra devoción?

—¿Os vio alguien en el cementerio? —fue todo lo que dije.

—No puedo saberlo con certeza. —Se frotó consternado las sienes—. Quizá había ladrones esperando o un guardia me vio llevándome vuestro cuerpo. No fui precavido porque estaba muy preocupado por vuestra vida. Lo siento.

—No lo sintáis —dije—. Soy yo quien siente haberos implicado a vos, un hombre honesto, en

tal engaño.

—¿Está mal un engaño si preserva lo que es virtuoso? —preguntó Horacio.

—¡No estoy de humor para filosofar y estoy harta de razonar! —grité, cada vez más disgustada—. He traicionado la amistad de Elnora. He sido injusta con vos y con Mechtild. Debo irme antes de que os descubran y os hagan daño por mi culpa. —Me levanté y vi que mis débiles piernas me sostenían lo suficiente—. No creo que mi vida merezca tanto la pena como para que hayáis corrido tantos riesgos, Horacio. Dejadme y escondeos hasta que consideréis que estáis a salvo.

Horacio me puso una mano en el hombro para detenerme.

—No, esperad —dijo—. Debo contaros algo más. Hamlet ha regresado a Elsinor.

## Capítulo 32

Las palabras de Horacio casi me hicieron perder el equilibrio. Mi mente se esforzó en entenderlo.

—¿Qué queréis decir? —susurré.

—Cuando estaba en el cementerio, mirando a los sacristanes cavar vuestra tumba, apareció Hamlet. Es evidente que me sorprendí muchísimo.

—¿Visteis su fantasma?

—No, era Hamlet en carne y hueso —dijo Horacio retando a mi incredulidad—. Nos abrazamos y conversamos. No era un fantasma.

Me pregunté qué razones tendría Hamlet para volver a Dinamarca y ponerse al alcance de Claudio, un asesino. Si pretendía desafiar a aquel usurpador, era una gran insensatez que hubiera vuelto sin ningún ejército.

—Su regreso solo puede significar una cosa —dije—. ¡Pretende matar a Claudio! ¿Creéis que lo hará esta vez? ¿Cómo lo visteis?

Horacio consideró mi pregunta antes de responder.

—Estaba alegre y serio a la vez. Sus pensamientos se centraban en el tema de la muerte. Cogió una calavera que los enterradores habían tirado y dijo que era la del bufón de su padre, el viejo Yorick. Se burló de que los poderosos no fueran nada más que polvo. Pero no parecía desesperado, solo algo melancólico.

—¡Eso no me lo esperaba! ¿Qué ocurrió luego?

—Mientras Hamlet y yo hablábamos, pasó por nuestro lado vuestra procesión funeraria, con Claudio y algunos lores amigos de vuestro padre. Gertrudis esparcía flores. Laertes lloraba con fuerza sobre vuestro cuerpo envuelto y reprendía al sacerdote por sus míseras oraciones.

—¿Cuándo se enteró Hamlet de mi muerte... cómo...? —No pude terminar la pregunta.

Horacio sacudió la cabeza, y los ojos se le llenaron de angustia. Me preparé para oír que Hamlet se había burlado de mi muerte o que no le había importado en absoluto.

—No escatiméis la verdad, Horacio. Aunque sea dolorosa, no os culparé de ello —dije.

Escuché, horrorizada, que Hamlet había perdido la compostura y había saltado a mi sepultura para desafiar a mi hermano, que sostenía mi cuerpo sin vida. Entonces, como si fueran enemigos, pelearon lanzándose al cuello del otro.

—Se volvió loco. Tuve que separarlos y me costó tranquilizar de nuevo a Hamlet —dijo Horacio, y suspiró con fuerza.

—¡Hamlet y mi hermano, que solían pelear como compañeros de juego! ¿Intercambiaron golpes mortales sobre un cuerpo sin vida? —La incredulidad y la rabia luchaban en mi interior—.

Deberían haberse comportado como hermanos, ambos huérfanos de padre, y haber compartido sus penas. ¿Por qué tenían que enfurecerse los dos como si estuvieran locos? ¡No tiene sentido!

—Tengo un consuelo que ofreceréis, mi señora —dijo Horacio—. Todos los presentes oyeron exclamar a Hamlet que os amaba.

—Pero ¿declaró que yo era su esposa? —le pregunté.

—No, no con esas palabras. Pero dijo que su amor era más fuerte que el de cuarenta mil hermanos.

—¡Eso no me consuela! —exclamé con amargura—. Medir su afecto en números. ¡Lo que él llama amor no merece tal nombre! —Me enfurecí, pero por dentro esperaba que Hamlet lo hubiera dicho de verdad y deseé haberlo oído. Mi ira menguó, y entonces pregunté—: ¿Sabe Hamlet que estoy viva?

—No, no lo sabe —admitió Horacio—. Al verlo tan desmedido, supe que vos no querríais que se lo dijera. No quería romper la promesa que os hice.

—¿Así que engañasteis a vuestro amigo por mi bien?

—Ese es un peso que recae sobre mí —se limitó a decir.

—Hicisteis lo correcto —dije—. Hamlet no quiere una esposa, puesto que yo tan solo entorpezco sus planes de venganza. —Esa verdad flotó en el aire, y Horacio no me contradijo—. He deseado que Hamlet regresara, pero lo ha hecho demasiado tarde —añadí con tristeza—. Ya he abandonado el escenario. Ahora debéis darle una información. Decidle que yo sabía algo que podría haberlo ayudado a vengarse si hubiera aparecido antes en escena.

—¿A qué os referís? —preguntó Horacio perplejo.

—La fortuna ha sido una amiga caprichosa, Horacio. La noche en la que Hamlet mató a mi padre, ella me mostró una prueba que confirmaba la culpabilidad de Claudio...

—¿Qué era? —Se puso de pie—. ¿Dónde está?

—... pero no dejé que me la quedara. —Retuve a Horacio con la mano—. Mechtild, ¿os robaron un frasco de veneno en abril, antes de la muerte del rey Hamlet?

Mechtild, que seguía nuestra conversación con mucho interés, asintió con la cabeza.

—¿Qué sustancia era? —le pregunté.

—Jugo de beleño negro, oscuro y mortal —dijo—. Hace que la sangre se cuaje en las venas.

Horacio abrió los ojos como platos y declaró:

—¡Beleño negro! ¡Hamlet me dijo que el fantasma de su padre había mencionado que le habían vertido un veneno mortal en el oído!

—Las palabras de Mechtild confirman lo que dijo el fantasma, sin duda —respondí con certeza—. Escuchad, Horacio. Después de la representación de Hamlet, seguí a mi padre hasta el dormitorio de Claudio, donde encontré el frasco de veneno escondido. Lo sujeté con la mano y vi que aún quedaban algunas gotas de jugo negro. ¡Seguro que fue el veneno que mató al rey! Nos lo disputamos, y el frasco me salió disparado de la mano. Unas horas más tarde, mi padre estaba

muerto, y sus secretos, sellados para siempre. Ninguna divinidad benevolente supervisó los oscuros acontecimientos de aquella noche —dije con amargura.

—No pudisteis contarle a Hamlet lo que habíais descubierto porque lo mandaron fuera de inmediato —dijo Horacio, que lo había entendido todo al momento—. Si lo hubiera sabido, habría podido forjar una venganza rápida y justa. ¡Ay, es cierto que la fortuna es traicionera! —Pensó por un momento, y añadió—: Pero ¿por qué estaba vuestro padre en la habitación de Claudio?

—Dijo que él lo había enviado. Seguro que sabía que Claudio había envenenado al rey Hamlet. Así que para evitar que mi padre lo delatara, lo condujo hacia su muerte a manos de Hamlet. Eso es algo que no puedo demostrar, aunque estoy convencida de ello, porque la muerte de mi padre le dio una razón al rey para mandar lejos a Hamlet... hacia su propia muerte.

Horacio se sujetó la cabeza con las manos, haciendo que sus rojos rizos se volvieran salvajes e ingobernables.

—¡Ay, el mal camina por un sendero denso y enredado, lleno de giros inesperados! Pero lo que vos contáis es muy probable que sea así. Vuestro padre entró en un juego peligroso y apostó su propia vida. Claudio es un tirano cuyos crímenes lo obligan a cometer el siguiente, hasta que acaba bañándose y alimentándose con la sangre de los demás.

—Así pues, ¿estáis de acuerdo en que esos acontecimientos están ligados unos con otros? —quise saber, aliviada de que Horacio no me considerara una loca.

—Como los eslabones de una cadena de hierro —dijo sombrío—. ¡Si pudiéramos atrapar a Claudio con eso!... Entretanto, Ofelia, estáis en un peligro mayor de lo que me imaginaba.

—Sí, y como no tengo poder para conseguir que se haga justicia, lo único que puedo hacer es huir de Elsinor.

—Tened coraje, valiente Ofelia, ya que tanto vos como Hamlet podéis presumir de haber engañado a Claudio sobre vuestras muertes —me animó Horacio.

—Pero en este juego no tenemos ventaja —repliqué—. Mi hermano todavía juega y es incauto con su enemigo. Laertes es vengativo y rebelde. Lo visteis desafiar al rey. Temo que se convierta en su siguiente víctima.

Me había obcecado tanto en la maldad de Claudio que creía saber cuál iba a ser su próximo paso. Agarré a Horacio por los hombros y le hablé en voz baja e intensa.

—¡Escuchad, Horacio! Hamlet se escapó de la primera trampa que le tendió Claudio, pero este ya le ha preparado otra. Vi al rey intentando ganarse a mi hermano para persuadirlo de que Hamlet era el culpable de la muerte de mi padre. Ya visteis a Hamlet y a Laertes luchando en mi tumba. —Cada vez estaba más agitada—. Claudio está incitando a mi hermano para que vaya contra Hamlet y lo provoque. Atiza el fuego de su rivalidad, puesto que ambos son una amenaza para su reinado y para su vida. Con tal de no mancharse las manos, ¡hará que Hamlet y Laertes se destruyan el uno al otro! Solo vos, Horacio, podéis detenerlos.

Horacio abrió los ojos de par en par al comprender lo que pasaba y arrugó la frente con decisión.

—Proteger a Hamlet y a vuestro hermano será mi deber —prometió—. Pero decidme, Ofelia, ¿cómo puede ser que alguien como vos, una dama tan virtuosa, entienda el malvado corazón de Claudio?

—No lo sé. Quizá porque he leído mucho acerca de la ambición y la pasión —dije, pensando en las historias y relatos que había disfrutado sin creer que tanta crueldad fuera posible.

En aquel momento, el mastín de la anciana se despertó y gruñó, emitiendo un sonido que retumbó como un trueno. La puerta de la cabaña se abrió hacia dentro, y las bisagras chirriaron. Un rayo de sol se extendió por la tenue habitación, y la brisa fría de la mañana hizo revivir las motas de polvo.

De pie, recortada contra la brillante luz del día, se alzaba la silueta de Gertrudis.

## Capítulo 33

La reina entró en la cabaña de Mechtild; sus pies con zapatos de piel no hacían ningún ruido sobre el suelo de tierra, y las hebras doradas de su vestido reflejaban la luz. Me marchité en su presencia como una flor que se abre demasiado pronto y se congela por una repentina ráfaga invernal.

—¡Estoy acabada! Nos han traicionado, Horacio —grité hundiéndome en el camastro.

Mechtild cayó de rodillas con una agilidad contraria a su edad. Horacio se puso delante de mí para protegerme. Le hizo una reverencia a la reina, pero con su mano tocaba la empuñadura de la espada, listo para saltar si oía cualquier sonido o movimiento en el exterior de la cabaña.

Gertrudis echó a Mechtild con una inclinación de cabeza, y la anciana y su perro merodeador desaparecieron. A continuación se dirigió a Horacio:

—He venido sola —dijo.

El cuerpo de mi amigo se relajó y se hizo a un lado. Gertrudis y yo quedamos frente a frente.

—Estoy contenta de verte viva, Ofelia —dijo.

Yo era incapaz de descifrar qué sentimiento se escondía tras esas palabras.

—¿Cómo... lo habéis sabido? ¿Por qué habéis venido? —susurré con la lengua trabada por la confusión y el miedo.

Gertrudis se sentó en un taburete a mi lado, se irguió como si ocupara su trono y empezó su relato.

—El día que Laertes regresó y juró que sembraría el caos y se vengaría, ver el estado en el que te encontrabas bastaba para hacer llorar hasta a una roca. Eras la viva imagen de la naturaleza arruinada, tan salvaje y desesperada que temí que te hicieras daño. Intenté seguirte cuando saliste de Elsinor, pero Claudio me retuvo y mandó a un guardia para que te vigilara. —¿Sabía Gertrudis que Edmund pretendía hacerme daño? La observé con atención, buscando alguna pista en su mirada o en su discurso—. Pronto volvió con Horacio, que te llevaba en brazos. Una multitud los seguía, algunos lloraban, otros simplemente sentían curiosidad. El guardia declaró que te había visto tomar veneno y lanzarte al agua. Con cierta satisfacción, testificó que habías «hecho el trabajo por partida doble», en sus propias palabras.

—¿Cómo reaccionó el rey? —le pregunté, incapaz de contenerme.

—Imperturbable, no se mostró apenado, que es lo que un rey debería hacer al enterarse de la muerte de un súbdito —replicó con un indicio de amargura—. Montó el espectáculo de castigar al guardia por no haberte mantenido a salvo. Sin embargo, aquel indeseable sigue a su servicio.

—¡Yo mismo tendría que haber acabado con ese villano! —murmuró Horacio para sí mismo.

Me pregunté qué recompensa habría recibido Edmund por mi muerte, pero no pensaba malgastar mis pensamientos con él.

—¿Cómo sospechasteis que estaba viva? —le pregunté a la reina. Recordé que solía observarme cuando yo pensaba que no me prestaba atención. ¿Acaso había subestimado otra vez su perspicacia?

—Horacio, os pido que nos dejéis un momento a solas —dijo la reina.

Él se inclinó y salió de la cabaña. Gertrudis y yo estábamos solas ahora.

—Al principio, cuando cantabas en el patio y no me miraste a los ojos, creí que te habías vuelto loca. Pero cuando nos regalasteis el romero, el hinojo y la ruda, vi que tus acciones eran intencionadas. Te entendí —continuó Gertrudis—, aunque Claudio no lo hiciera. Sé que lo consideras culpable de muchos pecados y que a mí también me acusas de muchas faltas.

Así que Gertrudis había visto más allá de mi disfraz de demente. Estaba avergonzada de haber culpado a la reina, mi señora, de tantas cosas, aunque también tenía miedo. ¿Qué le había contado Claudio sobre mí? Anhelaba saberlo, pero no podía hablar.

—Cuando oí que habías bebido veneno, sospeché que habías conseguido una poción o que la habías elaborado tú misma. Evidentemente, sabía dónde obteníais Elnora y tú vuestras medicinas y tónicos raros. Yo misma había visitado a la mujer sabia antes de que Elnora llegara a ser toda una experta en plantas. —Se detuvo, y oí el frufú de su vestido cuando se acomodó en el taburete—. Te induje a ser una dama, Ofelia. Te enseñé los modales de la corte y te he visto convertirte en una mujer inteligente e instruida. —Me miró fijamente—. No me creía que te hubieras destruido a ti misma por culpa de la pena o de un amor no correspondido, así que supuse que solo habías fingido tu muerte —dijo con la satisfacción propia del que resuelve un rompecabezas.

—Es lo que hacen en los libros —susurré pensando en las historias que leíamos juntas.

—No obstante, hay algo que fue muy natural y sincero —prosiguió Gertrudis—: la desesperada mirada de dolor de Horacio cuando cargaba con tu cuerpo exangüe y empapado, y sus lágrimas cuando el médico anunció tu muerte. No es un actor que pueda disimular sus sentimientos.

Me miró de reojo, con complicidad.

Sin quererlo, me ardieron las mejillas.

—Vos no lo entendéis... —empecé a decir.

—Ah, sí que lo entiendo —me interrumpió—. Más de lo que crees. ¿Cómo puede ser que no reconozcas las señales del amor? Yo lo sé. Ahora tu corazón está cubierto, al igual que un valle oculto bajo la niebla, pero cuando el sol regrese y tu tristeza desaparezca, verás de nuevo con claridad. —Mientras hablaba, el rostro de Gertrudis se ensombreció, y los ojos se le nublaron—. Aunque muchos creyeran que eras indigna, confieso que yo deseaba que te casaras con Hamlet y que te convirtieras en mi hija —dijo con una voz apenas audible.

Sus palabras fueron como un bálsamo relajante para mis oídos. ¿Cuántos años había anhelado que Gertrudis se convirtiera en mi madre? ¿Cuánto tiempo había deseado que aprobara mi amor

por su hijo? Sentí una fuerte tentación de gritar la verdad, de confesarle que Hamlet era mi marido, pero la prudencia y la desconfianza me hicieron callar. Se hizo un largo silencio entre nosotras, y no me atreví a romperlo. El único sonido era el crepitar de las brasas que resplandecían en la chimenea. Parecía que Gertrudis se hubiera perdido en su memoria. Pero al fin, volvió a levantar la mirada.

—Así que, para abreviar mi relato, el instinto me condujo hasta aquí, hasta la cabaña de Mechtild. Deseaba descubrir la verdad, pero admito que no esperaba encontrarte aquí. Ahora veré cómo resolver tu plan y desempeñaré mi papel en él.

Mi mente iba muy deprisa. ¿Estaba jugando conmigo, al igual que un gato juega con un ratón? ¿Me traicionaría y me delataría a Claudio, tal como debe hacer una reina leal y una esposa solícita?

—Al acercarme a la puerta de la cabaña, he oído de qué acusas al rey. —Gertrudis se detuvo, y yo aguanté la respiración—. Admito que soy débil. Yo también tengo miedo de Claudio. —Dejó escapar un suspiro profundo y estremecedor—. No puedo hacer nada por salvar a Hamlet. Para mí está perdido, igual que para ti.

Hablaba como si tuviera conocimiento de nuestro amor, así que me atreví a admitirlo.

—Es cierto que amé profundamente a vuestro hijo.

—Y él te amaba a ti. Él también vio, al igual que yo, que eras tan inteligente como hermosa. —Me miró y levantó las cejas al añadir—: Y ambiciosa, por haberte fijado en un príncipe.

—Fui poco humilde, es cierto. Pero fuisteis vos quien me enseñó a apuntar tan alto —dije para defenderme.

Gertrudis tan solo esbozó una leve sonrisa y movió la cabeza.

—No tengo tu coraje, Ofelia, aunque sea una reina. —Miró con ojos húmedos el fuego, que ardía débilmente.

—Si tengo coraje, es gracias a vos —susurré. Sabía que no debía contradecir a la reina, pero ¿de qué otra manera podía ella llegar a saber que le estaba agradecida por haberme enseñado tantas virtudes?

Al cabo de un momento, Gertrudis metió la mano en los pliegues de su falda y sacó una bolsa de cuero que me colocó en el regazo. Me pesaba sobre la falda como una gran piedra. La confusión me dejó sin palabras.

—Te he querido, Ofelia, aunque me he portado mal contigo al abandonarte cuando más ayuda necesitabas. Perdóname.

—Os perdono, pero no me debéis nada —protesté.

—Esperaba gastar eso en tu vestido de boda y el banquete. Toma el oro ahora y empieza una nueva vida.

—Pero ¿cómo puedo saber si Claudio cree que estoy viva?

Los ojos grises de Gertrudis se abrieron mucho, con una expresión sorprendida y dolida.

—Te prometo que el rey no sabe que estás viva y que nunca lo oirá de mis labios —dijo, y se

detuvo para darle más peso a su promesa—. A mi pesar, he pasado por alto sus crímenes, pero nunca más seré cómplice de su maldad. No seré responsable de tu destrucción, Ofelia. Quizá eso sirva para expiar... —Se le apagó la voz. ¿Qué era lo que debía expiar? No lo sabría nunca—. Vete, pero no me digas cuál es tu destino —me pidió—. Debo ignorar tu paradero.

Llena de gratitud y alivio, le agarré el dobladillo de la falda, aunque estuviera muy sucio, y enterré la cara en sus pliegues, llorando como una niña arrepentida por haber desconfiado de ella alguna vez. Se levantó del taburete e hizo que me pusiera de pie. Me abrazó con una fuerza sorprendente. Inhalé profundamente el perfume de agua de rosas y de hisopo que durante muchos años me traería su imagen a la cabeza.

—Te encomiendo a Horacio. Te será fiel y cuidará de ti —susurró.

No intenté explicarle que partiría sola. Anhelaba hablar, pero lo único que podía hacer era juntar palabras de insignificante agradecimiento y pálido afecto, así que no las dije.

—Mis sentimientos... son demasiado profundos para ponerlos en palabras... Solo puedo decir... que Dios esté con vos —tartamudeé, y me puse a llorar porque perdía a una segunda madre.

—Que Dios te acompañe también a ti, que casi te has convertido en mi hija, y que pronto tengas nuevos motivos para reír —murmuró Gertrudis mientras sus lágrimas caían sobre mi cabeza.

Entonces se fue con el mismo porte majestuoso con el que había entrado en la cabaña de Mechtild. Cerró la puerta tras de sí y dejó en la penumbra su persistente perfume y el eco del frufú de su vestido.

## Capítulo 34

Horacio me encontró aturdida, sopesando la bolsa de Gertrudis con la mano. Le conté que la reina me había prometido que mantendría mi huida en secreto. Contamos juntos el oro, que casi ascendía al valor de la dote de una princesa. Hubiera preferido tener el amor de una madre y la protección de una reina, pero Gertrudis no podía darme ninguna de esas dos cosas, así que con su oro tenía que bastar.

—Es una reina realmente noble —dijo Horacio con admiración.

—Sí —asentí atando la bolsa con firmeza—. Esta gran suma facilitará mi viaje. Ahora debo apresurarme, ya que retrasarlo más puede dar lugar a que me descubran.

—Todo está listo y guardado aquí desde ayer por la noche —dijo Horacio, arrastrando varios paquetes fuera del armario y de la caja de madera de Mechtild—. Aunque algunas de vuestras instrucciones me sorprendieron.

Dentro de los fardos encontré el libro de plegarias de Gertrudis y el retrato de mi madre, ambos envueltos en la capa de mi padre. Palpé la miniatura de Hamlet, el primer regalo que me hizo y que yo misma había cosido en un bolsillo interior. Horacio también se había hecho con algunos pequeños objetos de valor de mi padre. Había planeado venderlos para financiarme el viaje.

—Os lo agradezco, amable Horacio. Dejad que os recompense las molestias —dije mientras hurgaba dentro de la bolsa, pero él me detuvo la mano.

—No fue nada. Vuestra habitación no estaba vigilada ni los bienes de vuestro padre escondidos, pues se esperaba que Laertes volviera a reclamarlos. Solo la yegua de vuestro hermano, atada no muy lejos, corre el riesgo de desaparecer. Voy a ocuparme de ella de inmediato —dijo, hizo una educada reverencia y se fue.

Removí más y encontré lo que necesitaba primero: la daga y el espejo. Puse el espejo en un banco y me arrodillé para que la luz del sol que entraba por la pequeña ventana me iluminara la cabeza. Entonces, sin vacilar, me corté el pelo. Con pena, vi caer los largos y rubios rizos al suelo; al menos, la daga estaba afilada y era fácil de usar. Pronto, todo mi cabello tenía la longitud de un dedo. A continuación, me quité el vestido de damasco, agarré el pelo que me había cortado y mi ropa e hice con ellos un fardo para que Horacio lo destruyera. Rasgué un trozo de mortaja y me la enrollé alrededor del pecho para aplastarme los senos. Del saco de ropa que me había traído Horacio, saqué una camisa bordada que pertenecía a mi padre y un par de calzones raídos que eran lo suficientemente anchos para ocultar la redondez de mis caderas. Me puse un jubón de cuero y me lo abroché. Me até las medias y admiré los zapatos, que eran elegantes, de doble suela

y con muy buena sujeción. También había una capa corta de tafetán, un poco desgastada, y un sombrero sencillo de copa plana.

Cuando me estaba poniendo el sombrero sobre el corto pelo, Mechtild entró de nuevo en la cabaña. Me invitó a que me acercara a la alacena, donde sus ágiles dedos se movieron con rapidez por los cajoncitos, vertieron polvos en papeles doblados y llenaron varios frasquitos con esencias y extractos. La observé maravillada, preguntándome cuál sería su propósito. Finalmente, habló para resumirme su trabajo:

—Té de manzanilla y jengibre para el dolor de estómago. Té de hoja de frambuesa y cola de león para tonificar y fortalecer el útero. Y para cuando llegue el momento de dar a luz...

—Esperad. ¿Cómo sabéis que necesito esas cosas? —le pregunté sorprendida—. Ni yo misma estoy segura. —Alisé la ropa de mis calzones encima de mi vientre, que seguía siendo tan plano como el de un chico.

—Hay signos en el cuerpo mucho antes de que el vientre crezca, créeme. —Puso las hierbas una a una en una bolsita de ropa—. La alholva, con las hojas en forma de trébol, la hierba de Santa María y la hidrastis facilitan el parto. El perejil y la raíz de falso unicornio expulsarán la placenta. Y el hinojo o el eneldo con manzanilla incrementarán la cantidad de leche.

No dudaba de la sabiduría de Mechtild, pero me esforcé en creerme lo que hasta entonces solo sospechaba. Entonces me invadió un miedo repentino.

—La mandrágora... —murmuré pensando en sus poderes mortales.

—No dormiste durante tanto tiempo. La criatura estará bien. Eres joven y fuerte.

Me alcanzó la bolsa y me dejó sola, mientras la sorpresa, el alivio y la consternación se mezclaban en mi interior como los ingredientes de un elixir extraño y desconcertante.

Aún estaba de pie, apretando la bolsa contra mi pecho, cuando Horacio regresó. Confundido, miró por todo el espacio de la pequeña cabaña, donde no había sitio para que una persona se escondiera.

—Sé que he dejado a una dama aquí. ¿Qué habéis hecho con ella, falso Jack?

Horacio bromeaba en tan contadas ocasiones que reí encantada.

—Venga, Horacio. ¡Es imposible que os pueda engañar!

—¡Ah, pero si vos sois Ofelia! —ríe simulando estar sorprendido. Vi que se fijaba en mi pelo corto y que me observaba las piernas con calzones—. Parecéis un hombre por completo. Es un disfraz excelente.

—De hecho, me siento como una extraña criatura recién creada —dije, y di zancadas por toda la cabaña, asombrándome de lo fácil que me podía mover sin enaguas ni vestidos que se me pegaran a las piernas—. ¡Ser un hombre libre es maravilloso! —dije sacudiendo la cabeza, muy ligera sin su pesada corona de pelo—. ¡Por desgracia, sigo siendo una mujer en todos los aspectos! —exclamé afligida pensando en la vida que crecía dentro de mi cuerpo de mujer.

Horacio sonrió con timidez y levantó un espejo.

—Miraos —me instó.

Puse mis manos sobre las suyas para mantener firme el espejo y me miré detenidamente.

—¡Vaya! Me veo como un hermano mío y de Laertes —reflexioné admirada volviendo la cara de un lado a otro. Nunca me había dado cuenta de que nos parecíamos.

—Aquí tenéis la última pieza de vuestro nuevo yo —dijo Horacio, y me mostró un manajo de papeles, una pluma y un mapa.

Los estudié como si esos pergaminos revelaran mi futuro. Después de hacer unos pequeños cambios, mi pasaporte parecía auténtico.

—Ya no soy Ofelia. Soy Philippe L'Oeil y voy rumbo a Francia bajo la protección del rey Claudio —comenté con ironía.

—¿A qué parte de Francia os dirigís? Soy vuestro amigo, decídmelo, por favor —dijo Horacio con un tono amable y suplicante. Dudé, pues estaría mucho más segura si absolutamente nadie pudiera encontrarme—. Confiad en mí. ¿Acaso no he tratado vuestra vida como si fuera la más valiosa de todas? —La voz de Horacio contenía un ligero reproche.

Era cierto que lo había hecho. Sabía que Horacio era firme e incorruptible, el centro inamovible de un mundo que giraba de forma imprevisible. Así que cedí.

—El convento de Saint-Émilion es mi destino —dije— porque resulta práctico para un viajero que desembarque en Calais y, además, no está lejos de Amiens. Laertes me contó que una vez viajó cerca de allí y que intentó cazar, pero se lo denegaron. Así que es un buen lugar para lo que busco, ya que es remoto y en absoluto mundano.

Confesando eso, la naturaleza virgen que me tragaría para siempre dejaba de ser infranqueable. Me sentí menos sola, aunque me sirvió de poco consuelo, ya que aún tenía por delante un viaje desconocido y solitario.

—Juro guardar vuestro secreto con llave, Ofelia.

—No os olvidéis de vuestra promesa de evitar que Hamlet y mi hermano se destruyan el uno al otro.

—Trabajaré sin descanso para que vuelvan a ser amigos.

—Horacio, recordad que estoy muerta. Jamás habléis de mí como si estuviera viva. —Esa despedida definitiva hizo que se me quebrara la voz.

—Os doy mi palabra. —La voz de Horacio también era un leve susurro.

—Si rompéis vuestra promesa, os perseguiré de la manera más terrible, aunque ya sea un fantasma —dije forzando una sonrisa.

El pensamiento de Hamlet, desesperado a causa del fantasma de su padre, sobrevoló nuestras cabezas al igual que la sombra del halcón vuela oscuramente sobre un campo abierto.

—Entonces ¿no hay esperanza para Hamlet? —preguntó Horacio desesperado.

Esa pregunta de doble significado me hizo reflexionar.

—¿Puede Hamlet desear que me reúna con él algún día? ¿Podemos nosotros esperar que vuelva a ser él mismo? —Sacudí la cabeza—. Intenté cambiar su rumbo maldito y fracasé. No habrá paz ni bienestar mientras esté unida a un marido decidido a vengarse. Por lo tanto, me voy.

Salí a la brillante luz del día y me até bien la bolsa de Gertrudis en la cintura, de tal manera que me quedaba oculta bajo el jubón. Metí la bolsa de hierbas de Mechtild en mi fardo, sujeto tras la montura de la yegua. Con la ayuda de Horacio, monté a horcajadas sobre el caballo, y no de lado como una mujer. Me agarré con las piernas a sus costados, y la yegua se sobresaltó un poco. Un impulso repentino me agitó a mí también, alargué el brazo hacia atrás y saqué la capa de mi padre del fardo. Busqué en su interior hasta que rasgué y abrí el bolsillo secreto. Cogí la miniatura de las caras del dios Jano, la contemplé por última vez y se la entregué a Horacio.

—Devolvedle este regalo a Hamlet. Decidle que lo encontrasteis en mi cuerpo.

Horacio miró la imagen pintada.

—¡Qué parecidas son estas caras a los estados de ánimo de mi señor, una que ríe y otra que llora! —meditó—. ¡Qué parecidas a su vida! ¿Por qué no la conserváis?

—Me tentaría a mirar hacia atrás —dije luchando contra mis lágrimas.

—Entonces marchaos... No, quedaos —me suplicó.

—Debo irme. Vos, Horacio, sois ahora la única esperanza de Hamlet. Id con él. Puede que aún os preste atención, ya que confía más en vos que en cualquier otro ser viviente. —Horacio agarró las bridas para detener a mi inquieto caballo—. Ya conocéis el dicho, Horacio: «En la necesidad se conoce la amistad». Sed el amigo de Hamlet y recelad de Claudio. Vuestro gran corazón es solo un débil escudo contra su enorme maldad. —Entonces me reí de mí misma—. Ya me callo porque empiezo a sonar como mi padre.

Una breve sonrisa movió los rasgos de Horacio. La lustrosa yegua marrón agitó la crin y resopló, golpeando los cascos en el suelo como si estuviera impaciente por irse. Horacio todavía la sujetaba.

—¿Puedo irme? —dije con suavidad.

—¿Qué pasa si os perdéis? —me preguntó.

—Encontraré el camino porque tengo un mapa.

—Dejad que os acompañe y os proteja. —Horacio estiró el brazo y me cogió la mano.

Como respuesta, le apreté la suya y después liberé mis dedos. Volví con las riendas la cabeza de mi montura en dirección al camino arbolado.

—No, querido amigo, este viaje me pertenece a mí. Aquel que muere debe cruzar el río Lete solo. Aunque todavía esté viva, de este mundo debo irme.

Con esas pesadas palabras, me despedí de Horacio y del país que me había visto nacer, y que, más tarde, había sido el lugar para el amor y para su compañera, la pérdida.

## Capítulo 35

Mi trayecto desde Dinamarca hasta el convento de Saint-Émilion en Francia podría haber sido el tema de un relato de aventuras como aquellos con los que Gertrudis y yo solíamos disfrutar. Contaba con una heroína disfrazada, un viaje peligroso en el mar, canallas, bandoleros y bosques profundos en los que perderse quizá para siempre. Sin embargo, vivir tales peligros resultó ser bastante diferente a leer sobre ellos. Lo cierto es que el trayecto no fue nada romántico, sino que más bien estuvo lleno de miseria. El *Seahawk* era un navío tan destartado y agujereado que temía que nos hundiéramos bajo las olas en cualquier momento. Las descaradas ratas que corrían por todo el barco solían despertarme con chillidos y ruidos de arañazos. El *Seahawk* era un navío de carga, por eso transportaba a pocos pasajeros. Como temía que me reconocieran, me mantuve alejada de ellos y de la tripulación. Día y noche, el viento silbaba entre la jarcia, y los tristes gritos de las gaviotas daban voz a mi soledad.

Las constantes sacudidas del barco eran aún más insoportables, ya que me mareaba y tenía náuseas. Masqué las hojas que Mechtild me había dado para calmar el estómago, pero se me acabaron enseguida. Día tras día, el mar golpeaba el barco y mi frágil cuerpo con tal fuerza que parecía que quisiera destruirnos. Después se aplacaba durante un tiempo y nos impulsaba como la dulce mano de una madre meciendo una cuna. Entonces, exhausta, me dormía.

Cuando el mar estaba calmado, me aventuraba a salir a cubierta y miraba la expansión azul del cielo y el horizonte lejano, tras el cual me aguardaba mi futuro. Parecía que con un barco así podría ir a cualquier lugar del mundo. Con el dinero de Gertrudis, podría casarme con un noble o comprar la mercancía de un comerciante y montar mi propia tienda. Pero ya estaba casada, y mi marido aún vivía, aunque me hubiera abandonado y yo lo hubiera abandonado a él. Además, estaba embarazada, si los ojos de Mechtild no la habían engañado. Continuaría mi rumbo hasta Saint-Émilion tal como había planeado, ya que un convento era el único refugio posible para una mujer en mi estado.

Al atracar en Calais, caminé como un borracho con las piernas debilitadas, desacostumbradas a pisar tierra firme. Me quedé boquiabierta y abrí los ojos como platos al ver tantas cosas desconocidas al mismo tiempo. De entre todos mis libros sobre lugares extranjeros, en ninguno se describía una escena como la que tenía ante mí. Me abrumaron el estruendo de las carretas cargadas de jaulas chirriantes y de barriles llenos de mercancías, el olor a pescado y carne crudos y los gritos de los marineros y los comerciantes. No habría estado más asombrada si hubiese visto animales con varias cabezas, altos etíopes tan negros como la noche o sirenas arrojadas en la arena por la marea.

Me sentía segura entre la atropellada multitud, pero pronto regresaron mis miedos. Seguro que Claudio sabía que había escapado y lo tomaría como una prueba de que yo era culpable de algo. ¿Acaso el trabajador del muelle, a quien había pagado antes de zarpar para que le devolviera la yegua a Laertes, era un espía de Claudio? ¿Y si habían visto a Horacio conmigo y lo habían obligado a revelar mi paradero? ¿Y si se había negado y lo habían encarcelado en Elsinor o, peor aún, lo habían matado? ¿Y si Claudio había descubierto que faltaba oro? Si Elnora había visto que habían desaparecido mis pertenencias o Laertes informaba de que se habían llevado los bienes de nuestro padre, ¿se pondría en duda mi muerte y se descubriría mi plan? Temía que cada barco danés que entraba en el puerto transportara a los esbirros que me capturarían. Mis preocupaciones me atormentaban como si fueran pesadillas y hacían que mi vida en tierra fuera más peligrosa que en el mar.

Así que decidí no perder tiempo y abandonar la ciudad de inmediato. Y descubrí de nuevo que los preparativos de los viajeros son más sencillos de realizar en los libros que en la vida real. Deambulando por calles sinuosas, lamenté mi falta de experiencia y que las costumbres mantuvieran a las mujeres alejadas de todo lo relativo al comercio y a la vida pública. No tenía ni idea de cómo llevar a cabo ningún tipo de negocio. Me falló el valor al ver una contaduría o una tienda abarrotada de hombres que regateaban y que competían entre sí ruidosamente. Finalmente, llegué a una tienda casi desierta donde, a pesar de no saber qué decir al principio, conseguí empeñar una copa que pertenecía a mi padre. El propietario se dio cuenta de que yo era de Dinamarca, pero creo que como yo hablaba francés, su intención de estafarme no prosperó. Él mismo me dirigió a un comerciante que me vendió un caballo que no estaba mal. Pagué su precio demasiado rápido, pero es que estaba ansiosa por emprender mi camino.

Al dejar Calais, me mantuve en los caminos transitados. Los mercaderes y artesanos que tenían negocios en París me adelantaban galopando en monturas más elegantes que la mía. A menudo me encontré entre peregrinos, hombres y mujeres, tanto ricos como pobres, que hablaban varias lenguas, como los que construyeron la torre de Babel. En su compañía, nadie se dio cuenta de mi extraño acento. Mi apariencia sencilla y masculina también me ayudó a pasar desapercibida. Me daba libertad para observar a los que estaban a mi alrededor, una libertad de la que no dispone una dama de la corte. En el camino y en las posadas me maravillaba de la diversidad humana, de las maneras extrañas y de la ropa extravagante de la gente, que era más variada que el despliegue de flores de todos los campos de Dinamarca juntos. Me sentía como una pequeña criatura en medio del vasto tapiz de la naturaleza. Pronto perdí el miedo a ser arrestada.

Recorrí mi trayecto sin que me molestaran, incluso en las posadas y en las tabernas, donde, gracias a mi disfraz, me escapé de las atenciones lascivas de los hombres. Aun así, como todos los viajeros, estaba atenta a los ladrones. Una noche, en una posada, sospeché que un hombre con un solo ojo que merodeaba por allí había fijado la atención en mi bolsa. No deseaba usar mi daga, así que me hice amiga de un alegre fraile que era lo suficientemente corpulento como para servirme de protección. Muchos viajeros tenían por costumbre juntarse bajo un mismo techo, pero

cuando el fraile me ofreció compartir su cama con él, solté un grito horrorizado que casi me delata. Así que me pasé la noche en el suelo sin dormir, pensando que la velada me había proporcionado buena materia para el tipo de relatos verdes que le gustaban a Gertrudis.

Nunca había considerado que viajar acarrearía tantas incomodidades. Me dolían las piernas y la espalda, ya que no estaba acostumbrada a montar a caballo durante tanto tiempo. Los días y las noches se hacían cada vez más fríos, y por la mañana tenía escarcha en la ropa y los pies entumecidos. No sabía cómo encender un fuego sin carbones encendidos, así que dependía de los amables peregrinos que me dejaban calentarme en sus hogueras. Me empapaba con la lluvia y temblaba hasta que mi ropa se secaba. El barro salpicaba a mi caballo y me endurecía los zapatos. No podía desnudarme y bañarme en el río, ni siquiera lavar mi camisa, sin temer que alguien descubriera mi verdadero sexo. Una vez pagué mucho dinero en una posada por una tinaja de agua y una pequeña habitación individual para poder quitarme del cuerpo el polvo del camino.

A pesar de lo desesperada y sucia que estaba, la vaga promesa de felicidad brillaba ante mí como la luz del sol lo hace a través del techo del bosque. En el camino noté por primera vez que el bebé se movía. Mechtild no se había equivocado.

Se me avivó la esperanza, y creí que Horacio conseguiría apaciguar la demencia de Hamlet y hacer que él y mi hermano se reconciliaran. Hamlet entregaría a Claudio a la Justicia, ante un tribunal de lores. Entonces restauraría el virtuoso reinado de Dinamarca como rey legítimo y amado. Gertrudis se liberaría de su miedo a Claudio y se reconciliaría con su hijo.

Así que mientras pisaba el sucio camino, sola entre extraños, mis pensamientos seguían un sendero cubierto de rosas. Me imaginé que Hamlet, una vez recuperado, se enteraría por Horacio de que yo estaba viva. Me buscaría y me cortejaría de nuevo suplicándome mi amor. ¿Lo perdonaría? ¿Qué tarea le asignaría? Una vez demostrara su valía, le presentaría al niño y observaría su alegría. Regresaría a Dinamarca como reina, amada por Hamlet y por la gente.

A pesar de mi miseria y de la incertidumbre que me aguardaba, la esperanza construyó en mi pecho una vida tan heroica y feliz como las de los relatos que había leído en los libros.

Al pasar por Amiens, me desvié del camino principal y viajé sola durante dos días. ¿O fueron más? Una fiebre me poseyó de manera repentina, y sentí frío y calor al mismo tiempo. Se me aturdió la mente, y los sentidos se me debilitaron. Los pensamientos se me dispersaron como hojas secas. Mi caballo se alejó del camino, y no pude hacer que regresara. Entonces, al buscar el mapa, descubrí que lo había perdido. Grité desesperada, pero el sonido cayó sobre la tierra musgosa y nadie lo oyó. Hice una cama con hojas secas, donde me acurruqué y dormí hasta que unos sueños inquietos me despertaron. Monté en mi caballo, decidida a buscar el camino de nuevo. ¿Cómo había podido encontrar Laertes el convento? Parecía que había desaparecido en el bosque como por arte de magia. Cabalgué colina abajo, esperando llegar a un río que me condujera a algún pueblo donde poder preguntar por el camino. Pero el delirio volvió a invadirme. Al ver que fallaban tanto mi esperanza como mi salud, arranqué una página de mi libro de plegarias y escribí en francés con mano temblorosa: «Como sois buen cristiano, por favor ayudad a este abrumado

viajero a llegar al refugio que tenía previsto, el convento de Saint-Émilion, y dejad que el contenido que hay aquí dentro sea la donación para pagar el hospedaje». Firmé la nota como Philippe L'Oeil y la metí dentro de la bolsa, rezando para que mis posibles futuros ladrones la descubrieran y les removiera la conciencia.

Aunque había perdido el camino que llevaba a Saint-Émilion y apenas estaba consciente, me aferré bien a mi caballo hasta que este encontró el convento y se detuvo ante su verja cobriza como un animal obediente guiado por un amo invisible.

## Capítulo 36

Cuando me desperté de la fiebre, llevaba puesto un atuendo limpio de lino y estaba tumbada en una cama dura y ancha que ocupaba la mayor parte de la diminuta celda, mucho más pequeña que mi habitación de Elsinor. A los pies de la cama, bajo el crucifijo, había un tosco reclinatorio, lo que me indicó que había llegado a mi destino. Sobre el reclinatorio estaba mi libro de horas, el regalo de Gertrudis. Sabía que debía levantarme y rezar para dar las gracias por mi salvación, pero me sentía demasiado débil para moverme.

Mi puerta se abrió con un chirrido y dejó ver a una monja joven de cara redonda y honesta.

—¡Philippe L'Oeil en persona! —dijo al ver que estaba despierta. Tenía una sonrisa juguetona, como la de las niñas. Empezó a hablar de golpe, sin esperar a que la invitara a hacerlo—. ¡Tu llegada ha causado un revuelo como no habíamos visto nunca!... ¡Jamás habíamos vivido algo así! ¡Un hombre joven, que parecía muerto, desplomado sobre su famélico caballo! Al principio, la hermana Margarita no quería abrir la puerta. Pero la madre Ermentrude, nuestra priora, insistió en que debíamos ayudar a ese pobre individuo. La hermana Angelina, que una vez tuvo marido, fue la encargada de desvestirlo y asearlo. Asearla. A ti, claro. —rió—. Angelina gritó y casi se desmaya al descubrir tu verdadero sexo. Estábamos todas atónitas. —Se llevó las manos a la cara y levantó las cejas disfrutando de su relato—. Tu bolsa y la nota que había dentro nos generaron aún mayor interés. Todas hablamos de ello en la sala capitular, que es donde nos reunimos y estudiamos, y cada una de nosotras tenía una explicación diferente —dijo. Se sentó en el borde de mi cama y se inclinó hacia mí con los ojos brillantes de curiosidad—. ¿Quién eres y por qué has venido aquí?

Decidí decir poca cosa hasta que estuviera segura de que no corría peligro alguno.

—No lo he entendido todo y todavía no me encuentro bien —dije, y oí el contraste entre mi rudo acento extranjero y el suyo rítmico y nativo. Cerré los ojos para darle más fuerza a lo que acababa de decir.

Dio un brinco hacia atrás y empezó a disculparse.

—¡Lo siento! Estaba tan contenta de encontrarte despierta al fin... Me voy ahora mismo, pero debes beber esta agua y comer un poco de pan. ¿Quieres que te traiga carne? —Con un gesto me indicó la bandeja.

Asentí con la cabeza, ya que volvía a tener hambre. Sonrió y se dio la vuelta para irse, pero antes de desaparecer, soltó una risita, se señaló y dijo que era la hermana Isabel.

Isabel venía cada día con gran expectación. Aunque yo sonriera al verla y me comiera las raciones que me traía, no satisfacía su deseo de conversar, así que se iba pronto. Pasé días perdida en mis pensamientos. Apenas habían transcurrido tres meses desde que Hamlet y yo

pronunciáramos nuestros votos en el bosque, pero sentía como si hubieran pasado años. En el exterior de la estrecha ventana de mi celda, las hojas de los tilos y de los robles se volvían doradas, marrones y rojas, y caían al suelo con cualquier ráfaga de viento. Pronto los árboles quedarían desnudos, y sus ramas se mostrarían como esqueletos puestos al descubierto contra el cielo.

Me sentía unida a aquellos árboles que cambiaban sus vestidos de hojas dependiendo de las estaciones. Me hice a mí misma la constante pregunta de Isabel: «¿Quién eres?». Había sido la hija revoltosa de mi padre, y después, la dama de compañía favorita de la reina. Más tarde, una pastora con un vestido humilde que tejía guirnaldas para su amado. Luego, una esposa secreta, y demasiado pronto, una esposa afligida que llevaba harapos como si estuviera loca. Durante un tiempo, un hombre joven caminando con calzones que viajaba solo. Solo eran papeles que había representado. ¿Quién era la verdadera Ofelia?

Había querido ser la autora de mi cuento, no simplemente una actriz en el drama de Hamlet o un peón en el juego mortal de Claudio. Pero ¿qué había ganado al idear mi muerte y escapar de Elsinor? Una vida desconocida, rodeada de secretos, con un futuro dudoso que solo contenía una verdad: me convertiría en madre, un papel para el cual no estaba preparada. ¿Qué sería de nosotros, de mi niño o niña y su ignorante madre? ¿Y si no quería a aquella criatura que me recordaría mi gran pesar: la pérdida del amor de su padre?

No quería pensar en esas preguntas que se abalanzaban sobre mí. En su lugar, me obcequé en los momentos más felices de mi pasado. Cuando oía pasos en el pasillo o alguien llamaba a mi puerta, me acordaba de cuando Hamlet venía a mi habitación, con los ojos azules brillando de ingenio, travesura o deseo. Cuando el sol entraba por mi ventana, su débil calidez me hacía pensar en los jardines soleados donde Hamlet y yo, escondidos tras las altas dedaleras, nos habíamos abrazado como enamorados, sin preocuparnos aún por la locura que nos había acabado separando.

Una tarde, mientras avivaba ese recuerdo como si fuera un fuego que combatía el frío de noviembre, llamaron a mi puerta. Abrí y recibí a Isabel. Le brillaban los ojos, y sus pasos eran rápidos y sigilosos. Llevaba una carta en la mano.

—Un hombre con el pelo canoso se ha acercado a la verja y ha mostrado esta carta que, según sus palabras, «es para el joven viajero que vino a buscar ayuda al convento». He sabido enseguida a quién se refería y he aceptado la carta en nombre de la madre superiora. Que los santos me perdonen, creo que lo harán —dijo santiguándose—, pues no se la he entregado a ella, sino que te la he traído directamente a ti. —Me tendió la carta como si me ofreciese una llave que pudiera abrir mi silencio—. El mensajero no se ha quedado a esperar una respuesta, sino que ha desaparecido en la noche —añadió.

Mi hábito de sospechar me hizo tener dudas. ¿Era una broma? ¿Un error? ¿Quién podría haberme escrito? El miedo me contrajo el corazón al considerar que Claudio había descubierto mi escondite y que jugaría conmigo como un gato con un ratón. Pero la esperanza y el coraje me impulsaron a coger la carta de la mano de Isabel. Le di la vuelta y vi que estaba escrito el nombre

de Philippe L'Oeil. El sello permanecía intacto. ¡Tenía que ser de Horacio! El corazón me dio un vuelco porque de tanto anhelarlo, mi deseo se había cumplido con rapidez. Con manos impacientes y temblorosas, rompí el sello para devorar las buenas noticias que esperaba leer.

Por desgracia, la carta de Horacio me informaba de la muerte de Hamlet y de la ruina de toda Dinamarca. «Los frutos finales del mal vertieron sus mortales semillas... Ver agonizar a su madre fue lo que finalmente incentivó a Hamlet a vengarse... Laertes y el príncipe Hamlet se mataron el uno al otro con espadas envenenadas. He fracasado en la tarea que vos me encomendasteis. Perdonad a Hamlet, os amó profundamente.» Las palabras de Horacio me llenaron las venas de dolor y me llegaron al corazón tan deprisa como el veneno más rápido, sumiéndome en una oscuridad semejante al olvido de la muerte.

## **Tercera Parte**

Saint-Émilion, Francia

1601-1602

## Capítulo 37

Afuera, el viento azota los árboles de ramas desnudas, silba en las grietas de los muros de piedra, me enfría el cuerpo, me cala hasta los huesos y me llega al interior. Tengo el corazón roto; no, tengo el corazón fragmentado en mil pedazos, como un cuenco de arcilla que se ha caído desde mucha altura. Hamlet está muerto. Gertrudis y Laertes, asesinados. No tengo marido ni madre ni hermano ni padre en el mundo. No tengo hogar, porque estoy apartada de Dinamarca para siempre. Soy como una fuerte rama que la tormenta ha arrancado del tronco de un gran árbol moribundo. El hecho de que Claudio también esté muerto me reconforta un poco.

Por la noche, me despiertan sueños espantosos. Veo el rostro de Hamlet en mi cabeza, sus ojos azules reflejan mi imagen como un vaso de agua. En ese momento dobla el cuerpo sobre una espada afilada que mi hermano sujeta con las manos y sus ojos se llenan de sangre. Me veo a mí misma en una tumba, tendida al lado del cuerpo de mi padre envuelto en sábanas, del que se alimentan los gusanos. Entonces sueño que caigo dentro del agua y que no sé nadar, hasta que despierto dando grandes bocanadas de aire. Al igual que un fantasma inquieto, me levanto de mi camastro y paseo arriba y abajo del corredor para ahuyentar esas aterradoras visiones. Como los espíritus que deambulan por la noche, vuelvo a la cama antes del amanecer.

Cuando el sueño me invade por fin, la luz de la mañana se desliza por mi estrecha ventana y me obliga a abrir de nuevo los extenuados ojos. La débil calidez del sol me devuelve la esperanza y me asegura que ahora estoy a salvo. Bajo su luz, la tragedia de Elsinor parece simplemente una invención de mi cerebro oprimido por el dolor. Entonces recuerdo la carta de Horacio, y la desesperación, como un viento helado, disipa la paz momentánea. Pero no encuentro la carta, aunque rebusque en cada piedra, en cada página y en cada pliegue de ropa que hay en mi diminuta celda. Debo de haberla destruido para que nadie se entere de lo que deseo mantener oculto.

Cada día, encerrada en mi celda de piedra, escribo. Una hermana llamada Margarita, que es tan bella como las flores de cara dorada que le dan el nombre, me trajo tinta y una pluma.

—Para que escribas una carta si lo deseas. Y para satisfacer a nuestro Señor y a la madre Ermentrude si anotas tus devociones diarias —dijo, y se fue.

No escribo devociones ni cartas. ¿A quién se las mandaría? Más bien, escribo sobre mi vida, empezando por mis memorias más tempranas e incluyendo todos los acontecimientos que me han llevado a mis recientes aflicciones. Escondo las páginas en mi colchón; un día se las daré a mi hijo. He descubierto que escribir es como ponerle sanguijuelas a mi mente, ya que cura mis penas y me extrae los humores que me nublan el conocimiento.

La campana de la capilla suena día y noche, llama a las monjas a rezar constantemente.

Suspiro, suelto mi pluma y dejo que el clamor se lleve mis pensamientos. Como mínimo, seguiré las normas de este lugar. Como si no hubiera nada más para leer, cojo mi libro de plegarias, el regalo de Gertrudis. Leo: «Fuera de las profundidades, oh, Señor, a ti clamo. Saca mi alma de la cárcel para que alabe tu nombre». Una vez, Hamlet dijo que Dinamarca era como una prisión. Ahora él está libre de la prisión del mundo. Mi prisión es mi propia mente, donde los pensamientos oscuros y las penas me ponen grilletes en el alma. La plegaria me queda muy lejos. ¿Qué puedo venerar que no esté ya destruido? Una vez alabé a mi señor Hamlet, haciendo girar su nombre en mi lengua como si se tratara del mismo pan de la vida. ¿Fue eso un pecado? ¿Fue la muerte de Hamlet mi castigo?

Me quedo dormida en medio de esas vanas plegarias, y cuando me despierto, las rodillas me duelen a causa del frío suelo de piedra, y tengo las manos entumecidas. ¿Qué es lo que me ha despertado? Noto una presencia en mi puerta y me levanto. Es simplemente Margarita, una madona tranquila con la cara de marfil enmarcada por su velo blanco. Con la mano apoyada en el cerrojo, me mira con recelo. ¿Acaso he gritado mientras dormía? ¿He gritado, sin ser consciente, el nombre de Hamlet o del rey?

—La madre Ermentrude pide que selles este recibo por el oro que había en tu bolsa, ya que lo ha puesto a buen recaudo —dice sujetando un documento y una pluma—. Te hago esta petición porque soy su secretaria.

Dudo porque lo que me pide me hace sospechar, ya que puede tratarse de un ardid para que firme con mi nombre y me descubra a mí misma. Cojo el documento y firmo como «Philippe L'Oeil», el nombre con el que viajo.

Cuando Margarita agarra el papel, observo que no analiza mi firma.

—He visto que las monedas tienen el sello del rey de Dinamarca —me dice interrogándome con la mirada.

No había considerado la posibilidad de que mi conexión con Elsinor se revelara con tal facilidad. Pero le devuelvo la mirada a Margarita sin pestañear.

—Te lo suplico, no me acuses de ser deshonesto —le digo disfrazando mi miedo con palabras prudentes. Me pregunto si mi forma de hablar también tiene un sello danés.

Margarita aprieta los labios en una fina línea.

—El Señor protege a los inocentes —dice, y se marcha tan sigilosamente como ha venido.

La escena me inquieta. ¿Qué ha querido decir Margarita? Aunque Claudio ya no pueda tocarme, siento un miedo repentino. Por desgracia, la costumbre de temer no muere con facilidad, y quizá nunca vuelva a confiar en nadie. Con esos pensamientos angustiosos, me echo sobre la cama hasta quedarme dormida.

Una figura blanca se cuele en mi inquieto sueño. Se acerca a mí como un alma liberada de la prisión de la carne. Pero me toca y me llama señorita. Abro los ojos. Isabel está de pie enfrente de mí.

—Buenas tardes, señorita. ¿Quieres comer?

—No. —Desde que llegaron las noticias de Horacio, la comida se me vuelve ceniza en la boca.

A pesar de mi negativa, Isabel deja la comida y espera. El olor a pan caliente y recién hecho me abre el apetito. Así que como un trocito, luego otro, hasta que pronto me lo he comido todo y me he tomado también la sopa. Estoy obligada a vivir casi contra mi voluntad.

—¿Hablarás conmigo hoy? ¿Te encuentras suficientemente bien? —En esa cara redonda, hay unos ojos marrones llenos de compasión—. Por favor, dime cuál es tu nombre para que pueda llamarte así —me ruega.

—Te lo ruego, no me lo preguntes porque temo... —Sacudo la cabeza, y los ojos se me llenan de lágrimas.

Isabel, con la frente surcada por la preocupación, me acaricia el pelo. Aún lo tengo corto y desigual, es un recordatorio de mis problemas recientes. Solo una monja se raparía el pelo tan cerca del cráneo. O una joven que quiere que la tomen por un hombre. Pero Isabel no me pregunta por qué me hice eso. Me toca con dulzura y suaviza mi rigidez. Me doy cuenta de que deseo que me llamen por mi nombre. Seguro que decirlo no supone revelar mis secretos.

—Me llamo Ofelia.

—O-fe-lia. Qué sonido tan dulce —dice Isabel acariciando con la voz las extrañas sílabas de mi nombre—. ¡Philippe L'Oeil! ¡Ahora lo entiendo! ¡Qué lista eres por haber ocultado tu nombre así! —Piensa por un momento—. *Ophelos* es una palabra griega que significa «ayuda», que es por lo que viniste aquí. *Phil* quiere decir «amor», es decir, Dios te quiere —dice, satisfecha con su interpretación.

—Sabes mucho, Isabel.

—Un poquito —admite—. Entiendes el francés perfectamente, ¿verdad? —Asiento, incapaz de engañarla con eso. Pero ella ya no me aprieta más—. No me gusta estudiar —dice sacudiendo la cabeza—, pero la madre Ermentrude es la gran patrona del conocimiento. Nuestra biblioteca tiene un montón de tesoros. Un día te la enseñaré.

—Te lo agradecería. —No puedo esconder mi entusiasmo.

Isabel me desea buenas noches, y vuelvo a quedarme sola. Cuando regresa al día siguiente, me trae sábanas y ropa limpias. Entierro la cabeza en sus pliegues e inhalo el fresco perfume del exterior.

—Gracias —murmuro.

—Eso es obra de Thérèse, la más diligente al hacer la colada —dice.

Desde la ventana, he visto a una joven que, con pasos vacilantes, extiende sábanas mojadas de lino por arbustos, rocas y vallas. Ella trabaja sin conocer mis miserias, y yo la observo sin conocer las suyas.

—Dime, ¿por qué se quedó coja? —le pregunto, pensando en las heridas de infancia que tengo en las piernas. Aunque estén curadas hace tiempo, las finas cicatrices blanquecinas todavía me duelen cuando hace frío.

—Lo ha sido desde que nació. Su padre, que era pobre, la mandó a que trabajara para nosotras, ya que sabía que con tal defecto no podría casarse nunca —dice Isabel como si comenzara a contar una historia.

—¿Trabaja mientras vosotras oráis?

—Es solo sirvienta. Se gana el pan y se aloja aquí, pero reza con más fervor que cualquier otra monja.

—Por desgracia, yo no sirvo para nada. No rezo ni trabajo —digo, incapaz de disimular mi amargura. Me levanto y miro por la ventana; afuera veo a Thérèse esforzándose en llevar una pesada cesta.

—No debes decir eso —contesta Isabel con amabilidad—. Eres nuestra invitada. Tal como manda nuestra orden, ayudamos a aquellos que lo necesitan... Pronto estarás bien de nuevo.

Observo a Thérèse en silencio. En el aire frío, su respiración se cristaliza. De repente, suelta la cesta y cae de rodillas con la cara en el suelo. Sacude el cuerpo.

—¡Mira, se ha hecho daño! —grito.

—No —dice Isabel con tranquilidad—. Lo más probable es que esté teniendo una visión del Señor. Las visiones vienen a ella, y a veces pierde el conocimiento. Se recuperará sin necesidad de que la ayudemos.

—Yo también sufro sueños no deseados —murmuro, y siento una ligera simpatía por aquella chica que sufre.

—Sí, lo sé.

Sorprendida, miro a Isabel.

—Te he oído gritar en sueños —explica—. Un sueño puede ser algo aterrador, pero tener una visión de nuestro Señor es lo que todas las monjas deseamos. Muchas envidian a Thérèse, mientras que otras dudan de que vea a Cristo y niegan que la sangre de sus manos sea de Él.

—¿Sangre en sus manos? —repito preguntándome qué maldad habrá cometido Thérèse.

—Sí. Podría ser sangre de las heridas de Cristo o el efecto de trabajar tan duramente.

—¿Y tú qué crees?

—No lo sé. No puedo juzgar tales cosas —dice Isabel, pero le noto un tono de desaprobación en la voz.

Manos sangrientas. Una señal de que el Señor te favorece... y una marca de culpabilidad. Me miro las manos, que están blancas. Mi conciencia protesta y afirma que las muertes no fueron culpa mía. Mi amor por Hamlet no fue un pecado. Nuestras promesas eran sagradas, pronunciadas ante el cielo. ¡Pero Hamlet dijo lo mismo sobre su venganza! ¡Ay! Ahora no deseo albergar esos desagradables recuerdos, así que los alejo de mi mente.

—¿Cómo llegaste a Saint-Émilion? —le pregunto a Isabel.

—¿Tengo que responder a tus preguntas, pero tú no responderás a las mías? —me reprende con una sonrisa, dejando al descubierto un hueco entre los dientes frontales—. Mi padre es duque, y mi madre era la nodriza de sus hijos. Murió de viruela cuando yo era una niña. El duque me

ofreció a las monjas como oblato, con una bolsa destinada a mi dote. Lo hizo para expiar sus pecados. Nunca he hablado con él.

—Lo siento —digo, notando que me brotan lágrimas de los ojos. Isabel, como yo, es huérfana de madre.

—¡No estés triste por mí! Estoy en paz. Tomé los hábitos hace dos años. Ahora sé que moriré en este lugar —dice. Su cara de angelito brilla de alegría.

Yo no tengo la fe de Isabel, que lo recibe todo, incluso la muerte, con alegría. He luchado contra la muerte, pero la enfermedad y la desesperación han acabado con todas mis fuerzas. Sin embargo, siento que el deseo de vivir es como una cuerda atada y enrollada a mí. Ahora Isabel la sujeta por un extremo con sus pequeñas, fuertes y pacientes manos.

## Capítulo 38

Espero que Isabel me visite, igual que hace tiempo ansiaba leer con Gertrudis en su habitación. Me trae libros de la biblioteca del convento: una historia de las guerras de Francia y un volumen del poeta inglés Chaucer, que contiene *La leyenda de las buenas mujeres* y *Troilo y Crésida* traducidos al francés. Me reservo estos dos para cuando esté sola.

A Isabel le gusta hablar, quizá más que rezar. Su voz llena mi habitación como la música de un laúd, y ella es como un trovador con sus historias, aunque ninguna es mala ni obscena. A veces, las llamadas a la oración o al trabajo interrumpen sus relatos, pero al día siguiente coge el hilo de nuevo sin problemas.

—¿No crees que la madre Ermentrude es hermosa? —me pregunta, ansiosa por iniciar una historia.

—Sí —digo, pues he visto, incluso desde la distancia, que tiene una nariz fina y una piel más blanca que el alabastro—. ¿Por qué no se casó nunca?

—Ah —empieza Isabel, como si tocara una nota en su instrumento—. Era la más pequeña de las cinco hijas de un rico barón y su esposa. Él gastó toda su fortuna en las dotes de sus hermanas y no pudo arreglar un buen matrimonio para ella, así que la dejó en el convento cuando era joven.

—Pero ¿su madre estuvo de acuerdo con la decisión del barón? ¿No luchó para quedarse con su hija? —pregunto.

—Quizá sí, pero ¿qué puede hacer una madre? Una hija es propiedad del padre —dice Isabel sin amargura. No digo que ninguna madre, mientras viva, se separaría voluntariamente de su hija—. Ahora ya lleva unos treinta años viviendo aquí y hace diez que es priora —continúa Isabel—. La influencia del barón la ayudó a conseguir esa posición. Pero ahora su padre está muerto, y su hermano es enemigo del conde Durufle, el mecenas de nuestro convento. Es la madre de todas nosotras, por la gracia de Dios... —En este punto, Isabel se santigua y añade—: Por la buena voluntad del conde y la dispensa del obispo. Siempre rezamos por ella.

Suspiro al pensar en el estado de inseguridad de las mujeres, que siempre debemos acatar la autoridad terrenal de los hombres.

—La historia de la hermana Marie es aún mejor. Su padre la comprometió con un comerciante anciano, pero su madre desafió al marido y usó su propia dote para traer a Marie al convento.

—Así que la madre defendió a su hija —remarco.

—Sí. Su marido la maltrató cruelmente porque ella no le decía dónde había llevado a Marie. Además, él era un borracho, y un día, cayó en una charca y se ahogó. Ella vendió todos los

productos y materiales de su negocio, y con el dinero regresó aquí y suplicó que la aceptáramos como oblato.

—¿Por qué tuvo que suplicar?

—No era una mujer noble. Su marido fabricaba velas, y su padre era tan solo un pobre herrero. ¡Pero su bolsa abultaba mucho, así que con eso bastó!

—¿Está Marie aún con vosotras?

—No. Se puso enferma un invierno y murió antes de cumplir los veinte.

Isabel se pasa la punta del dedo suavemente por el ojo, conmovida por ese triste recuerdo.

Pienso que, por desgracia, ni el coraje de una madre puede proteger a su hijo de todos los peligros.

—¿Qué fue de su madre? —pregunto.

—Bueno, es la hermana Angelina, ¡nuestra querida cocinera! Despotrica contra los hombres, pero no se lo tenemos en cuenta porque es un ángel en la cocina. Ella alimenta nuestros cuerpos, y la madre Ermentrude alimenta nuestras almas.

Pienso en el sacrificio que Angelina hizo por su hija, en su pérdida final y en su dolor. Antes de que se ponga el sol, paseo por el pequeño cementerio que está al abrigo de la cara norte de la capilla. En la puerta, leo las palabras de un salmo: «También mi carne reposará segura». Encuentro la piedra que señala la tumba de Marie, donde nace un rosal con las hojas debilitadas por la escarcha. La visión no me entristece porque sé que el arbusto florecerá de nuevo el año que viene. A estas horas, en este mes gris, la naturaleza no emite ningún sonido. En este lugar de descanso, incluso mi corazón está en silencio.

Al día siguiente, cuando viene Isabel, siento curiosidad por conocer otra historia.

—Háblame de la hermana Margarita, cuya belleza es como la de las doradas flores que le dan nombre.

Isabel frunce el ceño y se encoge de hombros.

—No sé casi nada de Margarita. Es la secretaria de la madre Ermentrude y está al tanto de todos sus asuntos. Es muy reservada y destaca en piedad sobre todas nosotras —dice—. Aunque ya habrás visto que es bastante orgullosa. —Entonces se inclina hacia mí y me habla con confianza—: ¡Confieso que no la amo como lo prescribe la caridad!

—Entiendo —digo pensando en Cristiana.

—Pero basta, no está bien que hable mal de ella. —Sacude la cabeza y continúa con brío—: No nos podemos quedar aquí sentadas charlando, pues la madre Ermentrude ha pedido que vayas a verla hoy.

Este anuncio me deja aterrorizada.

—No estoy preparada para conocerla. Dile que vuelvo a tener fiebre —le ruego—. O que la melancolía todavía me aflige.

—Estás mucho mejor, cualquiera puede verlo —dice regañándome un poco. Me coge del brazo—. No temas, es una mujer amable.

Isabel me conduce a través de los pasillos y escaleras abajo. Avanzo con pasitos lentos, ya que soy reacia a obedecer esta orden; la madre Ermentrude no es una reina a la que haya jurado servir. Isabel nota que dudo y me urge con suavidad a cruzar los pasajes del claustro. Sus arcos redondeados enmarcan un patio cuadrado y un jardín marrón y consumido por la escarcha. El aire de noviembre me muerde la piel.

Entramos en la sala capitular. En las paredes hay paneles de madera pintados al óleo que me recuerdan a la habitación de Elsinor en la que el rey recibía sus visitas. Un corredor lleva a los aposentos de la madre Ermentrude. Allí nos espera Margarita, una centinela silenciosa. Isabel me aprieta la mano y se va.

Sin hablar, Margarita me acompaña dentro de la sala y se retira cuando la madre Ermentrude asiente con la cabeza. Me hago pequeña dentro de mi ropa de lino. Me arrodillo frente a la priora de Saint-Émilion, de manera que solo veo la ancha franja de su sencillo hábito, bordeado con terciopelo verde. Cruzo los brazos encima del pecho y evito su mirada.

—Ofelia, hija, viniste a nosotras para que te ayudáramos. ¿Qué problema tienes? —me pregunta.

Así que Isabel le ha dicho mi nombre a la madre Ermentrude. Hice bien al no contárselo todo. Nadie debe saber aún mis secretos.

—Temía por mi vida, ilustrísima. Por ahora no os puedo decir más.

—Sufres más de lo que es natural, y el cuerpo se te debilita y se consume —dice con suavidad—. Nuestro deber, y la preocupación personal de Isabel, es restituirte la salud de cuerpo y mente.

—Soporto una gran pérdida. Os agradezco muchísimo vuestra ayuda —digo fijando los ojos en la sencilla cruz que lleva en el pecho. En el centro tiene una sola joya brillante y amarilla, el color de la alegría.

—¿Qué es lo que deseas? —me pregunta.

—Deseo rezar y estar sola. —Esa no es toda la verdad, pero tiene que valer, ya que las palabras no pueden trazar el vasto mapa de mis anhelos.

—Tu generosa bolsa y las circunstancias de tu llegada me sugieren que eres una dama con recursos. ¿Huyes de un padre cruel o de un matrimonio forzado?

—No. —Lucho para no alterar la voz y controlar las lágrimas.

—¿Deseas vivir enclaustrada y tomar los votos de pobreza, castidad y obediencia?

Ya soy pobre, he perdido todo lo que amaba, y ya no soy pura. Jamás he sido obediente, pero no es esto lo que digo.

—No lo sé —contesto con honradez.

—¿Has cometido alguna equivocación de la que te arrepientes?

—Sí... ¡No! Por favor, os lo revelaré todo a su debido tiempo. ¡No me echéis! —le suplico inclinándome casi hasta el suelo. Ahora solo le veo el dobladillo del vestido y los pies calzados con cuero. Se los besaría si hacerlo sirviera para convencerla de que me dejara quedarme.

—Puedes quedarte aquí —dice—. Pero tienes que trabajar, rezar con nosotras y estudiar el

propósito que Dios tiene para ti. La hermana Isabel será tu guía. —Como si fuera el ángel de la anunciación, la madre Ermentrude abre los brazos y me pone las manos en la cabeza—. Ahora levántate, y que la paz de Cristo sea contigo.

Muy en el fondo, siento algo parecido a la punta de un dedo que me toca el alma y me reaviva la esperanza.

## Capítulo 39

La blancura del invierno me envuelve. Las monjas esperan el día del nacimiento de Cristo, para el que quedan tan solo unas semanas. Las campanas las llaman a vísperas, a maitines, al rezo de mediodía. Las hermanas, vestidas con sus hábitos blancos, se dirigen a la capilla caminando sobre las huellas cubiertas de nieve de unas y otras. Su respiración, expelida en nubecitas, se desvanece como el humo de una chimenea. ¿Sus plegarias también se esfuman en el viento o perforan la cúpula del cielo y llegan a oídos de Dios?

Bajo la tierra helada, enroscada en la oscuridad, la vida aguarda. Yo también espero mientras pasan las largas noches de Adviento, iluminadas por una luna débil y blanca. Aunque me vista de blanco como una monja, siento que la mancha del pecado y de la mortalidad me rodea como una faja resplandeciente.

He recuperado la salud y empiezo a tener de nuevo curvas en el cuerpo. El vientre aumenta más que el resto, pero todavía puedo esconderlo bajo mi holgado vestido. Solo veo el montículo cada vez más crecido cuando me baño. Solo lo siento cuando la criatura se mueve mientras recito las oraciones con las hermanas: «Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de Cristo». Espero que las promesas de Cristo sean más ciertas que las de los hombres.

Durante las plegarias, mi mente suele distraerse. Me acuerdo de la bondad de Gertrudis cuando contemplo a la madre Ermentrude, cuya humildad contrasta con la grandeza de la reina. La hermana Angelina, con su actitud severa pero cariñosa, me recuerda a mi querida Elnora. Isabel, que sonríe y muestra el hueco que tiene entre los dientes incluso cuando reza, me hace desear haber tenido una amiga tan alegre en Elsinor. La hermana Margarita es orgullosa, como Cristiana, y parece abrigar alguna ambición secreta, lo que despierta mi curiosidad.

—Ya veo que cada vez rezas con más devoción —me dice Isabel confundiendo mi ensoñación con piedad.

—No; de hecho, pienso en lo mucho que este convento se parece a la corte de un príncipe —digo, y me apresuro a añadir—: Un sitio sobre el que he leído en los libros.

—¿A qué te refieres?

—La priora es como una reina, la fuente de la bondad. Todas las hermanas son las damas de compañía, felices de vivir bajo su benevolente regla. Existe una jerarquía, con los sirvientes en los rangos más bajos. —Me detengo y considero mi comparación—. Pero veo una diferencia fundamental. Aquí no hay hombres que se disputen tu amor. Solo adoras a Cristo, y Él ofrece su

amor a todas por igual. En la corte de un príncipe, ninguna mujer comparte a su amante, y ningún hombre comparte a su amada.

Isabel lo entiende rápidamente.

—Sí, ya que si varios hombres desean a una dama, eso conlleva celos y muchos conflictos. Hace mucho tiempo también leí libros así —dice bajando la voz, aunque no hay nadie que pueda oírnos. Todas las monjas se han ido de la capilla—. Pero no te engañes y creas que Saint-Émilion es un lugar perfecto. Tenemos nuestros defectos. Sentimos envidia, por ejemplo, si una de nosotras tiene la voz más suave o es la favorita de la Madre. También somos vanidosas. He visto a Margarita sostener esas manos tan elegantes que tiene y contemplarlas con admiración. Una vez, la Madre me castigó por guardar un pedacito de encaje bajo la almohada.

—Tanta pobreza no es compatible con una reina y sus damas —admito—. Aun así, este lugar me parece un reino tranquilo donde ningún rey tirano puede oprimirte.

A Isabel se le nubla el habitual rostro alegre.

—Como dices, no hay un rey en Saint-Émilion, pero el poder del hombre sigue dominando aquí. La madre Ermentrude está obligada a obedecer al obispo Garamond, ya que es el representante de Dios en la Tierra —me explica—. Pero el obispo sirve al conde Durufle, que es el principal mecenas de nuestro convento, un hombre moralmente escrupuloso. —Me enseña un monumento de piedra, que parece una orgullosa reivindicación, plantado en la humilde capilla—. Durufle lo erigió para honrarse a sí mismo, aunque fueron sus ancestros quienes hace unos doscientos años cedieron estas tierras para fundar un convento. ¡Por ese generoso gesto del pasado, cree que es el favorito de Dios y que es igual que el obispo! —dice indignada—. ¡Pone muy a prueba mi caridad!

—Es igual que en una corte real —musito—, donde los lores poderosos y los consejeros dirigen el rumbo del rey.

—Al menos, raramente vemos a Durufle y al obispo entre nosotras. Pero el conde ha nombrado a su sobrino, un joven malhumorado y descortés, para que sea nuestro administrador. Aunque no tiene habilidades para el trabajo, supervisa a las sirvientas y los negocios del convento. ¡La semana pasada, Margarita lo llamó bobo a la cara! —Isabel ríe al pensarlo; entonces pone los ojos en blanco—. Ya empiezas a ver lo agradecida que estoy de ser monja. Podría estar casada con alguien así o, Dios me perdone, con un hombre tan viejo como el padre Alphonse, que tiembla al decir la misa y que está casi sordo del todo. ¡Tengo que gritar para que me oiga, y entonces mis hermanas se enteran de mis pecados! —dice Isabel un poco angustiada—. Así que normalmente solo confieso haberme olvidado de mis plegarias, que es la falta más común entre nosotras.

—Tu única falta, Isabel, es que eres demasiado amable con quienes no se lo merecen —murmuro pensando en lo buena que es conmigo.

—No, soy más desagradable de lo que crees. Estoy celosa de la belleza de Margarita y de que la Madre la favorezca tanto. Hiervo de impaciencia por la lentitud de Angelina y la culpa cuando

nos tenemos que dar prisa y acabamos comiendo solo pan duro. ¡A veces robo azúcar de la despensa!

Sonrí por sus transgresiones, que quedan muy lejos de los engaños, los asesinatos y la venganza, los crímenes no confesados de Elsinor.

Pero Isabel me coge la mano y me dice con seriedad:

—Ofelia, deberías ser mi sacerdote, ya que eres tan reservada como la efigie de una tumba.

—Entonces, confiesa, y yo te absolveré —digo intentando sonar como el padre Alphonse, y ambas reímos. Sin embargo, ¡su confianza me tienta! Anhele compartir mis historias con ella, pero la discreción me ata la lengua, y el silencio alimenta mi soledad.

A menudo lamento no tener un sitio en Saint-Émilion. En Elsinor, como dama de la reina, sabía cuál era mi papel. Aquí no soy ni sirvienta ni monja. No me siento con las monjas en el santuario de la capilla, pero rezo sus oraciones. No comparto la mesa con ellas, pero aun así comemos lo mismo. Como el espíritu de un difunto que aún no puede descansar, viajo entre mundos distintos. Si lo deseo, soy libre de abandonar el convento. En cambio, paso horas en la biblioteca y suelo perderme en *La consolación de la filosofía*, de Boecio el Romano. También traduzco oraciones al francés para las monjas que no leen latín.

Un día, la madre Ermentrude, viendo que estudio con atención, me pide que la ayude a instruir a las niñas de la escuela del convento. Acepto, ya que deseo ser de utilidad. Pero la pena me abrumba al ver a esas criaturas de ojos tristes, arrancadas de los brazos de sus padres y entregadas a Dios, cuyo abrazo no pueden sentir. Una niña, la imagen misma de la desesperación, apoya las mejillas en las manos, y su falda demasiado corta deja al descubierto unas piernas desnudas sobre sus zapatos. Recuerdo haber llevado vestidos tan poco favorecedores y querría tener unas medias para poder dárselas. Quiero abrazarla, pero sus ojos grandes y asustados me dan miedo. En lugar de eso, le doy algo insignificante e inútil: un verbo para conjugar. Mientras las niñas se inclinan sobre sus libros, me saco del bolsillo el retrato en miniatura de mi madre que siempre llevo conmigo. Su cara es exacta a la mía. En ella veo mi pelo, mis mejillas y mi nariz, todo reproducido en miniatura. Escarbo en los recovecos más profundos de mi mente para encontrar un recuerdo donde aparezca ella.

—¡Ay, enséñame cómo ser madre y dame coraje! —susurro, deseando que la imagen misma me hable—. ¿Qué haremos mi bebé y yo? ¿Dónde construiremos nuestra casa? ¡Dime! —Me siento como una niña abandonada en un bosque oscuro. Ni la imagen de mi madre puede consolarme.

Entonces veo que Margarita ha venido a la biblioteca. ¿Cuánto hace que está aquí? Las niñas han terminado su ejercicio y murmuran y ríen entre ellas. Margarita me lanza una mirada fría y seria. Me siento como un libro abierto de par en par, con mi historia escrita en palabras que quedan a la vista para que ella las lea.

—Parece que enseñar no se te da bien. Informaré de ello a la madre Ermentrude —dice. Su voz no tiene rastro de compasión ni de juicio.

En este momento, anhele tanto a la madre que nunca conocí que soy incapaz de responder.

## Capítulo 40

Diciembre nos mantiene en su servidumbre; ni siquiera los fuegos de la cocina y de las chimeneas pueden debilitar su abrazo helado. Me frote las manos para calentarme un poco cuando paso por la puerta del refectorio, donde las monjas comen en silencio, formando una hilera con las cabezas inclinadas sobre la comida. Las cucharas raspan lentamente los platos de madera. Sale vapor de una cacerola de sopa. La voz de la madre Ermentrude se eleva y cae mientras lee en alto:

—Agradezcamos y compartamos con templanza y sobria piedad solo la comida digna y nutritiva. Recordemos que el cuerpo de Cristo se rompió, y que aquí tenemos el pan y el agua también rotos para ser llevados a nuestros cuerpos. Así, el cuerpo de Cristo nos alimenta en la eucaristía.

Me pregunto lo que Hamlet, filósofo y hombre de razón, hubiera hecho con esa fe simple de las monjas que creen que consumen el verdadero cuerpo de Cristo. Para mí, el pan servido en las comidas y el ofrecido en misa tienen el mismo aspecto e idéntico sabor. Considero que es extraño que las hermanas coman en silencio y que acaten unas normas tan estrictas. Pienso en los banquetes de Elsinor, tan ruidosos, llenos de risas, chasquidos de huesos y sorbos para ingerir el tuétano, con perros gruñendo y peleándose por la comida que caía al suelo. El vino brotaba de las cubas como si fuera el agua de una fuente, y en cada comida se servía pescado, aves y carne de res.

Al pensar en tanta abundancia, se me abre el apetito. El bebé que llevo dentro me hace anhelar la sidra y los dulces, la carne asada, la rica leche y los albaricoques. Pero las monjas están en ayuno y solo comen pan con sal y agua. Así que como en la cocina con la doncella y el administrador para poder comer carne y fruta. Están callados en mi presencia, ya que en Saint-Émilion aún me consideran un misterio. Un granjero que cultiva el campo de las monjas, sus tres criaturas ojerasas y un invitado, un erudito ambulante, completan la compañía.

Thérèse, que es una sirvienta, también debe comer en la cocina. Pero no se presenta a las comidas. Cuando pregunto por ella, el administrador, con la boca llena de pan, se encoge de hombros.

—En realidad, señora, ella no come, que yo sepa —comenta la doncella.

—¿Quién no come cuando el hambre se lo ordena? —pregunto—. Le llevaré este trozo de carne y algunos pastelitos.

—Ya le digo que no se lo comerá. Jamás la he visto tocar la carne.

Haciendo caso omiso a su advertencia, llevo la comida a la habitación de Thérèse, una celda húmeda, incluso más estrecha que la mía. La puerta se abre sin oponer resistencia, y lo primero

que veo es una pared cubierta de crucifijos. Cuento como mínimo una docena. Todos son toscos y están pintados con la imagen del Señor agonizando. En medio de las cruces, Thérèse está arrodillada en el duro suelo, meciéndose hacia delante y hacia atrás. No se percata de mi presencia; de hecho, parece que no me ve ni me oye. Tiene los ojos alzados, fijos en el aire. Avergonzada por haberme entrometido en un rincón secreto de su alma, dejo la comida encima de la cama y me voy en silencio. Pero la imagen de la lavandera, aturdida por la oración, no me abandona. Más tarde, regreso para ver si ha comido. El plato de pan está afuera, en el suelo, delante de la puerta. Está intacto, excepto por el ratón que mordisquea el pan y se escapa con rapidez cuando yo me acerco.

Me pregunto por qué Thérèse se abstiene de comer si no está ligada a los votos monásticos. Decido observarla más de cerca. Como una espía, finjo que leo un libro mientras ando por el corredor cercano a la cocina. Thérèse lleva un velo enrollado alrededor de la cabeza cuando trabaja, lo que la hace parecer turca. Va arremangada hasta los hombros, y veo que la piel apenas le cubre los huesos. Se mueve con lentitud y se detiene con frecuencia mientras lleva un balde de agua caliente.

No soporto verla esforzarse tanto para hacer tareas sencillas, así que dejo mi libro a un lado y le ofrezco ayuda. Para mi asombro, la acepta con una mirada de gratitud. Me había imaginado que se sentía orgullosa de vivir aislada de las hermanas, pero parece contenta de estar en mi compañía. Ahora, Thérèse mete la ropa sucia en agua jabonosa con sus dedos largos y huesudos como los de una dama, pero rojos y ásperos como los de una sirvienta. Con unas paletas de madera le doy golpes a la ropa y la remuevo. Me sorprende que la tarea requiera hacer tanta fuerza, y pronto tengo la cara mojada y sudada, a pesar del frío.

—Veo que Dios te ha concedido de nuevo la salud. Estamos felices de que estés bien —dice Thérèse. Sus palabras me sorprenden ya que creía que no se había percatado de mi presencia y que no sabía nada de mi malestar.

—No puedo regocijarme de mi fuerza mientras tú estés débil —le contesto.

—El Señor sostiene a los débiles —responde con rapidez, como si estuviera acostumbrada a defenderse.

—Tienes un espíritu fuerte, sin duda, pero tu cuerpo se consume. ¿Por qué no comes?

—Solo necesito al Señor, que me alimenta el alma con el pan de la eucaristía —me dice. Le brillan los ojos, aunque las mejillas hundidas hacen que ya no parezca joven.

—Él también nos da pan cada día para que alimentemos nuestro cuerpo y tengamos fuerzas para trabajar en el mundo —digo sintiendo que crece en mí un espíritu contencioso.

—El mundo no me importa nada, ya que no me ha hecho ningún favor —contesta con voz tranquila y sin rastro de amargura—. Siempre me han rehuido por mi pierna torcida, y mis padres se avergonzaban de mí. Mi único deseo era convertirme en monja. Pero el obispo le dijo a la madre Ermentrude que mis visiones eran indecentes y prohibió que me admitieran como postulante. Así que encuentro mi propio camino para llegar a Dios.

—¿Dios te pide que sufras por Él?

Thérèse se aparta de mí como si hubiera herido su dignidad.

—Me pide que lo alabe cada día, y eso es lo que hago.

Desesperada por que entienda mis buenas intenciones, le pongo la mano en el brazo y se lo sostengo en el agua. Su antebrazo, como el de una niña pequeña, me cabe en el círculo que formo con el pulgar y el índice.

—¡Thérèse, tienes que comer; si no, morirás!

Mis palabras no consiguen inmutarla. Me doy cuenta de que quizá morir es lo que quiere.

—Cuando no como, el niño Jesús en persona viene a mí y se alimenta de mi pecho, que entonces está hinchado con abundante leche —dice en perfecta calma—. Mi boca saborea miel y dulzura. Ninguna madre mortal siente tanta felicidad.

¿Se trata de la convicción de la fe o de una demencia evidente? Pienso en las visiones fantasmales que llevaron a Hamlet a querer vengarse, mientras que las de Thérèse la llenan de alegría. Ambas se encuentran más allá de la razón. ¿Quién puede juzgar si son ciertas o no?

Le cojo las manos. Tiene las palmas y las muñecas llenas de cicatrices.

—A veces me sangran las manos, de la misma manera que sangraron las heridas de Cristo —me dice con expresión de gozo.

—No me extraña, tienes la piel muy seca. Deja que te prepare una loción que te las suavizará y te aliviará el dolor. —Sé que puedo ayudarla a superar este sufrimiento que no se merece.

Thérèse agita la cabeza con vigor y aparta las manos como si me hubiera ofrecido a quitarle un precioso regalo. Me da la espalda y no vuelve a hablarme.

Temo que la mente de Thérèse se haya debilitado a causa del sufrimiento. No quiero que se muera porque ya he visto demasiada locura y muerte.

## Capítulo 41

Hemos cambiado de año, y como el dios Jano de dos caras, miro hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo. Cuando echo la vista atrás, recuerdo a Hamlet regalándome la miniatura, la presión que sus dedos me hacían en la palma de la mano, nuestra breve alegría y la larga desesperación que la siguió. Cuando miro al futuro, tan solo veo una página en blanco en la que no sé qué escribir.

Me siento al lado de Isabel en la sala capitular y escucho la lectura diaria sobre las reglas monásticas.

—Obedece al Señor y sus leyes, y a la priora y sus normas: así se satisfarán todas tus necesidades, y todos tus miedos se aplacarán —entona la voz de la madre Ermentrude—. La obediencia proporciona la libertad perfecta.

Isabel asiente con la cabeza, con expresión feliz. Pero, por alguna razón, la lección me aflige. Así que me escabullo, y a pesar del frío, me dirijo al cementerio, donde sé que estaré sola con mis pensamientos. Mientras la noche húmeda desciende, pienso en cómo desobedecí y engañé a mi padre.

—¿Es este mi castigo? —susurro tocándome el vientre. El bebé lleva más de cinco meses en mi útero, y la carga crece día a día. Mis secretos también me oprimen. El dolor por mis pérdidas me llena el corazón, y temo estar sola—. ¿Es este el fruto amargo de mi desobediencia? —grito, y una bandada de pájaros asustados se levanta del suelo nevado y se funde en el cielo negro.

Sintiendo que el frío se me agarra a los huesos, continúo andando, debatiendo conmigo misma esa cuestión de la desobediencia y el castigo. Descubro que mis pensamientos y mis pasos errantes me han llevado a los aposentos de la madre Ermentrude. Isabel me dice que sus oídos siempre están abiertos a nuestras necesidades. Así que llamo, y la madre Ermentrude en persona abre la puerta, sin mostrarse sorprendida de verme aunque sea tan tarde. Me envuelvo rápidamente con la capa para esconder el vientre.

—Siento molestos tan tarde, madre Ermentrude, pero estoy preocupada y necesito de vuestra sabiduría. —Me abre la puerta, y empiezo a arrodillarme frente a ella, pero me indica que me siente. Entonces se sienta a mi lado como si fuéramos iguales—. He estado meditando sobre la lección de hoy relacionada con la obediencia —digo—. Ayudadme a entenderlo: ¿qué virtud hay en negar los deseos personales para satisfacer la voluntad de otros?

La madre Ermentrude respira profundamente mientras construye su respuesta.

—Has visto una vid y cómo el jardinero la doma y la sujeta a una rama o a un poste. Si la vid obedece a la mano, crecerá en dirección al sol. Del mismo modo, obedecer la voluntad de Dios

libera el alma para que esta llegue al cielo.

La comparación no me satisface ya que mi padre no era Dios. Pero si hubiera sido más obediente, ¿me habría convertido con el tiempo en honesta y virtuosa? Pienso en Hamlet, que desobedeció el mandato del fantasma de su padre. Si lo hubiera obedecido a la primera, quizá solo Claudio habría muerto, y Hamlet y yo seguiríamos estando juntos. Pero ¿habría estado el cielo conforme con el acto de Hamlet o habría sido el infierno quien se hubiera regocijado?

—¿Qué ocurre si la intención del jardinero es buena, pero con las manos daña la planta que está cultivando? —le pregunto pensando en mi padre, que habría sacrificado mi felicidad para conseguir que estuviera segura—. ¿O qué pasa si la voluntad del jardinero es malvada? — Reflexiono sobre cómo me resistí a la venganza de Hamlet al repeler el acto violento que había jurado cometer.

La madre Ermentrude no intenta indagar en el significado profundo de mis preguntas. En sus respuestas no hay ninguna artimaña, solo sinceridad y verdad.

—Cada acto e intención requieren un discernimiento cuidadoso. Una voluntad malvada nunca podrá ser voluntad de Dios —dice sencillamente—. Debemos resistirnos a ella.

Mi mente se aferra a esas palabras como un prisionero intenta desesperadamente obtener el perdón. No me había equivocado al condenar la venganza de Hamlet, ya que el asesinato no es un acto divino. Tampoco estaba equivocada al desafiar a mi padre cuando él deseaba que yo traicionara a mi reina. Decido que mi voluntad fue justa y correcta.

La madre Ermentrude, como si me leyera los pensamientos, prosigue con su lección diciendo:

—Sin embargo, nuestra voluntad está corrompida y suele llevarnos por mal camino. Pero someterse a la voluntad sagrada es motivo de júbilo.

Con esas palabras, vuelvo a sumergirme en un mar de dudas. Seguí mi voluntad al casarme con Hamlet, pero eso me conllevó solo breves alegrías y largas tristezas. Seguro que cometí un pecado, y desde entonces, llevo esa pena conmigo. ¿Puedo expiar mi pecado y deshacerme de mi sufrimiento?

—Por favor, enseñadme cómo debo entregarme para encontrar esa alegría de la que me habláis. ¡Os obedeceré!

Estoy a punto de confesárselo todo, de dejar que sea ella quien juzgue todos mis actos. Junto las manos y me pellizco los labios con los dedos para refrenar mis palabras.

—Entonces vuelve a tu celda y lee los salmos. Deja que hagan el trabajo de buscar tu corazón, escalar sus montañas y descender sus oscuros valles. Encomiéndales tu memoria.

Me quejo para mis adentros. ¡Qué estudio más doloroso y qué manera de perder el tiempo! ¿En qué me va a ayudar eso? Pero supongo que si deseo estar contenta, debo aprender a obedecer. Así que leo los salmos, especialmente los desalentadores, hasta que sus palabras se me fijan en la mente, pero eso no me hace encontrar la paz. Una semana más tarde, vuelvo a visitar a la madre Ermentrude.

—Tal como me pedisteis, he estudiado los salmos. Sin embargo, sigo teniendo algunas

preguntas. ¿Cómo puedo creerme que, tal como dice David, el Señor abra su mano y satisfaga nuestros deseos si me lo han arrebatado todo?

La Madre se mantiene imperturbable ante el tono desafiante de mi voz. Toquetea la cruz que lleva al cuello como si se tratara del regalo de un amante.

—Siempre tienes el amor de Dios.

—No lo siento —digo sin convicción—. Más bien me siento como Job clamando contra Dios porque Este se lo ha quitado todo. No estoy libre de pecado como Job, ¡pero no entiendo qué pecado he cometido! —grito confundida. ¿Cómo podía ser un pecado haber amado a Hamlet en la verdad y en la fe?

—Dios acabó devolviéndoselo todo a su sirviente Job.

—Es demasiado tarde —digo con amargura—, a no ser que resucite a los muertos que he perdido.

—No desesperes, Ofelia. Los caminos de Dios son un misterio —dice—, y nuestro sufrimiento a menudo nos ciega y no nos deja encontrar la alegría.

De hecho, voy a trompicones, sin ver nada, por caminos sinuosos de pérdida y pena. El amor de Hamlet me llevó a este laberinto, donde él me abandonó. ¿Acaso no hay un camino que me conduzca fuera de este oscuro embrollo?

A pesar de la desolación que hay en mi mente, todavía parpadea en ella la luz de la razón.

Se me ocurre que quizá debería, como hacen las monjas, poner a Cristo en el lugar de un esposo para así escapar de este laberinto de amor mundano. Cristo no morirá ni me abandonará ni me será infiel. Él perdonará mi desobediencia. Si me someto a Él, quizá encuentre la felicidad. Empiezo a visualizar el doloroso remedio. Cuando haya dado a luz, le daré mi hijo a alguna dama más preparada que yo y que se merezca ser madre. Ese sacrificio eliminará mi pecado. Entonces tomaré un nuevo camino, me uniré al convento como monja y seré pura de nuevo. Pero antes de que le confiese a la madre Ermentrude en qué apuro me encuentro, debo recibir su aprobación. Se lo pido de rodillas, la imagen misma de la humildad.

—Creo que solo Cristo puede rescatarme de mi desesperación y limpiar mi pecado —digo. Las lágrimas me brotan de los ojos aunque intente detenerlas—. Por favor, permitid que me una a esta sagrada hermandad. Dejad que empiece a prepararme para tomar los hábitos. Os obedeceré en todo.

He oído que entrar al convento no resulta fácil. La norma hace que se ponga a prueba el alma suplicante de las monjas para comprobar que esta provenga de Dios. Que duden de mí o que me rechacen. Llamaré sin descanso, ya que la Biblia dice que la puerta no permanecerá cerrada para aquellos que perseveran. Además, creo que la madre Ermentrude me favorece y que ha estado rezando para que le haga tal petición.

La priora me pide que me levante y busca mi cara. Me atrevo a mirarla a los ojos. ¿Por qué no sonrío?

—No dudo de que desees amar sinceramente a Dios, Ofelia. Pero no viniste aquí libremente,

sino por una obligación espiritual.

—La obediencia me concederá la libertad, así que dejad que tome los hábitos. ¡Si dejáis que me quede con vosotras para siempre, revelaré mi historia y confesaré mis pecados!

La madre Ermentrude sacude la cabeza con lentitud.

—No negociaré contigo ni tampoco con Dios. Debes ir hacia Él libremente, mirando hacia delante y sin cargar con tus penas pasadas.

—¿Acaso importa cómo encontramos a Dios? —pregunto, intentando sonar dócil mientras mi frustración crece—. ¿No estáis contenta de recibirme?

—Hay muchos caminos que llevan a Dios —admite la madre Ermentrude. Entonces fija en mí su mirada tranquila y astuta y dice con suavidad—: No creo que Dios te llame a seguir esta vida.

—¡Creo que conozco mi voluntad y mi camino! —Me asombra y me avergüenza que me rechace. En esta escena, nada transcurre como había planeado.

—Eres joven. Demasiado a menudo, los jóvenes preferirían que el mundo se doblegara a su voluntad antes que tener que escuchar y esperar a ser llamados.

—No puedo esperar —gimo, pensando en lo rápido que llegará mi bebé. Debo conseguir que me prometa protección—. ¿Por qué no puedo hacer lo que deseo? No soy tan joven como pensáis.

—La desesperación me rompe la voz—. ¡Soy libre de tomar esta decisión y de aceptar a Dios como mi amor verdadero!

—Que sea hecha la voluntad de Dios, no la mía ni la tuya —dice la Madre con tranquilidad.

—¡La voluntad de Dios! ¿Cómo sabéis cuál es la voluntad de Dios? ¿Acaso os habla de mí y os dice que no os dignéis a responder a mis plegarias? —Me avergüenza perder así el control, pero la Madre me deja soltar la rabia. Ella permanece impassible, como si fuera una roca salpicada por simples gotas de lluvia—. ¿Cuál es la voluntad de Dios respecto a Thérèse? —le pregunto. Mi mente salta de forma repentina de una pasión a otra—. ¿Que ella también sufra? ¿Acaso la observáis? Cada día está más débil por seguir la voluntad de Dios. ¡No creo que Dios quiera que ella muera!

—Yo tampoco —admite la Madre con expresión triste—. Pero nuestra voluntad es libre, incluso para frustrar las intenciones de Dios.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras ella sufre. Tengo conocimientos sobre plantas y pociones. Dejad que le administre una medicina que quizá le reequilibre la mente —le suplico.

—Dios es quien sana y quien aflige —dice sin rehusar ni aceptar mi oferta.

—Sí, pero vos misma decís que Dios nos da libertad. ¿Acaso no nos da también los recursos naturales para que sanemos o enfermemos?

—Estudiar te ha hecho inteligente, Ofelia. —La Madre sonrío levemente, como si estuviera complacida.

Me viene a la cabeza una imagen repentina del jardín que hay cerca del claustro, inhóspito a causa de la furia del invierno. Lo veo verdecer de nuevo en la primavera. ¿Qué plantas debe de

haber allí en la tierra? ¿Habrá ruibarbo purgante o tomillo que cure las largas apatías? En los bosques que rodean el convento tiene que haber toda clase de raíces, bayas salvajes y plantas desconocidas en Dinamarca. No, el oscuro jardincito del claustro no bastará. Seguro que hay un campo donde el sol brille sin obstáculos. ¿Por qué no lo había pensado antes? ¿Por qué tenía la mente tan apagada por la pena?

Escojo cuidadosamente las palabras para expresar la idea que por ahora solo es un germen desplegándose en mi cabeza. Me dirijo a las ventanas arqueadas de la habitación de la madre Ermentrude y miro el exterior nocturno. Más allá de los muros del convento, las montañas boscosas, iluminadas por la luna, se inclinan gradualmente. Seguro que en algún lugar hay una tierra adecuada para hacer un huerto.

—¿Es cierto —digo— que las monjas son reacias a que el médico del pueblo las examine cuando están enfermas?

—Sí. —Suspira—. Algunas de las monjas temen que el contacto con cualquier hombre ponga en peligro su castidad. Debido a eso, Angelina sufre mucho por un forúnculo, pues rechaza el tratamiento. Además, lamentablemente, cualquier queja relacionada con el útero es ignorada.

—Yo no soy un hombre, sino una mujer como ellas —digo. Construiré esta casa con cuidado, piedra a piedra.

—Tu discreta presencia te ha hecho ganar su confianza, es cierto —admite.

—Durante años he estudiado las cualidades de toda clase de plantas y hierbas. Los libros y la experiencia han sido mis profesores. He ayudado a mucha gente a sanar y aliviar los dolores. Dejad que use aquí mis conocimientos y os sirva con mis habilidades.

Me doy cuenta de que, por primera vez desde que llegué a Saint-Émilion, no resido en el pasado, sino que estoy anticipándome sin temor al futuro. He puesto la pluma sobre la página en blanco que tengo delante de mí.

La madre Ermentrude sonrío y levanta las manos, con las palmas mirando al cielo.

—Ofelia, querida, estás escuchando la llamada de Dios.

## Capítulo 42

Así, la madre Ermentrude me disuade sabiamente de seguir mi rumbo desesperado y me guía hacia un nuevo camino. Con mi nueva profesión me convierto en una especie de confesora, ya que las monjas me revelan sus males, y yo las escucho y les prescribo bálsamos, tónicos y cataplasmas. Ellas se los llevan y se los aplican con devoción, como si se tratara de una penitencia curativa ordenada por un sacerdote. Pero la hermana Lucía, una monja anciana y corpulenta, no confía tanto en mí como las otras.

—Unos pensamientos funestos me afligen, y entonces el corazón me late muy deprisa. Debes extraerme sangre para sacarme estos malos humores tal como lo hacía el médico del pueblo —me pide.

—No me gustan demasiado las sanguijuelas, hermana, ya que al sangrar, drenamos los espíritus vitales junto a los malos humores, y el paciente se debilita —le explico con voz reconfortante—. Para calmaros os recomiendo una infusión de hojas de menta y manzanilla.

Insatisfecha, frunce los labios. Ojalá le hubiera hablado con más firmeza. Sin embargo, cede al cabo de un momento.

—De acuerdo, porque me desmayo al ver mi propia sangre. Pero debes mirar mis aguas menores.

Así que inspecciono debidamente su orina, aunque no me aporta demasiada información, y le digo que está bien.

Mis métodos curativos son simples, y tengo pocas herramientas para llevar a cabo mi nueva profesión. Uso vino para limpiar las heridas hechas con cuchillos de cocina. Un poco de *aqua vitae* calma el dolor de muelas. La provisión de hierbas que Mechtild me dio cura los trastornos del útero, que son comunes incluso entre las monjas. Las sales disueltas en agua caliente limpian los forúnculos que supuran. Mientras examino a mis pacientes, les enseño las leyes de la naturaleza relacionadas con las enfermedades.

—Los humores calientes y secos, que hacen que uno se vuelva loco, compiten dentro del cuerpo con los humores fríos y húmedos, que causan el letargo. Para curar el cuerpo, debemos temperar sus elementos, ya que la naturaleza siempre busca el equilibrio. —Mis prescripciones son simples y no suelen ser dolorosas—. Come alimentos verdes y sanos, vístete para protegerte del frío y de la humedad, y camina cada día para mejorar la digestión y remover la sangre —les digo.

Mis cataplasmas de hierbas y mostaza son las favoritas, pero el toque firme de mi mano es el tratamiento más efectivo. Examino las llagas de la piel y froto las articulaciones agarrotadas con

bálsamos perfumados. Las monjas suspiran contentas como cuando tienen la tripa llena de comida sana y el alma saciada por la oración.

Thérèse es mi única paciente reticente. Me deja que le hable y que la ayude con el trabajo, pero se vuelve de piedra cuando le ofrezco comida sin cesar. Cada día está más débil, solo come lo necesario para evitar que su alma huya por la noche. Ahora tiene jaquecas. El dolor, que se puede leer en su rostro, derribaría al soldado más robusto, pero ella no se queja. Cada día está más marginada en Saint-Émilion. Creo que soy su única amiga.

Hoy, mientras trabajamos bajo el frío sol, Thérèse se ciñe bien la capa harapienta sobre el delgado cuerpo. Mientras me cuenta su último sueño, se estremece de emoción.

—Esta noche soplaban un viento muy fuerte, me despertaron y he visto a un serafín por encima de mí —dice dirigiendo la vista al cielo mientras lo recuerda—. El ángel me ha tocado la frente con carbón ardiente, lo que me ha causado un pesar agudo y dichoso, y he visto ante mí el rostro brillante de mi amado Salvador. —Veo que sus ojos son simples hendiduras y que el dolor le contrae la frente—. No puedo mirar la blancura de la ropa —dice cubriéndose la cara con las manos.

Sé que el sol puede agudizar mucho los dolores de cabeza, así que le digo que debería entrar al edificio. Me sorprende que me obedezca. Su dolor debe de ser terrible. Recojo las prendas congeladas y llevo la voluminosa pila de ropa a la panadería, donde el calor de los hornos la descongelará y la secará.

Creo que cuando el dolor disminuya, deseará comer de nuevo y recuperará las fuerzas. Pero también sé que Thérèse aprecia su debilidad, y que el simple placer de poder vivir sin dolor le da igual. ¿Qué puedo hacer para curarla de su enfermedad? Seré como el padre proverbial que engaña a su hijo dándole medicamentos con un chorrillo de dulce almíbar.

—Puede que una tintura de zumo de arrayán brabantico con aceite de rosas te alivie el dolor, así sentirás la dulzura de Dios aún mejor —le digo, y esta promesa le llama la atención.

—Entonces dame un poco de esa medicina divina. Te ruego que no se lo digas a nadie porque ya me odian lo suficiente. Margarita dice que mis visiones son malignas y me rehúye como si fuera un demonio —me dice.

Me pregunto si el orgullo de Margarita es lo que hace que desprecie a la humilde Thérèse, o si está celosa de sus visiones.

—Quizá deberías ser más discreta y proteger a tu Señor de la deshonra —le digo, pues estoy aprendiendo a hablar su lenguaje piadoso—. No lo expongas a las burlas de la gente incrédula.

—Sí, tienes razón —dice, cada vez más desesperada a causa del miedo y el anhelo—. Al conde Durufle le aterra la brujería. Si oye que mis visiones no cesan, es posible que llame al obispo Garamond, que me obligaría a irme de aquí o, peor aún, me llevaría a juicio. No tengo adónde ir. Estas visiones que comparto contigo... ¡Te suplico que no se las cuentes a nadie!

Considero que quizá Thérèse esté equivocada porque ¿quién podría acusarla de algo tan malvado como la brujería? Quizá sus miedos, al igual que su fe, son un signo de locura. Pero yo

también temo el poder que los otros tienen sobre mí. Si estamos locas, podemos considerarnos a salvo, pero si nuestros miedos resultan ser ciertos, ambas estamos perdidas.

—Te prometo que no le contaré a nadie lo de tus visiones —le digo para tranquilizarla.

En la cálida panadería, el vapor se eleva de la colada, y las mangas y las faldas, que estaban rígidas por la escarcha, cuelgan ahora con flexibilidad. Decido mezclar la pócima para el dolor de cabeza con extracto de semillas de amapola para calmar a Thérèse y proporcionarle un poco de descanso. Mi intención es reducir sus visiones, no hacerlas más intensas. No se lo digo a Thérèse, pero le revelo mi tratamiento y su propósito a la madre Ermentrude.

Que Dios me perdone por estos engaños.

## Capítulo 43

En Saint-Émilion no hay momentos de ocio. Nadie, desde las novicias más jóvenes hasta la priora, se escapa de las tareas de la cocina. Según la norma, todas debemos servir. Ayer, la madre Ermentrude en persona limpió y secó todos los platos y las cucharas. La vi incluso de rodillas, fregando el suelo con trapos.

Ella es firme, una torre de fuerza que no cede, excepto en el amor. Cuando las monjas recitan la plegaria de la Virgen —«Yo soy la madre del bello amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza»—, visualizo a la madre Ermentrude. Su convento es un lugar de simplicidad immaculada, sin ninguno de los lujos que se dice que tienen algunos conventos: comer en platos de oro, beber vino, entretener a los hombres y descuidar las horas de oración. La Madre no solo es virtuosa y ahorradora, sino también inteligente. Me maravilla cómo me guio hasta que entendí que yo no deseaba casarme con Cristo, sino vivir en hermandad. Ahora mi trabajo me ata más fuerte a las monjas que el hecho de prometer compartir con ellas su pobreza. Estoy feliz de llevar a cabo la voluntad de la Madre sin haber profesado voto formal de obediencia. No me pregunta nada más que aquello que es justo y razonable, y espera pacientemente a que yo le revele mis secretos.

En este día invernal, mis pensamientos son esperanzadores mientras Angelina, Isabel, Margarita y yo preparamos un caldo juntas. La cocina es un refugio cálido que nos protege del frío, y el olor a pan con levadura penetra el aire. Con un cuchillo en la mano, contemplo el cadáver de un conejo colgado de un gancho en la pared que espera a que lo abran y lo despellejen para el guiso. Aguardo para pedir consejo mientras Angelina cuenta alguna nueva transgresión del perezoso administrador de Durufle e Isabel parlotea sobre el tiempo helado. Todavía me sorprende lo mucho que les gusta hablar a las hermanas. Si sus plegarias son como un canto gregoriano, cantado al unísono, su trabajo es como una armonía, un intenso popurrí de voces.

Margarita, que se siente más cómoda tras el escritorio de la madre Ermentrude que en una cocina caótica, espera a que le encomienden alguna tarea. La veo coger una pera madura de un cuenco y escondérsela en el hábito. Sin duda la saboreará más tarde, cuando esté sola. Al verla, me pregunto si ella también guarda algún secreto mayor. Me mira desafiante, retándome a que revele su pequeño hurto. Las cejas se le arquean sobre los pálidos ojos verdes. Seguro que el cabello que lleva cubierto es tan amarillo como los pétalos de una margarita. Pero, a menudo, su belleza parece estar reñida con su piedad. Tiene por costumbre escoger un relato moral guardado en su memoria, y como un sacerdote consagrado a sí mismo, contarlos a aquellas que estén cerca, deseen escucharla o no. He oído decir a Isabel que es más estricta que el mismísimo conde Durufle.

—Hoy es la festividad de Agnes —empieza a decir Margarita cuando Angelina ha terminado de quejarse del administrador—. Esto me recuerda a la pobre Agnes de Lille, que vivió con nosotras hace tiempo.

—No nos lo recuerdes —dice Angelina secándose la frente—. Nos conocemos bien la historia. Encárgate de las chirivías.

Veo que Isabel levanta las cejas y mira hacia arriba como si rogara tener paciencia, y casi me río porque yo hacía lo mismo cuando mi padre me sermoneaba.

—Pero Ofelia no sabe nada de Agnes —dice Margarita, y se vuelve hacia mí con amabilidad forzada, como si estuviera a punto de presentarme a una amiga.

—¡Oh, por favor, ahórranoslo! —le suplica Isabel, incapaz de encontrar la paciencia que le permita permanecer callada.

Pero eso no desalienta a Margarita. ¿Acaso se cree que es una princesa que puede ignorar la voluntad de las demás?

—Agnes tomó los hábitos en Pentecostés y parecía un verdadero ángel cuando cantaba en el coro. Pero nos engañó a todas. Por la fiesta de Todos los Santos estaba embarazada.

—¡Las chirivías! —la interrumpe Angelina impaciente.

Margarita hace una pausa lo suficientemente larga como para ir a buscarlas. Yo me concentro en el conejo, pues he decidido cortarlo y abrirlo yo misma. La sangre de su interior me fluye por los dedos.

—La madre Ermentrude no se lo consultó ni al obispo y no perdió tiempo en expulsarla de aquí —prosigue—. La chica se casó con un herrero del pueblo, pero se decía que el padre de la criatura era su confesor, un monje.

Aunque siento los ojos de Margarita clavados en mí, no levanto la mirada. ¿Está intentando arrancarme mis secretos? ¿Se ha enterado de algún modo de cuál es mi condición y me considera una pecadora? Quizá me equivoqué al no confiarme a la madre Ermentrude. Debo dirigirme a ella de inmediato y confesarle la verdad. Rezaré para que me crea y no me eche como a Agnes.

—Nunca más ha caído tal vergüenza sobre Saint-Émilion —dice Margarita para concluir el relato. Entonces se santigua y nos cuenta la moraleja que deriva de todas esas historias—. Debemos darle gracias a Dios por nuestra vocación. Es una bendición que no seamos criaturas pasionales como la pobre Agnes.

Me tiemblan las ensangrentadas manos debido al esfuerzo, pero no puedo evitar soltar unas palabras airadas.

—¿Y qué pasa con el monje? ¿Se ofreció a compartir su culpa? —Parece que mi pregunta confunde a Margarita—. ¿Acaso los hombres no son también criaturas pasionales? —le pregunto—. ¿Acaso no suplican, fuerzan y a veces engañan a las mujeres para que estas les entreguen su virtud? Las mujeres no cometen ese pecado solas, ya sabes.

Margarita cae hacia atrás como si la hubiera golpeado. Se ha quedado sin palabras y tiene la piel tan blanca como la pulpa de la chirivía cruda y cortada. ¿Es mi ira tan terrible, o le he tocado

algún temor profundo, alguna herida o cicatriz?

Es Isabel quien habla e intenta poner paz.

—Todas nosotras somos pecadoras. Lo que más place a nuestro Señor no es la pureza del cuerpo, sino la integridad de la mente —dice.

—Y si nuestro querido Señor puede perdonarme todas las veces que deseé que mi marido muriera —añade Angelina santiguándose—, seguro que ha perdonado el pecado de la pobre Agnes.

Isabel, que ve que corro el peligro de cortarme debido a que me tiemblan las manos, me aparta el cuchillo y el conejo. Con cinco golpes rápidos, corta el animal en trozos y lo añade al humeante caldo.

—Pero nuestro Salvador prefiere a las novias cuyo sello virginal no ha sido roto por los hombres —persiste Margarita—. ¿Verdad? —El tono de su voz aumenta y suena dudoso.

—Margarita, olvidas que muchas mujeres traen hijos al mundo. Tú y yo nacimos de una mujer —dice Isabel con suavidad—. De hecho, ¿qué sería de la humanidad si todas las jóvenes se unieran a nosotras?

—¡Ya no nacerían más vírgenes! —propone Angelina con una gran carcajada.

Isabel, sonriendo, extiende las manos para enfatizar su argumento. Margarita, derrotada, presiona los labios y no dice nada más.

Me doy cuenta de que quiero a Isabel, mi protectora. Ha sido mi firme amiga, como Horacio lo fue de Hamlet. Si ella me defiende con lealtad, ¿cómo puedo continuar engañándola? Me confiaré a ella de una vez por todas y le pediré consejo para dirigirme a la madre Ermentrude y contarle mi secreto, a no ser que Margarita lo revele antes.

Esa misma noche la busco y la encuentro arrodillada en su celda, rezando ante una sencilla imagen. Cambio de parecer y empiezo a retirarme.

—Ofelia, vuelve. Acabo mis plegarias de inmediato. Mira, ya dejo el libro. Dime, ¿qué es lo que te preocupa?

Sin ningún preámbulo, las palabras me salen como un torrente.

—Isabel, amiga mía, sé que puedo confiar en ti como nunca he confiado en nadie. —Caigo de rodillas a su lado, y ella se echa hacia atrás sorprendida—. Escúchame porque no puedo seguir manteniendo mi historia en secreto. —Le cojo la mano, y ella abre los ojos de par en par expectante—. Amé a un hombre que me estaba prohibido. Disfruté de sus caricias y después me casé con él en secreto. Me rechazó y ahora está muerto. Toda mi familia está muerta. —La voz se me atasca con estas palabras, pero prosigo—: No tengo hogar, estaré aislada para siempre. Aunque no sea monja como tú, el día que vine aquí yo también morí para el mundo.

Decir esos secretos guardados durante tanto tiempo me proporciona un alivio intenso, es como quitarse una gruesa capa en verano.

—Ser viuda no es vergonzoso —dice Isabel—. ¿Por qué ocultaste el hecho de que tuviste un marido?

—Porque no podía decir su nombre y, por lo tanto, todas pensaríais que era una mentirosa, una pecadora que intentaba esconder su vergüenza —le explico—. Pero mi historia es aún más compleja. Formé parte de un drama tan grande que solo creemos posible en los escenarios, una tragedia que acabó con la muerte de reyes y de príncipes.

—Sé algo de eso —dice Isabel poco a poco.

Se me escapa un grito de sorpresa:

—¿Cómo?

—Leí la carta que te llegó de parte de un hombre llamado Horacio, después de que te quedaras inconsciente y se te cayera de la mano —me confiesa—. Sabía que querías ocultarte, así que la escondí para ayudarte a que siguieras siendo una desconocida.

Estas noticias me asombran y me alivian a la vez. Observo a Isabel dirigirse a su catre y rebuscar muy adentro de su colchón hasta que saca la carta de Horacio. Me la da, y al encontrarme con su mirada, sé que guarda la información en su interior y que no se la ha contado a nadie.

—Así que sabes que he sufrido mucho por amor y que lo he perdido todo. —Sigo sin atreverme a nombrar a Hamlet, aunque seguro que Isabel sabe de él.

—Sí. Al pensar que sentías una pena enorme, también te quité la daga porque temía que te hicieras daño con ella. —Se encoge de hombros y sonrío débilmente—. No sabía dónde ponerla, así que la enterré en el cementerio. ¿Me perdonas?

—No tengo que perdonarte nada, eres un ángel —le digo—. Pero ahora debo contarte cuál es mi castigo por haber sido tan imprudente en el amor.

Isabel se acerca y me rodea con los brazos. Rompo a llorar, pues no había tocado a nadie tan de cerca desde que me despedí de Gertrudis. No quiero que Isabel se vaya. Pero ella se aparta con rapidez y con la mano me acaricia brevemente el montículo pequeño y firme del vientre. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo que lo ha entendido todo.

—Esto no es un castigo, Ofelia, sino una bendición —dice, y me toca de nuevo el vientre. Los ojos le brillan de alegría.

—¡Sí, tendré un hijo! —grito—. ¡Confieso que lo concebí con placer, y sufro al pensar que nacerá en la miseria!

Pienso en la mala suerte de Agnes, en la aparente maldad de Margarita y en la certeza de la justicia impartida por la madre Ermentrude. ¿Qué será de mí, ahora que mi secreto durante tanto tiempo guardado en la oscuridad ha sido expuesto a la pura y abundante luz del día?

## Capítulo 44

Enterradas bajo el blanco manto invernal, las pequeñas campanillas de invierno despliegan sus resistentes hojas verdes. En las zonas donde la nieve se ha derretido, impulsan hacia el sol sus flores en forma de campana. Pronto, los brotes puntiagudos de los alegres narcisos perforarán el suelo helado. Cuando sea Pascua, sus trompetas amarillas con volantes proclamarán el triunfo anual de la primavera sobre el invierno.

No siento el frío porque estoy envuelta en la capa de mi padre, y me invade una calidez interior que proviene del calor del bebé. A pesar de mi gran barriga, camino con pasos ligeros, sustentados con nuevas esperanzas. Ahora todas las monjas conocen mi secreto. Han votado en la sala capitular y han decidido que permanezca con ellas. No hay motivo para que oculte mi incómoda figura.

La madre Ermentrude me llama y me informa con brevedad de la decisión.

—Te queda poco para dar a luz y necesitarás mucha ayuda, así que te la daremos. Isabel ha testificado a favor de tu virtud, aunque ahora no importa si estás casada o no.

Su tono no es afable como siempre. No me invita a hacerle confesiones.

—Solo puedo agradeceréoslo humildemente y pedir os perdón por no haber sido sincera. Un día sabréis el porqué de todo.

—¿Cuál es la verdad, Ofelia? —Tan solo levanto los hombros porque no sé qué quiere que le diga—. La verdad te hará libre —responde a su propia pregunta. Luego asiente con la cabeza y da por finalizada nuestra tensa reunión.

Noto intensamente que la he decepcionado. Cuando le pregunto a Isabel si la madre Ermentrude me considera una pecadora, ella me contesta de manera indirecta:

—Quizá tendrías que haberle revelado tu secreto antes y haber confiado en su misericordia.

Sé que Isabel tiene razón, y por eso sus palabras me duelen aún más. Entonces Angelina me pregunta por qué estoy tan abatida.

—La madre Ermentrude está enfadada porque la engañé. Temo que no quiera tenerme aquí —digo reprimiendo las lágrimas.

—¡Ay, las mujeres embarazadas suelen ser temperamentales por el simple hecho de estar embarazadas! Lo sé porque fui una de ellas —me dice dándome palmaditas en la mano. A continuación, añade con más energía—: Sé sensata, Ofelia. La madre Ermentrude no te echará. ¿Quién se encargaría entonces de nuestros dolores y enfermedades?

Sus palabras me tranquilizan, como también lo hacen las hermanas que me sonrían cuando paso por su lado. Margarita es la única que me evita. No me mira a los ojos, sino que se santigua

cuando nos cruzamos, como si se protegiera de algo contagioso. Isabel se ocupa de mí como si fuera una hermana que está a punto de ser tía. Cuando no hay nadie a nuestro alrededor, me pone las manos en el vientre y ríe complacida al notar que la criatura se mueve.

Nunca hablamos de lo que pasará una vez el bebé haya nacido.

Mientras todavía pueda hacerlo, seguiré con mi trabajo de sanadora: machaco hojas de ruda para frotarlas en articulaciones doloridas y aplico cataplasmas para limpiar los pulmones. Con mi trabajo recuperaré la confianza de la madre Ermentrude.

—¡Que Dios te bendiga, Ofelia! —dice exultante Angelina un día—. Se me han curado los forúnculos. Pero ahora que estamos en Cuaresma, debo encontrar algún otro sufrimiento. —Me pellizca la mejilla y se va.

La Cuaresma es la época de penitencia, el tiempo de dolor que uno debe pasar antes de que llegue la alegría de la Pascua. Aunque yo siga las normas y las rutinas de la vida del convento, Angelina no me deja abstenerme de comer carne, que es lo que hacen las hermanas. Insiste en que necesito alimentarme. Así que como con mucho gusto y no paso hambre. Aun así, me siento culpable cuando estoy llena, ya que Thérèse se niega a comer de nuevo. Está demasiado débil para hacer la colada. Ahora soy yo quien calienta el agua y la carga en pesados cubos, quien revuelve la mezcla jabonosa, quien levanta la ropa empapada para que se enjuague y quien la extiende para que se seque. Thérèse dobla las sábanas y se detiene a menudo para descansar los brazos.

—¿Por qué Jesús ya no me favorece con su sangre? —dice mirándose desesperada las palmas abiertas. Las manos que una vez sangraban por el duro trabajo ahora están curadas.

No le digo nada porque no tengo palabras para consolarla.

El siguiente día de colada, veo que el camisón de Thérèse está manchado de sangre. Le llevo uno nuevo y la ayudo a cambiarse. Descubro que tiene abrasiones y verdugones sangrientos en la espalda. Tal como sospechaba, se ha azotado a sí misma con una cuerda para intentar purgar sus pecados. A la madre Ermentrude no le gusta esa antigua penitencia, aunque algunas de las monjas más veteranas la siguen practicando. Me pregunto de dónde saca Thérèse la fuerza para darse latigazos. La compasión y la ira se remueven en mi interior.

—¿Por qué te hieres de esta manera? —le pregunto, e intento que la piel desgarrada y supurante no me haga retroceder.

—Si me mortifico el cuerpo, Cristo y yo somos uno. Él también, mediante su sufrimiento y su muerte, se unió a la humanidad —responde.

—No creo que Dios desee que sus criaturas sufran.

Intento debatir con Thérèse, pero mi razón no conseguirá persuadir a su fe.

Con la espalda despellejada y llena de llagas, se queda dormida de rodillas, con la cabeza apoyada en el catre. Le trato la piel desgarrada con aceite. Llamo a Angelina y a la madre Ermentrude para que me ayuden a levantar su cuerpo exangüe, y mientras ellas le sujetan la cabeza, yo hago que un chorrito de caldo le baje por la garganta.

—Se quiere morir. ¿Qué demencia la mantiene en tal esclavitud? ¿Qué pena hace que desee acabar con su vida? —le imploro a la madre Ermentrude. Pienso en la desesperación de Hamlet, más allá de mi remedio. No debo dejar que Thérèse también destruya su vida—. Intento curarla, ¡pero se me resiste constantemente!

—Tranquilízate, Ofelia. Debemos rezar para que recupere la salud —dice la madre Ermentrude con expresión triste.

En la misa semanal, el sacerdote levanta una fina lámina de pan y pronuncia las palabras: «Este es el cuerpo de Cristo». Pienso en Thérèse, tan ligera como el pan ácimo, y me miro el cuerpo embarazado, con dos vidas. Tengo miedo de que el dolor, el tormento e incluso la muerte me asalten durante el parto. Por eso voy a la capilla; por eso recibo la comunión. La madre Ermentrude me lo permite aunque conozca mis dudas. Tengo el vientre muy grande y subo con cuidado los escalones del altar. Cuando el padre Alphonse me ve, se pone rojo hasta la mismísima raíz de la coronilla casi calva. Extiendo las manos ahuecadas, pero él no me da el pan. Aguardo, no pienso irme.

—Cuando santa Isabel estaba embarazada, visitó a su parienta, María, que llevaba a Cristo en el útero. A ella no la apartaron del Señor —digo en voz baja y con modestia. Isabel me leyó justo ayer esa historia del Evangelio.

—En realidad, tú no eres santa Isabel, ¡y aún menos, la Santísima Virgen! —susurra el sacerdote, y el siseo de su voz recorre toda la capilla.

—Dios es compasivo, aunque vos no lo seáis —le digo mirándolo directamente a sus legañosos ojos—. ¿Quién sois vos para negarme su bendición? —Me sorprende incluso a mí misma por atreverme a discutir con un sacerdote durante la misa. En cierto modo, los cinco meses en el convento han fomentado mi educación, pero no mi humildad.

El sacerdote está demasiado asombrado para responderme. Mira hacia otro lado, me pone el pan en la mano y se aparta de mí como si hubiera tocado fuego. Lo he asustado, como asusta una demente a los que se creen cuerdos.

Después del servicio, cuando el padre Alphonse se apresura a salir de la capilla, me pongo en su camino.

—Por favor, os ruego que le deis la comunión a nuestra sierva Thérèse. Tiene fiebre y está demasiado débil para venir a la capilla.

—Debo proseguir mi camino —dice sin querer detenerse.

—Vuestro camino debe consistir en llevarle a Dios —digo levantando indignada la voz.

Incapaz de rebatir mi argumento, me sigue hasta la habitación de Thérèse. Lo observo mientras le pone la delgada oblea entre los labios secos y le administra el líquido de la copa murmurando en latín. Me maravilla ver que Thérèse se llena de alegría al notar el trozo de pan en la lengua. Las gotas del tinto sangriento en su boca le dan vigor a ese frágil cuerpo y parecen aliviarle el dolor. Cuando la toco, ya no tiene la frente caliente y respira sin dificultad. Tengo la esperanza de que se recupere pronto.

Empiezo a sentarme muchas horas al día al lado de Thérèse, ya que mi propia carga se hace cada vez más grande y no puedo llevarla con facilidad. Cuando está despierta, le leo; cuando duerme, yo también descanso. En esta mañana invernal, un rumor se expande por todo el convento. De la misma manera que un pájaro asustado y atrapado en una casa sobresalta una a una a las personas que habitan en ella, la noticia altera por igual a monjas y sirvientes. Se transmite en susurros entre las que se apresuran hacia la capilla y circula con el pan y el queso que se comparte en la comida.

La reunión nocturna en la sala capitular lo confirma. La Madre nos informa de que el conde Durufle se dirige al convento. Se ha enterado de que una de nosotras está embarazada. ¿Ha sido el administrador o el sacerdote quien ha transmitido esa información? ¿Acaso ha sido Margarita? No, ya que incluso a ella se la ve pálida y temerosa. Se dice que Durufle se ha puesto furioso porque la reputación del convento está en juego. Amenaza con retirar su mecenazgo y, así, obligar a que cierren las puertas del convento.

De todas formas, la peor noticia es que no viene solo. Lo acompaña el obispo Garamond, que tiene autoridad para ejecutar la voluntad de Durufle, sea cual sea.

## Capítulo 45

No podemos reconfortarnos ni darnos seguridad con palabras puesto que la madre Ermentrude ha ordenado silencio y oración solitaria. «Líbranos del mal, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Mi mente pronuncia constantemente esta súplica, como si pudiera evitar que vinieran el conde y el obispo. Cuando me duermo, mis sueños son una mezcla de todos mis temores. Edmund me persigue con una daga en la mano. Noto su cálido aliento en el cuello y sus manos en los pechos, pero tengo los pies encadenados a unas pesadas rocas y no me puedo mover. Un frasco de cristal se hace añicos en el suelo y esparce abundante sangre que forma la imagen de una calavera sonriente. Un tapiz que cuelga de una pared se infla como si un fuerte viento lo moviera, y desde detrás se escurre una criatura con el rostro de mi padre. La voz de Hamlet grita: «¿Qué es eso, una rata?», y su risa hace eco en una gran habitación. Entonces, las campanas de la capilla me despiertan, pero estar en Saint-Émilion no me proporciona ningún alivio. Este refugio se ha convertido de golpe en una prisión donde espero el juicio que quizá no me condene solo a mí, sino también a la madre Ermentrude y a todas las hermanas.

Cuando el pálido pero desafiante sol ha dispersado la neblina gris de la mañana, llegan el conde Durufle y el obispo. Oigo el repiqueteo de los cascos de los caballos, pero no tengo la fuerza ni la voluntad suficientes para mirar por la ventana. No se harán las habituales ceremonias de una visita episcopal, ya que no se trata de una ocasión para festejar. El convento está sumergido en un silencio pesado, más temeroso que piadoso.

Me duele pensar que he traído la vergüenza al lugar que me ha dado protección y que quizá Saint-Émilion esté acabado por culpa de mis inconscientes actos. Yo misma me someteré a la misericordia del obispo e insistiré en que estoy libre de pecado. ¿Me obligarán a revelar mi historia? ¿Adónde iré si el obispo le ordena a la madre Ermentrude que me eche? En mi estado y con este frío, seguro que mi destino sería la muerte. El cuchillo violento, las aguas y el ahogamiento, el veneno, la fiebre... Lo desafié todo al escapar de Elsinor. ¿Acaso la muerte vengativa me quitará la vida y también la de mi hijo?

Isabel interrumpe mis oscuros pensamientos para acompañarme a la sala capitular, donde el obispo me interrogará. Me invade un gran pesar al pensar que puedo perder a esta amiga.

—Querida Isabel, siento todo este asunto. Intentaré...

—¡Chiss! No temas. El obispo es un buen hombre, solo tienes que comportarte con humildad. Pero ten cuidado con Durufle porque es quien tiene el poder. Recuerda el salmo: «Nuestro Señor levanta a los heridos. Recibirá a los desconocidos, los huérfanos y las viudas». ¿Acaso hay alguna promesa más cierta que esa? —me dice, e impaciente por consolarme, me agarra la mano.

Incluso Margarita tiene la amabilidad de inclinar ligeramente la cabeza para mostrarme un poco de compasión cuando entro en la habitación donde la madre Ermentrude dirige los asuntos del convento desde una mesa llena de montones de libros y de pulcros manojos de papeles. Los paneles que me rodean están tallados con figuras de ángeles y de apóstoles. ¡Ojalá esas representaciones de madera cobraran vida e intercedieran en mi favor!

Margarita me sigue al interior de la habitación y toma asiento en un atril inclinado que hay cerca de la ventana. Evidentemente, como es la secretaria, debe anotar los procedimientos. ¡Cuánto desearía que ella no fuera testigo de mi vergüenza!

El obispo está sentado en una silla de roble con reposabrazos que parece un trono. La madre Ermentrude, de pie, se sitúa a su izquierda, y el conde Durufle, a su derecha. El conde tiene unos rasgos afilados, y su nariz parece el pico de un halcón. Sus ojos negros me abordan como si yo fuera el mismísimo diablo. Viste un severo jubón de satén negro y unos calzones. La pluma que lleva en el sombrero es la única cosa de él que no es rígida y tiembla con cada uno de sus movimientos. Tiene las piernas cortas y encorvadas y no es mucho más alto que yo.

La madre Ermentrude tiene las manos unidas, y su rostro no revela qué está pensando. ¿Seguirá siendo mi mentora en este asunto, o el deber y la obediencia harán que se ponga del lado del obispo? Decido que es mejor que me muerda la lengua antes que decir alguna mentira.

Echo una rápida ojeada al obispo Garamond. Sostiene su mitra en el regazo y tiene descubierta la cabeza, llena de pelo fino y plateado. Su báculo está apoyado en el sillón. Lleva una capa pluvial de color escarlata con las mangas forradas de piel. Me acuerdo de mí misma y me arrodillo para besarle el pesado anillo con pedrería que le aprieta el carnosos dedo. No me atrevo a mirarlo a la cara.

—¿Cómo te llamas, hija?

—Me llaman Ofelia.

—Por su vestido, podéis ver que no ha profesado ningún voto —remarca la Madre. Luego me toca la cabeza para señalar que llevo una simple cofia. Las monjas llevan velos largos.

Pero el obispo Garamond no me mira a la cara.

—Por su figura, puedo ver que, sin duda, su parto es inminente —dice frunciendo el ceño con aire pensativo—. ¿Cuándo llegó aquí?

Sé lo que está pensando: hay conventos donde se admite como invitados a los hombres —incluso a monjes y sacerdotes—, y las monjas no son castas.

Sin dudar, la madre Ermentrude contesta:

—A finales de octubre. En la festividad de san Simón y san Judas. —Me parece oír una nota de indignación en su voz.

Estamos a finales de marzo. Así que el obispo debe saber que la concepción de mi hijo no ocurrió en Saint-Émilion.

—¡Ha estado con las monjas durante meses, mostrando la evidencia de su vil prostitución! —dice Durufle con un disgusto evidente.

La furia reprimida hace que me arda la cara. Aunque me lo haya propuesto, no puedo permanecer callada.

—No soy una prostituta, señorita, sino una mujer honesta. Mi marido está muerto.

Miro a la madre Ermentrude para ver si me cree. Pero ella se limita a fruncir ligeramente el ceño como advertencia, ya que conoce mi tendencia a hablar apasionadamente. No volveré a decepcionarla.

—¡Ja! ¿Qué iba a decir, si no? —vocifera Durufle con burlona incredulidad—. Entonces ¿quién era tu marido, muchacha?

¡No le contaría mi historia de amor a este demonio sin corazón aunque me presionara los pulgares y me amenazara con arrancarme las extremidades en una gran rueda!

—No os lo diré.

—¿Lo veis? Sin duda está mintiendo —exclama Durufle.

La madre Ermentrude fulmina al conde con la mirada, mostrando una gran aversión, y el obispo Garamond levanta la mano para silenciarlo.

—¿Ha confesado sus pecados y se arrepiente de ellos? —pregunta.

—Eso, su excelencia, es cosa de su conciencia —le contesta la Madre.

No le he confesado mis pecados al padre Alphonse, y la madre Ermentrude lo sabe. Ella conoce mi corazón y sus luchas. La Madre tendría que ser mi confesora, no el sacerdote. ¿Por qué no se lo conté todo cuando ella me quería escuchar abiertamente y con indulgencia?

El obispo me mira dándose golpecitos en la mejilla con un dedo.

—¿Cuál es su rutina de vida aquí? —pregunta.

—Ofelia reza y comulga con nosotras y vive según las normas de la vida en comunidad. Es caritativa con todas, es humilde y siente amor por su trabajo —dice la Madre.

—¿Cómo podéis estar segura de que no os miente? —interrumpe Durufle. Su expresión severa hace juego con su firme figura—. Seguro que se escapó de otro convento. Por eso no os cuenta de dónde viene ni cómo llegó a ese estado. Y tampoco os dice el nombre de su supuesto marido —escupe las palabras con sorna.

—Vino a nosotras débil y enferma en cuerpo y mente. Nos pidió protección. Nos trajo una generosa bolsa. Ahora trabaja entre nosotras como doctora y sanadora —dice la Madre como si le estuviera repitiendo un mensaje a un niño.

—Brujería, de eso podéis estar segura. Está claro que ella y la otra sirvienta, aquella vulgar lavandera, conspiran con alguna fuerza maligna —gruñe Durufle.

Debo hablar de nuevo, aunque mis palabras puedan ponerme en peligro.

—Thérèse ama a nuestro Señor de todo corazón. Sin embargo, está afectada por una enfermedad que la debilita y que yo trato con las plantas que nos proporciona nuestro Creador. Llamar brujería a eso es una ofensa al Señor —digo, y me tiembla todo el cuerpo por el esfuerzo de hablar. La madre Ermentrude me presiona el hombro, ya sea para calmarme o para pedirme que me calle.

—Ya veo que es apasionada por naturaleza. Sin duda sigue mintiendo —insiste Durufle—. Como mujer malvada que es, debe ser expulsada.

—Tanto la ley de Cristo como la regla de san Benito nos exigen que le demos cobijo —dice el obispo Garamond—. Pero no nos permiten condonar la inmoralidad...

—Más bien debe condenarla, su excelencia —lo interrumpe Durufle. Su rabia hace temblar la pluma que lleva en el sombrero—. La maldad es contagiosa y se propaga con el contacto. ¡Erradicadla de raíz, desde su origen! —Da un golpe con el pie para enfatizar sus palabras y después añade en voz baja y melosa—: Este repugnante asunto pone en entredicho el buen nombre de mi familia. Ya os digo que es un mal presagio para este convento.

El obispo permanece en silencio, quizá esté reflexionando sobre esa amenaza. Me atrevo a mirarlo a la cara, incluso a los ojos. Son grises y turbulentos, como el oscuro cielo en un día nublado, pero en absoluto crueles. En medio del silencio, oigo cómo la pluma de Margarita rasca el papel.

—Dime de dónde vienes y cuál es la identidad del padre de tu hijo —me ordena con suavidad.

Todos esperan mi respuesta. Cesa el sonido de la pluma de Margarita. Ella también aguarda.

Isabel me ha dicho que el obispo es un buen hombre. Cuando ella tomó los hábitos, él presidió la ceremonia, y como un padre cariñoso, la entregó a su matrimonio con Cristo. Si no puedo confiar en ese obispo aparentemente amable, ¿en qué hombre puedo hacerlo?

—No os pasará nada malo ni a ti ni a tu hijo. Habla —me insta de nuevo.

¿Cómo me promete tal cosa? Nadie en la Tierra puede garantizarnos seguridad. Aunque Claudio ya no pueda hacerme nada, quizá Edmund esté todavía vivo. Además, es imposible que el rey Fortimbrás sea un aliado para mí ni para mi hijo. Pero, sobre todo, no confío en el poderoso y vengativo Durufle.

Le ofrezco al obispo una respuesta de un salmo que seguro conoce:

—Ya no pondré mi confianza en los príncipes —me limito a decir.

Me invade una extraña sensación, y lo veo todo negro. Me tambaleo y caigo de rodillas sin poder evitarlo. ¿Acaso Dios me está atormentando por haber desafiado a su representante?

El obispo Garamond suspira con fuerza. Durufle produce un sonido como el rechinar de dientes. La Madre se acerca a mí y sus fuertes brazos evitan que caiga de bruces.

Al cabo de un momento, el obispo Garamond anuncia:

—Se quedará con vosotras hasta que haya dado a luz. Mientras tanto, investigaremos y descubriremos la verdad. —Parece cansado.

—Debo protestar, ilustrísimo... —sisea Durufle, pero el obispo lo corta golpeando su báculo para dar por terminada su sentencia.

Lo golpea una, dos y tres veces. El sonido resuena con fuerza en las paredes de paneles de madera. Entonces noto en la cabeza la mano del obispo, que murmura una plegaria en latín. Con la ayuda de la madre Ermentrude, me levanto para irme, pero un fuerte dolor se me aferra al vientre, y grito pidiendo ayuda.

## Capítulo 46

La oscuridad se arremolina sobre mí como si fuera agua. El dolor me atenaza el vientre y hace que me quede sin respiración. Cuando el dolor afloja, trago aire, ávida de vivir. Entonces el peso de todos mis sufrimientos hunde de nuevo mi cuerpo, y el agua me cubre la cara y se filtra dentro de mí. Doy débiles patadas a mi ropa, que es como una resistente mortaja.

Algunos fragmentos de salmos flotan en la superficie de mi mente. «Sálvame, oh, Dios, porque he llegado a lo profundo de las aguas, y la corriente me anega.» Los dolores me invaden una y otra vez, aumentan como pecados y me perforan como espadas. El olvido se abre ante mí como un oscuro abismo, y yo estoy demasiado débil para dar un paso atrás desde su borde.

«No permitas que me trague el abismo ni que el foso cierre sus fauces sobre mí.»

Veo un fuego encendido que me calienta la piel. ¡Que no me reclamen ahora la muerte y el pecado! Me agarro con firmeza a la vida, aunque se me doble el cuerpo, se me retuerza y se me arquee como si fuera a romperse. Estoy sangrando. Unas voces me llaman y me susurran con suavidad. Los muertos, como en una procesión de máscaras, me hacen señas para que me una a ellos.

Entonces unas manos fuertes me sacan del agua. Me levantan de una tumba de tierra. Como Lázaro, he vuelto a nacer. Extraen de las garras de mi cuerpo a un bebé empapado y resbaladizo, que renuncia a mi oscuridad y escoge la luz.

«También mi carne reposará segura, ya que no me abandonarás en la tumba.»

Se han disipado los fantasmas. La muerte ha sido vencida de nuevo. La riada ha retrocedido, y ahora es solo el sudor salado lo que me gotea por la cara y me entra en la boca. Isabel me deja en los brazos a un niño muy pequeño, que da sus propias bocanadas de aire con vigoroso llanto. Está envuelto en ropa limpia y huele a pureza.

Ella y Angelina se inclinan sobre mí como si fueran ángeles cubiertos de alegría humana.

—Las criaturas son una herencia del Señor, y el fruto del útero es un regalo —dice Angelina. Tiene el rostro bañado en sudor, pero su sonrisa me dice que todo está bien.

He dado a luz al bebé en un jergón situado en la panadería ya que es el sitio más cálido del convento. Han avivado los fuegos y han abierto los hornos para que el calor se dispersara.

—Angelina, tráeme mi pequeño botiquín y mi bolsa de hierbas. Ponerme una cataplasma caliente en el vientre me ayudará a contraer el útero, y el perejil expulsará la placenta.

—¿No dije que pronto volvería a hablar de su trabajo? —dice Angelina riendo mientras se dispone a hacer lo que le he pedido.

La madre Ermentrude entra en la habitación y se arrodilla frente a mi jergón; ese es un gesto de

humildad que contradice su autoridad. Parece cansada. Margarita está de pie detrás de ella.

—Hemos rezado durante estos dos días y ahora agradecemos a Dios que hayas tenido un parto seguro —dice la Madre, y me coge la mano.

Veo que las lágrimas asoman a sus ojos. El contacto con ella me mueve a decir la verdad por fin.

—Siento haberos engañado con esto. Quería decíroslo, pero temía que me echarais. ¿Me perdonáis?

—Chiss. No pasa nada, Ofelia —murmura, me arregla el pelo húmedo que se me pega a la cara y toca la frente de mi bebé.

—Nunca he conocido los cuidados de una madre —susurro—. No sé cómo ser madre. —Justo cuando digo eso, me doy cuenta de que ya no es verdad.

—No temas —dice la madre Ermentrude—. Piensa en Nuestra Señora, la madre del bello amor, del conocimiento y de la santa esperanza.

—No, pensaré en vos —le digo a la mujer que está arrodillada a mi lado como lo haría mi propia madre—. Sois una madre cariñosa para muchas hijas. Mirad lo mucho que os quieren, igual que yo.

Al oír eso, la madre Ermentrude esboza una sonrisa tan amplia que casi le desaparecen los ojos entre los pliegues y las arrugas de la cara.

Miro al bebé acunado en mis brazos. Su boca es una O perfecta, como la de un pequeño corista cantándole alabanzas a Dios. Sé que lo amaré de forma irracional. Seguro que eso es lo que sintió Gertrudis al ver a Hamlet recién nacido y lo que sintió mi madre al sostenerme en brazos antes de morir. Me viene el siguiente pensamiento a la cabeza: «Así, esto es el fruto de todo. No se trata del castigo de la muerte, sino del regalo de la vida».

La fuerza y el coraje me recorren el cuerpo como si fuera sangre renovada. Ahora, la pesada carga que he llevado durante tanto tiempo se eleva desde mi alma. Ya no tengo miedo cuando abro la boca y confieso:

—Mi hijo se llama Hamlet, como su padre, y es príncipe de Dinamarca.

## Capítulo 47

Estamos en abril, y las suaves lloviznas bañan todas las raíces y brotes crecientes de la naturaleza. Los narcisos amarillos florecen, y las florecillas en forma de copa de los azafranes extienden sus pintos mantos de blanco y púrpura. Mi hijo, Hamlet, es tan nuevo y está tan lleno de maravillas como la primavera. Isabel me dice que cuando las monjas supieron cómo se llamaba, lloraron de alegría y de sorpresa.

—¡No es un bebé cualquiera, sino un príncipe! ¡Será un portador de paz! —incluso exclamó la hermana Lucía.

Pronto la Madre informará al obispo de este nacimiento, y él decidirá cuál será nuestro futuro. Pero, por ahora, disfruto con Hamlet, y eso vence cualquier miedo.

Sin embargo, las alegrías terrenales se atemperan con la tristeza. Hace semanas que Thérèse está tan enferma que no puede ni levantarse de la cama. Mañana es la festividad de la resurrección de Cristo. Mientras las monjas asisten a la Vigilia Pascual en la capilla, yo llevo a cabo mi propia vigilia al lado de la cama de Thérèse. Ella ha perdido la cabeza y no me reconoce. Ahora, los contornos precisos del cráneo se le marcan con claridad a través de la piel del rostro presagiando la muerte. Murmura palabras incoherentes y tira de las sábanas con dedos finos y huesudos. Su cuerpo debilitado rechaza incluso cualquier gota de agua y la migaja de pan más diminuta.

La enfermedad de Thérèse oprime al convento como si fuera una pesada manta tendida sobre el suelo verde de la primavera. Aquellas a quienes les molestaba su piedad ahora se avergüenzan de haberle dado la espalda. En la cara ojerosa de la Madre puedo ver que se arrepiente de no haber defendido el deseo de Thérèse de convertirse en monja. La moribunda, aunque no pueda hablar ni sea consciente de nada, nos reprende a todas. El hecho de no poder conseguir que coma me llena de tristeza, aunque al mismo tiempo estoy feliz al ver que mi bebé engorda gracias a mi leche. Le he fallado a Thérèse, que fallecerá pronto.

Como si estuviera soñando despierta, oigo las voces de los ángeles. ¿Acaso los anfitriones del cielo vienen a buscar a mi paciente? Abro los ojos para ver que la vela ha expirado y que no queda ninguna luz que penetre en la oscuridad. Pero Thérèse todavía respira y duerme.

El canto empieza de nuevo, y me doy cuenta de que ha empezado la misa matutina de Pascua. Cojo al pequeño Hamlet de su cuna de junco. El cántico constante atrae hacia la capilla a mis agotados pasos, que se conocen el camino pese a la oscuridad. En la nave, hay muchos campesinos de pie o sentados en alfombras y bancos. Se han levantado de la cama antes del alba y han caminado en la oscuridad para presenciar este drama anual. En el santuario, las velas iluminan

los rostros solemnes de las monjas. Las cruces están cubiertas con telas negras para representar la muerte de Cristo. La audiencia espera expectante el gran drama.

Al fin, empieza el acto. La madre Ermentrude, con una capa pluvial verde de bordes dorados, manda a las tres Marías a visitar la tumba de Jesús, una piedra grande que han arrastrado hasta el interior del santuario. Las mujeres, representadas por Angelina, Margarita e Isabel, lamentan la muerte de su Salvador y, moviendo las manos, trazan pequeños arcos elocuentes en el aire mientras cantan. Entonces ven al ángel, representado por el hijo de un granjero, que viste una túnica cubierta de plumas de ganso. Lleva una caja ornamentada con pedrería, y cuando abre la tapa, alza la vista para dar a entender que la caja está vacía. Ellas se alegran de que su Señor haya resucitado y transmiten la noticia a las monjas que están sentadas en el coro.

Entonces entra el sacerdote del pueblo, vestido con una capa marrón y llevando una pala como nuestro ancestro Adán. Margarita, que representa a María Magdalena, cae de rodillas, ya que reconoce a Cristo resucitado. Su voz clara y dulce se eleva con alegría mientras le canta su amor.

Se trata de una obra muy distinta a las que vi en la corte de Elsinor. Aquí no hay nada fingido, ninguna acción es falsa o simulada. Las manos alzadas de las monjas, sus pasos solemnes y sus rostros resplandecientes transmiten esperanza y una fe sincera. Representan la verdad, una verdad que avergüenza a todas las mentiras y engaños humanos.

Ahora Hamlet empieza a llorar en mis brazos y forcejea con la ropa que lo envuelve. Me lo pongo en el pecho y lo cubro con mi manta. Ahí succiona con satisfacción, como una abeja en lo profundo de una flor.

Las monjas, cantando y portando velas, abandonan el coro y siguen al sacerdote hacia el sepulcro. El melancólico cántico se eleva desde el suelo. Entonces oigo aumentar una cadencia alegre que hace temblar los bancos, las paredes y las ventanas.

—*Christus resurgens*, Cristo ha resucitado—cantan las monjas, emergiendo de nuevo con velas en la nave—. Cristo ha conquistado la oscuridad y la muerte.

El sacerdote sujeta una bandeja de plata con un pan plano y redondo, el símbolo del cuerpo de Cristo. En ese momento, los rayos del amanecer alcanzan la roseta que hay encima del altar y bañan el santuario de luz azul, roja y dorada. El sol centellea sobre la plata y nos envía fragmentos de luz a la cara. La congregación jadea como si unos fuelles invisibles les insuflaran el aliento de la vida. Abrumada por el resplandor, me inclino y aprieto a Hamlet como si fuera Cristo en persona y como si todos mis amores perdidos me hubieran sido restituidos.

Cuando concluye la representación, la multitud vacía la capilla, y las monjas salen en una procesión silenciosa. Como no quiero perturbar el sueño de Hamlet, me quedo dentro. Los patrones cambiantes de luz me cautivan la mirada. Entonces, una fatiga muy profunda me invade, y tumbada en las esteras del suelo, caigo en un sueño sin sueños. Cuando vuelvo a abrir los ojos, tengo enfrente la carita solemne de Hamlet, y sus dedos están enredados en mi pelo. Eso me llena de esperanza y me da la seguridad de que Thérèse revivirá. En mi mente la veo sentada, bebiendo caldo con los ojos brillándole de nuevo.

Me dirijo con rapidez a la habitación de Thérèse llevando a Hamlet en su canasta. Ahí están reunidas las tres Marías. Isabel le lava la frente a Thérèse con una esponja, mientras Margarita sujeta una cuchara que no sirve para nada. Angelina, sentada en un taburete, reza. Thérèse sigue tumbada bajo la manta, tal como la había dejado.

—¿No se encuentra mejor? —pregunto consternada.

—He rezado para que ocurriera un milagro de Pascua —dice Isabel—, pero la voluntad de Dios es otra.

—Solo abre los ojos para llamar a Dios, como una niña perdida. No ve que estamos aquí —dice Margarita. Las lágrimas le brotan de los verdes ojos como si fueran hielo derretido por el sol.

Siento que mi reciente esperanza me ha traicionado. La amarga verdad es que Thérèse morirá, quizá en este día de Pascua.

—¿Por qué no la salva Dios? Hizo que su hijo, que estaba muerto, volviera a la vida. ¿Por qué no hace que esta mujer enferma se levante de la cama?

Miro a las hermanas a la cara, sin preocuparme de esconderles lo afligida que me siento. Ellas también están apenadas y no tienen respuestas para mí. Me hundo a los pies de la cama de Thérèse. Esta vez dirijo mis quejas al cielo:

—He intentado ayudarla, Dios, ¡pero Tú no me estás ayudando a mí!

Isabel se me acerca y me pone la mano en el hombro.

—No es culpa tuya, Ofelia —me dice.

—Quería verla recuperarse. Curarla a ella hubiera servido para reparar una promesa que rompí en el pasado. Abandoné a mi querida Elnora, que era una madre para mí. —Mis errores me pesan como si tuviera un yugo sobre los hombros. Pero debo deshacerme de esa carga y hacer todo lo que pueda—. Margarita, ve a buscar una almohada y mantas para ponérselas en la espalda. Tráeme mi caja de medicamentos y haz venir a la madre Ermentrude.

Margarita deja la cuchara y obedece sin preguntar nada. Últimamente, su actitud hacia mí ha cambiado radicalmente, de un desprecio piadoso a una sorprendida humildad. Es evidente que se ha convencido de que no soy una chica débil y pecadora, sino una viuda honesta y la madre de un príncipe.

Me inclino sobre Thérèse, le examino los ojos y la piel y le tomo el pulso.

—¿Has pensado en un nuevo remedio? ¿Algún licor que aún no hayas probado? —me pregunta Angelina con voz esperanzada.

—No, el tiempo para tales tratamientos ha pasado. No puedo curarla, pero creo que puedo aliviarle el dolor de la muerte.

Margarita regresa con la madre Ermentrude. Ella e Isabel levantan el frágil cuerpo de Thérèse y la sientan apoyándola en las mantas. Thérèse mueve la cabeza de un lado a otro, como un bebé hambriento o como un pájaro que quiere comer. La madre Ermentrude empieza a rezar y a toquetear sus abalorios.

No sé lo que estoy haciendo, solo actúo como si tuviera un objetivo. Vierto sobre un trapo un poco de aceite de romero impregnado con clavo. He leído que, a veces, su acritud restaura la memoria y el habla. Le mojo el rostro a Thérèse con el trapo.

Abre los párpados con un aleteo. Me ve y niega lentamente con la cabeza.

—Jesús, ven a mí —dice con voz débil y quejumbrosa—. ¿Por qué mi Señor ya no me visita? —Thérèse extiende sus manos sobre su hundido pecho.

—Por desgracia, ya no tiene la visión del niño Jesús lactante —susurra Angelina—. Está desesperada.

—No tengo nada para darte. Mira lo debilitada que estoy. Oh, Cristo, ten piedad de mí.

Sin pensar, me muevo por una voluntad ajena a la mía. Me doy la vuelta, y con un movimiento rápido, levanto al pequeño Hamlet de su canasto y lo desenvuelvo. Sus brazos y piernas, liberados de los pañales, golpean el aire. Sostengo al infante en vertical, frente a Thérèse. Él, con su cara sonrosada, abre los ojos de par en par y agita los puños.

Thérèse sonrío al ver al niño, y los ojos le brillan como lámparas resplandecientes que revelan su alma. Con una fuerza repentina, se inclina hacia delante, coge al niño con los brazos huesudos y se lo acerca para acunarlo. Las lágrimas brotan de sus ojos secos como el agua de una roca en el desierto.

—¡Es mi salvación! —exclama Thérèse. Acaricia la piel suave y cálida del bebé. Respira profundamente—. Huele a miel, a rosas y a leche —murmura con expresión de éxtasis.

Angelina, inspirada, empieza a recitar las palabras que pronunció el anciano Simeón cuando vio al niño Jesús.

—Ahora, Señor, conforme a tu palabra, ya puedes dejar que tu siervo muera en paz. Porque mis ojos han visto la salvación que has preparado ante todos los pueblos, que es una luz para iluminar a las naciones gloriosas...

Thérèse ha muerto antes de que Angelina termine. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, como la madona de un cuadro mirando a su hijo. Cuando levanto a mi bebé de sus flácidos brazos, estos le caen extendidos sobre el regazo, con las palmas hacia arriba.

Isabel y Margarita emiten un grito ahogado. La madre Ermentrude se santigua. Yo me quedo inmóvil y sin palabras, y Angelina se me agarra al brazo para sostenerse. Tenemos los ojos fijos en una visión asombrosa: unas gotas brillantes de sangre brotan en el centro de las manos de Thérèse.

## Capítulo 48

En el ocaso del día de Pascua, los extraños acontecimientos del día invaden mis pensamientos. Las monjas dicen que un milagro se ha manifestado en la muerte de Thérèse. Llamarlo así va más allá de mis débiles creencias. No obstante, no entiendo por qué ha aparecido sangre en las palmas de Thérèse. Pienso que quizá, sus propias uñas hayan perforado la piel. Aprieto las manos lo más fuerte que puedo y concluyo que es imposible, sobre todo teniendo en cuenta lo débil que estaba Thérèse. Sin embargo, seguro que tal corriente de sangre se debe a alguna maravilla de la naturaleza que los médicos ya habrán presenciado y sobre la que los filósofos ya habrán escrito. No dejaré de leer y de buscar una explicación que me lo aclare todo.

Me sorprende no estar desolada por la muerte de Thérèse, aunque en mi mente tenga la nítida imagen de su cuerpo sin vida. ¿Cómo voy a estar triste si ella ha muerto feliz? Por el contrario, me siento extrañamente tranquila. Empiezo a creer que Dios llama a su lado a aquellos afectados por la demencia. Quizá no los condene por tomarse su regalo de la vida tan a la ligera. Eso querría decir que mi marido, Hamlet, descansa en paz, y eso me reconforta. Ningún temor me preocupa, sino que la paz me envuelve.

La presión de una mano firme en el hombro me sobresalta y me saca de mi tranquilo estado. Es Margarita, que ha entrado a mi habitación tan sigilosamente como siempre. Lleva una cajita de escritura.

—He llamado, pero no me has oído. Te ruego que perdones mi intrusión. Lo que debo hacer no puede esperar —dice con voz serena e insistente a la vez. Debido a su posición, está acostumbrada a conseguir lo que quiere.

Lo primero que pienso es que el obispo ya está informado del nacimiento de Hamlet y ha tomado una decisión sobre mi futuro. No me había preparado para este día, pero no tengo miedo.

—¿Me echan de Saint-Émilion? ¿Debo prepararme para irme ahora? —le pregunto irguiéndome y apretando a Hamlet contra mí.

—No, no se trata de eso.

Estoy algo aliviada, pero sigo sintiendo curiosidad. Margarita espera a que la invite a sentarse. Inclino la cabeza en dirección al taburete para invitarla a usarlo. Cuando está instalada, abre la caja de escritura que tiene en el regazo. Los débiles rayos de sol caen sobre el objeto, y ella coge una pluma.

—Mi deber es anotar los acontecimientos de hoy y las declaraciones de los testimonios con el fin de escribir un informe para el obispo. Tengo que empezar hoy, mientras todavía tengáis la imagen fresca en la memoria. Pero mi verdadero objetivo es publicar la historia de Thérèse para

el mundo entero. Las maravillas que han ocurrido hoy harán que nuestro convento sea famoso en Francia y en toda la cristiandad —dice haciendo un gran movimiento circular con el brazo. Los ojos le brillan de entusiasmo.

—Ah, una nueva historia para tu catálogo de santos y pecadores. ¿Cuál será la moraleja de este relato?

—Por favor, no te burles de mí, Ofelia —dice Margarita dirigiéndose a mí con su antigua actitud altanera—. Hoy hemos presenciado un milagro. Porque, aunque el muerto no haya sido devuelto a la vida, mi propio corazón de piedra se ha ablandado y se ha convertido en una cama para recibir la gracia de Dios. Tal vez otros adquieran una fe más auténtica al oír cómo ha sido la piadosa muerte de Thérèse.

Su evidente sinceridad hace que me arrepienta de mis palabras, tan ligeras.

—Es obvio que han ocurrido muchas cosas extrañas en este día de Pascua. Pero dudo que pueda ayudarte porque no entiendo el significado de todo esto.

—¿Qué hay que entender? Un milagro debe ser siempre un misterio —dice con simplicidad.

—No creo en milagros. Pero es cierto que existen cosas... acontecimientos y seres que quizá... se encuentren más allá de la razón —digo poniendo con dificultad mis pensamientos en palabras—. Sin embargo, aunque nuestra facultad de razonar pueda ser débil, pocas veces desciende hasta llegar a la locura. —Sacudo la cabeza, preguntándome qué es lo que infundió tal aflicción en Hamlet y en Thérèse—. Quizá solo algunos tipos de demencia provienen de una mente enferma, mientras que otros tipos pueden tener un origen divino.

—¿Debo escribir que Thérèse estaba loca? —me pregunta Margarita evidentemente consternada.

—No, eso apenas lo resume.

Creo que tampoco sintetiza el caso de Hamlet. Apoyo la barbilla en las manos y sigo reflexionando. El silencio crece hasta que Margarita lo rompe con palabras impacientes.

—Venga, Ofelia, no puedo contar la historia sin tu ayuda. Para empezar, debo describir los remedios que usaste para tratar a Thérèse. A esto le seguirá la explicación de vuestra amistad, ya que eres la única que la tratabas con verdadera caridad. Me arrepiento de no haberlo hecho yo —dice Margarita mirando hacia abajo y a un lado. Es un movimiento falsamente modesto que ya había visto hacer a las damas de la corte, aunque ella me transmite humildad.

—Enseguida. Pero antes debes saber que no actué meramente por caridad. Quería curar a Thérèse para demostrar mis conocimientos. Quería engañar a la muerte. —Resulta fácil admitir ahora mis errores, incluso ante esta hermana orgullosa, pues he dejado de temer las consecuencias de decir la verdad—. Margarita, antes de escapar de Dinamarca, bebí veneno, casi me ahogué y fui enterrada viva. No es mentira, es la verdad —le digo, y veo que abre los ojos como platos—. Te lo cuento por la razón siguiente: estaba tan desesperada por permanecer con vida que no podía soportar que Thérèse eligiera morir. Intenté imponerle mi propia voluntad, desafié sus deseos y

quizá también los de Dios. Confieso que siempre he tenido la costumbre de desobedecer —digo sonriendo con ironía—. Seguro que nada de esto encaja con tu relato sagrado.

Margarita sostiene la pluma sin moverla. Me alivia ver que no ha escrito nada de lo que le he dicho.

—No hiciste mal al intentar salvar su vida —dice con suavidad.

—¡Pero fracasé! —digo, sintiéndome de nuevo decepcionada por no haber sido capaz de curar a Thérèse—. ¡De hecho, he sido incapaz de preservar la vida de cualquier persona que haya amado! —Me doy cuenta de que le he dado voz a la esencia de mi soledad. Las lágrimas me brotan de los ojos como una repentina llovizna y caen sobre mi hijo dormido, al que abrazo fuerte contra mi pecho—. Ahora daría mi propia vida para preservar la suya —digo entre sollozos.

—¡Eso es, Ofelia! ¡El milagro de la salvación! —Los ojos de Margarita brillan de emoción.

—¿Qué es lo que he dicho? ¿A qué te refieres?

—Cristo nos dio su vida para redimirnos. Hoy hemos visto la sangre de Cristo en las manos de Thérèse. Es la señal de que estás perdonada y de que yo también lo estoy. Ahora deseas dar tu vida por los demás. ¡Ese es el milagro de la salvación! Eso es lo que escribiré. —Muy emocionada, sumerge la pluma en la tinta y empieza a escribir con rapidez.

Sus palabras me dejan aturdida. La idea de que yo haya sido perdonada con la muerte de Thérèse viene a mí como una marea, me eleva con su suave fuerza y me lleva a la sólida orilla. Veo que mis pesares empiezan a hundirse entre las olas, y yo cabalgo esperanzada sobre su cresta.

La pluma de Margarita ha dejado de rascar el papel. Veo que tiene la mirada clavada en la pared, como si se mirara en un espejo que reflejara su interior. Deseo saber qué es lo que piensa, el porqué de su actitud hacia mí. ¿Cómo puede ser que ella, a quien una vez odié, escuche ahora mis pecados sin juzgarme e incluso me convenza de que he formado parte del milagro?

—Has dicho que la muerte de Thérèse te ha cambiado el corazón —empiezo a decir—, pero ya habías cambiado con anterioridad. Antes me desdeñabas porque me considerabas una pecadora. Desde que nació Hamlet, ya no has sido cruel conmigo, sino que has endulzado tu actitud, incluso has estado amable. ¿Por qué?

Margarita se agarra a su pluma, y nuestros ojos se encuentran por un momento. Veo angustia en los suyos antes de que aparte la mirada. Frunce su frente de marfil, que forma delicadas líneas.

—¿Debo confesar que fui orgullosa y vanidosa y que me dejé llevar por falsos prejuicios? Dios ya lo sabe, y tú también —me dice.

—No, yo no soy un sacerdote que quiera escuchar tus pecados. Lo que anhelo es conocer tu historia. ¿Me la puedes contar?

Margarita sacude la cabeza.

—Mi objetivo es escribir la historia de Thérèse, y tú me estás distrayendo —replica en tono autoritario.

—Te ayudaré a realizar esa tarea. Pero antes, necesito que me expliques una historia porque estoy de humor para escuchar una —digo con una sonrisa, intentando engatusarla para que me

cuenta su relato.

—Sé lo que intentas —me dice recelosa y mirándome de reojo—, pero no estoy acostumbrada a hablar de mí con nadie. Al igual que tú, oculto mi pasado. Ni siquiera la madre Ermentrude lo sabe todo.

—Seamos justas. Conoces mis secretos, deja que yo conozca los tuyos. Si los compartes conmigo, la carga se hará menos pesada. —Siento que su muro defensivo empieza a desmoronarse—. Tienes que confiar en mí, de verdad.

Margarita suspira profundamente y entonces empieza a hablar.

—Una de las razones por las que soy tan orgullosa es que soy la hija de un príncipe de Suecia —dice dejando su pluma—. Me llamaba Margrethe. Crecí en la corte del rey hasta llegar casi a la edad adulta. Entonces mi padre murió, y mi madre enfermó de pena. Sucedió que mi tío, el rey, me prometió en matrimonio. Su propósito era aumentar las riquezas de Suecia, pero además quería que me casara con un hombre noble, pues dijo que deseaba que yo fuera feliz.

El único sonido de la habitación es el que hace el pequeño Hamlet al chuparse el puño. Suenan las campanas de la capilla para llamarnos a la misa vespertina, pero ni Margarita ni yo nos movemos.

—Tuve muchos pretendientes, todos escogidos por mi tío. Algunos no hablaban mi lengua. Otros tenían el pelo canoso debido a la edad, y yo lloraba ante la posibilidad de verme atada en matrimonio a un anciano. Un día vino a la corte un príncipe joven y vigoroso, lo que lo convertía en un pretendiente válido. Era guapo y ambicioso, un buen partido para Suecia. Lo favorecí porque tenía mucha labia y porque alabó mi belleza y me persuadió para que le otorgara ciertos favores. Cuando ya había conquistado una parte de mí, me presionó para poseerme por completo. Como me negué, se puso furioso y me dijo que pronto mi cuerpo sería suyo, y me amenazó con que no se casaría conmigo si ponía mi virginidad por encima de su mandato. Aun así, lo rechacé. —Al recordarlo todo, las lágrimas brotan de los ojos de Margarita. Se las seca con un pañuelo que se saca de la manga—. Creía que lo amaba, pero empecé a dudar de que fuera un marido digno. Entonces... No soporto hablar de ello —susurra—. Tengo miedo.

—Venga, sé valiente. —Le quito la caja de escritura del regazo y le cojo la mano.

—Un día me asaltó como si yo fuera un trozo de tierra que invadir y del que apoderarse. Luché para repelerlo, y él estuvo a punto de vencerme, pero por suerte un sirviente me oyó gritar y nos descubrió. Denuncié al príncipe frente al rey, pero él negó su crimen y, en su lugar, puso en duda mi virtud. Me llamó ramera y me rechazó.

—¡Al diablo con él, esté donde esté! —grito al recordar las palabras similares de Hamlet—. ¿Por qué esos hombres orgullosos arrojan sobre nosotras sus pecados? Prosigue...

Pero Margarita no necesita que la inste a seguir, ya que está absorta en contar su historia.

—Cuando el príncipe se negó a casarse conmigo, el rey se enfadó por haber perdido la alianza que tanto deseaba. Mi reputación estaba arruinada, y no era digna de casarme con ningún hombre, fuera del rango que fuera. Mi tío se olvidó de su preocupación por hacerme feliz y me mandó a

este convento, que escogió por su discreción. No me dijo nada sobre la muerte de mi madre hasta al cabo de varios meses. —Suspira, pero ya ha dejado de llorar.

Pienso que la historia de Margarita sería muy adecuada para un libro de amor triste y me acuerdo de lo que yo disfrutaba con tales relatos.

—¿Cuándo ocurrieron esos acontecimientos? —le pregunto.

—Hará unos cinco años que llegué aquí, fingiendo ser una postulante devota que había venido por propia voluntad. Aquí he conservado mi pureza de doncella como mi mejor virtud, ya que la preservé del mal y es todo cuanto me queda. —Extiende las manos vacías y las observa.

Tengo una pregunta más que hacerle para saber cuál es la pieza final del rompecabezas de su vida.

—Margarita, ¿quién era ese vil príncipe y qué fue de él?

Margarita me mira a los ojos. Tiene un rostro sincero e inocente, y su belleza es pura. Sin parpadear, me responde:

—Era Fortimbrás, el príncipe de Noruega. —Me llevo las manos a la cara, y se me escapa un grito—. Sí, el mismo que ahora gobierna en tu Dinamarca —dice con tristeza—. Cuando llegaste, vi las monedas danesas en tu bolsa y oí que hablabas con el acento de las lenguas nórdicas. Levanté la guardia para protegerme de ti porque no sabía cuál era tu propósito al venir aquí ni tu lealtad hacia aquellos reinos.

—¿Por qué contaste el relato de Agnes? ¿Lo hiciste para asustarme?

—Sospechaba que estabas embarazada, pues se rumoreaba entre nosotras. Estaba celosa porque las hermanas te recibieron con los brazos abiertos, mientras que yo nunca he tenido amigas aquí. —Lo único que hago es sacudir la cabeza porque me siento abrumada por sus revelaciones—. Por favor, Ofelia, ¿me perdonas por haber sido injusta y cruel? —me pregunta, no en tono suplicante, sino con noble dignidad—. Ahora me doy cuenta de que la virginidad no es la mayor cualidad de una mujer.

—No hace falta que digas más, ya te he perdonado.

Levanto la mano para silenciarla. Reflexiono sobre estas extrañas coincidencias: que Fortimbrás de Noruega sea tanto el agresor de Margarita como el invasor de Dinamarca, y que ella y yo nos hayamos descubierto la una a la otra. Tal vez no se trate de una casualidad, sino del trabajo de una divinidad que guía nuestros pasos desconocidos hacia un destino ya decretado.

El pequeño Hamlet empieza a alborotarse, y yo lo levanto y lo mezo de un lado a otro. El movimiento también calma mi turbada alma. Margarita sonrío y alarga el brazo para cogerle los finos deditos. El rostro se le suaviza con una bondad que resalta su belleza.

—Ahora tengo motivos para esperar que, algún día, Fortimbrás tenga que enfrentarse a la Justicia —dice—. El salmista escribe: «Como flechas en la mano del guerrero, así son los hijos de la juventud». Quizá sea tu hijo quien provoque su ruina.

—Nunca volveré a Dinamarca a vivir bajo el yugo de otro tirano que no dudaría en matar a mi Hamlet. —Me inclino sobre mi bebé y le beso la mejilla regordeta—. Tú no ambicionas ninguna

corona, ¿verdad, mi amor? —le murmuro—. No, Margarita, acepto este exilio porque deseo vivir en paz. ¿Volverás tú a tu casa?

—¿A mi casa? Ahora, esta es mi casa. Me quedaré aquí para escribir sobre Thérèse.

Vuelvo a dejar a Hamlet. Entonces cojo la caja de escritura de Margarita, se la pongo en el regazo y le doy la pluma.

—También tienes que contar tu propia historia, Margarita. Debes escribirla sin falta.

## Epílogo

*Saint-Émilion, Francia*

*Mayo de 1605*

El pequeño Hamlet es un niño vivaz con el pelo oscuro de su padre y los ojos grises de Gertrudis. Le encanta cavar en la tierra y coger flores silvestres, y yo ayudo a sus regordetes dedos a entrelazarlas. Con tres años, parlotea como lo hacía mi padre, aunque escucho cada una de las palabras ceceantes que dice. Le busco en el rostro alguna señal de mí misma, pero no tiene ninguno de mis rasgos. Le he dado todo mi afecto, que brota de mí como el agua de una fuente.

Mi Hamlet es un principito en este reino de mujeres. Las monjas ancianas ríen, y los ojos les bailan al inclinarse para recibir una guirnalda de margaritas o de prímulas de la mano de mi hijo. Isabel quiere al niño casi tanto como yo, y él nos toma por hermanas. Como no hay otros niños con los que jugar, se hace amigo de los conejos salvajes, a los que ofrece comida y acaricia el pelaje hasta que puede tocarles la movediza nariz.

Desde que Hamlet nació, hemos vivido en una cabaña de piedra cercana a la reja del convento. Me encargo de las tareas del administrador, que fue despedido después de la muerte del conde Durufle. Se descubrió que el puritano conde tenía sífilis desde hacía tiempo. Después de su muerte, el hermano de la madre Ermentrude, un noble virtuoso, consiguió el favor del obispo Garamond. Ahora, Saint-Émilion es un lugar seguro bajo su mecenazgo, y el convento prospera gracias a mis negocios con los comerciantes locales y los granjeros, así que la madre Ermentrude y el obispo están contentos. Cuando la madre Ermentrude intentó devolverme el dinero de Gertrudis, hice que se lo quedara como pago por haberme salvado, ya que fue ella quien mantuvo unidos mi cuerpo y mi alma. A cambio, la Madre montó la botica que ahora uso y la equipó con todos los instrumentos propios de la ciencia que se conoce a día de hoy en Francia. Saco un poco de provecho de mi trabajo y ahorro esas nuevas riquezas para cuando llegue el día en que quizá tenga que abandonar Saint-Émilion y buscar otro camino.

Recordar a Thérèse hace que no sea demasiado vanidosa respecto a mis habilidades, aunque mi reputación como sanadora va creciendo. No solo me ocupo de las enfermedades de las monjas, sino que los campesinos y la gente del pueblo pagan por mis servicios, y los pobres los obtienen de forma gratuita. Pronto necesitaré un aprendiz y también un jardinero, ya que mi huerto florece como el Edén. Es un jardín digno de Mechtild, repleto de hierbas comunes y de plantas exóticas, y sus dimensiones crecen cada año.

Visito a menudo la parcela de Thérèse en el cementerio de la capilla. Es un santuario para la

gente del pueblo y está siempre fragante debido a sus ofrendas. Añado ramos de aguileñas, hinojo y margaritas de mi jardín. He plantado un arbusto de romero en su tumba, y resulta ser tan duradero como un árbol de hoja perenne.

A pesar de estudiar filosofía y medicina durante tres años, no he descubierto una causa natural que explique por qué a Thérèse le sangraron las manos cuando murió. Es uno de los muchos misterios del cuerpo que los estudios de anatomía buscan despejar. Espero escribir un día un compendio de todas mis curas, incluidas las que me enseñó Elnora. Incluiré un ensayo sobre cómo la mente puede ayudar —o resistirse— a que el cuerpo esté sano. La madre Ermentrude es una patrona generosa y me ha abierto el acceso a todos los libros de la biblioteca del convento. Algunos días comparto escritorio con Margarita, que trabaja devotamente en un libro al que llama *Vidas verdaderas de mujeres devotas*. Le digo que si no incluye la historia de su propia vida, seré yo quien la escriba en su lugar. Yo compruebo que su libro progresa, y Margarita, a su vez, se asegura de que mi fe infantil también prospere. Le digo que profeso la bondad y la compasión de Dios, pero que, por encima de todo, amo su maravillosa creación: mi hijo. Ella ha hecho las paces con su pasado, y yo también estoy en paz con el mío.

Cuando Hamlet nació, y yo revelé el nombre de su padre, el obispo Garamond creyó mi afirmación de que había huido de Dinamarca para protegernos a mi hijo y a mí. Poco después de la tragedia ocurrida en Elsinor, las noticias llegaron a Francia, acompañadas del rumor de que había un heredero de la realeza escondido. El obispo no se lo creyó, ya que tales historias siempre van unidas a la caída de un reino. Pero Margarita respondió por mí, Isabel ofreció su testimonio, y yo mostré la carta de Horacio. El obispo me reconoció como viuda y me permitió quedarme en el convento. Ahora se ha convertido en el protector del joven Hamlet y ha prometido darle una buena educación. Margarita me advierte de que algún día, Garamond usará a mi hijo para satisfacer sus planes políticos, ya que todos los eclesiásticos anhelan tener un imperio. Le contesto que por ahora confiaré en su amabilidad, ya que debo vivir en el presente, donde Hamlet juega con toda la inocencia de la infancia. Algún día de un futuro lejano, mi hijo se enterará de los nefastos crímenes ocurridos en Dinamarca, de la venganza que se desató y de su trágico final. Cuando le cuente que su padre acabó loco, que su madre sufrió y que ambos vivieron un amor desafortunado, ¿qué hará con ese relato increíble pero verdadero?

Estoy contenta de que mi historia termine aquí. Pero, mientras vivamos, no hay finales.

Ahora estamos en el mes mayo, que marca el fin de la primavera y promete un verano abundante y fructífero. Estoy trabajando en el jardín después de la lluvia, moviendo plantones tiernos. Agradezco que las nubes impidan al sol marchitar sus hojas antes de que arraiguen y continúen creciendo. Me he atado la falda entre las piernas como si fuera un pantalón para evitar arrastrarla por el suelo. Disfruto del tacto de la tierra suave y húmeda bajo los pies descalzos. Llevo el pelo, largo de nuevo, cubierto descuidadamente con una toca.

Hamlet está durmiendo la siesta en la cabaña. Me detengo un momento y me apoyo en la pala, imaginándome su cara dormida, esas pestañas que le rozan los mofletes y esa boca roja que se

arquea como el arco de Cupido. Entonces, un movimiento repentino me llama la atención y me saca de mi ensoñación. Veo a Isabel alejándose con pasos rápidos del lado más alejado de mi jardín. Es muy raro que no se detenga para saludarme y pasar un tiempo hablando. No es propio de ella ser furtiva. Se lo preguntaré más tarde y le sonsacaré la causa de su actitud.

Entonces veo una figura que me resulta familiar apoyada en un árbol cercano al lugar donde las amapolas muestran sus caras resplandecientes. No se trata de una hermana ataviada con el hábito del convento. ¿Qué hace un hombre entre estas paredes? Es alto y un poco encorvado. Cuando sale de las sombras a la luz, vislumbro el pelo rojo. Dejo caer la pala y grito:

—¿Horacio?

Jamás me he sentido tan feliz de ver a un hombre o a una mujer. Me olvido del decoro, salto por el suelo húmedo sin pensar en los plantones que hay bajo mis pies y me pongo de puntillas para abrazarlo. Noto sus brazos a mi alrededor y disfruto de su fuerza durante un momento antes de apartarme.

Veo que tiene lágrimas en los ojos, pero sus palabras son desenfadadas:

—Cuando me despedí de vos, Ofelia, también ibais vestida como un chico —dice señalando mi pantalón improvisado.

Avergonzada por mi aspecto, me desanudo la falda para que sus pliegues me cubran las piernas y me escondan los embarrados pies. Me quito la cofia llena de manchas de suciedad y dejo que el pelo me caiga sobre la espalda.

—Ahora parecéis un ángel vestido de blanco, pero por mi alma os digo que estoy feliz de contemplaros con vida.

Veo que sigue teniendo una actitud sincera, y eso me hace sonreír.

—Querido Horacio, vos mismo sois una aparición que me llena de alegría —respondo con suavidad—. Pero ¿por qué habéis venido?

—No ha habido ni un día en el que pudiera olvidaros y hacer como si hubierais muerto.

Su franqueza me sorprende. Habla como si no hubiera tiempo ni necesidad de utilizar palabras que no fueran directas ni verdaderas. Aunque no puedo corresponderle diciéndole que yo también he pensado en él cada día, su presencia ahora me llena de un placer insólito.

—Veros de nuevo es... algo inesperado, sin duda. Es como recibir un regalo sin haberlo pedido. Pero ¿cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Quién os ha dejado entrar? Soy yo quien suele abrir la puerta a las visitas. —Estoy confundida, pero empiezo a sospechar que Isabel tiene algo que ver con todo esto.

—Le escribí a vuestra priora, que me ha recibido en persona a mi llegada. Le he preguntado si necesitabais alguna cosa. Ella no ha hablado demasiado, pero ha llamado a otra hermana, la de ojos marrones y cara redonda, que le ha asegurado que vos me recibiríais. Me acaba de acompañar hasta este jardín y me ha dejado aquí. Os protegen mucho.

Pensar en la madre e Isabel analizando y juzgando a Horacio me hace reír. Extiendo el pañuelo del pelo sobre un tronco caído y le hago señas para que se siente a mi lado.

Nos quedamos en silencio durante mucho tiempo. Me pregunto por dónde empezamos para retomar el hilo roto de nuestra historia de hace tanto tiempo.

Le cuento mi viaje hasta Saint-Émilion. Le explico que la llegada de su carta arruinó rápidamente mis esperanzas y me llevó a la desesperación. Le digo que al perder la carta, me pregunté si simplemente había soñado tales horrores.

—Por desgracia, era la absoluta y terrible verdad —me asegura Horacio, y en sus ojos veo que sus antiguas penas no han muerto, que solo han disminuido.

Miro hacia abajo y veo que a mis pies crecen pensamientos silvestres y pequeñas violetas moradas y blancas. Cojo un puñado y le abro la palma de la mano.

—*Pensées*. Son buenos para el recuerdo —le susurro. ¿Acaso se acuerda de ese gesto de hace tanto tiempo y de cómo él me consoló cuando Hamlet desdeñó mi regalo? Horacio sujeta entre sus manos las flores de delgados tallos y habla con dificultad.

—Sostuve a Hamlet en su último aliento. Él y vuestro hermano se perdonaron el uno al otro por sus errores. Eso es todo lo que conseguí.

—Gracias —murmuro.

—Hamlet lamentaba dejar su nombre tan maltrecho y me pidió que contara su historia, que es lo que todavía hago.

—Horacio, siento que llevéis tales cargas con vos. Deberíais dejarlas aquí durante un rato, en este tranquilo lugar. O mejor aún, compartidlas conmigo.

—Lo haré, pero primero terminad vuestra historia.

Así que le cuento cómo es mi vida en el convento, sus sencillas rutinas y sus placeres. Le digo lo mucho que quiero a Isabel y a Margarita, las hermanas que se hicieron amigas mías cuando más lo necesitaba. Le explico cómo descubrí que mi propósito era ser doctora y cómo me gané a una madre: la priora Ermentrude. Le revelo cómo intenté salvar a Thérèse y cómo con su muerte se me perdonaron las faltas que había cometido.

—Ahora debéis satisfacer mi curiosidad. ¿Tenéis noticias de mi querida Elnora? ¿Se casó Cristiana con su Rosencrantz?

—Rosencrantz y Guildenstern están muertos, que es lo justo por haber sido unos traidores. Hamlet se enteró de que el papel de ambos en el complot de Claudio consistía en matarlo, así que él selló su destino primero.

—Pobre Cristiana, que perdió a su amor, aunque él fuera indigno —digo, sorprendida por sentir compasión de mi antigua enemiga.

—El pesar de Cristiana duró poco una vez descubrió la vileza de su amigo —dice Horacio—. Ahora asciende, tan ágilmente como siempre, la escalera de favores en la corte de Fortimbrás, que debe casarse pronto.

Deseo poder informar de algún modo a Cristiana sobre las granujadas del nuevo rey.

—¿Y Elnora? ¿Aún vive? —Temo que Horacio me esté ocultando más noticias tristes.

—Sí, aunque tanto vuestra pérdida como la de su reina la dejaron durante un tiempo a las

puertas de la muerte. Lord Valdemar dejó su puesto en la corte porque dijo que no serviría a un rey extranjero. Se instalaron en una cabaña humilde del pueblo, donde Elnora, con la atención de Mechtild, ha recuperado en parte sus antiguas fuerzas.

Aunque ahora me siento aliviada, Horacio está angustiado. Con el ceño fruncido, describe la peligrosa situación de Dinamarca y relata cómo Fortimbrás tomó el control después del asesinato de Claudio.

—Con voz agonizante, Hamlet dijo que favorecía al príncipe noruego. Al oírlo, Fortimbrás reivindicó con más audacia su posición. Se vengó de Dinamarca por haberse apoderado de las tierras de su padre, y pronto notamos el fuerte brazo de su opresión. Entonces, entre la gente se extendió el rumor de que el rey Hamlet tenía otro heredero, que su hijo Hamlet tenía un primo, o incluso un heredero a su vez. —Agita la cabeza—. Pero resultó ser una esperanza sin fundamento. —Examino el rostro de Horacio, pero, como siempre, no hay rastro de ninguna estratagema. No sospecha cuál es la verdad. ¿Cómo decírselo?—. Ahora los daneses quieren derrocar a Fortimbrás. Algunos ponen sus esperanzas en mí, un simple amigo del príncipe que debería haber sido su rey —dice un poco consternado.

—Si Hamlet se hubiera convertido en el rey de Dinamarca, vos habríais sido su consejero más leal.

—No soy un guerrero —dice sacudiendo la cabeza—. Aunque diré siempre la verdad a los poderosos, yo no ansío el poder. Sin embargo, hay algunos nobles en Francia que quizá ayuden a la causa de Dinamarca.

—¿Por eso habéis venido? ¿Para buscar su apoyo?

—No, he venido a buscaros a vos —dice, y su franca respuesta me sorprende.

—Horacio, ahora estoy en paz, aunque el pasado permanece siempre conmigo.

Desvió la mirada y la dirigió hacia la cabaña donde Hamlet duerme.

—No miréis atrás —dice Horacio. Levanta la mano, me la pone en la mejilla y me hace volver la cara hacia él. Los pensamientos se nos esparcen sobre el regazo. Veo que sus ojos, marrones como la tierra mojada por la lluvia, son dulces, sabios y tristes. Su esbelta figura se inclina hacia mí.

—Horacio, que hayáis venido me hace latir el corazón de alegría. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que os necesito. —Las palabras se me desbordan y las lágrimas me brotan espontáneamente—. Estoy en deuda con vos, y como no poseo nada, os pago con esta muestra de amor.

Tomo su hermoso rostro entre las manos, sin importar que estén llenas de suciedad, y lo beso en los labios, inhalando por un momento su perfume, que es nuevo para mí porque nunca lo había tocado tan de cerca.

A su vez, él enreda las manos en mi pelo y me devuelve el beso como si fuera un niño hambriento. Entonces, de repente, se aparta.

—¡No! No debería haberos tocado ni besado. Que Dios me perdone —murmura poniéndose

rojo.

Un trueno que suena en la distancia anuncia que habrá más lluvia. Unos gorriones saltan por el suelo, a nuestros pies. Estoy confundida y dolida por su súbito arrepentimiento.

—¿Por qué? ¿Estáis casado? —le pregunto.

—No, por mi honor, si fuera así, no os habría besado.

—Y yo soy viuda. No hacemos nada malo.

Ahora me mira con auténtica consternación y empieza a tartamudear.

—Aun así, sería... No debo... deshonraros. —Me señala el hábito de lino y se queda callado.

De repente me doy cuenta del motivo de su reticencia, y río con un placer que pronto se funde en lágrimas de compasión.

—La madre Ermentrude y mi amiga Isabel no hicieron bien al no contaros más sobre mí, Horacio. Pero yo no seré tan cruel ni jugaré con vos como si aún estuviéramos en la corte.

—Entonces, Ofelia, decidme ahora lo que debo saber —dice Horacio, todavía manteniéndose a distancia.

—Vivo como una monja y parezco una de ellas, pero no estoy atada a ningún voto. Soy libre, Horacio.

Su cara refleja alivio y alegría.

—En tal caso, querida Ofelia, ¿puedo besaros de nuevo?

—Os doy permiso, amable Horacio —digo inclinándome hacia él.

Horacio me coge las manos, y su aliento en mi mejilla me hace estremecer.

—¡Mamá! ¿Dónde estás, mamá? —El grito infantil llega a nosotros, y yo me pongo de pie.

—¡Aquí estoy, cariño! ¡En el jardín!

El pequeño Hamlet, con el pulgar entre los labios, se tambalea desde la cabaña. Tiene las mejillas rosadas y el pelo enmarañado de dormir. Sus piernas regordetas y sus pies descalzos le asoman por debajo de la arrugada camisa. Tiendo los brazos, y él corre hacia mí, se me agarra a las faldas y desde detrás de ellas, mira fijamente al extraño.

Horacio, con los ojos fijos en el niño, se levanta como si fuera un hombre hechizado por un fantasma o por una criatura mágica. Al principio, la sorpresa no lo deja hablar, y nos mira a mí y a mi hijo hasta que lo comprende todo.

—¡No estoy soñando! En este joven veo el rostro de lord Hamlet cubierto por la belleza y la verdad de Ofelia —dice asombrado. Se acerca y me coge la mano. Sin soltarla, se arrodilla, se pone a la altura de los ojos del joven Hamlet y se inclina para ofrecerle lealtad.

Mi confiado niño sonrío y alarga el brazo para tocar los rojos rizos de Horacio.

Las nubes desafían a la amenazante tormenta y abren su cortina para dejar pasar el sol. Nosotros tres, supervivientes de una tragedia antigua, estamos juntos en silencio, contemplándonos bajo la luz del sol.

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Karen, Katie, Amy, Cynthia, Leslie, Ten y Emily por aportarme críticas útiles; a papá y a Erin por animarme, y a mi marido, Rob, por apoyarme constantemente. Estoy agradecida de que Carolyn creyera en este libro y de que Julie me guiara con sabiduría y alegría en la tarea de editarlo. Para acabar, les agradezco a mis alumnos que me hayan ayudado durante años a alimentar mi imaginación mientras estudiábamos *Hamlet* juntos.

Si escribir bien es la mejor venganza, gracias a todos vosotros se le ha hecho justicia a Ofelia.

*Ofelia*  
Lisa Klein

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Ophelia. A novel*  
© del texto: Lisa Klein, 2006  
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2018  
© de la imagen de cubierta: Ophelia Licensing LLC, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Destino Infantil & Juvenil  
[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)  
[www.planetadelibrosjuvenil.com](http://www.planetadelibrosjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21588-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

LISA KLEIN

OFELIA

HAMLET A TRAVÉS DE SUS OJOS



CROSS  
BOOKS